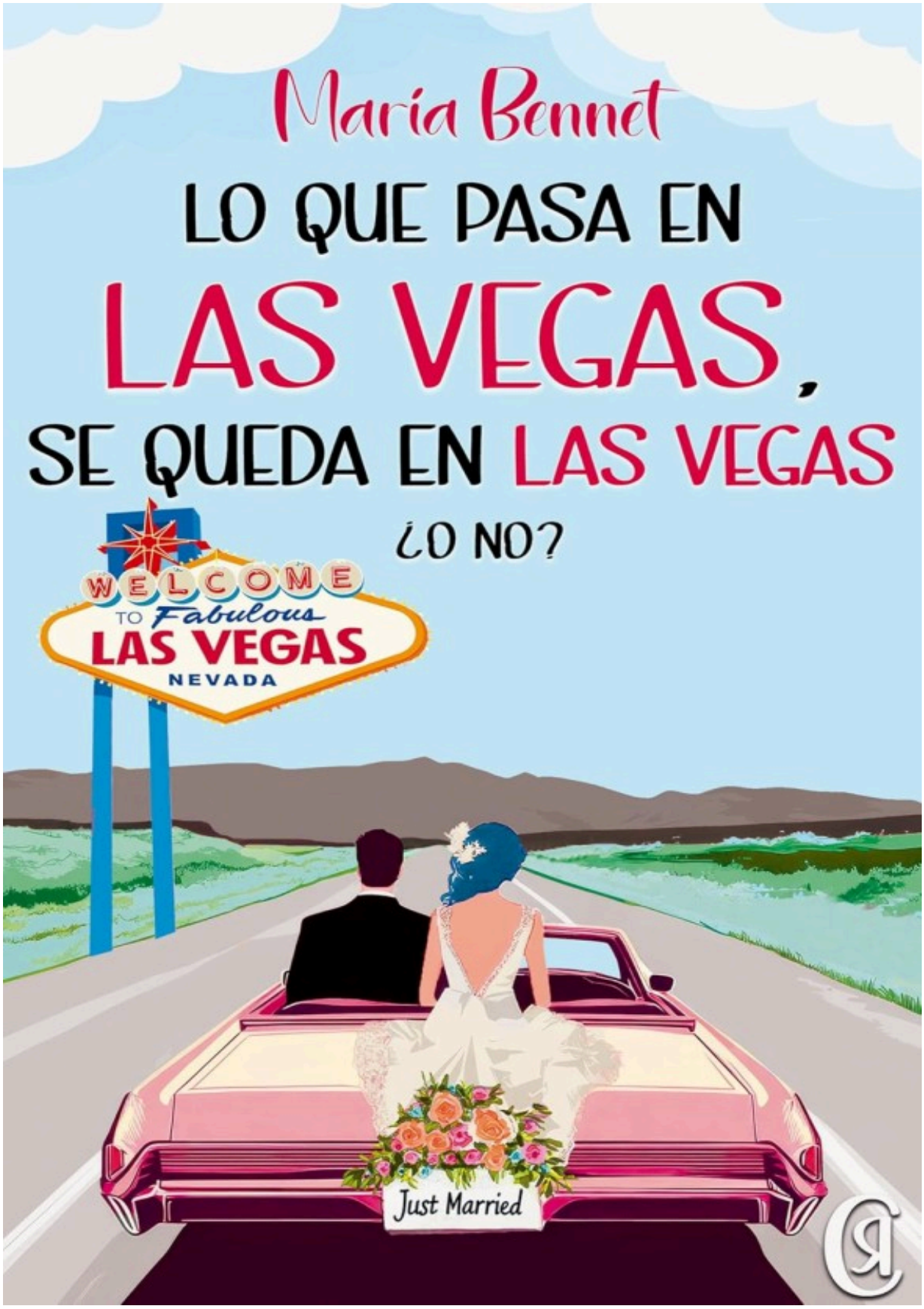
María Bennet

LO QUE PASA EN LAS VEGAS, SE QUEDA EN LAS VEGAS

¿O NO?




Maria Bennet
LO QUE PASA EN
LAS VEGAS,
SE QUEDA EN LAS VEGAS
¿O NO?
WELCOME
TO Fabulous
LAS VEGAS
NEVADA
Just Married

Lo que pasa en Las Vegas, se queda
en Las Vegas ¿o no?

Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas ¿o no?

María Bennet



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

©María Bennet 2026
© Entre Libros Editorial LxL 2026
www.entrelibroseditorial.es
04240, Almería, (España)

Primera edición: enero 2026
Composición: Entre Libros Editorial
ISBN: 979-13-87621-81-0

Índice

Índice
Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Agradecimientos
Biografía de la autora

Introducción



Emily Larsen estaba preciosa. El vestido de novia le sentaba de maravilla y estaría más guapa aún sin la capa de tristeza que opacaba el azul de sus ojos. Llevábamos más de media hora esperando al novio, encerradas en una pequeña sala que la iglesia tenía junto al altar. Lejos de los murmullos y las miradas indiscretas de los invitados, quienes aguardaban sentados en sus respectivos bancos.

A esas alturas, nadie sabía nada del futuro marido ni de su paradero. La espalda de mi hermana se encorvaba un poco más con cada minuto que transcurría sin tener noticias de él, como si el desánimo se estuviera acomodando sobre sus hombros. Las palabras de ánimo sonaban vacías y cualquier intento de consuelo resultaba inútil en una situación como esa.

—¿Dónde narices se ha metido Christopher? —Arizona caminaba de un lado a otro, como un animal enjaulado. Las dos éramos las damas de honor y se suponía que estábamos allí para solucionar cualquier imprevisto. Novio a la fuga incluido—. En cuanto llegue, me lo cargo —nos aseguró nuestra mejor amiga.

La familia iba mucho más allá de la sangre y, para nosotras, era como una tercera hermana, la más alocada e impulsiva de las tres. Emily, en cambio, era todo lo contrario: tranquila y razonable. Yo estaba en un punto medio. Digamos que era una persona sensata con una buena dosis de locura.

Arizona tomó asiento junto a nosotras y le pedí que se tranquilizara con la mirada. Debíamos mantener la calma por Emily. Me entendió a la primera y cogió el ramo de flores de la novia para

intentar arreglarlo. Mi hermana lo había estrujado tanto que los pétalos se habían arrugado como simples hojas de papel.

Un rato después, llamaron a la puerta y Emily se levantó de golpe. Todo en ella irradiaba esperanza, desde la forma en la que alzó la mirada hasta el temblor de sus manos. Sin embargo, no fue Christopher quien asomó la cabeza con timidez, sino Charlie. Aunque nosotras preferíamos llamarlo *papá.*

—¿Aún no sabemos dónde está el novio? —nos preguntó.

Nuestros padres se habían divorciado hacía años y no podían permanecer más de un minuto juntos en la misma sala. Decir que no se llevaban bien era quedarse corto, por lo que el único que había asistido a la boda había sido mi progenitor. Lo acompañaba su novia, una mujer mucho más joven que él.

Cuando mi madre se enteró, decidió enfermar en el último segundo. Tanto Emily como yo sabíamos que estaba pasando dicha enfermedad en el Caribe, así que no estábamos muy preocupadas. La relación con ellos siempre había sido fría y distante. Solo los veíamos en fechas señaladas, como en Navidad, y eso si ninguno podía evitarlo. Que Emily los hubiera invitado había sido más por puro trámite y educación que otra cosa.

De niñas nos usaban para lastimarse el uno al otro. Mientras jugábamos a las muñecas, Emily y yo aprendimos que tan solo nos teníamos la una a la otra. Hasta que llegó Arizona y la incluimos en nuestra infancia, adolescencia, madurez y futura, muy futura vejez.

—No, aún no se sabe nada —contesté. Cuando vi que a mi hermana se le humedecieron los ojos, supe que había llegado el momento de intervenir de nuevo—: No te angusties. Se habrá retrasado por cualquier tontería. Ya sabes cómo son estas cosas. Voy a salir para ver si hay alguna novedad, ¿de acuerdo?

La dejé entre los brazos de Arizona y me dispuse a buscar una vez más al capullo con el que, en teoría, iba a casarse.

—Será posible, Samantha. Al menos podrías haberte quitado el *piercing* de la nariz para la boda de tu hermana —me reprochó mi padre en cuanto cerré la puerta y nos quedamos a solas.

Típico de él lo de preocuparse más por mi apariencia que por el malestar de Emily. Sin embargo, todo en mí estaba tal y como me

gustaba: un *piercing* en la nariz —mi querido septum—, un montón de pequeños aros decorando mis orejas y un vestido negro que cubría varios de mis tatuajes. Aunque quizá lo más llamativo de todo era mi cabello teñido de azul, a juego con mis ojos.

—Lo siento, pero el *piercing* se queda donde está. —Le di unas palmaditas en el hombro a modo de consuelo. Cada perforación, cada tatuaje y cada pelo tintado de azul formaba parte de mi personalidad. Parte de mí. No pensaba renunciar a ellos ya fuera la boda de mi hermana o la de la mismísima reina.

—Tenía que intentarlo.

—Ya, bueno, en estos momentos tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Como la ausencia del novio, por ejemplo. —Lo guie de vuelta hacia los bancos en los que la gente había tomado asiento para presenciar la boda—. Me vendría bien que intentaras calmar los ánimos mientras voy a buscar a Johnny. Es el mejor amigo de Christopher y lleva un buen rato al teléfono tratando de dar con él. Voy a ver si ha conseguido averiguar algo o si al final tenemos que cancelar la boda.

Tras contarle mis planes, salí. Encontré a Johnny cerca de la iglesia, dando vueltas en círculos con el móvil pegado a la oreja. Llevaba un elegante traje de chaqueta y había sustituido la corbata por una pajarita llena de lunares blancos. Cuando terminó de hablar, se guardó el móvil en el bolsillo y encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Sus gafas de sol no me permitían ver con claridad la expresión de su rostro, pero diría que estaba angustiado. Tuve un mal presentimiento.

—Eh, Johnny. —Le palmeé la espalda—. ¿Has podido localizar a Christopher? Aún no me creo que nadie sepa nada de él. Ni siquiera sus padres. Es imposible que...

—Acabo de hablar con él. —Dio una profunda calada al cigarrillo, como si necesitara llenarse los pulmones de nicotina para templar los nervios.

—¿Qué te ha dicho? ¿Por qué no está aquí? Más le vale tener una buena excusa y que lo haya atropellado un coche, porque si no te juro que...

—Lo siento, Sam. —Se quitó las gafas de sol y me miró con esos ojos marrones que a tantas chicas habían conquistado. Entonces lo supe.

—No va a venir. —El corazón se me encogió y las piernas me temblaron.

—Dice que se lo ha pensado mejor. Tiene demasiadas dudas y cree que tu hermana no es la mejor opción para él.

La crudeza de su declaración me golpeó de lleno y di un paso atrás. A mi alrededor todo seguía igual: la iglesia, el cielo despejado, la caricia del viento sobre mis brazos desnudos... Y, aun así, todo había cambiado. Intenté recordar un gesto o una señal que pudiera haber anticipado aquel desastre, sin embargo, estaba tan aturdida que era incapaz de pensar con claridad.

Inspiré hondo y solté el aire despacio para intentar tranquilizarme. Si quería mantener la situación bajo control, no podía permitirme perder los estribos. Emily me necesitaba más que nunca y no pensaba fallarle.

Cuando por fin asimilé las palabras de Johnny, la confusión se desvaneció y el desconcierto dio paso al enfado.

—¿Y no podía haberlo pensado antes? ¿Tenía que darse cuenta el mismo día de la boda? —Por mis venas empezó a correr fuego en lugar de sangre. Me dieron ganas de golpear algo muy fuerte. O más bien a alguien. Johnny era el que tenía más cerca, pero él solo había sido el mensajero. Sin embargo, en cuanto pillara a Christopher... Ese malnacido desearía que de verdad lo hubiera atropellado un coche.

Me pasé las manos por el rostro, presa del pánico. Johnny le dio una última calada al cigarrillo, tiró la colilla al suelo y la aplastó con la punta de sus relucientes mocasines.

—Hay algo más. —Su seriedad me puso alerta. ¿Qué podía ser peor que el novio no se presentara el día de tu boda?—. Hay otra.

El corazón me dejó de latir y se me cayó al suelo, delante de mis botas negras. Emily, mi hermana pequeña, la persona a la que más quería en el mundo, estaba a punto de sufrir lo indecible. Debería haber sido el día más feliz de su vida y, en lugar de eso, estaba desatándose un infierno a su alrededor que iba a destrozarla.

—Será mejor que vaya a decírselo y acabemos con esto cuanto antes. —Colocó su mano sobre mi hombro para reconfortarme.

—Yo se lo diré —dije con firmeza—. Soy su hermana. Es mejor que lo sepa por mí.

Asintió y entramos de nuevo en la iglesia. Él se dirigió hacia la zona en la que estaban los invitados para informar a todo el mundo de que la boda se había cancelado. Por mi parte, volví a la estancia donde Arizona seguía consolando a Emily.

Cerré la puerta a mi espalda. Mi hermana y mi amiga continuaban sentadas en el banco, tal y como las había dejado cuando me marché, como si el mundo se hubiese detenido dentro de este cuarto. Ojalá hubiera sido así, porque me temía que los próximos minutos iban a desgarrarnos de dentro hacia fuera.

—¿Ya está aquí? —La sonrisa temblorosa de la novia me rompió el corazón—. Por favor, dime que se le había roto el coche o algo así y...

Respiré hondo y caminé hacia ella. Me agaché frente a mi hermana y le cogí las manos con delicadeza.

—Emily, tenemos que hablar.

—¿Por qué tienes esa cara? Me estás asustando.

Arizona le pasó el brazo por los hombros para demostrarle que, pasara lo que pasara, no estaba sola.

—No hay una forma agradable de decirte esto, así que seré breve. Christopher no va a venir.

Emily se quedó en silencio unos segundos, como si le estuviera hablando en un idioma desconocido y le costara entender el significado de mis palabras.

—¿Cómo que no va a venir? ¿Se encuentra bien?

Se me tensó todo el cuerpo. Su novio nunca la había merecido y que se preocupara por él hasta el último segundo acrecentó aún más mi ira.

—Está bien, pero no va a casarse contigo —respondí—. Acabo de hablar con Johnny y, al parecer, Christopher está con otra. Tenía dudas y la ha escogido a ella.

Las palabras me rasparon la garganta y me dejaron un regusto amargo. Emily se quedó quieta, ni siquiera parpadeó. El ramo de

flores cayó al suelo, tan roto como su corazón, y Arizona le frotó el brazo con cariño. Ninguna de las dos sabíamos cómo aliviar tanta desdicha.

—No lo entiendo. Ayer me dijo que me amaba. Lo noté algo nervioso y distante, pero creí que eran los nervios previos a la boda —dijo con la voz quebrada por la emoción.

—Hay gente que no sabe querer bien —intervino Arizona—. Y ese malnacido nunca ha sabido valorarte. Te aseguro que, tarde o temprano, se dará cuenta de lo que ha perdido y se arrepentirá de esto.

—Lo siento mucho. —Me senté junto a ella sin soltarle las manos —. Johnny les está diciendo a todos que se ha cancelado la boda. No tienes que dar ninguna explicación y podemos salir de aquí cuando quieras. Nosotras nos encargamos de todo, solo dinos qué necesitas.

—A vosotras, solo a vosotras —contestó al mismo tiempo que una lágrima se deslizaba por su mejilla.

La abrazamos con fuerza. Intentamos crear una especie de burbuja a su alrededor que la mantuviera a salvo del resto del mundo y de todo ese sufrimiento. Emily se rompió en mil partes que nosotras tratamos de mantener unidas sin mucho éxito. Y allí, mientras arreglábamos las fisuras que Christopher había provocado en su alma, supe que la maldición que perseguía a nuestra familia acerca del amor era cierta.

Siempre había sido un poco escéptica al respecto, pero ya no me cabía ninguna duda. Mis abuelos, mis padres, mi hermana, incluso yo misma había sido presa de ella.

Mi familia no estaba hecha para el matrimonio y me prometí a mí misma que jamás me casaría.

Y yo siempre cumplía mis promesas.

Capítulo 1



Había pasado una semana desde el plantón de la boda. Arizona y yo irrumpimos en el cuarto de mi hermana como un huracán de categoría cinco. El peor de todos.

—¡Arriba, dormilona, tenemos muchos planes para hoy!

En cuanto Emily se enteró de que Christopher la había dejado por otra, hizo las maletas a toda prisa, se fue del piso en el que vivían y se instaló en mi apartamento, o más bien en mi habitación de invitados. No quería volver a verlo y, para colmo, su novia se había mudado con él justo después de dejarla tirada ante el altar.

Su ex nunca había sido santo de mi devoción, y mucho menos el de Arizona. Mi hermana era demasiado cándida para este mundo y, sobre todo, para él. Christopher había sido un rompecorazones antes de salir con ella, pero le aseguró que estaba locamente enamorado y que había dejado atrás su etapa de ligues sin compromiso.

Ahora buscaba algo más serio, y en su futuro solo había lugar para Emily. ¡Ja! Arizona y yo jamás le creímos, pero era ella quien debía decidir si quería seguir a su lado o no. Le rogamos que tuviese cuidado y le advertimos de que ese hombre no era de fiar, sin embargo, su ingenuidad y el amor que sentía la cegaron hasta el punto de no querer escucharnos. No nos quedó más remedio que respetar su decisión. Al fin y al cabo, era una mujer de veintiséis años que sabía pensar por sí misma.

Hasta que la verdad le abrió los ojos de golpe. Como respuesta a los desplantes de su ex, había decidido tomarse unas vacaciones que

le debían del trabajo y estaba utilizándolas para esconderse bajo las sábanas. Estaba deprimida, y no me sorprendía después de todo lo que había pasado. Ni siquiera podía imaginarme cómo se sentía.

Le dimos unos días para que se autocompadeciera y llorara un río entero. Pero, una vez que dejó salir todo ese dolor, queríamos mostrarle que había vida más allá de un corazón roto y que estaba frente a un nuevo comienzo.

Abrí las cortinas de par en par. Los rayos de sol iluminaron la habitación y dejaron a la vista un montón de envoltorios de chocolatinas, ropa tirada por todas partes y un gran bulto bajo las sábanas de la cama. Supuse que ese bulto era mi hermana, y lo confirmé cuando nos dedicó un par de insultos bastante originales por irrumpir en sus sucios y malolientes dominios. Ah, nada como el amor fraternal.

Arizona cogió una maleta, la dejó a los pies de la cama y se puso a hurgar en el armario. Me senté en el colchón y, poco a poco, aparté las sábanas para dejar el precioso rostro de Emily al descubierto. Tenía los ojos rojos e inflamados de tanto llorar y el pelo enmarañado.

Se me partía el alma de verla así. Solo era dos años mayor que ella; sin embargo, cuidarla había sido mi responsabilidad desde que tenía uso de razón. No podía culparme por las acciones de Christopher, pero sí podía hacer todo lo posible para animarla y sacarla del pozo oscuro y deprimente en el que había caído.

—¿Cómo te encuentras? —Le tendí uno de los pañuelos de papel que tenía en la mesita de noche.

—Fatal. —Se sonó la nariz con fuerza y se incorporó—. No volveré a pensar en casarme jamás. Bastante follón he tenido ya con cancelar una boda y devolver todos los regalos.

Arizona echó un par de camisetas en la maleta. Sus genes jamaicanos la habían bendecido con una belleza exótica y salvaje: ojos verdes, piel oscura, pelo rizado y piernas kilométricas. Una auténtica diosa de ébano que no dejaba de sacar prendas del armario. Aproveché para meter varios zapatos en el pequeño macuto que había traído. No había tiempo que perder.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —Mi hermana alternó la vista entre una y otra con el ceño fruncido.

—El equipaje —contestó Arizona como si nada.

—Por cierto, será mejor que te duches y te pongas algo decente. Salimos en media hora. —Metí unos preciosos tacones de aguja dentro del macuto—. Tomaremos algo por el camino. Ya es hora de que dejes de alimentarte a base de barritas energéticas.

—Y, antes de todo eso, ¿os importaría decirme por qué me estáis haciendo el equipaje y adónde se supone que vamos?

—¡A tu luna de miel en Las Vegas! —gritamos Arizona y yo al mismo tiempo.

Mi hermana se atragantó y le di varias palmaditas en la espalda.

—A las tres nos vendrá bien salir de aquí unos días, sobre todo a ti —dijo nuestra amiga—. Te sentará bien un cambio de aires.

—Un momento, ¿cómo es que nos vamos a mi luna de miel? ¿Y qué es eso de que iremos las tres? Por si no os acordáis, al final no me casé. —Emily se cruzó de brazos.

—Verás, después de lo que pasó, Ari y yo nos dimos cuenta de que tu ex no había cancelado la reserva —le expliqué—. Quizá se siente culpable o no ha podido hacerlo con tan poca antelación. —«O ha estado demasiado ocupado dedicándole a su nueva novia el tiempo que no te dedicó a ti»—. El caso es que lo ha dejado todo pagado y sería una lástima desperdiciar una *suite* nupcial en un hotel de cinco estrellas. Tu sueño es ir a Las Vegas y no voy a permitir que te quite ni una sola ilusión más.

Si Christopher pensaba que no íbamos a aprovechar esa oportunidad, estaba muy equivocado. Era lo mínimo que podía hacer después de haber plantado a mi hermana en su propia boda y de haberla humillado delante de sus amigos y familiares. Le había partido el corazón en quince trozos, por lo que pasaríamos quince días en Las Vegas tratando de recomponerlo.

—¿Y cómo es que vamos a ir las tres? —insistió Emily—. ¿No estaba la reserva hecha a nuestro nombre?

—¡Exacto! —respondió Arizona con una sonrisa triunfante—. Estaba a nombre de los dos y tú apareces como huésped principal. Así que solo tuvimos que llamar al hotel para avisar de que harías el

checking con dos acompañantes, y nos dijeron que no había problema. Una de nosotras podrá dormir en el sofá cama de la *suite* sin coste adicional. Supongo que, en hoteles de esta categoría, están acostumbrados a hacer lo posible por quedar bien con los clientes.

—Que tuvierais la luna de miel programada justo una semana después de la boda nos facilitó mucho las cosas —añadí—. Nos dio tiempo para atar los cabos sueltos y comprar los billetes de avión.

—Siento que os hayáis tomado tantas molestias —Emily soltó un profundo suspiro—, pero no pienso ir a ningún sitio.

—Ya te digo yo que sí. —Arizona se apartó un par de rizos del rostro y lanzó un vestido a la maleta—. No vamos a dejar que te hundas por culpa de ese imbécil. Vamos a hacer ese viaje y lo vamos a disfrutar como nunca. Beberemos tantos cócteles que, para cuando acabe la noche, te estarás preguntando: ¿Christopher? ¿Quién era ese?

—Así que date prisa y métete en la ducha, Emily —le pedí mientras cerraba el macuto con sus zapatos—. No queremos que se nos haga tarde y perder el avión.

—¿Y qué hay de vuestros trabajos?

En mitad de la habitación ocurrió un pequeño milagro y mi hermana se levantó de la cama. La luz que entraba por la ventana le iluminó las facciones, mucho más suaves y aniñadas que las mías. Era como una versión de mí más bajita y dulce. También más melancólica.

—Nos hemos pedido unos días libres —contestó Arizona.

Mi amiga trabajaba como dependienta en una tienda de ropa durante el día y como camarera en un bar por la noche. Venía de una familia humilde y siempre hacía todo lo posible por llevar algo de dinero a casa. Yo solía echarle una mano en el bar cuando necesitaba algún ingreso extra, aunque mi principal sustento eran los libros. Llevaba años siendo escritora, así que podía permitirme viajar adonde quisiera siempre que fuera con mi ordenador portátil. De hecho, pensaba llevármelo a nuestro peculiar viaje. Jamás salía de casa sin él.

Nunca sabía cuándo me vendría la inspiración y, después de lo que ocurrió con mi ex, estaba atravesando un fuerte bloqueo creativo.

Llevaba meses sin escribir ni una sola página y necesitaba que las musas volvieran a visitarme cuanto antes. Tal vez lo harían en un lugar tan variopinto como Las Vegas. Mientras tanto, me las arreglaba con los ingresos de mis novelas anteriores y con la corrección de manuscritos de otros autores.

—No teníais por qué. —Emily se emocionó al saber que nos habíamos tomado tantas molestias por ella.

—Claro que sí —le respondí, dándole un abrazo.

—Los habríamos cogido de todas formas para estar contigo comiendo helado, viendo películas románticas y haciéndole vudú a Christopher. —Arizona se acercó a nosotras con una enorme sonrisa en el rostro.

—No tienes que preocuparte por nada —le aseguré—. Tú solo lávate el pelo y ponte algo bonito mientras terminamos de prepararte la maleta. Las nuestras ya están listas, y un taxi llegará en cualquier momento para llevarnos al aeropuerto. No te habíamos dicho nada antes para que no intentaras disuadirnos.

—Por lo que veo no tengo escapatoria —comentó Emily, sorprendida por nuestra envidiable capacidad de organización.

—Tú lo has dicho. —Arizona la echó de la habitación y volvió a meter la cabeza en el armario.

Iba a ser un gran viaje, sin duda.

Capítulo 2



Lo habíamos hecho, ¡estábamos en Las Vegas! Disfrutando de lo que debería haber sido la luna de miel de mi hermana. Corazones rotos aparte, Emily había salido ganando. Arizona y yo éramos mucho más divertidas que ese traidor al que llamaban Christopher. Y mucho más leales.

La ciudad era tan increíble, caótica y luminosa como había imaginado. En cada esquina había un hotel, un restaurante temático o un casino. Me moría de ganas de ver cómo se transformaba al caer la noche y envolvía a los transeúntes con sus luces de neón y sus llamativos colores.

Una vez que bajamos las maletas del taxi y le pagamos al conductor, entramos en el hotel y nos dirigimos a recepción para registrarnos y recoger la llave de la *suite* nupcial. Mientras Arizona y Emily daban sus datos al recepcionista, me quité las gafas de sol y me las puse sobre la cabeza. Ese hotel no se merecía que lo vieran a través de unas lentes oscuras.

La entrada tenía una enorme puerta giratoria, techos adornados con lámparas de araña y una vistosa decoración en tonos blanco, rojo y dorado. Era impresionante. Una lástima que Christopher hubiera puesto mucho más esmero en su luna de miel que en su relación.

Con la llave de la habitación en la mano, nos dirigimos hacia los ascensores con nuestro equipaje. La *suite* nupcial estaba en la planta cincuenta. Cuando llegamos, Emily deslizó la tarjeta por el

lector que había sobre la manivela y nuestras vacaciones comenzaron en el momento en el que se escuchó un pequeño clic.

La puerta se abrió apenas unos centímetros y, en cuanto vimos lo que había en su interior, Arizona y yo empujamos a mi hermana a un lado, le arrebatamos la tarjeta, entramos en la habitación y le cerramos la puerta en las narices.

—¡Eh! —nos gritó—. ¿Se puede saber qué estáis haciendo?

—¡Un segundo!

No había ninguna duda de que la habían preparado para celebrar una luna de miel. Allí donde miraras había una maldita rosa, un montón de corazones y... Dios santo, ¿en ese cartel daban la enhorabuena a los recién casados? Arizona y yo nos miramos con auténtico pavor.

—Mierda —soltamos al mismo tiempo.

Un segundo después corríamos por toda la habitación para deshacernos de cualquier rastro de amor o asquerosa felicidad. Recogí el camino de pétalos de rosa que llevaba hasta la cama y lo escondí debajo de un cojín. Arizona se metió un montón de caramelos con forma de corazón en la boca y, como no sabía qué hacer con el enorme oso de peluche que había sobre la almohada, lo lanzó por la ventana. Junto con el cartel en el que habían escrito con letras enormes: «¡Felicidades, ya estáis casados!».

—Chicas, ¡se supone que esta es mi habitación! —Emily aporreó la puerta con fuerza—. ¿Vais a dejarme fuera todo el día? Además, he secuestrado vuestro equipaje. Como no me dejéis entrar, os quedáis sin bragas.

—Ya ves tú qué amenaza. —Arizona explotó uno a uno los globos con forma de corazón que habían atado en un poste de la cama. Cuando terminó, echó un vistazo a su alrededor para ver dónde los escondía. Como no vio ningún rincón que la convenciera, acabó metiéndoselos en el escote.

Metí todas las rosas que encontré en un jarrón y lo dejé sobre una mesa, como si fueran un simple objeto decorativo. Emily volvió a llamar a la puerta. No teníamos más tiempo. Habíamos dejado a mi hermana en la calle nada más llegar a su propia habitación. Tendría que bastar con lo que habíamos hecho.

—Ya era hora. —Emily arrastró su maleta con ruedas hacia el interior de la estancia en cuanto le abrí la puerta—. Vaya, es aún mejor de lo que imaginaba.

Parpadeé un par de veces y miré a mi alrededor. Había estado tan concentrada en eliminar cualquier cosa que le recordara que aquel debería haber sido un viaje romántico en lugar de uno divertido, que apenas me había detenido a admirar la lujosa habitación en la que íbamos a alojarnos durante los próximos quince días.

El dormitorio era enorme. Tenía casi el mismo tamaño que mi apartamento y lo presidía una tentadora cama de matrimonio cubierta de cojines y sábanas de seda gris. Un amplio ventanal ocupaba toda la pared y las vistas eran espectaculares.

La habitación estaba conectada con un pequeño salón donde había un sofá cama y la televisión más grande que había visto en mi vida. El baño tenía una ducha con hidromasaje y unos geles que daban ganas de comérselos por lo bien que olían. En resumen, todo era espacioso, ostentoso y, para nuestra desgracia, romántico.

—Chicas, ¡bienvenidas a Las Vegas! —Emily dio un par de palmadas, entusiasmada.

Arizona levantó el pulgar en señal de aprobación y yo asentí con la cabeza, demasiado aturdida como para añadir nada más en ese momento. Necesitábamos descansar unos segundos después de haber escondido, aniquilado o quemado a la velocidad de la luz cualquier elemento rojo o que incitara al amor. Durante los próximos días queríamos alejar al fantasma de Christopher tanto como fuera posible, aunque nadie nos había dicho que iba a ser tan agotador.

Diez minutos después nos encontrábamos deshaciendo el equipaje con una sonrisa en los labios. Era imposible sentirse cansado o apático en Las Vegas. Esa ciudad rezumaba energía y te incitaba a hacer locuras. El armario era tan grande que podíamos compartirlo entre las tres.

—Ya es un hecho, vuestra familia está maldita para el amor —comentó Arizona mientras colgaba uno de sus impresionantes vestidos en una percha.

Al principio todo había surgido como una broma. Nuestra amiga se dio cuenta de que, generación tras generación, ningún Larsen

parecía tener suerte en el amor y, entre risas, comentamos que quizá una maldición pendía sobre nosotros. Pero, tras los últimos acontecimientos, comencé a pensar que tal vez era cierto.

Todo empezó con mis abuelos. No se soportaban; sin embargo, se negaron a divorciarse por el qué dirán, así que su día a día consistía en hacerse la vida imposible el uno al otro. Luego vinieron mis padres. Ellos sí que se divorciaron, aunque eso no fue más que el inicio de una absurda competición por ver quién se buscaba a la pareja más joven.

Después llegó mi turno. Ocurrió hacía poco más de un año, no obstante, la herida que me había provocado Joseph había sido tan profunda que aún no había logrado cicatrizar del todo. Fue él quien me hizo creer que los finales felices no existían, me mostró el sabor de la traición y me enseñó que las rosas más bellas también tenían espinas.

Por último, estaba Emily, a la que el novio había plantado en el altar para irse con otra. A raíz de todos esos sucesos, incluso una escéptica como yo empezaba a creer en la maldición. Demasiadas coincidencias y desgracias para una sola familia.

—¿Intentas animarnos o deprimirnos? —Guardé los zapatos en la parte baja del armario.

—Tranquila, yo también estoy maldita. —Arizona sacó otro vestido de su maleta—. Hace mucho que tengo asumido que voy a morir sola y que mis futuros gatos heredarán mi sofá. Así que hoy brindaremos por los corazones rotos y nos emborracharemos hasta que lo que tengamos roto sea el hígado.

—Me parece un buen plan. —Emily salió del cuarto de baño después de haberse refrescado un poco.

—Vaya, alguien se está pasando al lado oscuro —sonreí.

Solíamos movernos en una balanza en la que teníamos que equilibrar la arrolladora locura de Arizona con la aburrida sensatez de Emily. Sin embargo, parecía que en Las Vegas no íbamos a tener ese problema. Por mí encantada. Me gustaba que mi hermana hubiera venido predispuesta a pasarlo bien y a desmelenarse, aunque fuera un poco. Al fin y al cabo, habíamos venido hasta aquí

para eso. Si había alguien en el mundo que necesitaba beberse un chupito en un ombligo ajeno, esa era Emily.

Tras deshacer las maletas, dimos una vuelta por los alrededores y nos apuntamos a varias excursiones que el hotel tenía programadas para los próximos días. Sobra decir que todo corría a cargo del *bueno* de Christopher. Ah, el karma, qué maravilloso era a veces.

Cenamos en el bufé del hotel y nos preparamos para celebrar nuestra primera noche en Las Vegas. Mi hermana se tomó su tiempo frente al espejo, con esa paciencia que tanto la caracterizaba. Eligió un vestido rosa que resaltaba su piel pálida y hacía brillar aún más sus ojos azules. Al igual que yo, tenía el pelo tan oscuro como la noche y se lo había recogido en una trenza que le caía por la espalda.

Mi mejor amiga, en cambio, apostó por un top negro, unos pantalones ajustados y un toque de purpurina sobre los párpados. Era puro magnetismo en movimiento. Yo me puse un vestido corto y mis inseparables botas negras. El único día en que me pondría unos tacones que desafiaran a la gravedad sería el de mi boda. Y eso no iba a ocurrir nunca.

Perdí la cuenta de todos los casinos que visitamos, entramos a un club de estriptis por accidente y, para rematar la noche, terminamos bailando en una discoteca que parecía una nave espacial. Tras tomar varios chupitos juraría que lo era.

Varias horas y un tacón roto después, pedimos un taxi. Arizona era la que iba más perjudicada, ya que había insistido en probar todos los cócteles de la carta. Dos veces. Después de pagarle al taxista, Emily cogió el brazo derecho de nuestra amiga y se lo echó sobre los hombros. Yo cargué con el izquierdo. Era un misterio cómo conseguimos atravesar la puerta giratoria del hotel sin arrancarnos ninguna extremidad.

—Tías, me caéis muy bien y todo eso, pero ahora en serio, tengo que volver a mi cuarto con Samantha y Emily. —Arizona nos miró con los ojos entrecerrados, como si la hubiéramos secuestrado.

—Nosotras somos Samantha y Emily —gruñí mientras pulsaba el botón para llamar al ascensor.

El minuto que tardó en llegar se me hizo eterno. Cuando las puertas se abrieron, nos encontramos frente a dos hombres corpulentos y una mujer. Uno de ellos llevaba el pelo rapado al estilo militar, con la parte central un poco más larga que los laterales. Tenía un rostro bien perfilado y unos ojos color miel que, sin duda, habían roto más de un corazón.

—Señoritas —nos saludó de forma galante mientras salía del ascensor.

A mí no me engañaba. Ese hombre tenía tatuada sobre una ceja la palabra » mujeriego,« y sobre la otra» , problemas.« Aunque su amigo no se quedaba atrás. Levanté la vista para mirarlo, ya que llegaba sin dificultad al metro noventa.

Tenía el cabello tan negro como la mayoría de mis camisetas, sus ojos eran de un indescifrable color gris y sobre la ceja derecha destacaba una pequeña cicatriz que, lejos de afearlo, le confería cierto aire de tipo duro que lo hacía aún más irresistible.

Su brazo rodeaba los hombros de la mujer rubia que lo acompañaba. Llevaba un vestido de seda que parecía flotar a su alrededor y un perfume que olía a jazmín y derroche. Todo en ella gritaba esplendor y elegancia: las ondas doradas de su cabello, las marcas que vestía, y esa forma un tanto despectiva con la que nos miraba, como si fuera una reina y nosotras la plebe.

—¿Os echo una mano? —El tipo de ojos grises se colocó junto a las puertas del ascensor para que pudiéramos pasar sin que se cerrasen.

—Tranquilo, está todo controlado. Mi amiga necesita descansar un poco —dije al pasar junto a él.

Emily pulsó el botón de la planta cincuenta y el atractivo desconocido soltó las puertas del ascensor. Nos hicimos un buen repaso visual en cuestión de segundos. Su mirada descendió con lentitud por mi pelo azul, mi vestido negro y mis botas. La mía se fijó en la anchura de sus hombros, la indecencia con la que los vaqueros colgaban de sus caderas y la fuerza que irradiaba su cuerpo.

Fue deseo a primera vista y ardí bajo la intensidad de sus ojos. Con ese hombre a tu lado el infierno podría ser un lugar agradable. Abrió la boca con la intención de hablar, pero la mujer que llevaba

del brazo le susurró algo al oído y logró acaparar su atención. Las puertas se cerraron de golpe y me dejaron frente a mi propio reflejo.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó Emily.

—¿El qué?

—No finjas que no sabes de lo que hablo —me acusó—. Ese tipo y tú os estabais haciendo cosas sucias con la mirada.

—Qué va. Además, ¿no has visto que iba acompañado?

—Eso no quiere decir que no te desee —farfulló Arizona, que parecía recobrar el conocimiento solo cuando le interesaba.

—Lo que vosotras digáis. —Solté un suspiro resignado.

Conseguimos entrar en la *suite* entre bamboleos y la estridente risa de nuestra ebria amiga. La tumbamos con cuidado en el sofá cama, le quitamos los tacones y le echamos una sábana por encima.

—¿ Crees que estará bien aquí? —susurró Emily.

—No parece que tenga ninguna queja.

Arizona dormía a pierna suelta y seguro que todas las habitaciones del hotel estaban escuchando sus ronquidos. Una guerrera caída en combate. Nos tapamos la boca para amortiguar el sonido de nuestras risas y no despertarla. Nuestra amiga se había enfrentado a la Ciudad del Pecado y el resultado no podría estar más claro.

Las Vegas 1, Arizona 0.

Capítulo 3



—¡Vamos, chicas, a levantarse! —Arizona abrió las cortinas de par en par.

Ahora entendía cómo se había sentido mi hermana cuando la arrancamos de las suaves sábanas de su cama para arrastrarla hasta Las Vegas. No era una sensación agradable. Emily refunfuñó desde el otro lado del colchón y se tapó los ojos con un brazo.

Me obligué a levantar un párpado y cogí mi móvil para mirar la hora. Las siete de la mañana. Habíamos quedado en que hoy madrugaríamos para aprovechar el día y bajar a desayunar al bufé del hotel, que abría a las ocho. Sin embargo, eso fue antes de que nuestra amiga nos arrastrara por la mitad de los casinos y un tercio de las discotecas que había en la ciudad.

Arizona se sentó a mi lado sobre la cama y sonrió de oreja a oreja. Me estremecí.

—¿Por qué estás de tan buen humor? ¿No tienes resaca? —Gruñí con un ojo abierto. El otro se negaba a ver la luz del sol todavía.

—No puedo tenerla porque aún no he dejado de beber. —Se encogió de hombros y agitó la copa que tenía en la mano.

—¿Estás tomándote un cóctel a las siete de la mañana? —Miré estupefacta cómo se llevaba un vaso de contenido rojo a los labios.

—Si es un Bloody Mary, cuenta como desayuno. Lleva más tomate que alcohol. Y mira, le he puesto un tallo de apio. —Cogió la verdura y le dio un buen mordisco—. Qué asco. Mejor se lo quitamos. —Lo

sacó del vaso con la punta de los dedos, lo dejó sobre la mesita de noche y le dio otro trago a su desayuno.

Hubiera puesto los ojos en blanco si no fuera porque aún los tenía medio cerrados a causa del sueño. Arizona era muy enérgica. No importaba lo poco que hubiera dormido, siempre estaba lista para entrar en acción. No como yo, que necesitaba al menos seis benditas horas de sueño reparador. Siete si había salido, que una empezaba a tener una edad.

—Vamos, chicas, ni que fuera vuestra primera juerga. —Arizona rebañó los bordes de la copa con el dedo índice y se lo llevó a la boca—. Si ponéis un poco de vuestra parte, seguro que os levantáis como nuevas.

Me senté a regañadientes sobre la cama. Uno de los tirantes de mi camiseta negra resbaló por mi hombro y me coloqué varias ondas de pelo azul detrás de la oreja. Podría haber dicho que estaba hecha un desastre. Pero lo cierto es que iba así la mayor parte del tiempo: sencilla y natural.

No solía maquillarme demasiado, a menos que la ocasión lo exigiera, y me bastaba con pasar las manos por mi melena para darle algo de forma y que cayera con gracia sobre mis hombros. Después me ponía todos mis pendientes, me vestía con algo negro y ya estaba lista para afrontar un nuevo día. Aunque Las Vegas y mi mejor amiga eran una combinación difícil de sobrellevar.

—Por cierto... ¿Qué pasó anoche? —Arizona levantó su copa, se bebió hasta la última gota y dejó el vaso sobre mi mesita de noche, al lado del apio.

—Así que el Bloody Mary te ayuda con la resaca, pero no te devuelve la memoria, ¿eh? —Me burlé.

—No te olvidaste de gran cosa. Bebimos, bailamos, lo pasamos bien. —Emily se sentó junto a nosotras y me miró con una sonrisa malévola, como si acabara de recordar algo—. Y Samantha ligó con un chico.

Puse los ojos en blanco.

—Ah, sí, lo recuerdo, el tío bueno del ascensor —comentó Arizona.

—De eso sí que te acuerdas, ¿eh? —Me levanté de la cama. Aquella conversación me había espabilado de golpe—. No ligué con

nadie. Y os recuerdo que ese tipo iba acompañado de una rubia espectacular, además de que no estamos aquí para eso. —Abrí el armario para escoger un conjunto con el que poder explorar la ciudad de arriba abajo. Algo cómodo y negro, seguro.

—Anda que no. —Arizona también se puso en pie—. Hemos venido para animar a tu hermana y hacer lo que nos dé la gana. ¡Estamos en Las Vegas!

—Da igual que estemos en Las Vegas o en China. Estoy maldita en cualquier parte del mundo, así que no quiero saber nada de los hombres y nada del amor. Y mucho menos después de que... —Guardé silencio, saqué la cabeza del armario y miré a Emily.

—Tranquila, puedes decirlo —me animó—. Desde que la mano derecha de Satanás me plantó en el altar.

Mis labios esbozaron una sonrisa. Estaba orgullosa de ella. No solo porque ya fuera capaz de verbalizarlo en voz alta, sino porque Emily casi nunca decía palabrotas. Y aunque esa no había sido de las más fuertes, no estaba mal para una novata como ella en cuanto a blasfemias.

—Decid lo que queráis, pero no está nada mal para ser nuestra primera noche en Las Vegas —nos aseguró Arizona—. ¡No puedo esperar a ver qué nos depara el día!

Emily rio por su entusiasmo y no pude evitar sonreír de nuevo. Mi hermana y Arizona empezaron a discutir por ver quién se duchaba primero, y me perdí en mis pensamientos. A pesar de lo que había dicho, en ese instante me vino a la cabeza la imagen de unos ojos grises. Y una cicatriz en la ceja.

Después de dar un par de vueltas por el bufé del hotel, tomamos asiento en una mesa junto a la ventana, dispuestas a devorar la primera comida del día. El comedor estaba muy concurrido, pero era tan grande que podías recorrerlo de un lado a otro sin rozarte con nadie.

Aproveché que mi amiga estaba recordando con Emily algunas de las proezas que hizo anoche para robarle un sorbo a su zumo de naranja. Me había cogido un café para recargar energías, pero su vaso tenía tan buen aspecto que no había podido resistirme a darle

un par de tragos. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que sabía muy fuerte.

—Arizona, ¿esto lleva alcohol? —Arrugué la nariz y dejé la copa sobre la mesa, bien lejos de mí.

—Claro que lo lleva —contestó, indignada, como si la hubiera ofendido al haberlo puesto en duda—. Estamos en Las Vegas, aquí todo está hecho de alcohol. Incluso el trozo de fruta que se está comiendo tu hermana. —Emily miró su fresa a medio comer con los ojos entrecerrados—. Tan solo es una mimosa. Y, para vuestra información, está riquísima. Un diez para el bufé de este hotel.

Seguimos desayunando en un cómodo silencio. Los rayos de sol que se colaban por las ventanas iluminaban el comedor y a los huéspedes que entraban y salían de él. Me llevé la taza de café a los labios y Arizona me dio un codazo para llamar mi atención.

—¿Ese no es el tío bueno del ascensor?

Seguí la dirección de su mirada y me topé con él. Llevaba una camiseta negra de manga corta y unos vaqueros. Su cabello seguía igual de despeinado que anoche y sus ojos eran tan grises como los recordaba.

Esta vez también iba junto a su amigo, el que llevaba el pelo cortado al estilo militar y tenía los ojos color miel. Aunque no había rastro de la mujer despampanante que lo acompañaba anoche. Al parecer se hospedaban en el hotel, y eso tan solo podía significar una cosa: que cabía la posibilidad de toparme con él más veces. Aún estaba decidiendo si eso era algo bueno o malo cuando Arizona volvió a darme otro codazo.

—Menudo espectáculo para la vista —comentó—. Vamos a decirles algo.

—¿Qué? Ni hablar, no estamos aquí para eso —insistí—. Sino para animar a Emily.

—Pues que tú te liaras con alguien la animaría. ¿A que sí, Em? —Arizona se giró hacia ella.

—Meh. —Mi hermana se encogió de hombros sin dejar de degustar su macedonia. Eso, mejor que comiera kiwi a que se compinchara contra mí.

Durante unos segundos espié al tío bueno del ascensor, escondida detrás de mi taza. No sirvió de mucho. De repente se giró en nuestra dirección, como si hubiera sentido la intensidad de mi mirada sobre su nuca. Cuando sus ojos se toparon con los míos, las comisuras de su boca se elevaron hacia arriba y me regaló una de las sonrisas más bonitas y sexis que había visto nunca. Me había reconocido y, para demostrarlo, me saludó con la mano.

Si hubiera sido como mi hermana, estaría muerta de vergüenza y me habría escondido detrás de un frutero. En lugar de eso, me limité a levantar la barbilla en su dirección para devolverle el saludo. Que no quisiera tener una relación seria no quería decir que no pudiera ser educada, o incluso coquetear un poco para darle algo de emoción a mi vida.

Ninguno de los dos apartó los ojos del otro hasta que su amigo vino en su busca y se perdieron entre el gentío del comedor. No entendía cómo una simple mirada podía hacerme sentir así: expuesta y excitada. Cogí la mimosa y me la bebí de un solo trago. Aunque nada era capaz de calmar el calor que se había adueñado de todo mi cuerpo.

Volví la vista hacia Arizona y Emily. Pensé que las encontraría enfrascadas en una nueva disputa, pero no fue así. Estaban mirándome con una sonrisa boba en los labios mientras subían y bajaban las cejas al mismo tiempo.

—Oh, por el amor de Dios, solo nos hemos saludado —les aclaré.

—De ahí a enrollaros sobre la mesa solo hay un paso —canturreó Arizona.

Cogí una uva del plato de mi hermana y se la lancé. Tras desayunar nos dirigimos hacia la primera actividad del viaje y, cuando quise darme cuenta, ya habían pasado nada menos que once días desde nuestra llegada. Había tanto que hacer y tanto que ver que apenas teníamos tiempo para respirar.

Algunas cosas las hacíamos por nuestra cuenta: jugar a las máquinas tragaperras, participar en partidas de póker y bailar cada noche en una discoteca distinta. Otras, como las excursiones, las habíamos reservado con antelación para visitar los lugares más emblemáticos. Una de mis favoritas fue la noche en que montamos

en helicóptero y admiramos desde las nubes el Strip de Las Vegas, la calle más famosa de la ciudad, junto a algunos de sus hoteles más icónicos, entre ellos el Luxor y el Bellagio.

Observar aquel manto de luces desde el cielo fue una experiencia inolvidable. Fue igual de increíble visitar el Gran Cañón o montarnos en la High Roller, una de las norias panorámicas más altas del mundo. Las tres lo pasamos en grande.

Mi hermana había cumplido uno de sus sueños: visitar Las Vegas. Arizona se estaba hinchando a beber cócteles y a hacer nuevos amigos, y yo estaba feliz porque Emily hubiese olvidado, aunque fuera de forma temporal, el motivo que nos había traído hasta aquí. De vez en cuando la tristeza volvía a empañar sus ojos cuando creía que nadie la miraba. Esperaba que el tiempo ayudara a cicatrizar sus heridas y que su corazón volviera a latir y confiar con la misma fuerza de antaño.

A veces, entre excursión y excursión, me cruzaba con el tío bueno del ascensor. Después de unos cuantos días, ya me había acostumbrado a nuestro particular cruce de miradas y a ese leve asentimiento de cabeza a modo de saludo. En ocasiones lo acompañaba aquella mujer rubia, de belleza clásica y con la elegancia innata de quienes han nacido entre lujos.

Hasta que, de repente, ella desapareció con la misma rapidez que el humo arrastrado por el viento. Desde entonces solo lo veía con su amigo, el que tenía escrito en la cara que era un conquistador nato. Quizá la mujer tenía compromisos que atender en otro lugar o solo había sido una aventura pasajera.

En cualquier caso, descubrirlo era la última de mis preocupaciones, y tampoco es que quisiera pensar demasiado en ello. Tenía una hermana a la que distraer, una amiga a la que controlar y un viaje del que disfrutar. Con eso me bastaba.

No obstante, al día siguiente el hombre de ojos grises volvió a cruzarse en mi camino. Y ese encuentro lo cambiaría todo para siempre.

Capítulo 4



Ocurrió después de que el hotel nos recomendara hacer una excursión en quad. La idea era dejar atrás el bullicio de Las Vegas y recorrer las dunas a toda velocidad en un vehículo todoterreno. A Emily no le entusiasmó demasiado que las palabras «vehículo», «dunas» y «velocidad» aparecieran en la misma frase. Sin embargo, Arizona y yo considerábamos que necesitaba un poco de aventura y adrenalina en su vida.

Esa mañana, un coche nos recogió en el hotel y nos llevó a las instalaciones en las que tendría lugar nuestra siguiente aventura. Allí nos pusieron un vídeo con las medidas de seguridad, nos ajustaron bien todo el equipo y dimos algunas vueltas de práctica antes de adentrarnos en el desierto.

Como éramos un grupo pequeño, nos reunieron a todos en una sala para formar a las parejas que montarían en los quads. Fue entonces cuando lo vi. A estas alturas ya había soñado más de una vez con esos ojos grises y esa cicatriz en la ceja. No obstante, lo que tenía ante mí era muy real. El tío bueno del ascensor llevaba una camisa de lino blanca con los dos primeros botones desabrochados y unos pantalones holgados.

Su amigo estaba a su lado, con unas gafas de sol que ocultaban esa mirada del mismo color que la arena. Eran el pecado de la lujuria hecho persona. Estaba segura de que, en cuanto saliéramos con nuestros vehículos, iban a provocar más de un accidente. Era imposible apartar la vista de ellos. Aunque, en mi caso, tenía

predilección por uno en particular. Siempre me habían gustado las tormentas, así que cómo no iba a interesarme un hombre que tenía una encerrada en sus ojos.

El guía organizó las parejas de forma que en cada una hubiera una persona con algo de experiencia conduciendo esos vehículos de ruedas gigantes y motores furiosos. Tomamos posiciones y, sin saber muy bien cómo, acabé formando equipo con el tío bueno del ascensor, Arizona con su amigo y Emily con uno de los monitores.

—Al fin nos conocemos. Me llamo Brad. —Mi compañero de quad me tendió la mano. Intenté no fijarme en su pelo revuelto, lo bien que le quedaba esa tenue sombra de barba a su mentón ni en lo sexi que era su voz grave y rasgada. Fracasé estrepitosamente—. En el folleto del hotel aseguran que sus instalaciones son enormes, pero no serán tan grandes cuando no paro de cruzarme contigo. Quizá ponga una queja por publicidad engañosa.

Reí mientras le estrechaba la mano. Así que debajo de todos esos músculos había un hombre inteligente e ingenioso. La verdad, habría sido más fácil mantenerme alejada de él si se hubiera insinuado de una forma más agresiva. Al parecer, ese no iba a ser el caso, ni yo iba a tener tanta suerte.

—Por mí no te cortes —bromeé—. Soy Samantha, pero todos me llaman Sam.

—Sam, me gusta... —El calor del desierto no iba a hacer que me desmallara sobre las dunas, pero quizá la sonrisa que me dedicó lo hiciera. Ese debía ser el apretón de manos más largo de la historia. Sin embargo, a ninguno de los dos nos molestó alargarlo un poco más de lo que dictaban las normas de cortesía—. Dime, ¿has montado alguna vez en quad?

—Nunca. Solo en moto. —Al final no nos quedó más remedio que separar nuestras manos.

—De acuerdo, en ese caso yo me encargo de conducir. Tú tan solo agárrate fuerte a mi espalda y disfruta del paseo. He hecho esto varias veces. No tienes de qué preocuparte.

Asentí, aunque no estaba preocupada. Me gustaban las motos y la velocidad, y no creía que pudiera pasarnos nada malo estando rodeados de tanta gente experimentada. Me aparté un momento de

Brad y le di un abrazo a Emily para animarla. Su rostro había adoptado una especie de tonalidad verdosa cuando llegó el momento de subir en los vehículos.

—Si no salgo de esta, te dejo en herencia todos los regalos de la boda que no he podido devolver —me dijo mientras uno de los monitores nos iba entregando los cascos uno a uno.

—No vas a morir —le aseguré—. De hecho, vas a pasártelo en grande. En cuanto bajes de ese vehículo, estarás deseando volver a montar en él.

Me miró un tanto escéptica, pero accedió a ponerse el casco antes de dirigirse hacia su quad. Yo también intenté ponerme el mío, aunque no conseguía ajustármelo del todo.

—Me da igual cuántas veces hayas montado en uno de estos cacharros —dijo Arizona a unos metros de distancia—. Yo conduzco, guapito.

El amigo de Brad, que según había oído se llamaba Finn, le lanzó una sonrisa seductora antes de ponerse el casco.

—Creo que me ha tocado montar con la mujer más mandona y exigente de toda Las Vegas. Me gusta. —Finn se subió al vehículo detrás de Arizona y colocó las manos en su cintura. Ella lo ignoró, arrancó el quad y lo llevó hasta la salida. Recé por aquel pobre diablo. Ser el copiloto de mi amiga era un auténtico deporte de riesgo.

Intenté colocarme el casco una vez más, pero fue inútil.

—¿Me permites? —La voz de Brad sonó a mi espalda, tan dulce y melosa, que sentí que la pregunta resbalaba por mis hombros como si fuera miel.

Me giré hacia él y, con cuidado, me colocó un par de mechones detrás de la oreja. Por un instante dejé de respirar. Juraría que sus dedos se demoraron más de lo necesario sobre mi piel. Despacio, me ajustó el casco y comprobé que seguía siendo igual de atractivo a través de la visera.

—Gracias.

Él también se puso el suyo, y las pequeñas arrugas que se formaron alrededor de sus ojos me indicaron que estaba sonriendo.

—De nada —contestó mientras nos dirigíamos hacia el vehículo que nos habían asignado.

Me ayudó a subir, se sentó delante de mí y agarró el manillar con fuerza. Me aferré con cuidado a su espalda, apenas sujetando su camisa con la punta de los dedos. Acabábamos de conocernos y no quería incomodarlo al invadir su espacio personal. Lo oí reír entre dientes.

—¿Tienes algún problema con sujetarme de la cintura? —Giró la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—¿Quién? ¿Yo? No, claro que no.

—Bien, yo tampoco. —Cogió mis manos con firmeza y se rodeó el torso con ellas. Mis dedos se encontraron con sus duros abdominales y tuve que hacer un esfuerzo para no palparlos por encima de la camisa. Dejé caer mi pecho sobre su espalda e intenté ignorar la sensación que me provocaba sentir sus piernas fuertes y atléticas contra las mías—. Mucho mejor. —Arrancó el vehículo y nos pusimos en marcha.

Fue genial sentir el viento contra la piel y atravesar el desierto como nunca imaginé que lo haría. El azul del cielo contra el marrón de la tierra formaba un contraste precioso en el que perder la vista. En cuanto salimos de las instalaciones, los vehículos formaron una línea recta, uno detrás de otro, levantando una pequeña nube de arena a nuestro alrededor mientras avanzábamos por el recorrido que habían señalizado los monitores.

Poco después comenzamos a dispersarnos y nos mezclamos sin ningún orden en particular. Emily se quedó de las últimas, ya que le había pedido a su conductor que fuera lo más lento posible. El quad de Arizona y Finn cogió velocidad y se colocó a nuestro lado.

—¡Eh, Sam, a ver quién llega antes a la meta! —gritó mi amiga a través del casco. No esperó a que le respondiéramos. Aceleró y dejó tras de sí una ligera estela de polvo marrón.

—Bien, chica del ascensor, ¿qué opinas sobre las carreras? —chilló Brad para hacerse oír por encima del motor.

Sonreí al ver que él también me había apodado de esa manera.

—Opino que, si queremos ganarles, deberías ir más deprisa.

—Buena respuesta. ¡Sujétate!

Adelantamos al resto de vehículos sin perder de vista la espalda de Arizona y Finn, que iban unos metros por delante. Solté una carcajada mientras la adrenalina corría veloz por mis venas, casi tan rápido como nosotros. Fuimos sorteando una a una las dunas y casi derrapamos cuando les dimos alcance. Sin embargo, me sentía segura con Brad al volante. Me estaba divirtiendo como nunca y le hice una peineta a mi amiga cuando la adelantamos.

Levantó el puño en alto y, aunque no podía oírla, estaba segura de que estaba insultándome a mí y a toda mi familia. Reí con más fuerza y, cuando quise darme cuenta, ya habíamos regresado a las instalaciones. El viaje duró alrededor de una hora, pero me parecieron tres minutos. Brad me ayudó a bajar del vehículo, nos quitamos los cascos y chocamos las manos en señal de triunfo, ya que habíamos sido los primeros en llegar. A continuación, fui en busca de Emily para ver cómo estaba.

—¿Te ha gustado? —le pregunté mientras ella dejaba su casco apoyado en el manillar del vehículo.

—Sí —respondió con seriedad.

—Pero no piensas volver a hacerlo.

—No.

Se me escapó una carcajada. Le pasé el brazo por los hombros y la guié con el resto del grupo. Qué podía decir, algunos estaban hechos para la velocidad y otros para mantener los pies pegados al suelo. Cuando volvimos junto a Brad, le presenté a Emily. Pero antes de que ninguno pudiera añadir nada más, escuchamos un alboroto a nuestra espalda y, sin necesidad de girarme, supe que Arizona estaba involucrada. ¿Cuándo no lo estaba?

Mi amiga y Finn se bajaron del vehículo sin dejar de discutir. Hasta un ciego podía ver las chispas que saltaban entre ellos. Una de dos: o acababan matándose el uno al otro, o acostándose allí mismo, sobre la arena.

—¿Es que quieres morir? —Finn se quitó el casco—. Porque a esa velocidad podríamos haberlo hecho.

—¡Nos estaban ganando! —Arizona se apartó un par de rizos del rostro.

—Tengo ojos en la cara, encanto. Lo sé. —Él dio un paso en su dirección—. Era la primera vez que te subías a esa maldita cosa y, a veces, no sabías ni lo que estabas haciendo. Tendría que haber conducido yo y así habríamos ganado.

—Para tu información, he conducido de maravilla. Si querías ir más despacio, la próxima vez te subes con mi abuela. —Arizona caminó hacia nosotros.

—Más quisieras tú que hubiera una próxima vez —refunfuñó Finn por lo bajo.

Habían colisionado como dos trenes de mercancías a toda velocidad, aunque, por suerte, no hubo heridos. Era muy fácil provocar a Arizona, pero sus enfados duraban lo mismo que un cóctel entre sus manos, apenas unos segundos. Por lo que pude ver, Finn tenía un carácter similar. Hacía un momento parecía a punto de estrangular a mi amiga con sus propias manos, y ahora no dejaba de lanzarle miradas que no eran de odio precisamente.

Intercambiamos nombres, saludos y presentaciones. Finn resultó ser el mejor amigo de Brad y, además, trabajaban juntos en la misma empresa. Todos congeniamos a la perfección y se creó un ambiente agradable entre nosotros. Decidimos comer juntos en un restaurante que había justo al lado y nos sentamos en una mesa metálica con sillas rojas. Toda la decoración estaba inspirada en las carreras.

La parte delantera de una moto colgaba de la pared y varios cuadros en blanco y negro mostraban a gente famosa montando en vehículos de dos o cuatro ruedas. De fondo sonaba música rock para animar el ambiente, lo que me hizo sentir como en casa. Emily presidía la mesa, Arizona y Finn se sentaron en un lado y Brad y yo en el otro. Pedimos hamburguesas con patatas fritas y varias cervezas para comer.

—Es obvio que te he dejado ganar. Pensé que deberías saber lo que era llegar a la meta antes que yo al menos una vez en la vida —aclaró Finn.

—Ya, lo que pasa es que te estás haciendo demasiado viejo para esto. —Brad le señaló con una patata frita.

—¡Solo soy dos meses mayor que tú!

—Si me hubieras dejado ir a más velocidad como te pedí... —intervino Arizona, lo que provocó que ella y Finn se enzarzaran en una nueva disputa.

Aproveché para darle un bocado a mi hamburguesa. Cuando Brad nos propuso comer con ellos no me hizo mucha gracia. No estábamos allí para confraternizar con nadie, y mucho menos con hombres. Había ido a Las Vegas con una única misión en mente: cuidar de mi hermana y hacer que se sintiera mejor tras su desengaño amoroso. Sin embargo, cuando vi que la conversación a mi alrededor era distendida y que todos bromeábamos como si fuésemos viejos amigos, me relajé.

Emily parecía encantada con la compañía de esos hombres y, si ella lo estaba, yo también. Además, no podía negar que me gustaba sentir el suave roce de la pierna de Brad junto a la mía mientras me comía una hamburguesa. Aunque sabía que eso era lo único que se iba a rozar entre nosotros.

Capítulo 5



—Bueno, ¿y qué hacen dos hombres tan guapos como vosotros en un lugar tan romántico como nuestro hotel? ¿Habéis venido con vuestras parejas? —Arizona se inclinó sobre la mesa con una sonrisa curiosa.

—Ninguno de nosotros tiene pareja —respondió Brad.

—Ah, ¿no? Pues yo diría que has estado muy bien acompañado estos días —replicó ella mientras se acariciaba la barbilla, como si fuera una detective.

Me pasé la mano por la cara. Mi amiga nunca había sido demasiado discreta y le estaba preguntando sin rodeos por la rubia con la que lo habíamos visto alguna que otra vez.

—Vaya, ¿no habéis tenido nada mejor que hacer que espiarme? —Brad enarcó una ceja, aunque su sonrisa dejaba claro que, si ese era el caso, no le había molestado en absoluto.

—Habla por ella —refunfuñé—. Arizona solo es feliz si se mete en la vida de los demás.

—¡Exacto! —reconoció la aludida sin un ápice de vergüenza—. Así que, ¿qué ha sido de tu amiguita? ¿O debería decir tu mujer, novia, amante?

—Ninguna de las tres —contestó Brad con calma—. La conocí por casualidad y solo nos estábamos divirtiendo. Igual que hago con vosotras. Estamos aquí de vacaciones y elegimos el hotel porque está en un sitio céntrico y tiene todo lo que necesitamos.

—Así que los dos estáis solteros, qué interesante. —Arizona ladeó la cabeza con aire travieso—. Nosotras también. En especial Samantha, ella es la más soltera de las tres.

Le lancé una mirada de advertencia y le di una patada por debajo de la mesa para que cambiara de tema. Mi amiga era alérgica al compromiso y no tenía el menor interés en relaciones serias o duraderas. La diferencia entre ella y Christopher era que jamás había engañado a nadie y siempre había sido honesta con los hombres con los que salía. Les dejaba claro desde el principio que no buscaba nada a largo plazo, y quienes pensaban igual aceptaban encantados.

El problema llegaba cuando intentaba hacer de celestina conmigo. Según ella, le preocupaba mi escasa vida sexual, la cual había sido bastante deficiente desde que lo dejé con mi exnovio. Así que me veía en la obligación de recordarle una y otra vez que no necesitaba a nadie más que a mí misma para darme placer. Y pensaba mantener esa premisa hasta el fin de los tiempos.

Si no había sexo, no podía haber nada más. Ni sentimientos, ni ese pequeño cosquilleo que se apoderaba de tu estómago cuando alguien comenzaba a ocupar todos tus pensamientos. Y, si no había nada de todo eso, no había boda. Me había hecho una promesa a mí misma con respecto al matrimonio. Nadie me pondría un anillo en el dedo, jamás. Pensaba cumplirlo costase lo que costase.

—¿Y a vosotras qué se os ha perdido en la Ciudad del Pecado? ¿También estáis de vacaciones? —nos preguntó Finn.

Las tres nos tensamos de inmediato. ¿Debería decirle que sí y dirigir la conversación hacia otros derroteros? Arizona y yo nos miramos con el pánico reflejado en los ojos. Sin embargo, Emily se hizo cargo de la situación.

—En realidad —dijo mi hermana tras un leve carraspeo—, estamos aquí para celebrar mi "despedida de casi casada".

Oírla decir eso hizo que se me hinchara el corazón. Que pudiera hablar del tema con unos desconocidos, es más, que pudiera bromear sobre él, era una buena señal. Poco a poco volvía a ser la que era y, aunque su luz aún no brillaba tan fuerte como antes del fatídico día de su boda, empezaba a resplandecer un poco más con cada día que pasaba.

—¿He oído mal o has dicho despedida de casi casada? —intervino Brad—. Pensaba que se llamaban despedida de soltera.

—Se les llama así cuando vas a casarte y quieres despedirte de tu soltería —le aclaró Emily—. En mi caso es justo lo contrario. Iba a casarme, pero al final no lo hice, así que lo que veis ante vosotros es nada menos que una despedida de casi casada.

Todo cobró sentido cuando me di cuenta de que mi hermana había bebido un poco más de la cuenta. No estaba ebria, pero sí en ese estado en el que a uno le costaba menos trabajo hablar de sí mismo. La Emily que teníamos delante era mucho más desinhibida y extrovertida que la Emily habitual.

Como si quisiera demostrarlo, comenzó a contarles a Brad y a Finn todo lo que le había ocurrido durante estos últimos días: desde el plantón de la boda y el descubrimiento de que su prometido estaba con otra, hasta la parte en la que Arizona y yo habíamos decidido usar su viaje de luna de miel para animarla y tratar de sanar las heridas de su magullado corazón.

—¿Sabes qué? En el fondo es mejor así. Ese tipo te hizo un favor al no casarse contigo. Está claro que no te merece —la animó Brad.

—Desde luego. —Finn dejó su bebida sobre la mesa—. El matrimonio es un asunto muy serio y no hay que tomárselo a la ligera. ¿Verdad, Brad?

Los amigos se aguantaron la mirada durante varios segundos. Siempre había sido muy intuitiva y estaba segura de que algo raro pasaba entre esos dos. Sin embargo, no tenía ni la menor idea de qué podía ser.

El camarero interrumpió mis pensamientos cuando apareció para tomar nota de los postres. Cuando retomamos la conversación, lo hicimos con varios trozos de tarta y algunas tazas de café frente a nosotros. Finn, Arizona y Emily se pusieron a hablar sobre una serie que habían estrenado en Netflix hacía poco, así que Brad y yo aprovechamos para conocernos mejor.

—¿Y en qué tipo de empresa trabajas? —le pregunté antes de meterme un trozo de tarta en la boca. Estaba buenísima. Tuve que contenerme para no soltar un gemido allí mismo. Lo que sí hice fue

relamer todo el chocolate que se había quedado adherido en la cuchara.

Los ojos de Brad siguieron hipnotizados los movimientos de mi boca y juraría que el gris de su iris se oscureció. De inmediato dejé el cubierto junto a mi plato, algo azorada. No debería mirarme así, y a mí no debería gustarme tanto que lo hiciera.

—En una de seguridad informática. —Levantó su taza de café y le dio un buen trago—. ¿Y tú?

—Soy escritora.

—Vaya. —Levantó las cejas, sorprendido.

—Sí, vaya. —Sonreí. Ese era el mismo gesto que solía hacer la gente cuando les contaba mi profesión—. En realidad, suena mucho más fascinante de lo que es. La mayor parte del tiempo estoy sentada frente al escritorio, aporreando las teclas de mi ordenador mientras me bebo una taza de café tras otra.

—Estoy seguro de que haces mucho más que eso —dijo con complicidad.

Me gustó que no menospreciara mi trabajo. No era cuestión de enlazar un puñado de palabras. Había que dotarlas de significado y alma. Conseguir sacarte una sonrisa o robarte una lágrima. Amaba a todos los libros por igual, tanto los que invitaban a reflexionar como los que buscaban ser un mero entretenimiento y ayudarte a desconectar del día a día. Él lo entendía. Lo vi en sus ojos. Lo sentí en el pecho.

—¿Sobre qué género escribes? —se interesó.

—Mis primeros libros eran de romance, pero después me pasé al suspense o la novela negra.

—Vaya, es un cambio importante. ¿Cómo pasaste de los finales felices a los asesinatos sin resolver?

—Digamos que ya no me sentía cómoda escribiendo historias que terminaban bien.

Pensé en las personas con las que mis padres habían estado solo para lastimarse el uno al otro, y en todas las relaciones fallidas que había presenciado o vivido a lo largo de mi vida. Con el tiempo comprendí que los finales de cuento de hadas no estaban hechos para mis novelas. Ni para mí.

Preferí no mencionar que, durante el último año, estaba atravesando un bloqueo creativo monumental. Aquello era demasiado personal para sacarlo a colación con un desconocido. Aunque fuera uno con el que se podía hablar.

Cambiamos de tema y descubrí que teníamos varias cosas en común. A los dos nos encantaba el *rock,* solíamos vestir con colores oscuros, íbamos con regularidad al gimnasio y queríamos darle una paliza a Christopher. Me encontré sonriendo más de una vez, incluso llegué a olvidarme del postre. Madre mía, ese hombre me gustaba. Y no debería hacerlo. No podía olvidar el motivo que me había llevado hasta allí. No era yo la que tenía que dejarse llevar en este viaje, sino mi hermana.

Le pedimos la cuenta al camarero y, justo entonces, nos percatamos de que solo nos quedaban tres días antes de volver a casa. Casualidades de la vida, los chicos también se marchaban el mismo día que nosotras, así que el ambiente se ensombreció en cuestión de segundos. Para qué negarlo, no nos habría importado regresar un poco más tarde al mundo real.

—Que el ánimo no decaiga, chicos. ¡Tengo una idea! —Arizona golpeó la mesa con la palma de la mano. Debía ser una idea muy buena—. ¿Por qué no salimos esta noche juntos? Lo pasaremos el doble de bien.

Abrí la boca para rebatirle, pero Emily se me adelantó:

—Brad, Finn, si queréis, podéis acompañarnos a celebrar mi despedida de casi casada. Estáis oficialmente invitados —les informó con una enorme sonrisa.

Maldita sea, no podía contradecirla. Estábamos aquí para que se divirtiera y dejara de pensar en Christopher y en iglesias vacías. Estaba a su disposición durante estos quince días y, si lo que quería era pasar una noche de desenfreno en compañía de esos hombres, tendría que aceptarlo. Aunque cabía la posibilidad de que ellos ya tuvieran planes y rechazaran su oferta. Aún había esperanza.

—Claro, ¿por qué no? Será divertido —contestó Brad. Sus palabras iban dirigidas a la mesa en general, pero sus ojos no se apartaron de los míos mientras las pronunciaba.

Genial, adiós a mi estabilidad emocional aquella noche. Seguro que Arizona y Emily ya tenían un plan en mente. Lo más probable era que intentaran desinhibirme con un par de cócteles. Luego me echarían el típico sermón sobre que ya era hora de que pasara página y, por último, me obligarían a bailar con Brad.

Y cuando estuviera entre sus brazos todo sería posible, porque él era el hombre más guapo y divertido que había conocido en mucho tiempo, y yo solo era un ser humano. Uno que además tenía debilidad por los músculos, los ojos grises y las conversaciones inteligentes. ¿Y quién tenía todo eso? Nada menos que el hombre que estaba sentado a mi lado.

—Podríamos empezar la noche en la discoteca del hotel para ir calentando motores y después salir en busca de aventuras. Conozco unos cuantos sitios que os van a encantar. —Finn nos dedicó su mejor sonrisa y la camarera que estaba atendiendo a la mesa de al lado se desmayó con un sonoro suspiro.

—Por mí bien. ¡Vamos a pasarlo en grande! —Arizona levantó el puño en un gesto triunfal.

Reprimí el impulso de tirarme del pelo. Estaba cansada de que unieran fuerzas para buscarme a alguien con quien emparejarme. Mi amiga era cabezota y le costaba trabajo aceptar un no por respuesta, mientras que Emily parecía haber olvidado de golpe la maldición que impedía a los miembros de nuestra familia encontrar el amor y ser felices para siempre.

—¿Qué te parece el plan, Sam? —me preguntó mi hermana.

—Bueno, supongo que cuantos más seamos, mejor. —No quería que Brad pensase que esta noche tenía alguna posibilidad conmigo, pero era difícil negarme cuando a todos les entusiasmaba tanto la idea.

Regresamos en el mismo coche. Nuestros nuevos amigos nos propusieron quedar después de cenar en la discoteca que había en la última planta del hotel. Nos separamos en el ascensor y, en cuanto Arizona, Emily y yo cerramos la puerta de nuestra habitación, solté un profundo suspiro.

Estaba convencida de que, cuando conociera mejor a Brad, descubriría que detrás de esa fachada encantadora al final no era

más que otro hombre que intentaba aprovecharse de mí. Lo único que no entendía era por qué la idea de volver a verlo, aunque solo fuera para demostrarles que yo tenía razón respecto a él, aceleraba de forma incontrolable los latidos de mi corazón.

Capítulo 6



Cuando llegamos a la discoteca, Brad y Finn ya nos estaban esperando. La pista de baile estaba llena y los cócteles iban de mano en mano. Arizona y Emily habían insistido en que me arreglase más que de costumbre. Solía escribir en casa, por lo que mi uniforme de trabajo consistía en llevar ropa cómoda y un lápiz en la cabeza para sujetarme el pelo.

Sin embargo, cuando me miré en el espejo de nuestra *suite* , me gustó lo que vi. Llevaba un vestido negro que quedaba justo por encima de las rodillas, y Emily había resaltado el azul de mis ojos con un maquillaje sutil pero efectivo. Incluso mis *piercings* parecían brillar más que de costumbre.

Habría estado bastante satisfecha con mi aspecto, si no fuera porque Arizona había insistido en que nos pusiéramos esas ridículas diademas. Y con ridículas quería decir que tenían dos muelles, uno a cada lado, de los que colgaban unos pequeños y nada discretos penes.

A mi amiga se le había metido entre ceja y ceja que, si en las despedidas de soltera todas las invitadas, y en especial la novia, llevaban algo significativo, en nuestra despedida de casi casada también deberíamos hacerlo. Al principio me pareció una buena idea, sobre todo cuando pensé que llevaríamos camisetas a juego. Pero cuando sacó esas tres abominaciones de la maleta...

—Vamos, Sam, alegra esa cara y deja de preocuparte por las diademas —me aconsejó Arizona.

Refunfuñé por lo bajo y me crucé de brazos. Para ella era fácil decirlo. Con ese vestido de lentejuelas cualquier hombre caería rendido a sus pies, aunque llevara un jardín de penes en el pelo. Emily se tapó la boca para ocultar una sonrisa. Su top plateado brillaba entre las sombras. Estaba preciosa.

Nuestra amiga nos guio hacia el interior de la discoteca. Olía a fiesta y desenfreno. Había luces de neón por todas partes, una enorme pista de baile y, junto a la pared, una barra en la que varios camareros corrían de un lado a otro para atender a los clientes lo antes posible. De fondo sonaba una canción pegadiza y la gente movía sus caderas con más entusiasmo que de costumbre. Y hablando de caderas, dirigimos las nuestras hacia los dos hombres que nos esperaban junto a la barra.

Ambos llevaban una camisa oscura, aunque Brad siempre vestía con un toque desenfadado que me volvía loca. Pequeños detalles que no me pasaban desapercibidos. Como que llevara el pelo despeinado y un poco más largo de lo que dictaba la moda, las pulseras de cuero que colgaban de una de sus muñecas, o que siempre dejara los dos botones superiores de su camisa desabrochados.

—Me gusta tu diadema —dijo Brad a modo de saludo—. ¿Hay de mi talla?

—Espera, todavía nos has visto lo mejor. —Apreté un botón en el lateral de la diadema y los dos penes se iluminaron de forma intermitente—. Voy a pedirme una copa. Necesito olvidar lo antes posible que llevo esto en la cabeza.

—Déjame adivinar, ¿ha sido idea de Arizona? —preguntó mientras llamaba a un camarero.

—Ya nos vas conociendo.

A partir de ahí todo fueron risas y bromas, aunque después de tomarme el segundo cóctel decidí dejarle las cosas claras a Brad:

—No vamos a acostarnos —solté a bocajarro.

Arizona y Emily habían obligado a Finn a que bailara con ellas, por lo que aún estábamos solos.

—No he dicho que lo fuéramos a hacer —contestó con tranquilidad.

—¿No quieres?

—Claro que quiero. Pero no lo he dicho. —Sonrió de una forma que hubiese hecho que hasta la más puritana de las monjas se pasara al lado oscuro.

—¿Y qué quieres entonces?

—Charlar, bailar, disfrutar de tu compañía y de un poco de coqueteo inocente. Nada más. Lo prometo.

—Bien, porque eso es lo único que puedo darte. —Apuré la copa de un solo trago.

Lo decía en serio. Jamás volvería a confiar en un hombre. ¿ Cómo hacerlo si estábamos allí porque habían dejado plantada a mi hermana en el altar? En ese momento, no tenía en muy alta estima al género masculino. Antes de que Brad pudiera responder, Arizona y Emily vinieron a buscarme para que bailara con ellas.

Nos contoneamos en medio de la pista durante lo que me parecieron horas mientras los ojos de Brad acariciaban cada una de mis curvas. Le había dicho que no pasaría nada entre nosotros y, sin embargo, estaba bailando para él. Solo para él. Quizá Arizona tenía razón y mi cuerpo tenía ciertas necesidades que mi corazón se negaba a darle. Dejé de pensar en ello cuando las manos de Brad se anclaron en mi cintura.

Seguimos bailando juntos y el resto del mundo desapareció a nuestro alrededor. Solo existían nuestras caderas entrelazándose sin descanso, el roce de nuestras manos, las luces que dibujaban pequeños círculos en nuestra piel y la posibilidad de un *quizá* si no me hubieran hecho tanto daño en el pasado. Cada vez me costaba más que la lógica se antepusiera al deseo. Aun así, estaba decidida a no dejarme llevar por los anhelos de mi piel. O al menos, a intentarlo.

—Es una lástima que no nos hayamos conocido antes, al inicio de nuestro viaje —murmuró junto a mi oído—. Ojalá haber tenido más tiempo.

—¿Para romperme el corazón? —Le agarré por la nuca.

Recordé a Joseph. Mi exnovio también parecía el mejor tipo del mundo cuando lo conocí y se le daba muy bien bailar. Quizá ese fue el problema. Estaba tan ocupada mirándolo a los ojos mientras bailábamos, que cuando su mano derecha cogió un cuchillo para clavármelo en la espalda, ya era tarde.

—No, Sam, romper corazones no es lo mío. Pero sí que me habría gustado tener más tiempo para hacer esto. —Me atrajo hacia su duro cuerpo—. Y esto. —Se inclinó sobre mi cuello y depositó un delicado beso bajo mi oreja.

Intenté que no se escapara ningún gemido de mi garganta. Esa era una de mis zonas más sensibles y, si él lo descubría, estaría perdida.

—Tengo que... ir al baño. —Me separé con torpeza de sus brazos antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirme.

Jamás me había costado tanto resistirme a un hombre.

Necesitaba un respiro, cualquier excusa para recomponerme. Me di la vuelta y la música me envolvió mientras buscaba con la mirada a Emily y a Arizona. Como si hubiéramos pensado lo mismo, me hicieron una señal con la cabeza antes de dirigirse a los servicios y las seguí sin pensármelo dos veces.

Una vez dentro, aprovechamos para retocarnos el maquillaje. Fui la última en salir y, antes de reunirme con ellas, me fijé en que nuestros acompañantes discutían en el pasillo contiguo.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Finn—. No tenemos que seguir con toda esta locura. Quizá no valga la pena.

—Claro que la vale —dijo Brad con la mandíbula apretada y el cuerpo tenso—. A mí tampoco me hace gracia todo este asunto, pero sabes tan bien como yo que no hay otra opción. Será ella o ninguna.

—Lo tienes muy claro, por lo que veo.

—Fuiste tú quien me sugirió venir a Las Vegas y se ofreció a acompañarme —le recordó Brad—. ¿ Estás conmigo en esto o no?

Su amigo le sostuvo la mirada durante varios segundos antes de soltar un suspiro resignado.

—Siempre —respondió.

Me di cuenta de que la conversación había terminado y que yo seguía de pie en mitad del pasillo. Me giré de inmediato para salir de allí. No quería que me vieran y pensaran que los estaba espiando.

En ese momento una chica se metió a toda prisa en el baño y me empujó sin contemplaciones. A estas horas la discoteca estaba llena, así que reboté en tres personas distintas antes de estrellarme contra el duro y amplio pecho de Brad.

—Te tengo, Sam. —Me sujetó por los hombros para que no cayera de bruces al suelo.

—Gracias. Quién iba a decir que entrar y salir del baño de mujeres era un deporte de riesgo. —Recordé la extraña conversación que acababa de presenciar—. ¿Va todo bien?

—Claro. Solo discutíamos sobre cuál debería ser la siguiente discoteca a la que vayamos. Pero ¿sabes qué? Da igual por dónde empecemos. Al final de la noche las habremos recorrido todas. —Ladeó una sonrisa y sus manos resbalaron hasta mi cintura para guiarme de nuevo hacia la pista de baile.

Ya habíamos entrado en calor y, tal y como acababa de decir, tocaba expandirse a nuevos horizontes y bebernos la noche en cualquier otro lugar de Las Vegas.

Capítulo 7



A partir de ahí todo se volvió una maravillosa locura. Ni siquiera eran las diez cuando ya había perdido la diadema. A Emily se le rompió y terminó con un solo pene bailando sobre su cabeza. La única que seguía intacta era la de Arizona, la cual no había dejado de iluminarse desde que salimos del hotel. Aunque, en realidad, todo brillaba en Las Vegas al caer el sol. Como si a la gente que vivía allí no le gustase la oscuridad.

Pedimos algo de beber en la segunda discoteca en la que entramos. Arizona y Finn discutían cada cinco minutos, y cada diez se ponían a bailar tan pegados que apenas sabía dónde empezaba uno y terminaba el otro. Emily había conocido a una chica que también estaba allí después de una ruptura, y las dos hablaban junto a la barra, criticando a sus ex y haciendo un brindis cada dos por tres.

Mentiría si dijera que no estaba pasándomelo bien. Pero no solía frecuentar locales que se llenaban tanto y hubo un momento en el que me agobié. Necesitaba salir a tomar aire y pasar cinco minutos sin que ningún brazo, o cualquier parte del cuerpo sudorosa de otra persona, me rozara. A Brad le bastó una sola mirada para saber lo que necesitaba.

—Ven, Chica del Ascensor. Salgamos de aquí.

—Pero mi hermana y Arizona... —dudé.

—Están bien. La única que no lo está eres tú. Y sé qué hacer para remediarlo. —Me tendió la mano.

Lo miré con atención. Busqué en su rostro cualquier indicio que me hiciera sospechar de sus intenciones. Sin embargo, no conseguí ver nada malo en sus ojos grises.

—¿Me prometes que no vas a matarme y a tirar mi cuerpo al río más cercano?

Su sonrisa se amplió.

—Te lo prometo.

Tendría que bastarme. No lo conocía lo suficiente, pero si tenía intención de matarme, no creía que su plan fuera hacerlo en mitad de Las Vegas, con un millón de luces y ojos a nuestro alrededor. Le cogí la mano y me sorprendió lo bien que encajaban nuestros dedos. Me sacó de allí en cuestión de segundos y, en cuanto la puerta se cerró tras nosotros y la brisa nocturna me azotó el rostro, sentí que podía respirar de nuevo.

—¿Mejor? —se interesó cuando nos alejamos unos pasos de la discoteca.

—Mucho.

Los edificios que nos rodeaban parecían estar hechos de luces y cárteles. Allí donde miraras todo era llamativo y tentador. Incluso Brad, quien seguía sin soltarme la mano.

—¿Confías en mí? —me preguntó.

—Tanto como se puede confiar en un hombre que me ha llevado en quad, me ha invitado a dos copas y unos cuantos chupitos, y ha lamentado más que yo la pérdida de mi diadema pecaminosa.

—Eh, era una gran diadema. —Me señaló con el dedo índice y me arrancó una sonrisa—. Por suerte para ti, ese es el grado exacto de confianza que necesito para llevarte a un lugar muy especial. ¿Qué me dices, Chica del Ascensor? ¿Te apuntas? Está a solo unas calles de aquí.

No sabía si era por los chupitos que acababa de tomarme, mi amor innato por las travesuras o que el espíritu de Las Vegas me había poseído, pero en ese momento le hubiera dicho que sí a cualquier cosa.

—Me apunto.

Brad tiró de mi mano y echamos a correr entre risas y transeúntes que fotografiaban cada rincón de la ciudad. El mundo comenzó a

girar a mi alrededor. Los edificios y las atracciones de feria se mezclaron hasta convertirse en una masa borrosa de luces y hormigón, pero no dejé de correr en ningún momento.

No solo porque era divertido, sino porque era lo más cerca que había estado nunca de volar con los pies en el suelo, de sentir la inspiración que llevaba meses sin visitarme corriendo veloz por mis venas, de notar el corazón latiendo con fuerza bajo mi pecho, a pesar de que estaba roto y maldito. Lo más cerca que había estado de vivir en mucho tiempo.

Nos detuvimos junto a una barandilla para recuperar el aliento y dejar que nuestras respiraciones se calmaran poco a poco. Jamás me había alegrado tanto de no llevar tacones. Tenía el pelo azul alborotado, el rímel un poco corrido y se me habían pegado tres chicles y un par de colillas en la suela de los zapatos. No habría podido importarme menos.

Una vez que mi pulso volvió a latir a un ritmo normal, miré a mi alrededor. Junto a nosotros había un hotel con una réplica de la torre Eiffel cubierta de luces doradas, como si dentro de ella se escondiera el sol.

—Es muy bonito.

Supuse que era lo que quería enseñarme.

—Lo es, pero aún no has visto lo mejor. Para eso tendrás que seguir mis indicaciones.

—Qué misterioso. Muy bien, tú dirás.

—Primero, gírate. —Me cogió de los hombros y lo hizo él mismo—. Ahora, apoya los codos sobre esta barandilla para que estés más cómoda.

Lo hice sin rechistar. Estaba expectante y quería descubrir a dónde nos llevaría todo esto.

—¿Y ahora?

Acercó su pecho a mi espalda y se inclinó sobre mi oído.

—Ahora tan solo tenemos que esperar.

Varias personas se apoyaron en la barandilla donde estábamos nosotros, a unos metros de distancia, como si todos buscáramos un poco de intimidad. Un segundo después sonó una melodía y un montón de chorros de agua volaron a mi alrededor. Estaba tan

absorta en Brad, Las Vegas y en todas las emociones que me recorrían de arriba abajo, que no me había percatado de que estábamos frente a las fuentes del Bellagio, uno de los espectáculos más hermosos de la ciudad.

Sonreí como una niña pequeña la mañana de Navidad y observé maravillada cómo las canciones se adaptaban al juego de luces y agua que lanzaban las fuentes. Brad seguía detrás de mí y apoyó sus manos a ambos lados de mi cuerpo para sujetarse a la barandilla. Pensé que esa era la primera vez que estábamos solos, sin Arizona, Emily o Finn.

De repente todo me pareció demasiado íntimo. Me tensé de pies a cabeza y Brad lo notó. Colocó su mano sobre la mía y empezó a trazar pequeños círculos sobre mi piel con el pulgar. Siempre había pensado que, si fuera un libro, sería uno enrevesado. De los que nadie quería leer y, al final, solo servían para sujetar una de las patas cojas del sofá. Pero con él no me sentía así. En absoluto.

A pesar de lo poco que nos conocíamos, parecía que podía leerme a la perfección. Como si fuera la historia más bonita del mundo y estuviera deseando devorar sus páginas una a una, hasta que no le quedara más remedio que aceptar que todo lo que empieza también acaba. Incluso los mejores libros.

Las fuentes lanzaron agua a varios metros de altura, como si quisieran mojar las estrellas. El espectáculo terminó y la gente que se había arremolinado a nuestro alrededor dejó de grabar con sus móviles; algunos incluso aplaudieron. Me giré hacia mi acompañante. Mi propio espectáculo hecho de piel y huesos.

—Ha sido increíble. Gracias por traerme.

—De nada. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, con tanta delicadeza que, por un momento, creí que lo había imaginado.

Antes de que pudiera retirar la mano, la sostuve contra mi mejilla. En ese instante todo era perfecto: las luces que nos rodeaban, la réplica de la torre Eiffel a nuestra espalda, la música de fondo que arropaba a Las Vegas al caer la noche. Ya no escribía novelas románticas, pero el ardor de su mirada me alentaba a dar vida a cien poemas de amor.

Mi cuerpo despertó al calor de su cercanía, al igual que mi inspiración. Cuando Joseph se marchó de mi piso no solo me robó lo más valioso que tenía, también se llevó a mis musas. Brad me provocaba el efecto contrario. Encendía en mí el deseo de escribir durante horas y volcar en mi ordenador todo ese fuego que provocaba bajo mi piel.

El tacto de sus dedos plantó una semilla en mi estómago que germinó hasta convertirse en una bella historia que me moría por contar. Durante un instante me imaginé en un universo paralelo donde acercaba mis labios a los suyos y convertíamos una sola noche en una eternidad.

Encontraríamos en la boca del otro lo que habíamos estado buscando durante toda la vida y nos intercambiaríamos los números de teléfono. Conocerlo en Las Vegas no se convertiría en un dulce recuerdo, sino en el principio de nuestra historia. Hasta que recordé que, en mi caso, el amor siempre había sido sinónimo de sufrimiento. Mi anterior pareja se había encargado de que no pudiera entregar mi corazón sin desconfianza ni inseguridades. Además, los Larsen no estábamos hechos para el amor.

—Deberíamos volver con los demás. —Coloqué mis manos sobre su pecho para apartarlo con suavidad.

—¿Estás segura?

Mis certezas se tambalearon durante unos agónicos segundos.

—Sí, lo estoy.

—En ese caso... —Me ofreció su mano y volví a entrelazar nuestros dedos por segunda vez esa noche. La última de mi vida.

Regresamos a la discoteca en un silencio cargado de tensión y deseo insatisfecho. Nuestros amigos y mi hermana estaban en la pista de baile, justo donde los habíamos dejado antes de nuestra pequeña escapada a las fuentes del Bellagio.

Bebimos más chupitos y, con el transcurrir de las horas, el tequila se adueñó de mi cuerpo. Llegó un punto en que todo se volvió borroso. A veces era consciente de lo que hacía, y otras me perdía en un limbo hecho de sonrisas y alcohol.

Un montón de imágenes pasaron ante mis ojos, como si estuviera viendo una película. Pero la protagonista era yo.

Una oficina, un hombre pidiendo mi identificación y mi firma en un documento. Una capilla, un tipo disfrazado de Elvis y una ceremonia de lo más extraña. Y, después, se cernió sobre mí la más absoluta oscuridad.

Los rayos de sol me golpearon sin piedad a través del enorme ventanal de la habitación. Intenté abrir los ojos, pero fracasé, así que me limité a levantar muy despacio el párpado derecho. No recordaba nada de lo que había pasado la noche anterior, pero al menos estaba en nuestra *suite* . O en lo que quedaba de ella.

Había zapatos y ropa en los rincones más inesperados, como el vestido de lentejuelas que colgaba del ventilador. Estaba rodeada por un pequeño ejército de copas vacías y el suelo estaba cubierto por una fina capa de confeti. El aire olía a alcohol barato y a fiesta fuera de control.

Nunca me había dolido tanto la cabeza. En mis veintiocho años jamás había experimentado una resaca tan intensa. Abrí los ojos con un esfuerzo sobrehumano. ¿Quién me mandaba a mí tener una noche de diversión y desenfreno en Las Vegas? Ahuequé la almohada, me incorporé y me recosté contra ella.

—¿Sam? ¿Qué ha pasado? —preguntó Emily al sentarse a mi lado. Ambas teníamos el pelo revuelto y la misma expresión confusa en el rostro.

—Eso mismo me pregunto yo. —Me percaté de que seguíamos con la misma ropa de anoche—. ¿Dónde está Arizona?

—Creo que sigue en el baño. Quería probar la ducha con hidromasaje cuando volvimos de la discoteca, pero terminó dormida en la bañera, abrazada a una pastilla de jabón. —Soltó una risita al recordarlo.

—Por supuesto que sí —resoplé.

En ese momento oímos pasos en el salón y Arizona apareció en la habitación con cara de pocos amigos. El pintalabios se le había corrido por toda la barbilla y su cabello estaba hecho un desastre, como si sus rizos tuvieran vida propia.

—¿Alguien tiene idea de lo que pasó anoche? —preguntó con la voz más ronca de lo habitual.

—No. Bienvenida al club de las amnésicas —contesté mientras me masajeaba las sienes con fuerza.

—Bueno, podría haber sido mucho peor —intentó animarnos Emily —. Al menos hemos despertado con todas nuestras extremidades en su sitio y en nuestra *suite* . Nada que no se arregle con una ducha, un ibuprofeno y doce horas de sueño.

—Eso díselo a Sam. Por lo que veo, se llevó la peor parte. —Mi amiga chasqueó la lengua con disgusto.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño y el dolor de cabeza se acentuó.

Arizona se sentó en la cama y alzó mi mano para que las tres pudiéramos verla con claridad. Me sorprendió descubrir una sortija que antes no estaba allí.

—Sam, ¡te has casado!

El corazón comenzó a latirme a una velocidad alarmante, se me secó la boca y sentí el irrefrenable impulso de vomitar. No podía ser. Me había hecho una promesa a mí misma, al mundo, al universo: no iba a casarme nunca. Y mucho menos en Las Vegas, y sin saber con quién. Intenté quitarme el anillo, pero estaba atascado en mi dedo anular.

—¡Enhorabuena! —Emily me abrazó. Vale, la situación se nos estaba yendo de las manos y, por lo visto, mi hermana seguía un poco achispada.

—Parece de plástico. —Observé la sortija con detenimiento—. No creo que sea un anillo de boda. Quizá me lo regalaron en alguna de las discotecas a las que fuimos. No es difícil hacer amigos en Las Vegas cuando llevas unas cuantas copas encima.

—No lo creo, los hechos hablan por sí solos —señaló Arizona—. Lo llevas en el dedo anular y es el típico anillo de boda. Sencillo, dorado...

—Tiene razón —convino Emily—. Cuando Christopher y yo nos comprometimos, visité muchas joyerías y vi un millón de alianzas. Créeme, puedo reconocer una en cuanto la veo. Aunque esta deja mucho que desear.

—Y lo más importante —añadió nuestra amiga—, hay un estuche y un ticket de compra sobre tu mesita de noche, lo que refuerza

nuestra teoría.

—¿Qué? —Me giré de inmediato y, con las manos temblando, leí el ticket—. Al parecer lo compramos en una máquina expendedora que había junto a una... capilla. —Solté el papel de golpe, como si me quemara, y me levanté de la cama—. No puede ser. A lo mejor solo es una broma, algo que compramos por diversión.

—¿Y si intentamos recordar lo que pasó anoche? —propuso Emily —. Quizá, si tiramos del hilo, logremos aclararlo todo.

—Lo único que recuerdo es que no dejamos de bailar y beber en toda la noche —respondí con frustración.

—Fuimos a un par de discotecas —añadió Arizona—. En una de ellas tuviste que salir a tomar aire y, cuando regresaste, todo comenzó a volverse borroso. Espera, recuerdo a un tipo vestido de Elvis, pétalos de rosa... Sam, puede que realmente te hayas casado.

Me negaba a creerlo, aunque lo poco que recordaba encajaba con su versión. En mitad del momento de pánico, llamaron a la puerta y nos sobresaltamos.

—Esto es ridículo, no me he casado. —Caminé hasta la puerta y la abrí.

Me encontré con Brad y Finn. Iban impecables, como si en lugar de haber compartido con nosotras una noche de locura y desenfreno, hubieran dormido diez horas seguidas. Tenían el cabello húmedo, así que supuse que acababan de salir de la ducha, y se habían cambiado de ropa. Nuestro aspecto, en comparación, era deplorable.

—Tenemos un problema —dijo Brad al entrar. Cerró la puerta tras ellos, levantó la mano y me mostró su anillo. Sin duda era la pareja del mío—. Creo que nos hemos casado.

Capítulo 8



—Vaya, al final sí que tengo que felicitarte —insistió Emily. La miré con los ojos entrecerrados—. O bueno, quizá no. Las felicitaciones están un poco sobrevaloradas.

Finn se apoyó en la pared, cruzándose de brazos junto a mi amiga.

—Arizona —la saludó con una inclinación de cabeza apenas perceptible.

—Finn —respondió ella con indiferencia.

—¿Qué tal has dormido?

—Maravillosamente sola, gracias.

—Qué curioso, anoche no te gustaba tanto esa soledad de la que hablas. —Sonrió con descaro—. Después de besarme, me invitaste a vuestra *suite* , pero me despedí en la puerta como el caballero que soy.

—¿Qué acabas de decir? —Ella se llevó una mano al pecho, como si la hubiera ofendido de la peor forma posible. Brad, Emily y yo los mirábamos atónitos a unos metros de distancia—. O estás mintiendo o no fue un beso especialmente memorable, porque no lo recuerdo —le soltó—. Y si por algún milagro es cierto, no te creas tan especial. Por si no te has dado cuenta, anoche no estaba en mis cabales y...

—Ya, ya, siento interrumpirte —dijo Finn, aunque a juzgar por su sonrisa no se arrepentía en absoluto—. Pero será mejor que me rompas el corazón en otro momento. Ahora tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos, como la boda de nuestros amigos.

Todos los ojos que había en la habitación se clavaron en Brad y en mí. Había llegado la hora de resolver este asunto.

—¿De verdad nos hemos casado? —le pregunté a mi supuesto marido. Pensé que esa pregunta era tan buena como cualquier otra en estas circunstancias—. Nunca bebo tanto como para perder el control y olvidarme al día siguiente de todo lo que ha pasado. Habrá sido un error.

—Me temo que no, Sam. —Dio un paso en mi dirección—. Tengo pruebas que lo demuestran, y no me refiero a los anillos.

Sacó su teléfono y lo puso frente a mi rostro. Un segundo después, estábamos rodeados por nuestros amigos y mi hermana. Todos observábamos la pantalla del móvil donde, en teoría, estaba la prueba de que nuestro matrimonio era tan real como mi resaca.

Puso un vídeo de nuestra boda en una pequeña capilla, con un tipo vestido de Elvis oficiando la ceremonia. Y ahí estábamos nosotras. Daba la impresión de que Emily, Arizona y yo competíamos por ver quién iba más perjudicada.

En mi caso, tenía las mejillas encendidas y una sonrisa estúpida que dejaba claro que no era capaz de coordinar mis pensamientos. Mi hermana y mi mejor amiga estaban a mi lado, ejerciendo de damas de honor. Intentaban hacerlo lo mejor posible, aunque era evidente que se mecían de un lado a otro.

Brad, por su parte, se mantenía sorprendentemente sereno frente al altar. El brillo de su mirada delataba que había tomado unas cuantas copas de más, sin embargo, no parecía tan borracho como nosotras. O, quizá sí lo estaba y sabía disimularlo mucho mejor. Finn permanecía a su lado, pero no pude descifrar bien su expresión puesto que tenía la vista clavada en el suelo, como si aquella moqueta fuera lo más interesante que había visto en mucho tiempo.

Antes del Sí, quiero me entró la risa, tropecé con mi propio pie y Brad me sujetó por la cintura para evitar que cayera. Muy bien, ya había visto suficiente.

Me tembló el párpado derecho y miré a Brad mientras el vídeo seguía reproduciéndose.

—El matrimonio en Las Vegas no cuenta. ¿Verdad? —le pregunté.

—Tanto como en cualquier otro sitio —contestó mucho más tranquilo y entero que yo. Me dieron ganas de agarrarlo por los hombros y zarandearlo para que reaccionara de una vez. Por el amor de Dios, ¡nos habíamos casado!

Volví a centrarme en el vídeo. ¿ El matrimonio era válido si dabas tu consentimiento estando borracha como una cuba? Para mi desgracia, parecía que sí, al menos en esa capilla en concreto.

Cerré los ojos un instante, mientras la vergüenza y el arrepentimiento me quemaban por dentro. Me había prometido a mí misma que jamás me casaría, y ahí estaba, con un anillo en el dedo por el poder que Dios le había conferido a Elvis. En parte, me merecía todo lo que me estaba sucediendo, por no ser una mujer de palabra. Aunque en mi defensa diré que lo hice bajo el influjo del alcohol, Las Vegas y un hombre que no poseía un físico de este mundo.

—No creías en el matrimonio y has acabado casada con el tío del ascensor. Qué decepción, Sam —se burló Arizona.

—No te habré decepcionado tanto cuando tú fuiste mi dama de honor.

—Porque no me quedaría más remedio —protestó—. Estoy segura de que intenté impedir esa boda con todas mis fuerzas.

—¿Tú crees? —Señalé la pantalla del móvil.

En ese momento aparecía una Arizona desatada en la capilla. No dejaba de gritar: ¡» pero bésalo ya que es para hoy!« , mientras nos lanzaba a Brad y a mí un montón de pétalos de rosa que iba sacando de una cesta de mimbre, sin venir a cuento. Justo antes de que Emily y Finn aplaudieran.

Miré a las dos traidoras con el ceño fruncido. Emily parecía arrepentida y Arizona le quitó importancia con un gesto de la mano. » Ten amigas y hermanas para esto« . El vídeo continuó unos segundos más. Brad y yo nos hicimos una foto con Elvis y mi amiga se dio un morreo con Finn.

—Bueno, ya hemos visto suficiente. —Arizona apagó el móvil y se lo devolvió a Brad.

—Yo tengo una copia, por si quieres que terminemos de verla a solas —le sugirió Finn de forma sugerente.

—Ni en tus mejores sueños —refunfuñó ella.

—Creo que tenemos que hablar y buscar una solución —me propuso Brad una vez que se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Claro que hay una solución. Tenemos que pedir la anulación de inmediato —dije. Para mí era evidente.

—En realidad..., puede que haya otra opción —me susurró al oído.

—No, no la hay. —Quería anular este matrimonio y quería hacerlo ya. Pero antes de poder dejárselo bien claro, me di cuenta de que Brad aún llevaba la alianza en el dedo—. ¿Por qué la llevas puesta? ¿Tú tampoco puedes quitártela?

—Algo así. —Cabeceó y todo ese asunto empezó a darme mala espina.

—Brad, ¿qué demonios está ocurriendo? Si hay algo más que deba saber, este es el mejor momento para contármelo —dije.

—Es el momento, pero no el lugar. ¿No podríamos hablar en un sitio más privado? ¿En mi habitación, por ejemplo? Está solo dos plantas más abajo.

—Ni hablar. Tú no te vas con ella a ningún sitio. —Emily se plantó entre ambos como la hermana sobreprotectora que era—. ¿Cómo sé que no quieres hacerle daño?

—Soy su marido, se supone que debo protegerla. —Ladeó una sonrisa.

—¿Estás seguro de que no puedes decírmelo delante de Emily y Arizona? Estamos hablando de mi hermana y mi mejor amiga, confío en ellas —le aseguré.

—Lo sé. Finn también es como mi hermano. Pero, créeme, es mejor que lo hablemos en privado —insistió.

Asentí con la cabeza. Al fin y al cabo, ¿qué otra opción tenía? Cuanto antes acabáramos con todo esto, antes podría anular el matrimonio, preparar las maletas y volver a casa.

—Dame un segundo. —Fui al armario y me puse unas zapatillas deportivas. Después me dirigí al cuarto de baño, donde me lavé la cara y los dientes en un tiempo récord. Miré mi reflejo en el espejo y no me gustó demasiado lo que vi, sin embargo, no tenía tiempo para nada más. Tenía que resolver una emergencia. La de mi boda.

Cuando volví al dormitorio, Brad me estaba esperando junto a la puerta. Los demás habían tomado asiento en las sillas que rodeaban la mesa.

—Bien, ya podemos ir a tu habitación —dije antes de soltar un suspiro resignado.

No me apetecía abandonar la seguridad de mi cuarto, pero era consciente de que nuestro enlace era un tema delicado y de que quizá él no se sentía tan cómodo como yo hablándolo frente a nuestros amigos.

—Volveremos enseguida —anunció Brad antes de que saliéramos de la *suite* y cerrara la puerta.

Cruzamos el pasillo en silencio y nos montamos en el ascensor. Era consciente de que llevaba un vestido arrugado, el cabello revuelto y tenía unas ojeras del mismo color que mi pelo. Así que me alegré de no cruzarme con ningún otro huésped en el camino.

Su habitación no tenía nada que envidiar a la mía. Era amplia, luminosa y estaba bien abastecida. Me pidió que tomara asiento en el borde de la cama y me ofreció algo de beber. Le pedí un vaso de agua. Después de lo de la noche anterior, sería lo único que bebería durante el resto de mi vida. Sacó un botellín de la nevera y me lo tendió. A continuación, cogió la silla del escritorio y la colocó frente a mí para sentarse, en vez de hacerlo a mi lado en la cama.

Supuse que querría darme algo de espacio ya que aún no había asimilado que estábamos casados. Él parecía mucho más tranquilo que yo, como si tuviera todo bajo control. Una de dos, o estaba acostumbrado a casarse con desconocidas en los lugares más insospechados, o tenía unos nervios de acero. No lo conocía demasiado, pero me decantaba por la segunda opción.

—Sé que ya te lo he preguntado, pero ¿de verdad nos hemos casado? Quiero decir, ¿seguimos todos los pasos para que fuera legal? No creo que baste con recitar los votos delante de Elvis —dije después de beber un poco de agua.

—Al parecer sí. Esta mañana he llamado a la capilla donde celebramos la boda y hablé con el oficiante. Le llevamos la licencia de matrimonio, algo así como un permiso para poder casarnos. Se

puede obtener antes de medianoche, el mismo día de la boda. Y luego fue la ceremonia. Está todo en orden.

De pronto me vinieron a la cabeza algunas imágenes: un hombre pidiéndome la identificación, nuestras risas mientras corríamos hacia la capilla más cercana... Era como si, conforme Brad me relataba lo ocurrido, los recuerdos se abrieran paso poco a poco entre la neblina espesa y resacosa que me embotaba la mente.

—Dios mío, qué eficientes somos estando ebrios —me sorprendí.

—Ya ves. Solo nos falta que nos llegue el certificado, la prueba de que la boda fue real y quedó registrada.

—Y podremos anularla —dije esperanzada.

—Sí, y también podríamos usar ese certificado para iniciar otros trámites...

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño.

—Necesito que me escuches con atención. Voy a proponerte algo, pero antes de que grites que es una locura y salgas corriendo, déjame que te lo explique todo, punto por punto. ¿De acuerdo? Si al final decides que no estás interesada, lo entenderé, pediremos la anulación de la boda y nuestros caminos se separarán aquí y ahora.

—Bien, te escucho.

—Sé que ninguno de los dos esperaba levantarse hoy con un anillo en el dedo. Pero, después de pensarlo con calma, creo que esto podría beneficiarnos a ambos. Verás, mi padre falleció hace poco.

—Lo siento mucho, Brad. —Me incliné hacia él, como si ese pequeño gesto pudiera consolarlo de alguna manera—. Aunque sigo sin entender qué tiene que ver eso con nosotros.

—A eso voy. Richard, mi padre, era un importante hombre de negocios. Duro, exigente, todo había que hacerlo según sus reglas. El problema era que, al salir de la empresa y llegar a casa, se comportaba de la misma manera. Había que hacer las cosas tal y como él quería y, en lo que a mí respecta, estaba obsesionado con que me casara —confesó— . Sin embargo, no soy un hombre al que le vaya demasiado el compromiso. Así que, para obligarme a sentar cabeza, dejó en su testamento una serie de condiciones que debía cumplir si quería recibir mi parte de la herencia y quedarme con la empresa familiar.

—¿Y qué condiciones son esas?

—Son tres, para ser exactos. La primera de ellas, que me casara. La segunda, que el matrimonio durara al menos tres meses, para evitar que me casara y pidiera el divorcio el mismo día. Y la tercera, que durante esos tres meses mi esposa y yo viviéramos juntos, hiciéramos vida en común... En definitiva, que demostráramos que no es un matrimonio de conveniencia ni una farsa. ¿Me sigues?

—¿Estás pidiéndome que...?

—Que sigas casada conmigo tres meses más, y finjas ser mi mujer delante del abogado de mi padre y de toda mi familia.

—¡Es una locura! —Me levanté de la cama.

—Sabía que dirías eso. —Me hizo un gesto con la mano para que me sentara de nuevo—. Pero si te paras a pensarlo, es una gran oportunidad para ambos.

—Querrás decir para ti, ya que así heredarías la empresa de tu padre.

—Sí, pero también para ti. Puedo pagarte una buena suma de dinero. Solo tendrías que fingir estar felizmente casada conmigo durante tres meses. Ni un día más. Lo justo para que el abogado confirme que no es ningún engaño. En cuanto cumplamos con el plazo acordado, nos divorciaremos —me aseguró.

De repente, todo empezó a darme vueltas. Tenía la sensación de que Brad hablaba demasiado rápido, o quizá era mi mente la que iba muy despacio. Aún no había expulsado todo el alcohol de mi organismo y apenas había dormido nada. No podía pensar con claridad.

—Te escuché hablar en la discoteca con tu hermana —continuó, sin darme tregua—. Ocurrió algo que hizo que te bloquearas y desde entonces no has podido terminar ninguna de tus novelas. Necesitas el dinero y yo puedo proporcionártelo.

—Apenas te conozco.

—Bueno, sabes que soy atractivo, buen conversador, una pareja de baile decente y, al parecer, suelo casarme cuando me emborracho. Ya sabes más que la media. —Sonrió—. Si te soy sincero, no pensaba casarme nunca. No me importaba renunciar a la herencia de mi padre. Tengo dinero de sobra y, aunque me gustaría ser el

dueño de la empresa, ocupo uno de los cargos más altos y eso no va a cambiar. Pero, en vista de que al final he contraído matrimonio, aunque no fuera de forma premeditada, no veo por qué no debería aprovechar esta oportunidad. Y tú también deberías hacerlo.

Por sus palabras deduje que su progenitor no se dedicaba precisamente a vender caramelos. Había dicho que podía pagarme una gran cantidad de dinero si aceptaba el trato, que su padre había sido un importante hombre de negocios y que él ocupaba uno de los principales cargos en la compañía. Ya era hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Me dijiste que trabajas en una empresa de seguridad informática —le recordé—. ¿Acaso pones antivirus que cuestan una fortuna?

—Hago mucho más que eso. Es cierto que trabajo en una empresa de tecnología y seguridad informática, pero más que una empresa, es un imperio. Y no soy un empleado cualquiera, sino el director ejecutivo. Por encima de mí solo estaba mi padre, y ahora que él no está...

—¿A qué te refieres cuando dices que no es una empresa, sino un imperio?

—¿Has traído tu móvil?

—La verdad es que no. Como puedes ver, lo único que llevo encima es el vestido con el que salí anoche.

No llevar el móvil había sido una imprudencia por mi parte. Quizá Emily y Arizona estaban preocupadas por mí. Pero todo había sido tan precipitado, que lo último en lo que pensé fue en coger mi teléfono antes de que Brad me arrastrara fuera de la *suite* .

—No importa, puedes usar el mío. —Sacó su móvil, lo desbloqueó y me lo tendió—. La cadena de empresas que dirijo se llama Maddox Enterprises. ¿Te suena?

—Sí, claro que he oído hablar de ella, como todo el mundo. Es muy conocida.

—Somos expertos en proteger datos frente a cualquier amenaza cibernética, ya sea un simple ordenador, todo un negocio o una ciudad entera —me explicó—. Las grandes corporaciones confían en nosotros para salvaguardar la información de sus clientes.

Facturamos millones de dólares al año y tenemos presencia no solo en Estados Unidos, sino también en buena parte del extranjero.

—Vamos, que no os va nada mal. Lo he pillado.

Si lo que decía era cierto y Brad era realmente su director ejecutivo... Madre mía, me había emborrachado con un multimillonario. No, más que eso, ¡me había casado con él! Un segundo¿ , y si me estaba tomando el pelo¿ ? Y si todo aquello no era más que una treta para mantenerme atada a él por algún motivo oscuro y retorcido?

—¿Cómo puedo saber que lo que dices es cierto? —Entorné los ojos.

Sabía que su empresa era importante e influyente, pero nunca me había fijado en el rostro de la persona que estaba al mando ni, ya que estábamos, en el de su hijo. Que me gustaran las hamburguesas del McDonald’s no significaba que pudiera reconocer a su presidente si me lo cruzaba por la calle.

—Imaginaba que no iba a ser tan fácil que me creyeras. Por eso te he prestado mi móvil. Para que lo busques en internet y lo compruebes por ti misma.

Capítulo 9



Cogí el móvil de Brad. El wifi del hotel funcionaba de maravilla y, en cuestión de segundos, me conecté a internet y escribí en el buscador: Maddox Enterprises. Lo primero que apareció fue lo que ya sabía acerca de la empresa. A qué se dedicaba, cómo había crecido durante los últimos años y sus cuantiosas ganancias. Una noticia reciente captó mi atención: Richard Maddox, presidente y dueño de la compañía, había fallecido hacía apenas unos meses a los sesenta y tres años a causa de un infarto cerebral.

Por lo que pude ver en las fotos que la prensa había publicado de él, había sido un hombre atractivo, con el pelo entrecano y cierta elegancia natural. Tuve la sensación de que siempre iba vestido con un traje de tres piezas hecho a medida, y que le encantaba sujetar una copa de contenido ambarino en su mano derecha.

Y entonces lo vi. A Brad. Richard Maddox posaba junto a él en varias fotografías, con una mano sobre su hombro, como si quisiera mostrar al mundo la estrecha relación que los unía. Varios titulares lo confirmaban. No había duda de que era su hijo.

A partir de ahí, empecé a ver algunas fotos de Brad con distintas modelos. No me había mentido respecto a que era un hombre alérgico al compromiso. Según los artículos, jamás había tenido una relación que durara más de unos pocos meses. También había protagonizado varias portadas de revistas que, a sus treinta años, lo catalogaban como uno de los multimillonarios más sexis del mundo.

Pero no solo era una cara bonita. Fue el primero de su promoción en la universidad, hablaba tres idiomas con fluidez y se convirtió en director ejecutivo nada menos que a los veinticinco años. Estaba claro que quería ganarse el puesto por méritos propios y no por ser el hijo del jefe.

Aún no había tomado el relevo de su padre en la empresa y, por lo que parecía, sus accionistas empezaban a impacientarse. No me extrañaba que quisiera aprovechar la oportunidad para fingir que nuestro matrimonio era real y conseguir el negocio por el que, según estaba leyendo, tanto había luchado. Me di cuenta de un pequeño detalle, y es que el heredero de Maddox Enterprises no se llamaba Brad, sino...

—Aquí dice que te llamas Blake. —Levanté la vista del móvil. Ahora que lo observaba con detenimiento su rostro me resultaba vagamente familiar. Quizá lo había visto alguna vez de pasada en la portada de una revista, aunque lo cierto es que nunca me había interesado demasiado leer sobre la vida de los ricos—. ¿Quién eres en realidad? —Me sentía como si todo lo que había vivido con ese hombre fuese una mentira.

—Me llamo Blake Maddox —confesó—. Pero, como comprenderás, no podía alojarme en este hotel con mi verdadero nombre y mantener el anonimato. Finn y yo hemos venido a pasar unas pequeñas vacaciones, lejos de todas esas especulaciones sobre por qué todavía no he ocupado el puesto de mi padre. Y, cada vez que lo hacemos, uso un nombre falso. Es una pequeña manera de dar esquinazo a los periodistas y que al menos no sepan dónde me alojo.

—Que sepas que Brad me gustaba más. —Le devolví el móvil y me crucé de brazos. Me pareció atisbar una pequeña sonrisa en su boca. Al menos uno de los dos se estaba divirtiendo—. ¿ Y Finn es Finn?

Blake soltó una carcajada que me pilló por sorpresa.

—Sí, Finn es Finn —contestó—. Y es verdad que es mi mejor amigo y que trabaja en mi empresa. Solo que tampoco es un empleado cualquiera, sino el director de operaciones. Algo así como mi mano derecha.

—Vamos, que también está forrado.

—Es una forma de decirlo. —Ladeó la cabeza sin perder la sonrisa.

—¿Todo esto te parece divertido? —No entendía su actitud. Era como si casarse en Las Vegas con una persona a la que apenas conocía no fuera ningún problema para él.

—No, la situación no. Pero tú sí. —Me miró con esos preciosos ojos de color gris. No sabía si debía sentirme ofendida o no y él se dio cuenta—. Perdona, no me estoy riendo de ti. Al contrario. Estoy acostumbrado a que todo el mundo me diga lo que quiero oír, y que me hables con tanta franqueza me resulta... liberador. No se puede decir que tengas pelos en la lengua.

—Pues ya que te gusta tanto mi franqueza, antes me has dicho que, si fingía estar felizmente casada contigo durante un periodo de tiempo, me pagarías una cuantiosa suma de dinero. ¿De cuánto estamos hablando exactamente? —No había olvidado el trato que me había propuesto y, ahora que sabía quién era en realidad, mi mente iba a mil por hora.

—¿Necesitas que hablemos de cifras? Bien, a ver qué te parece esta. —Apoyó un tobillo sobre su rodilla de forma despreocupada, como si hacer negocios le hiciera sentir cómodo, en su hábitat—. Si aceptas, lo primero que haríamos sería visitar al abogado de mi padre, confirmarle que estamos casados y firmar algo de papeleo. En cuanto lo hagamos, recibirás quinientos mil dólares en tu cuenta, y otros quinientos mil cuando se cumplan los tres meses de nuestro matrimonio y la empresa de mi padre pase, por fin, a mis manos. En total, un millón de dólares por estar casada y vivir conmigo durante ese período. No está nada mal, ¿eh? Creo que esa cifra se merece que, al menos, medites mi propuesta.

Joder, sí que lo merecía. Y ni siquiera tendría que estar casada con él demasiado tiempo. Me encantaba ser escritora, pero no era una profesión muy estable. Nunca sabía cuántos libros iba a vender y, por tanto, cuánto iba a cobrar. Tener todo ese dinero me permitiría olvidarme durante un tiempo de las facturas y concentrarme en escribir mi próxima novela.

Mi editora no paraba de presionarme para que le enviara algo, lo que fuera, y seguía incapaz de escribir ni una sola página. Me habían arrancado el éxito de las manos y empezar desde cero se me estaba

haciendo cuesta arriba. Hasta ese momento, todos mis libros se habían vendido bastante bien, incluso cuando abandoné los finales felices y me decanté por otros géneros que poco tenían que ver con el romance, harta de que los desengaños amorosos fueran una constante en mi vida.

Sin embargo, fue mi exnovio quien me asestó el golpe final. Después de lo que ocurrió entre nosotros, cualquier historia que intentaba escribir se me deshacía entre los dedos. El libro que le enseñé a Joseph era mi obra maestra, un hijo hecho de papel y palabras. Desde entonces, no había logrado concebir ningún otro.

Quizá tenía ante mí la oportunidad de cambiar las cosas. No solo porque aquella suma aliviaría la presión que sentía al escribir, sino porque estar cerca de Blake reavivaba mi inspiración y despertaba a las musas que dormían en mi interior.

Si jugaba bien mis cartas, dentro de tres meses no solo tendría un divorcio a cuestas, sino también mucho dinero en el banco y un libro listo para ser publicado. Situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas. Quedaban muchas cosas por hablar y detalles que pulir, aunque si algo tenía claro, era que no podía desechar su propuesta así como así.

—De acuerdo, me entregarás quinientos mil dólares en cuanto acepte tu oferta, pero ¿cómo puedo estar segura de que me darás el resto cuando heredes la empresa?

—Firmaremos un contrato donde quedará todo estipulado.

—¿ Sabes? No puedo creer que hayamos hecho algo así. Ni siquiera firmamos un acuerdo prematrimonial. Yo apenas tengo nada, pero tú... ¿Y si te hubieras casado con una cazafortunas?

—Tengo un ejército de abogados. Créeme, cualquiera en su sano juicio preferiría resolver esto de forma amistosa —señaló—. Si aceptas mi oferta, ellos prepararán un acuerdo postnupcial. Tú no pierdes nada y yo protejo mis activos. Lo único que está en juego es la herencia de mi padre y todo el dinero que puedes ganar a cambio de fingir ser mi esposa.

—Bueno, parece que lo tienes todo bajo control —reconocí—. Necesito unos minutos para procesarlo, pero en el caso de que acepte, quiero dejar claro que los sentimientos quedan excluidos de

nuestro acuerdo. No me gustaría que nadie lo pasase mal durante el proceso.

—Si eso es lo que te preocupa, haremos una cosa. Nos prometeremos aquí y ahora que, pase lo que pase, nunca nos enamoraremos el uno del otro. Da igual cuántos besos nos demos, todas las confidencias que compartamos, incluso si nos acostamos. Puede pasar cualquier cosa entre nosotros, menos amor.

—Te lo prometo —dije con solemnidad.

—Te lo prometo —contestó—. Esto tan solo es un trato, negocios. Después de tres meses nos divorciaremos y cada uno seguirá con su vida.

—Haces que parezca muy fácil.

—Porque en realidad lo es. Pero, si aceptas, yo también tengo una condición. Nada de escribir sobre mi vida privada o mi familia. Bastante tengo ya con tener que lidiar con la prensa, como para que encima protagonice una novela.

—De acuerdo, nada de amor y nada de libros. —Blake era sexi, carismático y multimillonario. El sueño de cualquier autora de romance. Sin embargo, no escribiría sobre él. Solo lo usaría como fuente de inspiración—. Pasemos al siguiente punto. ¿Me ha parecido escuchar que durante ese tiempo tendríamos que vivir juntos?

—Exacto. Tendrías que mudarte conmigo a Los Ángeles. El abogado de mi padre era su mano derecha y, para nuestra desgracia, también es un buen amigo de la familia. En cuanto le informe de que me he casado y firmemos los papeles de la herencia, no nos quitará los ojos de encima. Si logramos convencerle a él, tendremos el trabajo hecho.

—¿ Qué hay de tu familia?

—En general bastará con asistir a algunas reuniones familiares cogidos de la mano y sonreírnos como un par de adolescentes. La más difícil de convencer será mi madre. Lleva años presionándome para que me case. La verdad es que, si esto sale bien, no solo conseguiré la empresa familiar, también algo de paz durante un tiempo.

—No quiero complicar más las cosas, pero ¿no habría alguna forma de evitar mudarme contigo a Los Ángeles?

Blake negó con la cabeza.

—Cuando se enteren de nuestra boda y de que al fin voy a hacerme cargo de la empresa, se va a montar un buen revuelo. Sobre todo, entre los accionistas. Tendré que trabajar muy duro para demostrarles que merezco el puesto que ocupaba mi padre, y para eso tengo que estar allí.

No me molesté en rebatir ese punto. Podía escribir grandes historias en cualquier sitio del mundo con mi portátil, sin embargo, él necesitaba estar cerca de las oficinas centrales. Echaría de menos a mi hermana y a Arizona, no obstante, podría hablar con ellas por teléfono a menudo. De hecho, si al final me embarcaba en toda esta locura, estaba segura de que me lo exigirían.

—Vale, digamos que volvemos de Las Vegas y nos instalamos en tu casa. ¿Y después qué? ¿Cómo vamos a convencer al abogado de que nuestro repentino matrimonio no es ningún montaje? —pregunté.

—Nos inventaremos la historia que queramos. Podríamos decir que nos conocimos en una aplicación de citas. Eso se lleva mucho ahora y, como estoy tan ocupado con el trabajo, a mi entorno no le extrañaría. En realidad, llevamos meses hablando por teléfono, mandándonos fotos, y te he visitado en varias ocasiones cuando mis viajes de trabajo me lo han permitido. Vinimos a Las Vegas con la intención de pasar unos días de vacaciones juntos y, bueno, no podíamos soportar tener que separarnos de nuevo y seguir con una relación a distancia. Te propuse matrimonio y tú aceptaste. Fue una locura, pero una locura por amor.

Vaya, si acababa de inventárselo, tenía ante mí a un potencial escritor.

—Parece una historia plausible, podríamos usarla. Pero ¿ y si nos descubren?

—En ese caso obtendrías tu divorcio antes de lo acordado, y también te pagaría una cantidad generosa para compensarte por el tiempo perdido. No ganarías tanto, pero sí lo suficiente para que valga la pena arriesgarse. Las repercusiones legales respecto a

nuestro engaño déjamelas a mí. Me encargaré de todo, te lo prometo.

Me mordí el labio inferior. Era innegable que Blake tenía labia, sabía hacer negocios y encandilarte con sus palabras. Hasta yo era capaz de ver que ese acuerdo me traería más beneficios que problemas. O eso era lo que parecía.

—Y con respecto a tu soltería... —continuó—. Como comprenderás, no saldremos con otros mientras estemos casados. Nadie creería que somos una pareja feliz si nos pillan besándonos con otras personas.

—Lo daba por hecho. Aunque, si al final vamos a hacer esto, tenemos que dejar algunas cosas claras.

—Tu dirás.

—Cuando estemos a solas no pasará nada, pero imagino que en público tendremos que comportarnos de una forma más... cariñosa. —La sangre se me subió de golpe a la cabeza y tiñó mis mejillas de rojo. Qué bochorno. Era la primera vez en mi vida que me sonrojaba por un hombre. Aunque también era la primera vez que estaba ante uno con el que explotaban fuegos artificiales cada vez que nos rozábamos de forma accidental.

—Sí, Sam, me temo que tendremos que hacerlo. —Miró con ternura mi piel encendida.

—Bien, pues habrá que poner unas normas. Nada de meterme mano a traición o ponerme en una situación incómoda. Quiero que todo sea muy inocente. Un simple roce de labios, una caricia en el brazo mientras comemos..., pero nada más —insistí—. Y el sexo queda descartado entre nosotros.

—¿Estás segura? —Su voz sonó más ronca que de costumbre. Un montón de chispas saltaron a nuestro alrededor. Casi las podía oír crepitar, como la leña al arder—. Anoche me pareció que encajábamos bastante bien. Quizá podríamos formar un buen equipo tanto fuera como dentro del dormitorio.

—¿Lo de ser un engreído viene incluido en el lote de excéntrico multimillonario?

—Eso parece. —Rio entre dientes—. No puedes culparme por haberlo intentado.

—Lo siento, pero eso complicaría demasiado las cosas. No quiero que ninguno de los dos se olvide de que lo nuestro es una farsa y que, si me besas, tan solo lo haces porque hay alguien mirando.

—De acuerdo. Haré lo que sea para que te sientas cómoda con este pacto. Pero que conste que te besaría igualmente con testigos o sin ellos —añadió con una sonrisa pícara.

Intenté que su encanto no me deslumbrase. No pensaba ceder. No quería que, cada vez que nos besáramos, estuviera dándole vueltas durante horas sobre si habría significado para él más de lo que en realidad era. Además, cuantas menos interacciones tuviera su boca con la mía, menos posibilidades había de caer en la tentación y que un beso llevase a otro. O a mucho más.

—Imagino que, aparte de Emily, Arizona y Finn, nadie más conocerá nuestro acuerdo —dije para cambiar de tema—. Mis padres se divorciaron cuando era pequeña y no tengo mucha relación con ellos. Solo nos llamamos un par de veces al año y, cuando eso ocurre, no saben hablar de otra cosa más que de sí mismos. Ni siquiera nos preguntan cómo estamos. Es como si solo quisieran asegurarse de que seguimos correteando por el mundo, pero preferirían que lo hiciéramos lejos de ellos.

Siempre había sospechado que, en el fondo, ninguno de los dos quería tener hijos y lo hicieron porque su entorno los presionó.

—Vaya, lamento escuchar eso.

—Sí, bueno, no van a llevarse ningún premio al padre del año, pero es algo que Emily y yo ya hemos superado. —Me encogí de hombros—. En parte eso nos hizo más fuertes e independientes. Sobre todo, porque tuve que hacerme cargo de mi hermana desde muy joven para asegurarme de que no le faltara de nada, aunque solo soy dos años mayor que ella. Pero he aprendido a no pensar en lo que no tengo, sino en lo que tengo. Una hermana con la que siempre puedo contar y una amiga descarada y leal. Además, ir a terapia también ayudó mucho.

Brad sonrió, comprensivo, y en ese instante fui consciente de que estaba acaparando la conversación. Carraspeé con fuerza y me obligué a centrarme en lo que teníamos entre manos.

—Perdona, me he ido por las ramas. —Le devolví la sonrisa—. Lo que intento decir es que no tenemos que preocuparnos por mis padres. Ni siquiera tienen por qué enterarse de que me he casado, y no tengo más familiares cercanos.

—Nunca te disculpes por hablarme de ti, Sam. Además, si vas a fingir ser mi mujer, tengo que conocerte a fondo. —Me guiñó un ojo, el muy sinvergüenza, aunque agradecí que intentara animar el ambiente después de lo que le había contado—. ¿Y qué hay de tus cosas? ¿Puedes venir directamente conmigo a Los Ángeles o necesitas pasar por casa primero? Por supuesto, todo corre de mi cuenta, incluso si necesitas algo de ropa. Considéralo como un anticipo por tu buena predisposición.

—En realidad, solo necesito mi portátil para trabajar y ya lo tengo en la maleta. Si echo en falta algo más, supongo que podré comprarlo allí. Cuanto antes empecemos con esto, antes terminaremos.

—Ese es el espíritu. ¿Cuento contigo entonces?

—Tu propuesta es muy tentadora, pero ¿y si digo que no?

En cuanto mencionó lo que ganaría con nuestro acuerdo, supe que estaba a punto de embarcarme en una aventura. Aun así, no quería precipitarme y, antes de aceptar, necesitaba conocer mis opciones.

—Podríamos solicitar la anulación y, si no la aprueban, lo resolveríamos con un divorcio exprés para cerrar este asunto cuanto antes. Aunque sería una verdadera lástima que te negaras.

Sus últimas palabras fueron un susurro que me acarició la piel. Mi mirada se deslizó hacia la pequeña cicatriz que tenía en la ceja. Quizá un día me dijera cómo se la había hecho. Todo en él quería contarme una historia.

—Entiendo —murmuré.

—Mi casa está junto a la playa. Te encantará y estoy seguro de que será un buen lugar para escribir tu próximo libro —señaló, para hacer su oferta aún más irresistible.

—Y hablando de casas... ¿Qué me dices de la mía? Después de que Emily rompió con su ex, se mudó de forma indefinida a mi apartamento. Compartimos gastos y demás, no puedo dejar que lo asuma todo mientras yo estoy fuera.

—No te preocupes por eso, dile a tu hermana que yo me encargaré del alquiler. Es lo mínimo que puedo hacer, teniendo en cuenta que serás tú quien se traslade durante lo que dure nuestro acuerdo. Además, esposa feliz, vida feliz, ¿no? —Sonrió.

—Qué bien te has metido en el papel.

—Gracias. —Inclinó la cabeza, como si estuviera haciendo una reverencia—. ¿Y qué hay de ti? ¿Vas a llamarme marido durante las próximas semanas?

Sabía que no era buena idea tomar una decisión así, con resaca y falta de sueño. Pero, en fin, ¡se trataba de un millón de dólares! Además, lo difícil ya estaba hecho, solo tendríamos que seguir casados un poco más.

—Muy bien, acepto. A partir de ahora serás... mi marido de forma oficial.

Era la primera vez que lo decía en voz alta y sonó extraño en mi boca. Sabía a mentira, pero también a inspiración. Más me valía empezar a acostumbrarme a hacerlo con naturalidad si iba a tener que pronunciar esa palabra a menudo.

—Bueno, todavía no es oficial del todo, pero lo será pronto —aclaró—. Voy a pedirle al oficiante que registre la boda de forma exprés. Si se da prisa, podré recoger el certificado de matrimonio en un par de días. Lo necesitamos para entregárselo al abogado y poner en marcha los trámites de la herencia. Iré a buscarlo pasado mañana, a primera hora, antes de que salgan nuestros vuelos. Así tendrás tiempo de pasar tus últimas horas en Las Vegas con Emily y Arizona antes de despedirte.

—¿No necesito sacarme un billete de avión a Los Ángeles?

—Cogeremos mi *jet* privado.

Casi me da un ataque de risa. Cómo no, ¡tenía su propio avión! Toda esa situación era tan surrealista... y a la vez tan beneficiosa.

—Perfecto —dije cuando por fin pude recuperar el habla—. Mientras llamas al oficiante para que todo esté listo antes de marcharnos, volveré a la *suite.* Tengo que contarle a mi hermana y a mi mejor amiga que, durante los próximos tres meses, soy una mujer casada.

Y no tenía ni idea de cómo iban a tomárselo.

Capítulo 10



—Esto es el cielo. —Arizona suspiró de placer cuando se metió en el agua caliente.

Las tres tomamos asiento en los bancos del *jacuzzi* , formando un triángulo casi perfecto. Las luces doradas del techo se reflejaban en las paredes de mármol blanco, el vapor inundaba toda la sala y el murmullo del agua se mezclaba con la música relajante que flotaba en el aire.

Cuando volví a nuestra habitación después de reunirme con Blake, todavía estaba demasiado aturdida como para hablar. Las chicas me preguntaron qué había ocurrido entre nosotros, pero me acobardé en el último segundo y no tuve fuerzas para explicarles el acuerdo que me había propuesto y que yo acepté.

Necesitaba asimilarlo primero y hacerme a la idea de que, durante los próximos meses, mi vida sería una mentira. Pero también una oportunidad para intentar que mis musas regresaran y, mientras tanto, olvidarme de las facturas por un tiempo. Así que farfullé algo sobre que íbamos a pedir la anulación de la boda, les aseguré que al día siguiente les daría todos los detalles y me refugié en la ducha.

Tras refrescarme, me recordaron que antes de volver a casa habíamos reservado una sala privaba en el *spa* del hotel durante una hora. Me pareció el momento perfecto para contárselo todo. Estaba segura de que el aroma a eucalipto y el roce de las burbujas las ayudaría a relajarse y a tomarse mejor cualquier noticia que pudiera darles, incluso la de mi nuevo estado civil.

Bien, pues el momento había llegado. Esperé a que los chorros de hidromasaje obraran su magia, respiré hondo y me armé de valor.

—Tengo que contaros algo —anuncié de pronto.

Emily dejó de recolocarse el bañador para prestarme atención y Arizona, que había estado mordisqueando las rodajas de pepino de su bebida, apoyó el vaso de plástico en la bandeja junto al borde del *jacuzzi.*

—¿Es sobre Brad? ¿Por qué quería hablar contigo a solas? —preguntó mi hermana mientras se acomodaba el turbante—. Podríamos haberos ayudado con los trámites para anular la boda.

—En primer lugar, no se llama Brad, sino Blake —dije. Las dos fruncieron el ceño al mismo tiempo—. Y eso no es todo.

Les relaté, punto por punto, lo que mi inesperado marido y yo habíamos hablado en su habitación.

—¿Qué? ¿Estás loca? —Emily me miró horrorizada—. Apenas conoces a ese hombre y ya os habéis casado. Tienes que pedir la anulación, no irte a vivir con él.

—Vamos, Em, ni siquiera tendré que estar casada demasiado tiempo. Serán solo tres meses y estaré en una casa con todas las comodidades mientras intento escribir mi próxima novela. Además, ¿no has escuchado todo el dinero que me ha ofrecido?

—¿Y si es un traficante de órganos? —Mi hermana se sentó junto a mí y me zarandeó los hombros.

La aparté con delicadeza y sostuve sus manos entre las mías, donde pudiera verlas.

—A ver, Blake Maddox es un conocido multimillonario, no creo que arriesgue su reputación cometiendo ese tipo de crímenes —bromeé —. Y si hubiera querido hacerme daño, ya lo habría hecho.

Emily alzó una ceja.

—A lo mejor quiere que pienses eso.

¡ Por el amor de Dios! Esta vez fui yo quien estuvo a punto de zarandearla. Mira que era cabezota.

—Sabes que voy al gimnasio y que sé defenderme —intenté tranquilizarla, por mi bien y por el suyo.

—Ah, sí, me quedo mucho más tranquila. Seguro que no te cuesta nada tumbar a ese pedazo de armario que tienes por marido —

señaló ella con una buena dosis de ironía.

Suspiré y las miré muy seria a través de la nube de vapor que nos envolvía.

—A ver, no os ofendáis, pero ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones. No os estoy contando esto para pediros permiso, sino porque no quiero irme mañana a Los Ángeles sin vuestro apoyo. —Me giré hacia mi amiga—. Arizona, aún no has dicho nada. ¿Tú qué opinas?

—Oh, perdona, me has pillado comiendo pepino —se disculpó, con el mismo tono despreocupado de siempre—. Cielo, nos has dicho que va a pagarte un millón de dólares por estar con él tres meses. Por esa cifra me caso yo también y me mudo a la otra punta del mundo si hace falta. Es como si te hubiera tocado la lotería. Nadie en su sano juicio rechazaría eso. No te lo pienses dos veces y finge como una posesa con Brad.

—Blake —la corregí.

—Lo que sea.

Emily suspiró, resignada. Sabía que había perdido esta batalla.

—Muy bien, vete con Blake y hazte rica. Pero prométeme que nos llamaras todos los días para asegurarnos de que estás bien y que nadie está vendiendo tus órganos en el mercado negro.

—Lo prometo —respondí al instante.

La pobre ya tenía bastante con superar lo de Christopher como para, además, preocuparse por mí.

—Bien, porque si no recibo noticias tuyas cada veinticuatro horas, iré allí a buscarte y le patearé el trasero a Blake.

—¿De verdad? —Alcé una ceja. Mi hermana era incapaz de matar una mosca.

—Bueno, no, pero le diré a Arizona que lo haga. —Señaló a la susodicha con el pulgar.

Cuando el ambiente volvió a relajarse, les pedí que no se lo contaran a nadie, bajo ningún concepto. Tenía que quedar entre nosotras que nuestro matrimonio era tan falso como el dinero del Monopoly. Había demasiado en juego, y nunca me había gustado perder.

Cuando llegamos a la zona del aeropuerto donde habíamos quedado con los chicos, ellos ya nos estaban esperando junto a sus maletas. Me detuve un segundo y tragué saliva con fuerza. Me sorprendió ver que todo seguía igual que antes de mi extraña y perturbadora boda. El sol había salido para iluminar un nuevo día, había llenado mi cuerpo de cafeína en el desayuno y mi pelo seguía tan azul como cuando me lo teñí. El mundo en general no había cambiado, tan solo el mío.

—¿Va todo bien? —Arizona y Emily me miraron preocupadas.

—Sí, tranquila. Es solo que me ha impactado ver a Blake con corbata. —Forcé una sonrisa para disimular mis repentinos nervios. Volví a coger el asa de mi maleta con ruedas y retomé el camino junto a ellas.

En parte no les había mentido. Me había sorprendido encontrarme a Blake y a Finn vestidos de una forma tan elegante, con esos trajes oscuros hechos a medida. La verdad era que me gustaba más cuando mi falso marido llevaba vaqueros y botas moteras. No pensé que, si volvía a Los Ángeles, se convertiría en el hombre de negocios que se suponía que era.

Después de aceptar su propuesta, no habíamos vuelto a vernos. El día anterior estuve demasiado ocupada asimilando dónde me había metido, asegurándoles a Emily y Arizona que todo iría bien y preparando la maleta, aunque estuvimos mensajeándonos mientras cenaba con las chicas.

Me había dicho que esa mañana, a primera hora, recogería el certificado de matrimonio y que, en cuanto llegáramos a Los Ángeles, pasaríamos por el despacho del abogado de su difunto padre para dejarlo todo bien atado antes de ir a su casa. Supuse que por eso se había vestido así, aunque yo no iba muy acorde.

Llevaba una camiseta de un grupo de *rock* que me quedaba bastante grande, unos vaqueros rotos y mis inseparables zapatillas deportivas. Estaba segura de que no era el tipo de mujer con la que Blake solía salir. No tenía la altura de una modelo, ni había elegancia en un solo átomo de mi ser. En su lugar, tenía un montón de *piercings* , el pelo azul y la lengua afilada. Pensé en el tipo de gente

con la que él estaría acostumbrado a codearse: modelos, hombres de negocios, otros multimillonarios...

Convencer a los demás de que nuestro matrimonio era genuino iba a ser más difícil de lo que pensaba. Sin embargo, la mirada apreciativa que me dedicó Blake cuando llegué a su lado disipó todas mis dudas de un plumazo.

—Estás preciosa. —Me besó en la mejilla.

—¿Así que vas a ser uno de esos maridos aduladores y serviciales? —bromeé.

—Durante estos tres meses puedo ser lo que tú quieras. —Me guiñó un ojo y tuve que recordarme que era inmune a sus encantos —. Por cierto, tengo algo para ti. Nadie creerá que lo mejor que pude ofrecerte es esa sortija de diez dólares.

Sacó una pequeña caja de terciopelo del bolsillo interior de su chaqueta, la abrió y me mostró el ostentoso anillo que había en su interior. Las luces se reflejaron en los diamantes engarzados en la banda de oro blanco. No podía negar que era una preciosidad. Sin embargo, de algún modo lo percibí frío y sin alma.

No lo había elegido pensando en mis gustos, ni porque fuera una vieja reliquia familiar. Era más adecuado para la mujer de un multimillonario, pero, más allá de lo material, tenía para mí el mismo valor que la sortija de la máquina expendedora.

—Es precioso. —Me puse el anillo en el dedo anular. La noche anterior tuve que quitarme la alianza con la que nos casamos con bastante agua y jabón porque me apretaba demasiado—. Te lo devolveré en cuanto nos divorciemos.

—He comprado uno para cada uno esta mañana en una joyería. Me fijé en que tienes las manos pequeñas, pero si no he acertado con la talla y necesitas que te lo ajusten, en cuanto lleguemos a Los Ángeles podemos...

—No será necesario. Me queda perfecto. —Sonreí agradecida. Al menos uno de los dos tenía la situación bajo control, yo ni siquiera había pensado en que no tenía una alianza adecuada para representar nuestra falsa unión.

—Si ya habéis terminado, tengo que decirle algo a mi supuesto cuñado. —Emily se plantó frente a Blake—. La quiero de vuelta sana

y salva.

—Te lo prometo. Y, además, lo hará siendo más rica y con un montón de novelas bajo el brazo —la tranquilizó él.

—Bueno, tampoco te pases, con escribir una me vale. —Sonreí y le di un abrazo a mi hermana—. ¿Estarás bien sin mí? Un millón de dólares no es nada si me necesitas —le aseguré, consciente de que su ruptura con Christopher era demasiado reciente.

—Estaré bien. Hablaremos por teléfono todos los días y quizá podamos vernos algún fin de semana. No es como si fuéramos a estar sin saber nada la una de la otra. —Me alegró que lo encarara con tanto optimismo. Meditarlo con la almohada le había sentado bien—. Te quiero.

—Yo también te quiero —contesté.

—Y yo también os quiero —intervino Arizona. Las tres nos fundimos en un nuevo abrazo—. Más os vale que la tratéis como a una reina, ¿estamos? —les lanzó una mirada de advertencia a Blake y Finn.

—Cuenta con ello, fiera. —Finn le dio un suave tirón a uno de los rizos de mi amiga—. Llámame cuando estéis en casa para saber que habéis llegado bien.

—Como si te importara. —Arizona se cruzó de brazos—. ¿Y acaso tengo tu número?

—Ya lo creo que sí. Hace tres noches compartimos algo más que un beso y una boda en Las Vegas, encanto. —Finn movió las cejas —. Me diste tu número de muy buena gana, así que acabo de mandarte un mensaje para que tú también tengas el mío.

—Malditos chupitos —refunfuñó mi amiga—. Genial, pues lo primero que haré en cuanto mire el móvil será borrarlo.

—No, no lo harás. —Finn se acercó más a ella y se aguantaron la mirada durante varios segundos. Estaban volviéndonos locos con su eterno tira y afloja.

Me despedí una última vez de mis chicas y me dirigí con ellos hacia la puerta de embarque. El interior del *jet* privado era impresionante. Todo estaba decorado en tonos dorados, y los sillones de cuero negro eran mullidos y más cómodos que mi propia cama. Algunos

tenían una mesa delante, mientras que otros se miraban entre sí junto a las ventanillas.

Me senté junto a Blake y Finn lo hizo frente a nosotros. Salió a nuestro encuentro una azafata guapísima que nos ofreció champán y unos canapés cuyos nombres era incapaz de pronunciar con dignidad. Me abroché el cinturón y miré una vez más a mi alrededor. Aún no podía creérmelo.

Debería estar sentada en un avión, en clase turista, de camino a casa con mi hermana y mi mejor amiga. En lugar de eso, estaba en un *jet* junto a mi marido, con azafatas que me ofrecían auténticos manjares y un trato entre manos que esperaba que saliera bien. Pensé en la conversación que mantuve ayer con Edna, mi editora.

Antes de aceptar nada tenía que hablar con ella. La llamé y, aunque no le dije que me había casado, le comenté que pensaba pasar unos meses en Los Ángeles, a ver si allí me visitaban de nuevo las musas. Me aseguró que no tenía ningún inconveniente. Mientras entregara los primeros capítulos de mi próxima novela dentro del plazo previsto, como si quería escribir en el Caribe.

Un problema menos.

El avión despegó y mi mente volvió al presente. Agarré el reposabrazos con fuerza. No me daba miedo volar, pero el despegue y el aterrizaje me angustiaban un poco.

—¿Todo bien? —Blake colocó su mano sobre la mía.

—Sí —respondí. Aunque cuando el avión se bamboleó, entrelacé nuestros dedos y le apreté la mano.

Él no se quejó y empezó a dibujar figuras geométricas con el pulgar en mi muñeca para tranquilizarme. Fue un gesto muy dulce y considerado por su parte. Alcé el rostro para mirarlo. Contemplaba el paisaje desde la ventanilla del avión, como si nada ni nadie pudiera perturbarlo. En ese instante comprendí que la mayor locura de todas no era haber aceptado su trato, sino que un hombre al que apenas conocía me hiciera sentir tan segura.

Capítulo 11



Poco más de una hora después aterrizamos en Los Ángeles. Nunca había estado allí, pero todo el mundo había oído hablar de sus hermosas playas, sus altas y características palmeras y, por supuesto, Hollywood.

Mis zapatillas deportivas apenas habían tocado el suelo cuando el chófer de Blake vino a recogernos en un coche de lujo. Se llamaba Fernando y, tras las oportunas presentaciones, me aseguró que estaba a mi disposición para llevarme a cualquier sitio que le pidiera.

Finn, Blake y yo nos acomodamos en la parte trasera del vehículo. No pude evitar fijarme en cada detalle. Jamás me había subido a un coche con tantos extras. Mientras ellos hablaban de negocios y de cómo sería su reincorporación a la empresa tras su pequeña escapada a Las Vegas, me dediqué a mirar la ciudad por la ventanilla. Todo me parecía pintoresco y colorido. Iba a gustarme vivir allí durante los siguientes meses.

La primera parada fue para dejar a Finn en su casa. Nos detuvimos frente a una vivienda moderna de Santa Mónica, con fachada de madera clara y enormes ventanales. Se despidió de mí guiñándome un ojo y me deseó buena suerte.

—Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme. Blake y tú no estáis solos en esto —me recordó antes de bajarse del coche.

Nuestro siguiente destino iba a ser más complicado. Se trataba del despacho de abogados en el que trabajaba Harold Porter, el encargado de todo lo relacionado con el testamento.

Nos detuvimos frente a la puerta del imponente edificio y bajamos del vehículo.

—¿Nerviosa? —me preguntó mi marido.

—Claro que estoy nerviosa. ¿Has visto cómo voy vestida? Cuando me dijiste que lo primero que haríamos al llegar a Los Ángeles sería ir a ver al abogado de tu padre, no me lo tomé al pie de la letra. Ni siquiera he podido ponerme algo decente.

—Tu indumentaria es lo último que tiene que preocuparte en este momento.

—Ah, pues me dejas mucho más tranquila —señalé con ironía.

En ese momento, una mujer salió del edificio. Llevaba un vestido elegante, tacones de aguja y un bolso que seguramente costaba lo mismo que mi apartamento. Iba como debería ir yo, o más bien, como debería ir la señora Maddox. No me avergonzaba de mi aspecto, pero no decía mucho a mi favor, ni haría más creíble nuestra relación.

—Cálmate, Sam. Ahora eres la señora Maddox y ella no se achanta ante nada ni nadie. Lleve lo que lleve puesto. —Colocó su mano sobre mi barbilla para que lo mirase.

—Samantha Larsen tampoco se achanta ante nadie —le recordé con el ceño fruncido.

—¿Ves? Pues ahí lo tienes. Además, no te dará miedo un abogado cincuentón como Porter, ¿ verdad?

Suspiré y me imaginé cómo nos vería desde fuera. Él, con su elegante traje de chaqueta y el pelo engominado hacia atrás, y yo, con unos pantalones llenos de agujeros, una camiseta que vanagloriaba la música *rock* y un septum brillando bajo mi nariz. Ah, y se me olvidaba el pequeño detalle de que mi pelo era azul. Se podría decir que el matrimonio Maddox generaría cierta... curiosidad.

—Bien, vamos a darle lo suyo a ese abogado —dije mientras nos dirigíamos al interior del edificio. Blake rio y sentí un leve aleteo en el estómago. Seguro que era por los nervios y no tenía nada que ver con su sonrisa perfecta y letal.

La recepcionista nos indicó cuál era el despacho de Harold. Blake le había avisado con antelación de nuestra llegada. No daba puntada

sin hilo. Tras recorrer un largo pasillo, entramos en el despacho del abogado de la familia Maddox. Directos a la boca del lobo.

Cerramos la puerta tras nosotros y quedamos frente a una enorme mesa abarrotada de papeles, carpetas y bolígrafos. Todo estaba limpio y ordenado. Nada desentonaba en esa espaciosa estancia, excepto yo.

—Blake Maddox, me alegro de verte, muchacho —dijo un hombre de mediana edad al otro lado de la mesa. Se levantó de inmediato y se acercó a nosotros.

Llevaba unas enormes gafas de pasta que enmarcaban unos ojos tan oscuros como astutos. Vestía un traje de chaqueta y se había peinado el pelo grisáceo hacia un lado.

—Yo también me alegro —contestó Blake mientras el abogado le daba un fuerte apretón en el hombro. Después se giró hacia mí—. Como ya te comenté por teléfono, esta es mi esposa, Samantha Maddox.

Me quedé en blanco. Siempre había sido pésima para los nombres y no conseguía recordar el del hombre que tenía delante. Miré la mesa por si tenía algún rótulo que lo indicara, pero solo había papeles y archivadores.

—Es un placer conocerle, señor Harry Potter. —Esbocé una sonrisa y le tendí la mano.

—Es Harold Porter —me corrigió con firmeza mientras me estrechaba la mano—. Y el placer es mío.

Sentí cómo me sudaban las axilas mientras Blake fingía que le había dado un ataque de tos para ocultar una carcajada. Empezábamos bien.

—Perdone. Le aseguro que Blake me ha hablado mucho de usted, pero no se me dan bien los nombres —me disculpé lo mejor que pude con una sonrisa forzada que no estaba segura de si iba a agradarle o a asustarle—. Además, con esas gafas de pasta me ha recordado al mago de... —Harold me soltó la mano con brusquedad —. Bueno, da igual, en cualquier caso, es un placer.

Por suerte, antes de que pudiera seguir divagando, Blake acudió a mi rescate. Se colocó a mi lado, me rodeó la cintura con un brazo y me dio un beso en la sien. Fue un gesto sencillo, inocente, pero me

calentó por dentro y me hizo sentir un poco más segura y menos avergonzada.

—Prácticamente acabamos de bajar del avión y, como puedes ver, mi mujer necesita ir a casa y descansar un poco. Sería estupendo poder resolver cuanto antes el asunto que nos ha traído hasta aquí —sugirió mi marido, que acababa de convertirse en mi héroe.

—Ya veo. —Harold me miró de arriba abajo—. Debo reconocer que no eres como me había imaginado. Esperaba a alguien un poco más... O un poco menos... Bueno, a alguien distinto —añadió con una sonrisa tan forzada como la mía.

Fruncí el ceño. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Estaba comparándome con las exitosas y refinadas modelos con las que solía salir Blake? ¿Debería sentirme ofendida o dejarlo correr? Recordé las palabras que solía decirme mi hermana, ya que era la más prudente de las dos: ante la duda, Sam, es mejor guardar silencio. Así que es lo que hice. Como todo el círculo social de Blake fuera igual de clasista, iba a tener que seguir su consejo muy a menudo.

El despacho se sumió en un silencio incómodo tras las palabras de Harold. Miré a Blake, ¿él también iba a ignorar la forma tan despectiva con la que el abogado me observaba? Me dio la sensación de que se estaba librando una lucha en su interior. Al final dijo:

—Ya sabes lo que dicen: uno nunca sabe de quién va a enamorarse. Sea esa persona más, o menos de lo que hayas querido decir —contestó con firmeza y, a mi parecer, una pizca de rudeza en la voz. Me gustó saber que, aunque tuviera que guardar la compostura, él daría la cara por mí.

—Desde luego. —Harold tomó asiento tras el escritorio y nos invitó a hacer lo mismo en las dos sillas que había frente a él.

Sacó el testamento de Richard y nos recordó cuáles eran las condiciones que mi marido debía cumplir para acceder a su herencia. En resumen: casarse, que el matrimonio durara al menos tres meses y demostrar que era real. Según me había contado Blake, su padre nunca confió demasiado en su capacidad para sentar cabeza.

Creyó que, si lograba mantener un matrimonio durante tres meses sin salir corriendo, significaría que, por una vez, la relación iba en serio. En el fondo, deseaba que fuera su hijo quien se hiciera cargo de su compañía, solo que quería que fuese a su manera.

—¿Y cómo haremos eso? —Harold colocó varios montoncitos de papeles sobre la mesa—. Bien, para cerciorarme de que convivís y que vuestro matrimonio es auténtico, durante los próximos meses os haré algunas visitas sorpresa a vuestro domicilio, tendréis que contestar ciertas preguntas sobre vuestro cónyuge y, puesto que soy un viejo amigo de la familia y suelen invitarme a casi todas las fiestas que organizan los Maddox, podré ver en primera persona cómo os comportáis en sociedad. Nada demasiado invasivo, os lo aseguro. Tan solo necesito ver que todo va bien entre vosotros, y que no estáis mancillando los últimos deseos de Richard al intentar vendernos una falsa unión para heredar sus acciones lo antes posible.

—Lo entendemos —contestó Blake.

No dejé de sonreír en ningún momento para no parecer sospechosa, aunque, ¿podría parecerlo si sonreía demasiado?

—Ninguno de los dos intentaría engañar al sistema, ¿verdad? —insistió el abogado, como si estuviéramos en una especie de interrogatorio y esperara que confesáramos nuestro crimen en cualquier momento.

—No, señor —respondí con demasiada rapidez.

Harold entrecerró los ojos. Ensanché aún más mi sonrisa y coloqué una mano sobre la de mi marido. Blake actuó deprisa y entrelazó nuestros dedos al instante, lo que hizo que el abogado se relajara un poco.

—Bien, en ese caso, no tenéis de qué preocuparos —dijo—. Tendréis noticias mías muy pronto y, si todo va según lo previsto, dentro de unos meses tendrás acceso a tu herencia, Blake.

Le entregamos el certificado que acreditaba la legalidad de la boda, firmamos algunos papeles y nos indicó que el periodo de los tres meses de matrimonio comenzó el día en que nos casamos. Dos días menos. Ahora solo nos faltaban ochenta y ocho.

Blake y él acordaron enviarse algunos documentos más por correo y dimos por concluida la sesión.

Mientras esperábamos al ascensor, solté un profundo suspiro y pensé en lo que había ocurrido en el despacho. El abogado parecía un hombre listo y desconfiado. No le había causado buena impresión, y estaba claro que pensaba que no era el tipo de mujer que solía gustarle a mi marido. Íbamos a tener que emplearnos a fondo si queríamos convencerlo de que, a pesar de nuestras diferencias, nuestro matrimonio había sido fruto del amor.

Cuando nos subimos en el ascensor y las puertas se cerraron, me giré hacia Blake.

—¿Qué tal ha ido?

—A decir verdad, para ser nuestra primera actuación como marido y mujer, no ha ido del todo mal. Aunque casi me matas con lo de Harry Potter —contestó sonriente.

—Qué vergüenza. Tendrás que apuntarme en una hoja los nombres de todas las personas con las que vayamos a tratar estos meses. Tengo una memoria pésima.

—Mientras que a mi madre no la llames Dumbledore, Gandalf, o como algún otro mago, me vale —bromeó.

Una vez que salimos del edificio nos subimos de nuevo en el coche y pusimos rumbo a su casa. Y, bueno, según los papeles que acabábamos de firmar, también a la mía.

Capítulo 12



Las puertas de la verja se abrieron y el coche avanzó por el camino de acceso. A nuestro alrededor había numerosos árboles y algunas estatuas de mármol. Abrí los ojos de par en par cuando divisé la casa hacia la que nos dirigíamos. Era aún más majestuosa de lo que había imaginado. Se trataba de una enorme mansión de dos plantas, con paredes blancas y grandes cristaleras con vistas al mar.

Según Blake, estaba bien equipada y tenía todo tipo de comodidades, desde un gimnasio hasta un despacho en el que podría instalarme para escribir mi novela sin ninguna interrupción. Me sentí intimidada ante tanto esplendor.

No era nada más que una chica de pueblo a la que le gustaban los *piercings* , los tatuajes y que vivía de escribir historias que tenían lugar en su cabeza. Mi presencia desentonaba en aquel lugar tanto como un payaso en un velatorio. Me pregunté si de verdad sería capaz de encajar en un sitio tan lujoso.

Blake debió notar mi inquietud y mis dudas, porque colocó su mano sobre la mía. Cuando lo miré, seguía observando el paisaje por la ventanilla del coche, como si no quisiera darle a ese gesto más importancia de la que tenía. No sabía si lo había hecho para que me sintiera mejor o porque su chófer estaba mirándonos y quería fingir que estábamos tan enamorados que no podíamos quitarnos las manos de encima. En cualquier caso, su contacto me tranquilizaba.

Me había dicho la verdad, y la mansión se encontraba junto a la playa. En cuanto me bajé del vehículo, mi piel se impregnó de la

humedad que calaba el ambiente y, a lo lejos, se escuchaba el inconfundible sonido de las olas. Fernando se hizo cargo de las maletas mientras me dedicaba a mirarlo todo con atención, maravillada.

—¿Qué te parece? —Blake colocó su mano en la parte baja de mi espalda y me guio hasta el interior de la casa.

—No tengo palabras para describirla, y eso que soy escritora.

Mi falso marido me hizo un breve recorrido por la vivienda. Quedaban pocas horas de sol y al día siguiente podría explorarla con más calma. Me explicó que todo el personal estaba al tanto de que ahora era la señora Maddox y que Annie, su asistenta, venía todas las mañanas, de lunes a viernes, para limpiar y preparar el desayuno y la comida. Por último, me entregó una tarjeta de acceso para que pudiera entrar y salir de la mansión cuando quisiera.

—En otras circunstancias te diría que te acomodaras en cualquiera de las habitaciones que hay libres en la planta superior —comentó mientras subíamos las escaleras—. Sin embargo, en nuestra situación lo mejor es que te instales en el cuarto de invitados que hay junto a mi dormitorio. Así, si recibimos visitas, será más fácil disimular que dormimos en habitaciones separadas.

—Te agradezco que respetes mi decisión sobre no dormir juntos. Pero ¿el personal no sospechará nada?

—No lo creo. —Se encogió de hombros—. Muchos matrimonios duermen en camas separadas. El amor no tiene nada que ver con que haya gente a la que no le guste que le roben las sábanas mientras duerme. Además, los multimillonarios solemos tener fama de excéntricos y quisquillosos. Estoy seguro de que lo achacarán a alguna de esas cualidades.

—¿Y tú eres de ese tipo de personas? ¿De las que no soportan dormir con alguien por miedo a que le roben las mantas?

—Tendrías que pasar la noche conmigo para averiguarlo —contestó con descaro.

Nuestra conversación se vio interrumpida cuando lo llamaron al móvil. Lo sacó del bolsillo interior de su chaqueta y vi el nombre de una tal Beca en la pantalla. Blake levantó un dedo en alto y me indicó que solo tardaría un segundo en volver.

—Beca, pequeña, pensaba llamarte en cuanto pudiera —dijo tras descolgar el teléfono y apartarse de mí unos pasos—. ¿Cómo está mi chica favorita?

¿ Pequeña¿ ? Mi chica favorita? Ignoré la incomodidad que me provocaron esas palabras y entré en la habitación que me habían asignado. No era ninguna fisgona, y tampoco quería saber si estaba hablando con una de esas modelos de piernas infinitas y curvas de infarto con las que solía salir antes de ser un hombre casado.

Quizá sus amantes aún no se habían enterado de que ya no estaba soltero y seguían llamándole para concertar algún que otro encuentro. O quizá sabían que se había casado y les daba igual. Sentí una sensación extraña en el estómago. No eran celos, pero habíamos hecho un trato y me cabreaba que estuviera pensando en romperlo tan pronto.

Fernando había dejado mis cosas en la habitación y me dispuse a deshacer la maleta. El cuarto era amplio y tenía un armario empotrado lleno de perchas, lejas y cajones donde podría guardar todas mis pertenencias. Un enorme ventanal permitía que pasaran los últimos rayos de sol, por lo que todo estaba cubierto por una fina capa dorada.

—¿Todo bien por aquí? ¿La habitación es de tu gusto? —Blake apoyó las caderas en el marco de la puerta y se cruzó de brazos. No había ni rastro de su móvil por ninguna parte.

—Sí, en realidad es más de lo que necesito —admití—. Por cierto, creo recordar que dijimos que nada de salir con otras personas mientras estuviéramos casados. Ya sabes, para que todo fuera más creíble y eso. —Saqué un par de camisetas negras y las coloqué sobre una leja.

—Y lo estoy cumpliendo. En las dos horas que llevamos en Los Ángeles ni siquiera he visto a otra mujer. Y Harold no es mi tipo.

—Lo sé. Lo decía por esa tal Beca. La que acaba de llamarte. Tu chica favorita. —No estaba loca. Blake no se ataba a ninguna mujer, eran pocas las personas que sabían que estábamos casados y uno no llamaba *pequeña* y *mi chica favorita* a su madre. Tan solo me estaba ciñendo a las pruebas.

Ladeó una sonrisa que estaba diseñada para acelerar corazones y generar suspiros a su paso. Se apartó de la puerta y avanzó hasta quedar frente a mí, llenando toda la estancia con su presencia. Me mantuve al lado de la cama, allí donde su fuerza gravitatoria era un poco más débil.

—¿Eso que noto en tu voz son celos? —Arqueó una ceja.

—Solo es una advertencia. Si no puedo acostarme con nadie, tú tampoco.

—Claro. —Su sonrisa me dijo que no me creía. Si era más feliz pensando que me había puesto celosa, allá él. Porque no lo estaba. En absoluto. Nada de nada—. Una cosa más. —Se inclinó levemente hacia mí.

¿ Por qué tenía que acercarse tanto¿ ? Y por qué olía tan bien? Estaba impecable con ese traje, mientras que yo iba hecha un desastre y sudorosa después de nuestra primera reunión con el abogado. No me extrañaba que prefiriera a esa tal Beca. Su chica favorita no podía llevar el pelo azul y conocería mucho mejor el significado de la palabra » elegancia.«

—¿Sí?

—Mi personal es discreto y de absoluta confianza —me informó—. Aun así, nos comportaremos como un matrimonio bien avenido delante de ellos. Harold es capaz de entrevistarlos con tal de demostrar la legitimidad de este matrimonio. No sabes lo puntilloso que es en su trabajo.

—Me parece bien.

Nuestras miradas se enredaron durante un tiempo indeterminado. Cada centímetro de la estancia se llenó de una tensión tan eléctrica como inevitable. En el exterior ninguna nube grisácea manchaba el cielo, pero dentro de esta habitación estaba a punto de desatarse una tormenta.

—Mientras terminas de instalarte, tengo que hacer un par de llamadas de trabajo. Y puede que tenga que pasarme por la oficina —añadió—. ¿Podrás apañártelas tú sola?

—Claro, no tienes de qué preocuparte. Seré buena e intentaré no quemar la mansión en tu ausencia. —Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos y me puse nerviosa—. Pues si tienes que marcharte ya...

—No sabía cómo despedirme de él y al final opté por la opción más ridícula y bochornosa. Le tendí la mano.

Blake me la estrechó, divertido, hasta que me dio un pequeño tirón para acercarme más a él. Apenas quedaba espacio entre nosotros, y si inspiraba con fuerza, mis pechos rozarían su torso.

—El personal podría estar mirando —susurró.

—Yo no veo a na...

Su boca chocó con la comisura de mis labios. Sentí un leve cosquilleo por todo el cuerpo. Unos segundos después se apartó y, sin decir nada más, salió de la habitación.

Durante el vuelo me había explicado que, con nuestro enlace, habíamos puesto en marcha el engranaje para que el negocio familiar pasara a sus manos. Tenía mucho trabajo por delante. Ahora le correspondían más obligaciones y, además, quería ser un digno sucesor de su padre.

Lo más probable era que, durante las primeras semanas, pasara la mayor parte del tiempo encerrado en el lujoso despacho que tenía en Maddox Enterprises. Me había pedido que me sintiera como en casa y echara mano de todo lo que necesitara. Él estaría a una llamada de distancia. Sin embargo, esperaba poder adaptarme con rapidez y no tener que usar el teléfono para que viniera a rescatarme.

Ocuparía mis días en conocer mejor Los Ángeles, escribir mi novela y fingir ser la esposa ideal para asegurarme el millón de dólares que ganaría si conseguíamos engañar a los demás. Ya había recibido los quinientos mil que acordamos después de firmar los papeles con el abogado.

Pero, para conseguir la otra mitad, nuestro plan debía salir perfecto. Intentaría por todos los medios que así fuera, aunque, cuando miré aquella espaciosa habitación, sentí una punzada de soledad en el pecho. Sobre todo, después de saber lo agradables y cálidos que podían llegar a ser los labios de mi marido.

Capítulo 13



Mi primera noche en aquella casa fue mucho mejor de lo que esperaba. Nada de dramas ni incomodidades. Después de que Blake saliera de mi habitación, llamé a mi hermana y a Arizona para asegurarles que estaba bien, y nada menos que en una mansión. Luego terminé de deshacer la maleta y cené lo que Annie, la asistenta, había dejado preparado ese día. Lasaña y tarta de chocolate. Aún no había conocido a esa mujer y ya la quería.

El sueño me venció pronto tras un largo día cargado de emociones y situaciones que me habían puesto el corazón a mil. Cuando desperté a la mañana siguiente y bajé a la cocina, pude conocer a la famosa Annie. Resultó ser una mujer encantadora, que llevaba el cabello gris recogido en un moño bajo y cuyos ojos desprendían calidez y amabilidad. Me informó de que Blake ya se había ido a la oficina. Por ahora solo estábamos nosotras.

—La lasaña de anoche estaba increíble —dije mientras me sentaba en uno de los taburetes de la isla para desayunar.

Me había sentido un poco rara cuando me ofreció una taza de café nada más levantarme. Siempre era yo quien lo preparaba en casa. Montones y montones de cafeína que me iba bebiendo poco a poco mientras pasaba las horas delante del ordenador y rezaba porque las musas quisieran ayudarme ese día.

—Me alegro.

—Y la tarta de chocolate es espectacular —la elogié—. Me comí la mía y la de Blake. Por favor, no se lo digas.

Rompió a reír y me tendió un plato con huevos revueltos y unas tostadas con aguacate.

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo. —Se limpió las manos en un paño de cocina—. Además, no creo que al señor Maddox le importe. No es muy goloso. La hice por usted.

—¿Por mí? —Removí los huevos con el tenedor.

—El señor Maddox nos llamó hace unos días para informarnos de que ahora también había una señora Maddox. Quería asegurarse de que lo tuviéramos todo listo a su llegada —me comentó mientras metía los utensilios de cocina en el lavavajillas.

No me sentía muy cómoda con que ella estuviera trabajando mientras yo comía, pero cuando me ofrecí a ayudarla a preparar el desayuno, estuvo a punto de pegarme con una espátula. Había aprendido la lección por las malas.

—También me dijo que le gustaba mucho el chocolate y me sugirió un par de platos que podrían ser de su agrado —añadió.

Algo se calentó en mi pecho. Blake se había dado cuenta de la avidez con la que devoré mi tarta de chocolate cuando comimos todos juntos tras montar en quad. Pero no creí que lo recordara, y mucho menos esperaba que se lo dijera a Annie para que preparara algunos postres teniendo en cuenta mi predilección por el dulce. Intenté ignorar la ternura que me provocaba aquel gesto con un trago de café. No podía olvidar que lo había hecho para que el personal nos tomara por una pareja de recién casados que estaba locamente enamorada. Blake no se preocupaba por mí, solo estaba interpretando un papel y, por lo que veía, lo estaba haciendo muy bien.

—Sí, mi marido es el mejor. —Suspiré antes de darle un bocado a mi tostada.

—Es una mujer muy afortunada. Y, ahora que la conozco en persona, puedo decir que él también lo es.

—Gracias, Annie. El sentimiento es mutuo. Tú también me has caído muy bien y, por favor, tutéame. Te encanta cocinar tartas y a mí me encanta comerlas. Estoy segura de que vamos a ser muy buenas amigas.

Ella rio de nuevo. Se notaba que le agradaba tener a alguien con quien hablar y me alegré de contar con una especie de aliada dentro de la mansión. Después del desayuno, me despedí y la dejé con sus quehaceres mientras iba a explorar un poco. Supuse que era importante sentirme a gusto en esa casa y saber dónde estaba cada cosa.

No solo por mi propia comodidad, también por si recibíamos alguna visita. Era primordial no levantar sospechas y que nadie pensara que no me había molestado en conocer el entorno porque mi estancia allí tenía fecha de caducidad.

Intenté memorizar la distribución de las habitaciones y decidí estrenar el gimnasio de la planta baja. Era amplio, con ventanales que daban al jardín y máquinas que parecían recién sacadas de un catálogo de lujo: un par de cintas de correr, una bicicleta estática, una fila de mancuernas perfectamente alineadas, un saco de boxeo colgado del techo con cadenas de acero y una alfombra gris en un rincón, ideal para realizar estiramientos o practicar un poco de yoga.

Calenté unos minutos en la cinta y luego hice una pequeña rutina con pesas, más por costumbre que por motivación. Dedicarme a la escritura requería pasar mucho tiempo sentada frente al ordenador, y moverme me ayudaba a despejar la cabeza y a sentir que mis piernas no se estaban atrofiando por falta de uso.

Cuando terminé, subí a mi habitación para ducharme. El baño del gimnasio estaba impecable, pero prefería el mío. Allí tenía todas mis cosas y mi propio desorden me hacía sentir un poco más como en casa. Después me vestí con ropa cómoda, robé otra taza de café de la cocina y me llevé el portátil al despacho que Blake me había cedido para trabajar desde allí.

Era un lugar bonito y luminoso. El escritorio estaba situado frente a una enorme cristalera desde donde se veía la playa y el cielo azul de Los Ángeles. Dos grandes estanterías abarrotadas de libros ocupaban una pared entera y, por un instante, sentí que pertenecía a ese lugar. Abrí mi ordenador y me dispuse a luchar contra el bloqueo que no me había permitido escribir durante meses. Antes de poder encenderlo, alguien llamó a la puerta del despacho.

—¿Señora Maddox? Digo, ¿Samantha?

—Pasa, Annie.

—No quería molestarte, pero acaba de llegar una visita y pregunta por ti.

—¿Por mí? —Nadie me conocía en Los Ángeles, a excepción de Blake y Finn, y a esa hora estaban trabajando en las oficinas de Maddox Enterprises.

—Se trata del señor Porter, el abogado de la familia —me informó.

¿ Qué querría ese hombre ahora¿ ? No le había bastado con la reunión que tuvimos en su despacho? Un momento, no estaría allí para realizar una de esas visitas sorpresa para pillarnos desprevenidos, ¿verdad? ¡Si acababa de instalarme!

—Muy bien, pues será mejor que vaya a ver qué es lo que quiere. —Volví a bajar la tapa del ordenador.

Aproveché y le di un trago al café que me había llevado al despacho. Algo me decía que iba a necesitar toda la energía que pudiera reunir para enfrentarme a ese hombre. Sobre todo, ahora que Blake no estaba conmigo y me encontraba sola ante el peligro. «Cálmate, Sam, puedes con esto. Tú tan solo respira y sonríe. Seguro que únicamente ha venido para recoger unos papeles o algo por el estilo y te sentirás ridícula por haberte preocupado tanto por nada».

Cuando bajé las escaleras, caí en la cuenta de que iba descalza, llevaba una camiseta oscura que me quedaba enorme sobre unos pantalones cortos y un lápiz sujetaba en lo alto de mi cabeza toda mi melena azul, recogida en un moño medio deshecho. Si quería causarle una buena impresión, hoy tampoco iba a ser ese día.

—Señor Porter —lo saludé cuando me reuní con él en el salón. Al menos esta vez había recordado su apellido—. ¿En qué puedo ayudarle? Como sabrá, Blake está ahora mismo en su oficina, pero puedo llamarle y decirle que...

—Tranquila, no es necesario que le moleste. De hecho, he venido a hablar con usted. —Sonrió de una forma que no me gustó. Parecía un depredador a punto de abalanzarse sobre su presa—. Recuerda que les dije que iba a hacerles alguna que otra visita sorpresa, ¿no?

Tragué saliva con fuerza. Claro que lo recordaba, solo que no esperábamos que lo hiciera tan pronto. Llevábamos solo tres días

siendo marido y mujer. ¿Tan poca fe tenía en nosotros que ni siquiera había podido esperar una semana para ver cómo nos iba? Aunque, si lo pensaba bien, había sido una jugada muy astuta por su parte. No habíamos tenido tiempo de prepararnos ni aclimatarnos a Los Ángeles antes de su primer interrogatorio. Había pretendido pillarnos fuera de juego y lo había hecho.

—Sí, visitas sorpresa. Lo recuerdo —me obligué a decir.

Se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz. Esa mañana también llevaba un traje de chaqueta y el pelo de color ceniza repeinado hacia un lado. Al parecer ese era su estilismo habitual. Igual que el mío era llevar lápices en la cabeza e ir descalza cuando estaba en casa.

—Perfecto. Entiendo que ayer estaba demasiado cansada tras volver de Las Vegas, pero he pensado que hoy ya se encontraría mucho mejor. Al menos lo suficiente como para que ambos pudiéramos charlar un rato como dos buenos amigos.

Estiré las comisuras de mis labios en lo que pretendía ser una sonrisa. Aquello iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba, sobre todo si Blake no iba a estar nunca en casa. De momento habíamos cenado y desayunado por separado, y el resto del tiempo lo pasaba fuera, trabajando. Si iba a ser así todos los días, ¿cuándo se suponía que íbamos a conocernos para fingir ser un matrimonio perfecto? Sabía que iba a estar ocupado, pero no tanto como para no pisar ni su propia mansión.

El abogado carraspeó con cierta incomodidad y volví al planeta Tierra.

—Bueno, si ha venido hasta aquí para hablar, será mejor que nos sentemos —sugerí con un gesto de la mano—. ¿Quiere que le diga a Annie que nos prepare algo? —Tomamos asiento en una punta distinta del sofá.

—Está bien así. No me quedaré mucho tiempo. Tengo otros asuntos que atender por la zona, serán solo unas preguntas rápidas.

—En ese caso, ¿qué quiere saber?

—Un segundo. —Se inclinó sobre el maletín negro que había traído y que ahora descansaba junto a sus pies, lo abrió y extrajo un pequeño cuaderno y una estilográfica. Un bolígrafo común y

corriente era demasiado mundano para ese hombre—. ¿Le importa si tomo notas?

» Claro que me importa.«

—En absoluto.

Sonrió con suficiencia. Sabía que no podía negarme a su petición. Me dieron ganas de apuñalarle con su propia estilográfica.

—Muy bien, empecemos, señora Maddox. Cuénteme, ¿cómo conoció a Blake?

Me vino a la mente nuestro primer encuentro. Blake había sujetado las puertas del ascensor para que Emily y yo pudiéramos entrar con una Arizona ebria casi a rastras. Ah, sin olvidar que mi marido estaba coqueteando con la mujer que llevaba del brazo. En ese instante agradecí más que nunca que nos hubiésemos inventado una historia coherente antes de enfrentarme a este hombre.

—Fue mediante una aplicación de citas. Ninguno de los dos buscaba nada serio, pero ya sabe cómo son estas cosas. —Moví las cejas en un gesto cómplice, sin embargo, él ni se inmutó.

—No, no lo sé —respondió con sequedad—. Cuéntemelo.

Genial, el tipo quería detalles.

—En fin, llegó un punto en que los mensajes dieron paso a las llamadas. Hablábamos casi todas las noches, a veces incluso me dormía con el sonido de su voz. —La escritora que vivía en mí me felicitó por ese pequeño pero conmovedor toque de romanticismo—. Después empezó a visitarme siempre que podía, entre un viaje de trabajo y otro. Teníamos conexión.

—¿Conexión? —Alzó una ceja y me observó de arriba abajo, como si no pudiera creer que alguien como Blake tuviera algo en común conmigo.

—Exacto. A los dos nos gusta montar en moto y bailar cuando la ocasión lo requiere. —No quería inventarme nada por si metía la pata, así que me limité a mencionar las cosas que realmente sabía de Blake porque las había vivido con él—. Y el café —añadí, como si compartir el amor por la cafeína fuera algo fundamental en toda relación.

Ahí no había estado muy fina, pero la presión y su mirada acusadora empezaban a afectarme.

—Ya veo —comentó de forma distraída mientras tomaba nota de todo—. ¿Y qué hay de la boda? ¿La tenían planeada?

—Oh, no, todo fue inesperado para ambos. Viajamos a Las Vegas para pasar unos días juntos, y no soportábamos la idea de tener que separarnos de nuevo. Así que una noche, en un arrebato, decidimos dar un paso más allá en nuestra relación, el definitivo. —Tragué saliva con fuerza, aunque dadas las circunstancias no lo estaba haciendo nada mal—. Todo ocurrió muy deprisa. Obtuvimos la licencia matrimonial y entramos en la primera capilla abierta que encontramos. Blake insistió en que lo importante era el momento, no el lugar, y nos casó un oficiante vestido de Elvis. Todo fue tan... romántico.

—¿Qué sintió cuando dijo Sí, quiero?

» Náuseas por el tequila.«

—Me sentí la mujer más dichosa del mundo. Eso que dicen de las mariposas en el estómago es completamente cierto —le aseguré.

—Entiendo. Mejor pasemos a otro punto. ¿Cómo lleva que Blake trabaje tanto? —Se dio unos golpecitos con la estilográfica en la barbilla, como si esa respuesta en concreto le interesara mucho—. Todo el que lo conoce sabe que es un adicto al trabajo y que su empresa es su único y verdadero amor.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora, por supuesto. —Sonrió de medio lado.

—Bueno... Lo echo de menos. Pero me ha prometido que los fines de semana serán solo para nosotros —improvisé—. Y puede que algún día le pida a Annie que se vaya antes a casa para pasar más tiempo a solas con él.

—Ya veo, ¿y esos días cocinará usted? ¿Se le da bien? ¿Sabe lo que le gusta a Blake?

—¿Que si sé lo que le gusta? Claro que sí, ¿cómo no iba a saberlo? Si es mi marido —le pregunté con una risa aguda y nerviosa—. Además, cualquiera puede preparar un sándwich de crema de cacahuete.

—Sabe que su marido es alérgico al cacahuete, ¿verdad?

¿» Qué me estás contando.«?

—Claro que lo sé. Era solo una forma de hablar —comenté con un ademán de la mano.

Asintió y escribió algo en su libreta. Esperaba que después de lo que acababa de decir no pensara que tenía planeado asesinar a Blake con un sándwich para quedarme con toda su fortuna.

—De acuerdo, una pregunta más antes de marcharme. —Apoyó el cuaderno sobre las rodillas—. ¿Qué fue lo primero que le llamó la atención de su marido?

—Bueno, a la vista está que es un hombre muy guapo. —Sonreí como una boba, aunque al estirado señor Porter no le hizo ninguna gracia. Esperaba una respuesta mucho más profunda y detallada.

Fruncí el ceño. ¿Qué fue lo primero que me atrajo de Blake? Recordé nuestra carrera en quad por el desierto, todos los bailes que habíamos compartido y la intimidad que nos había envuelto frente a las fuentes del Bellagio. La sensación de su mano sobre la mía mientras corríamos a través de las luces, la promesa de no enamorarnos el uno del otro.

—Verá, cuando lo conocí yo... Me sentí... En fin, hacía mucho tiempo que no me sentía así. —Clavé la vista en el suelo. Me daba miedo mirarlo a los ojos y que viera mucho más de lo que quería mostrarle.

—¿Así cómo?

—Segura, valiente... Viva —susurré—. Blake me hace sentir así y ni siquiera se lo propone. Ni siquiera es consciente de ello. —Tragué saliva con fuerza. El aire se había vuelto mucho más denso a nuestro alrededor. Más íntimo.

Dirigí la vista hacia Harold, algo azorada. Él se limitó a observarme con una pequeña sonrisa bailando en sus labios. Sacudí la cabeza. Todo eso no eran más que pensamientos sin sentido. Un montón de tonterías. Un millón de dólares y la posibilidad de escribir una novela era lo único que Blake me hacía sentir.

—Por favor, le pido que esto quede entre nosotros. No quiero inflarle más su descomunal ego —añadí para aligerar el ambiente.

—Tranquila, soy abogado, podemos catalogar esa información como secreto profesional.

Esa fue la primera vez que, a pesar de nuestra mutua antipatía, nos miramos con una chispa de complicidad. Por el bien de nuestro engaño, esperaba que no fuera la última.

Capítulo 14



En cuanto el abogado se marchó, busqué mi móvil y le mandé un mensaje a Blake. Le conté que Harold había estado aquí, me había hecho una especie de entrevista y había sido un completo desastre. Teníamos que hablar cuanto antes. Sin embargo, dos días después, seguía sin verlo. Le mandé más mensajes, cientos, miles de ellos, pero él tan solo me contestaba con monosílabos o se limitaba a repetirme que estaba muy ocupado y que nos veríamos pronto. Mientras tanto, que improvisara.

Sí que iba a improvisar, sí, pero sobre cómo podría matarlo de la forma más lenta y dolorosa posible. No quería ir a buscarlo a su despacho. Llamaría demasiado la atención y lo último que necesitábamos era que el abogado pensara que su primer interrogatorio me había asustado, o dar la impresión de que las cosas no iban bien entre nosotros.

Para no darle más vueltas, durante ese tiempo me centré en escribir los primeros capítulos de mi nueva novela. Me daba largos paseos alrededor de la mansión, disfrutaba del sonido de las olas del mar y dejaba que los paisajes que se dibujaban ante mí me llenaran de inspiración. Aunque mis musas habían hibernado durante meses, estaban despertándose más activas y enérgicas que nunca.

Me hice un horario y me propuse escribir cada día un poco más. La constancia era un arma tan poderosa como el talento. De nada servía que se te diera bien hacer algo si no lo llevabas a cabo por falta de motivación. Ahí es cuando entraba en juego la disciplina.

Estaba segura de que, si era perseverante, en un lugar tan idílico como ese podría conseguir dar forma a una historia de la que sentirme orgullosa. Lo importante era que las palabras llenaran el papel, ya tendría tiempo después de mejorar y embellecer la obra.

El proceso de cada autor era distinto. En mi caso, una vez que una idea se asentaba en mi cabeza, la escribía cuanto antes para no perderla entre la densidad de mis pensamientos. Antes de darle forma, realizaba un trabajo previo de documentación sobre los temas que iba a tratar, y realizaba una ficha de todos los personajes que aparecerían en la novela para construirlos lo mejor posible y tener una imagen detallada de ellos durante toda la historia.

Después hacía una escaleta para tener clara la estructura del libro y sentar las bases de la historia antes de desarrollarla. Por último, hacía aquello que más me gustaba y que tanto trabajo me había costado durante los últimos meses: escribir. Por suerte, allí me sentía más preparada que nunca para volver a hacerlo.

Todos los días llamaba a Emily y a Arizona, tal como habíamos acordado. Aquella tarde, después de escribir un rato en el ordenador y en vista de que Blake seguía sin aparecer, aproveché para hacer una videollamada grupal con ellas. La pantalla se dividió en tres pequeños recuadros: uno para mi hermana, otro para mi amiga y el último para mí. Nos saludamos y mi corazón dio un brinco de alegría al volver a verlas.

—Menuda habitación. —Arizona soltó un silbido cuando moví la cámara para enseñarles el cuarto de invitados en el que me alojaba. Durante estos días les había enviado fotos y videos desde todos los rincones de la casa. No podía evitarlo, era una mansión de ensueño.

—Me encanta. Y sin ninguna maceta a la vista —añadió mi hermana con cierto retintín.

—Emily, deja de quejarte porque te hayas quedado a cargo de las plantas de mi apartamento —dije—. Solo tengo dos cactus, y basta con que los riegues cada tres semanas.

Puso los ojos en blanco y, para cambiar de tema, les pregunté cómo iba todo después de volver de Las Vegas.

—Entre el trabajo en la tienda de ropa y el bar apenas doy abasto, ya me conoces —respondió Arizona—. Pero echaba de menos las

propinas, y siempre que puedo voy a tu casa para hacerle compañía a tu hermana.

—Es cierto, de hecho, me gustaría terminar de leer la novela erótica que me recomendaste y no hay manera —se quejó Emily.

—No me importa que leas cochinadas en mi presencia —le aseguró nuestra amiga.

—Pues a mí sí me molesta leerlas contigo delante.

—Vaya por Dios, qué tímida nos ha salido.

Las miré embobada y esbocé una sonrisa. Echaba de menos la forma en que sus personalidades chocaban y, al mismo tiempo, se complementaban tan bien. Además, que a Emily no le importara pasar tiempo a solas en mi apartamento para leer, ver una serie o lo que ella quisiera, era buena señal.

Cuando la ruptura con Christopher era más reciente no soportaba estar sola. Decía que no podía dejar de pensar en si las cosas podrían haber sido de otra manera. Ahora, poco a poco, empezaba a tolerar esos ratos de soledad y silencio sin derrumbarse, y eso ya era un gran avance.

—Y aparte de leer novelas eróticas, ¿qué tal va tu día a día, Emily? ¿Todo bien en el trabajo? —le pregunté. Si en alguna de nuestras llamadas diarias notaba el más mínimo indicio de que me necesitaba, no tendría ningún problema en coger un avión lo antes posible para estar a su lado.

—Mejor de lo que me esperaba, la verdad —contestó con una sonrisa tranquilizadora—. Me ha venido bien retomar la rutina y mantenerme ocupada. Además, ya sabéis que todos me tratan genial en la escuela.

Mi hermana llevaba años trabajando como secretaria en una escuela pública. Era tan responsable, y estaba siempre tan pendiente de los demás, que se había ganado el corazón de todos. Por eso, cuando la dejaron plantada, su jefe no había puesto ninguna pega en que se tomara las vacaciones que tenía pendientes para despejarse un poco.

—Me alegra oír eso. —Lo decía de corazón. Si alguien se merecía encontrar la felicidad, sola o acompañada, era ella.

—Bueno, ¿y qué hay de ti? ¿Tu marido ya ha dado señales de vida? —quiso saber Arizona, ya que ambas estaban al tanto de mi día a día.

—Aún no. —Resoplé—. Espero que lo haga pronto, o no sé cómo vamos a fingir que... —Me quedé callada al escuchar pasos en el pasillo—. Chicas, tengo que dejaros, creo que mi marido al fin se ha dignado a visitarme.

—¡ Ya nos contarás mañana! —me pidió Emily.

—Sí, queremos detalles —exigió mi amiga.

Me despedí rápidamente de ellas y colgué. Un segundo después, Blake llamó a la puerta, aunque estaba abierta.

—¿Qué tal lo llevas? —me preguntó.

Llevaba puesto uno de esos trajes de tres piezas que tan bien le quedaban y el pelo peinado hacia atrás. Qué guapo era. Y qué irritante. Dejé el móvil sobre la mesita de noche, levanté la vista hacia él y suspiré con fuerza. Se avecinaba una tormenta.

—¿ Qué cómo lo llevo, maldito patán? —Me puse en pie y le lancé un par de cojines que había sobre la cama. Los esquivó con facilidad, así que le tiré uno más por si daba en el blanco—. ¿No has visto todos los mensajes que te he mandado durante los dos últimos días? Me has abandonado a mi suerte, ¡y nada menos que con Harold! ¿Y por qué no me habías dicho que eras alérgico a los cacahuetes?

—Supongo que no salió el tema.

—Genial, pues gracias a eso he hecho el ridículo y Harold debe pensar que soy la peor esposa del mundo.

—Seguro que no fue para tanto.

—Fue aún peor —refunfuñé—. ¿Has visto cuando interrogan a un sospechoso en comisaría, y uno de ellos adopta el papel de poli bueno y el otro el papel de poli malo para sonsacarte información? Bien, pues Harold es el poli malo. Al principio parecía que todo iba bien, me dijo que tan solo iban a ser unas pocas preguntas sin importancia. Me relajé y entonces fue cuando me atacó directo a la yugular. Tan solo le faltó preguntarme cuántos lunares tienes en el cuerpo.

—Puedes descubrirlo por ti misma cuando quieras. —Sonrió de forma sugerente.

Le lancé otro cojín. Había desaparecido durante dos días enteros, cuando yo aún estaba tratando de memorizar cuántos cuartos de baño tenía la casa. No estaba lista para apañármelas por mi cuenta. Le llamaron al móvil. Se lo sacó del bolsillo y una vez más la pantalla se iluminó con el nombre de Beca. Empecé a ver puntitos negros por todas partes y la ira encendió mis mejillas de un rojo intenso.

—Como lo cojas, te mato —le advertí.

—Será solo un segundo.

—Ah, bueno, entonces vale —dije con una buena dosis de ironía—. ¿De tu mujer pasas completamente pero tu amante no puede esperar unos minutos para que hables con ella?

—No es mi amante.

—Ya, tan solo tu *chica favorita* . Y tu *pequeña* —le recordé—. Por favor, Blake, no insultes a mi inteligencia.

Se acercó a mí despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacerlo.

—Te pones muy guapa cuando estás celosa. —Tiró de un mechón de mi pelo azul con picardía.

Su voz ronca y esa sutil caricia me dejaron fuera de juego durante unos segundos. Las chispas que siempre saltaban entre nosotros seguían allí, más vivas e intensas que nunca. Apreté los dientes con fuerza. No se las merecía. Por suerte, pude recomponerme del efecto Blake Maddox en un tiempo récord y lo aparté de un manotazo.

—No estoy celosa, sino cabreada —recalqué, por si no había quedado claro—. Se suponía que éramos un equipo y estábamos juntos en esto. No pareceremos un matrimonio feliz y bien avenido si nunca estás en casa. No puedo fingir por los dos.

Además, echaba de menos al Blake que había conocido en Las Vegas. Al hombre divertido y despreocupado que nos había hecho correr solo para llegar a tiempo de ver las fuentes del Bellagio en acción.

—Tienes razón. Perdona, Sam. —Parecía arrepentido y se rascó la nuca con cierta incomodidad. Al hacerlo, mis ojos se clavaron en su

cabello. Sentí deseos de enterrar mis dedos en él para despeinárselo y quitarle toda esa gomina.

—Te recuerdo que fuiste tú quien me propuso este plan. Lo menos que puedes hacer es intentar que funcione —concluí más calmada tras haberle expuesto la situación.

—Sé que no es ninguna excusa, pero no estoy acostumbrado a tener novia, y mucho menos esposa —admitió—. He dedicado los mejores años de mi vida a esta empresa, me he volcado en ella en cuerpo y alma. Así me lo inculcaron mis padres desde que tengo uso de razón y, al final, me acostumbré a vivir de esta manera. En parte para buscar la aprobación de mi progenitor, y en parte porque soy un hombre obstinado y ambicioso por naturaleza. Pero tienes razón. Mi padre ha fallecido y las cosas han cambiado. Teníamos un acuerdo, y tú has estado haciendo tu parte durante estos días mientras que yo he estado encerrado en mi despacho, perdiendo dioptrías delante del ordenador.

Me crucé de brazos y ladeé la cabeza. En ese momento me percaté de las ojeras que lucía bajo sus preciosos ojos, la constante tensión de sus hombros, el cansancio que denotaban sus movimientos. A veces se me olvidaba que su padre había fallecido hacía tan solos unos meses, que estaba luchando con uñas y dientes porque Maddox Enterprises siguiera a flote, aunque ahora mismo no tuviera un capitán que la dirigiera, y además era la primera vez que compartía su vida con una mujer.

—Está bien, no pasa nada. Tan solo ten en cuenta lo que te he dicho. Nadie va a creer que estás loco por tu mujer si no dejas de ignorarme.

—Te aseguro que ignorarte es lo último que hago. —Paseó su mirada gris por todo mi rostro—. Puedo arreglarlo. La entrevista que has tenido con Harold ha sido solo un pequeño traspiés. Haré todo lo posible por poner de mi parte y que no vuelva a ocurrir. Dime, ¿qué propones para mejorar la situación? ¿Alguna idea?

—La verdad es que sí. —Me dirigí al escritorio que había bajo la ventana y abrí el primer cajón—. Sé que eres un hombre muy ocupado, así que he pensado tres propuestas para aprovechar el

tiempo al máximo y conocernos a fondo antes del siguiente interrogatorio. —Saqué un par de folios del cajón y volví a su lado.

—Yo también tengo una propuesta para conocernos a fondo. —Movió las cejas.

—Denegada.

—Pero si aún no sabes qué es.

—No hace falta que me lo digas, no has sido muy sutil que digamos. —Puse los dedos sobre sus cejas y se las bajé. Blake rio y yo sentí cierto calorcillo en el pecho—. Ten. —Le entregué los folios.

—¿Qué es esto? —Miró ambas hojas con el ceño fruncido.

—Verás, como te he dicho tengo tres propuestas para que nos conozcamos lo más rápido posible y que, al mismo tiempo, tú puedas seguir trabajando con ahínco en tu empresa. A ver qué te parecen. —Carraspeé y las fui enumerando con los dedos—. La primera es adueñarnos de los viernes por la tarde. Ese día procurarás salir antes del trabajo y nos quedaremos en casa. Cenaremos, veremos una película... En definitiva, nada de distracciones, solo centrarnos el uno en el otro.

—Admitida. —Me hizo un gesto con la mano para que prosiguiera —. Siguiente propuesta.

—Dos, los fines de semana que no tengamos ningún evento familiar, saldremos por Los Ángeles. Es bueno que la gente nos vea hacer cosas juntos y, además, no conozco la zona. Ya que estoy aquí, podría aprovechar para hacer un poco de turismo.

—De nuevo, propuesta aceptada. ¿Algo más?

—Sí, hay una tercera. Se trata de las dos hojas que te he dado. En ellas he anotado algunas preguntas básicas que necesitamos saber el uno del otro. Ya sabes, dónde nos criamos, nuestro color favorito, si tenemos alguna alergia... —pronuncié la última palabra con cierto retintín. Aún no le había perdonado que no me dijera que era alérgico a los cacahuetes. Aunque ahora que tenía esa información en mi poder, podría usarla en mi beneficio y tirarle frutos secos cuando me enfadara—. Yo ya he respondido a mis preguntas, solo tienes que estudiarlas cuando encuentres algún hueco libre. Tú deberás contestar las tuyas y dármelas lo antes posible para que yo también pueda memorizarlas.

—Parece que has pensado en todo. —Le echó un vistazo al cuestionario—. Bien, en cuanto las responda te devuelvo la hoja. Intentaré cumplir las tres cosas. Viernes por la noche solo para nosotros, fines de semana vagar por Los Ángeles cuando no haya que cumplir con la familia y estudiar estas preguntas.

—Lo has pillado. —Era lo mejor. Así podríamos compaginar su exigente agenda con nuestro matrimonio—. Como mañana es viernes, le diré a Annie que prepare cena para dos. Es una mujer encantadora, por cierto, y me gusta mucho. Así que más te vale no hacerla trabajar para nada y llegar a tiempo para la cena.

—Allí estaré. —Se acercó un poco más y tuve que levantar la cabeza para no apartar la vista de sus ojos del color de la luna—. Y me alegro de que te guste Annie. Quiero que te sientas como en casa.

—Eso intento. —Pensé que me sentiría mejor si él pasara más tiempo aquí, conmigo. No porque me agradara su compañía y quisiera ver más a menudo esa cara tan atractiva; tan solo para hacer nuestra actuación mucho más creíble y asegurarnos de que nuestro plan tuviera éxito. Solo por eso.

—Bien, si ya está todo solucionado, ¿me das un beso de buenas noches?

Lo miré con hastío y le tiré otro cojín. Adoraba que esa cama tuviera tantos. Acababa de descubrir que eran un arma arrojadiza muy efectiva. Blake se rio y me guiñó un ojo antes de salir de la habitación y cerrar la puerta.

Sus provocaciones me asqueaban y me excitaban a partes iguales. Eso era lo que más me fastidiaba de todo. Un rato después, mientras me ponía algo más cómodo para ir a dormir, seguía repitiéndome a mí misma que su fugaz visita no me había afectado en absoluto. Sin embargo, cuando me dormí, lo hice pensando en la risa franca y contagiosa de mi marido.

Capítulo 15



Cuando terminé de narrar el primer beso entre los protagonistas de mi novela, me recosté en la silla y me crují el cuello. Había olvidado cuánto disfrutaba escribiendo y, ahora que había logrado retomarlo y comenzaba a superar aquel bloqueo, había perdido la noción del tiempo delante del ordenador.

Antes de que se me olvidara, le mandé un correo a mi editora para contarle que el cambio de aires me había sentado bien. Por fin tenía algo entre manos, y me daba la sensación de que esta historia era especial. Le aseguré que la mantendría informada de mis avances y que pronto le enviaría algunas páginas.

Cuando miré la hora, me di cuenta de que había llegado el momento de ducharme y ponerme algo decente antes de bajar al comedor y cenar con Blake. Ayer aceptó pasar una tarde semanal conmigo y ese iba a ser nuestro primer viernes juntos. No haríamos nada del otro mundo, cenar en casa y ver una película. Sin embargo, ese sencillo plan era perfecto para conocernos mejor el uno al otro sin distracciones de ningún tipo.

Me puse una de mis camisetas oscuras favoritas. No quería ir tan desaliñada como de costumbre, pero tampoco quería que pensara que me había arreglado para él. Rematé el conjunto con unos vaqueros y unas zapatillas deportivas. Bajé al comedor y comprobé que Annie lo había dejado todo preparado. Cuando le dije que esa noche tendríamos una cena íntima enloqueció de gusto. Había

pensado en decirle que no se molestara en cocinar y pedir que nos trajeran algo a domicilio.

Me moría por comer *pizza* , hamburguesa, o cualquier otro alimento del que brotara grasa cuando lo estrujabas. Sin embargo, Annie había puesto el grito en el cielo —y también la espátula de madera—, y había dicho que no podía cometer tal sacrilegio la primera noche que íbamos a cenar en la mansión como marido y mujer.

Ella parecía más ilusionada que yo, así que no tuve fuerzas para negarme. Le pedí que nos preparara algo sencillo y, por los platos que veía sobre la mesa, lo había hecho. Pollo, patatas y verduras. Perfecto. Abrí una botella de vino y me senté. Faltaban solo cinco minutos para que el ostentoso reloj que había sobre la repisa de la chimenea marcara la hora que habíamos acordado para la cena.

Un vaso y medio de vino después, Blake seguía sin aparecer. Me había prometido a mí misma no volver a probar el alcohol después de lo que ocurrió en Las Vegas, pero era una ocasión especial. No llevaba muy bien que me dieran plantón. Sobre todo, si habíamos quedado en la casa del que no se había presentado.

Suspiré, resignada, y comencé a comerme el pollo, que ya debía estar frío y algo reseco. Estaba cogiéndole bastante tirria a mi marido y eso era contraproducente para nuestros planes. Cuanto más lo detestara, más difícil sería fingir que estaba enamorada de él. No obstante, se lo estaba ganando a pulso. Me sonrojé por el enfado y el vino.

Para evitar hacer alguna tontería, como atacarlo con un montón de cacahuetes cuando volviera, decidí desfogarme en el gimnasio. Hacer un poco de deporte siempre me había ayudado a templar mis nervios y a calmar la ansiedad. Me puse un top deportivo y unas mallas, y dejé que la cinta de correr obrara su magia.

Cuando perdí la cuenta de los kilómetros que había hecho, alguien se subió a la cinta contigua a la mía. Di un respingo y giré mi rostro hacia el intruso, que resultó ser blake. Se había puesto una camiseta de manga corta y unos pantalones holgados que le llegaban hasta las rodillas. Era insultante lo guapo que estaba.

Obligué a mis hormonas a que lo ignoraran, y seguí corriendo con la mirada fija en la enorme pared de cristal que tenía en frente.

—¿Este es el plan que tenías en mente cuando me pediste que pasáramos los viernes por la noche juntos? —preguntó al cabo de un rato.

—No, esto es lo que hago para desfogarme cuando me dan plantón —contesté sin dejar de correr.

—Lo siento, Sam. He tenido una reunión de última hora y no he podido salir antes. Ya sabes cómo están las cosas por la oficina. Hasta que no me nombren presidente, las aguas seguirán un poco agitadas. Ni siquiera he tenido tiempo para llamarte y avisarte de que llegaría un poco más tarde. Te aseguro que lo estoy organizando todo para que no vuelva a ocurrir y que los viernes sean solo para nosotros, tal y como acordamos.

—Bien, pero este ya está perdido. —Reduje la velocidad. No podía correr tan rápido y al mismo tiempo echarle una bronca en condiciones—. Al menos habrás podido echarle un vistazo al cuestionario que te pasé.

—Claro. He empezado a estudiar tus respuestas entre reunión y reunión. También he contestado todas tus preguntas. Te he dejado la hoja sobre el escritorio que hay en tu habitación.

—Genial, es lo mínimo que podías hacer —refunfuñé. Su plantón aún me escocía en el pecho.

Blake apagó su cinta, bajó de ella y se acercó a la mía. Con un gesto decidido, pulsó el botón para detenerla. Luego me cogió de la cintura y me atrajo hacia él. Esta vez llevaba el pelo despeinado y su camiseta dejaba a la vista unos bíceps fuertes y bien torneados. No había ni un solo gramo de grasa en su fornido cuerpo.

—Lo siento de veras. Te prometo que no volverá a ocurrir. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Nuestras respiraciones estaban algo agitadas. Lo achaqué al ejercicio de cardio que acababa de realizar y no a nuestra cercanía—. Por... el bien del plan. —Su mirada se deslizó hasta mi boca.

—Claro, por eso me he cabreado tanto. No porque me hayas plantado a mí, sino porque has plantado al... plan. —Me mordí el labio inferior.

Blake tragó saliva con fuerza y mis ojos se clavaron en el movimiento brusco de su nuez.

—¿Hay algo que pueda hacer para compensarte? —preguntó con voz ronca.

Sus manos seguían ancladas en mi cintura y las mías se apoyaron sobre sus duros pectorales. Debería apartarlo, poner distancia entre nosotros, y no solo a nivel físico. Sin embargo, estar tan cerca de él acallaba todas mis alarmas y las convertía en un silencio cómodo y cómplice. Una lucha encarnizada tenía lugar en mi interior. La razón contra el deseo. Aún no se había proclamado ningún vencedor cuando llamaron al timbre.

Nos separamos de inmediato. Como íbamos a pasar la tarde conociéndonos mejor, le había pedido al personal que se marchara antes. No había nadie más que nosotros para abrir la puerta. Me alegraba que el timbre me hubiera impedido caer en la tentación llamada Blake Maddox. No debía sucumbir a sus encantos por varios motivos: no quería poner en riesgo nuestro acuerdo, si lo hacía sería más difícil marcar el límite entre un matrimonio de verdad y uno de mentira y no confiaba en los hombres.

—Será mejor que vayamos a ver quién es —sugirió. Asentí y salimos del gimnasio para dirigirnos a la puerta principal. Miró por el videoportero y suspiró—. Debí haberlo imaginado. Era demasiado pedir que esperasen a que las visitáramos este fin de semana —murmuró para sí mismo mientras abría la puerta pulsando un botón.

—¿A quién te refieres?

Antes de que pudiera contestarme, dos mujeres entraron en el espacioso vestíbulo. Una de ellas rondaba los cincuenta años y tenía la piel más tersa que había visto en mi vida. Sus ojos eran de la misma tonalidad gris que los de Blake, aunque los de la recién llegada desprendían cierta arrogancia.

La otra era mucho más joven. Debía tener poco más de veinte años, y el color de su cabello me recordó a un campo de trigo en pleno verano. En cuanto entró en casa, se abalanzó sobre Blake y lo abrazó con fuerza. Él sonrió, la rodeó con sus enormes brazos y la levantó del suelo, haciéndola reír.

—Ya está bien, Rebecca, compórtate —le pidió la mujer de mayor edad. Luego saludó a mi marido con dos suaves palmadas en la mejilla—. Cualquiera diría que me estás evitando.

—Nada más lejos de la realidad, madre. He estado muy ocupado. —Blake cerró la puerta de casa. ¿ Acababa de decir *madre* ?—. ¿ Qué hacéis aquí?

—¿Acaso necesito un motivo para visitar a mi hijo? He tenido que enterarme por Harold de que mi primogénito ya había vuelto de Las Vegas con su mujer. Y si la montaña no va a Mahoma...

—Tan solo llevo aquí unos días y tenía asuntos importantes que resolver —se excusó él—. Iba a visitaros este fin de semana.

—¿Y qué hay más importante que tu propia familia? Casi me da un infarto cuando nos llamaste para decirnos que te habías casado. —Su madre se llevó una mano al pecho de forma teatral—. Una noticia así debe darse en persona. Y hay que contraer matrimonio como Dios manda y no en Las Vegas, sufriendo alguna especie de locura transitoria.

—A mí me parece de lo más romántico. Ninguno de los dos pudo esperar más tiempo para estar casados. —La más joven suspiró con aire soñador.

—A nosotros también nos lo pareció, ¿verdad que sí, Sam? —Blake se colocó a mi lado y me rodeó la cintura con su brazo.

—¿Esa es tu mujer? —Su madre me miró horrorizada. Primero clavó la vista en mi pelo azul, luego en todos los *piercings* que colgaban de mis orejas, y estuvo a punto de desmayarse cuando vio el septum que pendía de mi nariz. Menos mal que mis tatuajes no quedaban muy a la vista, o habríamos tenido que llamar a una ambulancia—. Creí que era del personal —señaló con desagrado.

Blake apretó los labios para disimular una sonrisa, pero yo no le veía la gracia por ninguna parte. Mi supuesta suegra no me conocía y ya me había sentenciado solo por mi aspecto. Su rostro dejaba claro que no me consideraba digna de su hijo. Al menos, la chica que la acompañaba parecía mucho más agradable y me miraba con simpatía.

—No, señora Maddox, no soy del personal —la informé—. Estábamos en el gimnasio y por eso tengo este aspecto.

Normalmente no visto con un top deportivo y huelo mucho mejor —bromeé y le tendí la mano. Ella torció la boca y apenas me cogió la punta del dedo índice para estrechármela durante un segundo antes de soltármela—. Me llamo Sam, por cierto.

—¿Eso no es un nombre de chico? —me preguntó.

—Viene de Samantha —le aclaré con una sonrisa forzada. La tensión podía cortarse con un cuchillo y mi marido intensificó un poco más su agarre sobre mi cintura para que me tranquilizara.

—Sam, Samantha, ¿qué más da? En ambos casos sigue siendo mi esposa —intervino Blake para calmar los ánimos.

—Sam es un nombre precioso. —La chica más joven me sonrió con complicidad.

—Lo es —le confirmó Blake antes de llevar a cabo las oportunas presentaciones—. Sam, esta es mi madre, Diane. Y ella es...

—Soy su hermana, Rebecca. —Se acercó hasta mí y me abrazó con fuerza sin importarle mi pelo azul, mis *piercings* y que estuviera algo sudada. Ya me caía bien—. Pero puedes llamarme Beca. Así es como me llaman todos. —Volvió a colocarse junto a su madre.

Beca... ¿ De qué me sonaba ese nombre? Un segundo, la chica que no paraba de llamar a Blake no era su amante, ni ninguna de las modelos con las que había salido, ¡sino su hermana pequeña! Rechiné los dientes y lo fulminé con la mirada. Era evidente que se había divertido a mi costa.

—Oh, sí, Beca, ahora caigo. Tu hermano me ha hablado mucho de ti —improvisé como pude.

—Pues no es lo que parece —señaló Diane—. Claro que, con tu aspecto, cualquiera podría pensar que no te importa la familia de mi hijo, solo su fortuna.

Mis manos se cerraron en dos tensos puños, sin embargo, guardé silencio por el bien de nuestro acuerdo. Cuantos menos enemigos me hiciera en la ciudad, mejor.

—Madre, Sam tiene trabajo y es una reconocida escritora. No necesita mi dinero ni el de nadie.

» Aunque el millón de dólares que nuestro trato va a proporcionarme no me va a venir nada mal.«

—Así que es una artista —comentó Diane—. Ya veo. En fin, supongo que podría haberlo deducido por tu aire bohemio y ese... llamativo color de pelo. En cualquier caso, no voy a perdonaros tan fácilmente que no me avisarais para asistir a la boda y que no me dejaseis organizarla. Blake, eres un respetado hombre de negocios, el futuro dueño de un imperio. Deberías haber aprovechado ese enlace para invitar a hombres poderosos y de clase alta para hacer contactos y afianzar tu posición.

—Fue todo muy precipitado. Sam y yo tuvimos un flechazo y, después de mantener una relación a distancia durante meses, ninguno de los dos pudo resistirse al encanto de Las Vegas. Y, a decir verdad, ambos preferíamos una boda más íntima. No quería convertir ese momento en un circo mediático —explicó Blake.

—Sí, la verdad es que fue amor a primera vista —intervine para corroborar de alguna manera su historia.

—Lo dudo —murmuró Diane entre dientes, mirándome de arriba abajo.

—¿Has dicho algo, madre? —le preguntó Blake.

—Sí, estaba diciendo que, en ese caso, podríais venir este fin de semana a jugar al golf con nosotros —disimuló Diane—. Será algo informal, para pasar un poco de tiempo en familia y poder conocerte mejor, Samantha. Sabes jugar al golf, ¿verdad, querida?

¿ Qué si sabía jugar al golf? Claro que no. Además, el fin de semana era mañana mismo, así que tampoco iba a tener tiempo para aprender.

—Por supuesto. —Ni loca iba a decirle que no tenía ni idea y a darle más motivos para que me odiara. Además, el golf consistía en darle a una pelota con un palo, no podía ser tan difícil—. ¿Tú qué dices, Blake?

—Claro, allí estaremos.

Nuestro primer fin de semana como marido y mujer y no íbamos a poder aprovecharlo para conocernos más a fondo, o que me enseñara Los Ángeles. Disimulé mi decepción mientras nos despedíamos de Diane y Rebecca.

—¿Acaso quieres que nos pillen? —le espeté en cuanto cerró la puerta de casa—. ¿Por qué no me habías dicho que tenías una

hermana?

—Era más divertido verte celosa.

—No estaba celosa, solo molesta. Si yo tengo que guardar celibato durante tres meses, tú también.

—No me lo recuerdes. —Se pasó una mano por el pelo, ya de por sí despeinado—. Además, quería ver cómo te desenvolvías ante un imprevisto. Y tengo que felicitarte, has aprobado con nota.

—Pues menos ponerme a prueba y más informarme de estas cosas. Se supone que estamos en el mismo bando, y ninguno de los dos quiere que nadie dude de nuestro enorme, maravilloso y eterno amor.

—Lo sé, tranquila, no habrá más sorpresas en ese aspecto.

—Bien. —Al menos, ya había conocido a su madre y su hermana. No había sido en las mejores circunstancias, y tampoco es que hubiera ido muy bien, pero ya me lo había quitado de encima—. Ha sido un desastre. Tu madre me odia.

—No te lo tomes como algo personal, ella odia a todo el mundo.

—¿Y eso no te molesta? Si fuéramos un matrimonio de verdad, me gustaría llevarme bien con mi suegra. O por lo menos saber que puedo darle la espalda sin que vaya a clavarme un tenedor en la nuca.

—Me importaría si tuvieras que casarte con ella, pero te has casado conmigo. A la única persona a la que tienes que gustarle es a mí. Cosa que haces, por cierto.

—Puedes dejar de fingir que te gusto. Ya se han ido.

—No necesito fingir eso —dijo. Tragué saliva con fuerza y, aunque sonrojarse siempre había sido más propio de mi hermana, mis mejillas se ruborizaron un poco—. ¿ No vas a reconocer que yo también te atraigo? Recuerdo por dónde nos habíamos quedado antes de que nos interrumpieran.

—Solo fue un desliz. —Levanté la barbilla para mirarlo a los ojos—. Estaba algo mareada tras correr en la cinta. —Los latidos rápidos e incontrolables de mi corazón, el temblor de mis piernas, la sensación de mareo cuando su cuerpo se había acercado al mío... Todo encajaba.

—Ya veo —murmuró, no muy convencido—. Volviendo al tema de mi madre, no tienes de qué preocuparte. Es cierto que cuanta más gente apoye nuestra causa, más creíble será nuestro matrimonio. Pero Harold sigue siendo nuestro principal objetivo, no te preocupes por lo demás.

—Está bien. —Me sentí un poco más liviana, como si me hubieran quitado un peso de encima.

Blake tenía la extraña habilidad de calmarme y hacerme sentir segura cuando más lo necesitaba. Además, Finn estaba de nuestra parte y Rebecca me había parecido una chica muy amigable. Seguro que podría ganármela y conseguir unos cuantos puntos de cara a convencer a Harold. Mi suegra no iba a ponérmelo tan fácil, pero nunca me había rendido ante un reto.

Capítulo 16



—¿Ese hombre es como Dios y está en todas partes? —le pregunté a Blake cuando vi a Harold a lo lejos, en el campo de golf.

Me había advertido de que el abogado era un buen amigo de sus padres desde hacía años, pero no esperaba que Diane lo invitara a cualquier evento familiar, por pequeño que fuera.

—Tranquila, aunque no lo parezca, es bastante discreto. —Mi falso marido se inclinó sobre mi oído para que nadie más nos oyera—. Dudo que nos haga un interrogatorio delante de los demás. Se limitará a observarnos desde la distancia para ver cómo nos desenvolvemos en sociedad.

—Eso espero —dije.

Al final nos habíamos juntado un buen grupo en el club de golf, justo lo que más temía. Entre los asistentes estaban Rebecca, Diane y una de sus amigas, Harold, un par de tíos y primos de Blake, algunos hombres de negocios que conocían muy bien a los Maddox y, gracias a Dios, Finn.

Las presentaciones fueron de lo más variopintas. Algunos me felicitaron por nuestro reciente matrimonio y otros me miraron con curiosidad y un toque de arrogancia que no se molestaron en disimular. Al menos nadie me negó un apretón de manos, y Blake se mantuvo a mi lado en todo momento.

Menos mal, porque no me sentía preparada para fingir delante de tanta gente que era el amor de mi vida. Nuestro primer viernes, el que supuestamente íbamos a dedicar a conocernos mejor, se

convirtió en una sesión de gimnasio y una visita inesperada de mi suegra y mi cuñada.

Además, aún no había tenido tiempo de estudiarme las respuestas del cuestionario que le hice. Un alto porcentaje de aquel hombre seguía siendo desconocido para mí. Esperaba que nadie indagara demasiado sobre nuestra relación. Cuanto más improvisáramos, más posibilidades había de que cometiéramos un error.

Llegó el turno de Blake. Cuando le tocaba jugar o alguien reclamaba su presencia, Finn era quien me hacía compañía. Sin embargo, esta vez me había quedado sola, así que aproveché para observarlo todo con más detenimiento.

Nunca había estado en un campo de golf y no sabía si todos eran iguales. Ese en concreto era enorme y olía a tierra mojada. El cielo estaba despejado y una fina capa de azul cubría un hermoso manto verde, igual que una elegante pamela cobijaba el rostro de Diane.

Todos los allí presentes vestían ropas caras y distinguidas. Para mi sorpresa, yo también. A pesar de la ausencia de Blake durante aquellos días, se había encargado de que me hicieran un fondo de armario con todo lo que pudiera necesitar. Las perchas se habían llenado de blusas vaporosas, pantalones de pinzas, vestidos hechos a medida y un sinfín de prendas más.

Me había decantado por un polo entallado blanco de Ralph Lauren, unos pantalones azul marino y un cinturón de marca. Jamás había llevado algo tan caro. Esa ropa no iba conmigo y se suponía que a Blake le gustaba tal como era: con mi pelo azul y mis tatuajes, mi mente creativa, mi pasión por los libros, mi facilidad para meterme en problemas y las inseguridades que Joseph había dejado bajo mi piel antes de marcharse.

Aun así, era consciente de que llevar algo más acorde a la ocasión podía ayudarme a encajar mejor y reforzar la idea de que Blake y yo hacíamos buena pareja. Para ser una mujer que tenía una clara predilección por el color negro y la ropa cómoda, me dio la sensación de que no me había conjuntado tan mal. Aunque, por lo que pude oír , mi nueva imagen no sirvió para apaciguar a mi suegra .

—Alguien debería enseñarle modales —le comentó Diane a su amiga, una mujer callada y altiva que apenas sonreía. Y, por cómo

me miraba, era evidente que se refería a mí—. Mi hijo es una persona influyente y su mujer debería estar a la altura de su posición. Esperaba que mi nuera rezumara elegancia, pudiera proporcionarnos buenos contactos y que no soltara tacos cada cinco palabras. Y, en lugar de eso, Blake apareció frente a la puerta de mi mansión con una joven que se ha perforado la nariz y no sabría distinguir un bolso de Prada de una mísera imitación. Alguien como ella no se merece llevar el apellido Maddox ni se merece a mi hijo.

Apreté tanto los dientes que casi me rompí una muela. Esa mujer era odiosa y cruel. ¿Cómo se atrevía a hablar de mí así a mis espaldas cuando ni siquiera se había molestado en conocerme? Estaba a punto de girarme hacia ella y decirle por dónde podía meterse el palo de golf, cuando uno de los tíos de Blake me llamó:

—Eh, Sam, ¡te toca!

Me crují los nudillos y avancé hacia la bola blanca que habían colocado sobre el césped para que la golpease. Quizá si imaginaba que era la cabeza de Diane acertaría a darle de una vez por todas. Había descubierto que no me gustaba el golf. Es más, lo odiaba. A toda la familia Maddox se le daba bien en general y a Blake en particular. En cambio, a mí... En fin, ya tenía suficiente con sujetar el palo entre las manos y seguir respirando.

Durante la partida, una de mis bolas fue a parar a la cabeza de un golfista y metí un par más en el agua. Cuando levanté el palo, la mayoría de los invitados se alejaron varios metros y Diane y su amiga se escondieron detrás de un árbol.

—Vas a dejar tuerto a alguien. —Blake caminó hacia mí con una sonrisa en los labios—. Deja que te ayude. —Se colocó a mi espalda y me indicó cómo debía sujetar el palo antes de poner las manos en mi cintura y moverla de forma lenta y controlada—. Eso es. —Balanceó sus caderas contra las mías para que lo imitase.

Su olor se entremezcló con el del césped recién cortado y me olvidé de que teníamos público a nuestro alrededor, del desplante que acababa de hacerme su madre e incluso de mi nombre.

—¿Intentas ayudarme o distraerme? —Moví mi trasero contra la tela de sus pantalones. Yo también sabía jugar a ese juego. Y se me daba mucho mejor que el golf.

—Lo que intento es que no mates a nadie —gruñó—. Esto no es lo tuyo. Aunque quizá el problema está en el palo que has cogido. ¿Quieres probar con el mío? —bromeó.

Se me escapó una carcajada. Me encantaba cuando el Blake bromista y relajado que había conocido en Las Vegas hacía acto de presencia. El de Los Ángeles era demasiado duro consigo mismo y siempre estaba encerrado en su despacho.

—No me provoques —le contesté sin perder la sonrisa—. Este deporte está lleno de connotaciones sexuales y podríamos estar así todo el día.

—Eh, ¿quieres tirar de una vez? —me preguntó de malas formas uno de sus primos lejanos. Un tal Jack. Me caía fatal. Miraba a todo el mundo por encima del hombro y se había puesto pajarita para ir a jugar al golf.

—¿Jack? —le llamó mi marido.

—¿Sí, primo?

—Cállate.

Sonreí y me dispuse a golpear la bola. Blake retrocedió unos pasos para darme algo de espacio. «Concéntrate, Sam, tú puedes. Por lo menos intenta que esta vez acabe cerca del hoyo». Cogí aire y sacudí el palo con fuerza. Sin embargo, fue lo único que se movió. La bola seguía en su sitio y el palo había salido disparado de entre mis manos y dio de lleno en un carrito de golf que pasaba por allí. El conductor giró el volante con brusquedad y acabó metido en unos arbustos. Qué vergüenza.

—Mierda —gruñí entre dientes.

Varias personas se acercaron al carro para asegurarse de que el pobre hombre estaba bien. Enrojecí tanto que estaba segura de que mi pelo azul también se había puesto de color rojo. Blake no podía dejar de reír. A pesar de que no lo conocía desde hacía mucho, jamás lo había visto tan desenfadado, tan... feliz. Sobre todo, desde que habíamos llegado a Los Ángeles. Rio tanto que incluso tuvo que sujetarse el estómago con las manos.

Su hermana y Finn se unieron a sus carcajadas y al final no me quedó más remedio que reírme con ellos. Diane, en cambio, estaba intentando aniquilarme con su mirada gris y afilada. En ese

momento no podía importarme menos. Cuando mi marido reía así, lo único en lo que podía pensar era en el precioso sonido que salía de su garganta.

Blake se acercó a mí y me plantó un tierno beso en los labios. Se suponía que iba a ser rápido e inocente, como habíamos acordado. Apenas un roce de cara al público para que nadie pensara que me desagradaba y no nos prodigábamos ningún arrumaco. Sin embargo, en cuanto nuestras bocas entraron en contacto, fue imposible separarlas y el beso se nos fue de las manos.

Nuestras lenguas se encontraron con ansía y avidez. Me cogió de la cintura y me estrechó contra su cuerpo, como si no pudiera soportar cada centímetro que nos separaba. Enredé mis dedos en su cabello y le pedí con mis caricias que no se detuviera por nada del mundo. Nadie me había besado nunca así y algo me dijo que nadie más volvería a hacerlo.

El campo se desvaneció y solo quedamos nosotros. En cuestión de segundos nos faltaba el aliento y nos sobraban las ganas. Descubrí que Blake era un maestro de los contrastes y me acariciaba con dulzura mientras me besaba con fiereza. Una información que no iba a ayudarme en absoluto a mantener mis manos lejos de él.

Diane carraspeó para desaprobar nuestro comportamiento, el mundo volvió a materializarse a nuestro alrededor y nos separamos de inmediato. Fue entonces cuando me percaté de que, a unos metros de distancia, Harold no nos quitaba la vista de encima.

Aunque conocía a la perfección las normas de nuestro acuerdo, sentí un dolor agudo en el pecho al descubrir que nuestro primer beso no había sido espontáneo.

» Blake solo está fingiendo. Disfruta lo que quieras de sus besos, pero su lengua sabe a mentira y su paladar a negocio.«

—Enhorabuena, has sido muy convincente —susurré—. Nuestro espía particular lo ha visto todo.

—¿Eh? ¿Quién? —preguntó con el ceño fruncido.

—Creo que ya hemos tenido suficiente golf por hoy, chicos. —Finn nos sonrió con picardía.

Si quería un motivo más para no besarlo en la intimidad, ahí lo tenía. Una vez que empezábamos, ya no podíamos parar. Por suerte

esa atracción, tan evidente para todos, jugaba a nuestro favor y hacía más creíble nuestro matrimonio. Aunque también estaba volviéndome loca.

—Estoy de acuerdo, ya es hora de volver a casa. Los besos mejor dejadlos para el dormitorio. —Diane se quitó una pelusa imaginaria de su elegante blusa de seda—. Betty, querida, te veré en el club de lectura la semana que viene —se despidió de su amiga.

—Blake, tienes que traer a Sam más a menudo. Es la primera vez que no me aburro jugando al golf —comentó Rebecca.

Su hermana me caía muy bien. Mientras jugábamos hablamos sobre música y las últimas películas que habíamos visto en el cine. También le recomendé algunos libros que estaba segura de que a una romántica empedernida como ella le iban a encantar.

Era una chica tan dulce que daban ganas de abrazarla y comprarle un helado, aunque tuviera veintitrés años. En ciertos aspectos me recordaba a Emily. Echaba mucho de menos a mi hermana y a Arizona. Por suerte hablábamos con regularidad y sabía que ambas se encontraban bien y estaban cuidando la una de la otra.

—Quizá Sam no quiera repetir la experiencia. Creo que no le ha gustado mucho —le contestó Blake, aunque sus ojos seguían puestos en mí.

—Ya veremos. No sé si después de esto van a quererme de vuelta. —Era consciente de que había provocado varios desastres a mi paso.

—Seguro que sí. Yo me encargo. —Rebecca se agarró a mi brazo mientras Blake y Finn volvían a guardar todos los palos que habíamos usado en una bolsa. La gente se dispersó y tomó asiento en sus carritos de golf para volver al club. La fiesta había terminado en el mismo instante en el que casi mato a un hombre inocente—. La próxima vez podríamos unir fuerzas y jugar contra mi hermano. Se lo tiene muy creído y alguien tiene que bajarle esos aires de grandeza.

—La verdad es que preferiría bajárselos a tu primo Jack. Ese tío es insoportable —contesté mientras caminábamos hasta nuestro vehículo.

—Ya era hora de que alguien lo reconociera. —Nos sonreímos con complicidad. Nada unía tanto como tener un enemigo en común,

aunque este fuera un primo lejano. La miré de reojo. Era una buena chica y una de las pocas que me había acogido con amabilidad y cariño en la familia Maddox.

A pesar de su físico despampanante y sus ropas de marca, no era tan altanera ni estirada como Diane. Estaba costándome más trabajo del que pensaba mentirle a la cara. Sonreírle y decirle que pronto volveríamos a jugar y a criticar a su primo Jack, cuando en realidad dentro de unas semanas me divorciaría de su hermano y ella no volvería a saber de mí.

Sentí cierta incomodidad y me mordí el labio inferior. Blake se percató de mi gesto y me miró con el ceño fruncido. Era más transparente para él de lo que pensaba y, cuando llegamos al carrito, me preguntó si quería llevarlo.

—No suelen ir muy deprisa, pero este es especial —me aseguró.

—¿De verdad puedo conducirlo? —pregunté entusiasmada.

Sabía que me gustaba la velocidad y que eso calmaría un poco la bola de inquietud que se me había formado en el estómago. Para llevar tan poco tiempo casados, era increíble lo fácil que le resultaba darme lo que necesitaba en todo momento.

—Hijo, no sé si es una buena idea. —Diane se sentó en la parte trasera del pequeño coche, junto a Rebecca y Finn. En el diccionario debía salir su fotografía al lado de la palabra «aguafiestas».

—Claro que sí, madre. A Sam no le ha gustado mucho el golf, quizá así podamos convencerla de venir otro día. —Blake se acomodó en el asiento del copiloto y me dejó a mí el del conductor.

Pisé el acelerador y, aunque al principio no quería correr demasiado, no pude evitar dejarme llevar y rebasar un poco la velocidad permitida.

—Dios mío, vamos a morir. —Diane se sujetó con fuerza la pamela para que no se le volara.

—¡Acelera, Sam! —Rebecca alzó las manos, como si estuviera en una montaña rusa. Acababa de convertirse en mi segunda Maddox favorita.

Después de la partida de golf, cenamos en la casa principal del club, un edificio elegante con techos altos y amplios ventanales. Desde la terraza del restaurante se veía a los últimos jugadores

retirarse del campo mientras el atardecer teñía de un suave tono dorado el césped.

Los camareros nos sirvieron un menú sofisticado y la conversación a mi alrededor era una mezcla de negocios, política y comentarios sobre la partida que acabábamos de jugar. No participé demasiado por miedo a decir algo fuera de lugar, y preferí concentrarme en la comida y en conocer un poco más a Rebecca, quien se había sentado a mi lado. Blake estaba justo enfrente, charlando con Finn, aunque noté su mirada sobre mí más de una vez, como si quisiera asegurarse de que estaba cómoda.

—¿Crees que el señor del carrito se encuentra bien? Ya sabes, al que he golpeado sin querer con el palo y ha terminado entre los matorrales —murmuré mientras removía mi bebida con la pajita.

—Ah, sí, el señor Beckett. Hemos coincidido muchas veces en el club. No te preocupes, le encantan los escándalos — respondió mi cuñada con una sonrisa amable.— El año pasado chocó su propio carrito contra la fuente para llamar la atención, y sin la ayuda de nadie. Seguro que estaba deseando tener una excusa para meterse en los arbustos.

Reí, aliviada.

—Bueno, al menos no soy la única calamidad por aquí.

—Ni mucho menos —contestó, divertida—. Además, diste el golpe más emocionante de la tarde.

Me contó varias anécdotas de otras partidas que me hicieron sentir mejor y me sacaron más de una carcajada. Tuve que bajar el tono cuando recibí alguna que otra mirada amonestadora, pero al menos me estaba divirtiendo.

Cuando llegamos a casa de Blake, tenía sentimientos encontrados. Al final me lo había pasado bien jugando al golf, lo cual no cambiaba el hecho de que mi primera semana allí había sido un desastre. La visita inesperada de Harold me pilló con la guardia baja, Diane me odiaba y había estado a punto de matar a la familia de Blake con un carrito de golf.

Me dejé caer en la cama de mi dormitorio y suspiré con fuerza. Esperaba que la segunda semana fuera mejor. Me bastaba con no

poner en peligro ninguna vida más. Tampoco era pedir demasiado.

Capítulo 17



Durante mi segunda semana en Los Ángeles las cosas se calmaron un poco, y me vi sumida en una rutina cómoda y llevadera. A primera hora de la mañana charlaba con Annie mientras desayunaba, después iba a quemar algo de energía en el gimnasio y el resto del día me dedicaba a escribir en un despacho de ensueño con vistas al mar.

Todas las noches, antes de dormir, Emily, Arizona y yo nos hacíamos una videollamada para ponernos al día de todo. En mis ratos libres o mientras comía, estudiaba la hoja de preguntas que Blake y yo habíamos respondido para conocernos mucho más rápido de lo habitual.

De hecho, era lo que estaba haciendo en ese instante, en una de las terrazas de la mansión. Nadie había dicho que no pudiera estudiar en un sofá blanco mientras tomaba el sol y dejaba que la brisa marina me acariciara la piel.

Le di un sorbo al café que tenía sobre la mesa y me dispuse a comparar algunas de sus respuestas con las mías.

¿Comida favorita?
Sam: Todo tipo de *pizza* . (Excepto la que lleva piña,
eso no es una *pizza,* es un sacrilegio).
Blake: Pasta. (A poder ser con un buen vino).

Si pudieras tener una mascota, ¿cuál sería?
Sam: Un gato callejero. Seguramente lo llamaría Meowtallica
(como el grupo Metallica, ¿lo pillas?).
Blake: Un perro, por algo es el mejor amigo del hombre.

¿ Qué haces un domingo por la mañana?
Sam: Duermo hasta tarde y desayuno en pijama.
Blake: Corro diez kilómetros y reviso correos.

¿ Algo que no podrías perdonarle a tu pareja?
Sam: La mentira y la traición.
Blake: La infidelidad y descubrir que está conmigo solo por interés.

Fruncí el ceño. Al parecer Blake Maddox quería que lo quisieran por cómo era y no por quién era. Quizá sí había un corazoncito latiendo bajo esa fachada de afamado mujeriego.

Alergias.
Sam: Ninguna que yo sepa.
Blake: Cacahuetes. Y también al compromiso (creo que me está saliendo un sarpullido alrededor del anillo).

«Ja, ja, muy gracioso».

Leí varias preguntas más y llegué a una conclusión: no tenía ni idea de cómo íbamos a encajar teniendo gustos tan distintos. Él era mucho más elegante y refinado, y a mí me gustaba cualquier plan que incluyera comida bañada en chocolate y estar tirada en el sofá. Veníamos de mundos distintos y, si queríamos que nuestro matrimonio pareciera real, íbamos a tener que aprender a fusionarlos de alguna manera.

Por lo menos coincidíamos en que nuestro color favorito era el negro. Además, había delegado algunas de sus tareas en Maddox Enterprises para pasar más tiempo conmigo. Me sorprendió cuando vino a comer a casa un par de veces y, como aquel día era viernes, salió antes del trabajo para pasar nuestra tarde semanal juntos.

Me reuní con él en el salón. Se había puesto algo más cómodo y había sustituido su traje de oficina por una camiseta negra de manga corta y unos vaqueros. No había ni rastro de gomina en su oscuro cabello y este volvía a lucir tan despeinado e indomable como de costumbre. El Blake de Las Vegas había vuelto y lo había hecho por todo lo alto.

Yo también me había puesto cómoda para cenar. Nuestro objetivo no era impresionar a nadie, sino pasar tiempo juntos y mostrarnos

tal y como éramos. Llevaba una camiseta que me quedaba bastante holgada, unos vaqueros cortos y me había quitado los lápices con los que solía recogerme el pelo después de dar por concluida mi sesión de escritura.

No iba muy espectacular, aunque a él parecía gustarle lo que veía. Cada vez que mi camiseta resbalaba de forma casual por uno de mis hombros, sus ojos se perdían en ese pequeño trozo de piel que había quedado expuesto. Cenamos en la mesa del comedor mientras hablábamos de todo.

Las preguntas que estábamos estudiando respecto a nuestros gustos estaban bien para forjar una sólida base en nuestra peculiar relación. Sin embargo, no había nada como conocerse en persona y familiarizarme con sus gestos, su intensa mirada y aquellos roces de manos y rodillas que fingían ser accidentales, pero que no lo eran.

—A mi madre le gustaría que mañana la acompañáramos al hipódromo. —Dejó su copa de vino sobre la mesa.

—Primero el golf, ahora el hipódromo... ¿Solo vamos a hacer cosas de ricos?

—Eso no son cosas de ricos.

—Bueno, yo en mi día a día no juego al golf ni voy a ver carreras de caballos. —Lo más emocionante que había hecho antes de ir a Las Vegas había sido jugar a los bolos con los ojos vendados—. ¿No podríamos hacer algo más normal?

—Define *normal.*

—No sé, ir a algún sitio donde pueda beber cerveza en lugar de un vino que no sé ni cómo se pronuncia. O comer un perrito caliente en vez de esos canapés que siempre me dejan con hambre.

—Eres fácil de complacer, Sam. —Me regaló una sonrisa preciosa —. Dalo por hecho. Pero me temo que mañana nos toca ir al hipódromo.

—Pues no tengo ni idea de caballos.

—Tampoco se necesita saber mucho. Apuesta por el que más te guste y ya está. Te lo pasarás bien y, aparte de mi madre, también irá Rebecca. Sé que mi hermana te cae muy bien.

—Sí, pero seguro que también estará Harold. —Apuñalé a un tomate con el tenedor.

—No dejes que te afecte. Por cierto, ¿qué tal vas con tu nuevo libro? —preguntó con verdadero interés.

Algo aleteó dentro de mi pecho. Joseph no podía soportar que tuviera más éxito que él y, con el paso del tiempo, dejó de preguntarme por mi trabajo y todo lo que tuviera que ver con él. Digamos que apoyarme y alegrarse por mis logros no fue su punto fuerte. Blake, en cambio, me preguntaba siempre que podía por mis sesiones de escritura, se preocupaba de que el despacho en el que trabajaba fuera de mi agrado y se ofreció a ayudarme en lo que pudiera.

Me recordó lo que se sentía cuando alguien te animaba y, en lugar de ponerte la zancadilla, te daba un pequeño empujón en la espalda para que pudieras llegar más lejos. Era una sensación muy agradable.

—Va bastante bien —contesté ilusionada—. Al principio no fue fácil. Llevaba mucho tiempo bloqueada, sin poder escribir nada que mereciera la pena y me sentía bastante oxidada. Pero poco a poco voy cogiendo soltura. Casi había olvidado cuánto me gustaba el sonido de mis dedos golpeando las teclas del ordenador —le expliqué con pasión—. Estoy muy contenta. Siempre es emocionante cuando te embarcas en la escritura de un nuevo libro.

Después de hablar de mi trabajo, charlamos del suyo. Ser director ejecutivo de Maddox Enterprises no era fácil. Había que ser audaz, un gran comunicador y tener madera de líder. Blake encajaba tan bien en ese papel como una aceituna en un Martini.

Cuando llegamos al postre, el vino ya había hecho de las suyas y no podíamos dejar de reír al recordar mi pésima actuación en el campo de golf. Mi marido tenía mucho sentido del humor y me gustaba su compañía. Me hacía sentir menos sola en esa enorme mansión. También menos sola en el mundo.

Era fácil hablar con él, reír con él, estar con él. Y, aunque alguna vez había resoplado ante algún gesto demasiado refinado por su parte, la mayor parte del tiempo era un hombre de gustos sencillos y terrenales. En ese sentido me había sorprendido para bien. Me alegraba que la inmensa riqueza de su familia no se le hubiera subido a la cabeza.

Si no hubiera sabido que era multimillonario y el futuro dueño de una exitosa empresa, jamás lo habría imaginado. No era clasista ni presumía de su posición social como hacía su madre. Si quisiera, podría jubilarse y pasar el resto de su vida ocioso y sin ningún tipo de preocupación. En lugar de eso, estaba luchando con uñas y dientes para conseguir el legado de su padre, seguir sus pasos y ser un buen presidente para su compañía. Un buen hijo.

Después de la cena, nos acomodamos en el sofá y pusimos una película. Mientras salían los créditos iniciales, pensé en lo bien que nos había venido pasar tiempo juntos. Ahora conocía detalles de él que de otra forma no hubiera podido saber. Solía acompañar sus comidas con una copa de vino, cuando algo le inquietaba le daba golpecitos a la mesa con el dedo índice y, aunque era un gran orador, valoraba el silencio tanto como yo.

Íbamos a necesitar más momentos como ese para convencer a Harold de que éramos un matrimonio sólido y compenetrado. No obstante, ya tenía la suficiente confianza como para acabar durmiéndome sobre su hombro en mitad de la película.

Lo último que recordaba antes de cerrar los ojos era la sensación de un beso en la frente y la calidez de su cuerpo junto al mío que, lejos de incomodarme, calentó el invierno que Joseph me había dejado en el corazón.

—Sam..., despierta.

Sentí que unos dedos me acariciaban el brazo con suavidad.

—¿Qué pasa? —Me froté los ojos y me incorporé en el sofá. Debí quedarme dormida mientras veíamos la película.

—Es Harold, acaba de llegar y quiere hacernos una entrevista. —Blake estaba agachado frente a mí.

Sus palabras apenas eran un susurro y me provocaron un cosquilleo en la oreja. Fue una sensación muy placentera, hasta que entendí lo que había dicho y el sueño se me fue de golpe.

—¿El abogado está aquí? ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Sí, está aquí. Son las diez, y has dormido media hora —contestó mientras se incorporaba—. Ha ido un momento al baño, pero vendrá

enseguida. Es evidente que quería pillarnos desprevenidos.

—Vale, así que solo tengo unos minutos para adecentarme y volver a parecer un ser humano funcional.

—Me temo que sí. Y, si fuera tú, empezaría por limpiarte la baba.

Madre mía, estaba hecha un desastre y apenas tenía tiempo para transformarme en la esposa perfecta. Me limpié la comisura de los labios con la mano, me atusé el pelo y me percaté de que tenía una manta sobre las piernas. Blake debía haberme tapado con ella mientras dormía. Me cosquilleó el corazón ante aquel gesto tan tierno, pero no tenía tiempo para ponerme sentimental, así que doblé la manta y la dejé en una esquina del sofá.

La tele estaba apagada y, sobre la mesa había dos copas de vino vacías, varias servilletas arrugadas y un libro que tenía a medio leer. No nos dio tiempo a recoger nada antes de que el abogado hiciera su entrada triunfal en el salón. Llevaba un traje oscuro, un maletín y su eterna cara de «he venido a juzgarte».

—Buenas noches, Samantha. —Inclinó la cabeza a modo de saludo. Había empezado a tutearme hacía poco, aunque la relación entre nosotros seguía siendo fría y distante—. Le decía a Blake que acabo de salir de una cena de negocios y, como vuestra casa me quedaba de camino, he pensado que sería un buen momento para pasarme y comprobar cómo va la... convivencia.

—¿A las diez de la noche? ¿Es que también trabajas para la CIA? —gruñí mientras me ponía en pie para quedar al lado de Blake.

—Aún no, pero ya sabéis que estoy en la obligación de comprobar si el matrimonio es auténtico. Para eso, debo asegurarme de que compartís techo y hacéis vida en común. Además, ya sabéis lo que dicen: el amor no entiende de horarios. Y, sinceramente, prefiero que las parejas no estén preparadas.

—Harold, acomódate donde quieras. Sam y yo estaremos encantados de atenderte —le aseguró Blake.

» Sí, claro, habla por ti.«

El abogado se sentó en un sillón junto a nosotros, y Blake y yo volvimos a acomodarnos en el sofá. Después sacó del maletín el cuaderno y la estilográfica que tan bien empezaba a conocer, dispuesto a tomar notas. Observó los cojines tirados de cualquier

forma en el suelo, nuestro pelo despeinado y mis pies descalzos. Al menos, parecíamos una pareja de verdad.

—Como habréis deducido, mi objetivo hoy no es comparar vuestras respuestas; para eso ya hago las entrevistas por separado —nos explicó mientras movía la pluma de un lado a otro. Blake me contó que a él también lo había asaltado en el trabajo para hacerle unas preguntas, así que esta era la primera vez que nos pondría a prueba de forma conjunta—. Lo que quiero, más bien, es observar la dinámica que hay entre vosotros. Para eso os haré una serie de preguntas abiertas, ¿de acuerdo?

—Adelante —lo animó mi marido.

—Muy bien. ¿ Qué suele hacer cada uno antes de dormir?

—Leemos —contesté sin pensar.

Era lo último que hacía antes de apagar la lámpara de la mesita de noche e intentar conciliar el sueño, pero no tuve en cuenta que a Blake no le apasionaba leer tanto como a mí. Además, no dormíamos juntos, así que no tenía ni idea de qué hacía él a esas horas. Los nervios me habían traicionado y había cometido un pequeño desliz. Por suerte, mi marido tenía la suficiente agilidad mental como para enmendarlo.

—Sí, aunque es un tipo de lectura diferente —intervino con calma —. Sam lee libros y yo reviso correos del trabajo en el móvil.

—Siempre le digo que debería dormir más. —Sonreí y le di unas palmaditas en la rodilla para darle más credibilidad a su respuesta y que hubiera algún tipo de contacto entre nosotros.

—Blake, esta pregunta es para ti. ¿Qué es lo que más te gusta de ella? —Harold anotó algo en su libreta antes de levantar la vista para observarnos con atención.

—Su autenticidad —respondió al instante mientras cogía la mano que había dejado sobre su rodilla y entrelazaba nuestros dedos.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para que su contacto no me distrajera.

—En otras palabras, que no tenga filtro a la hora de decir lo que pienso —añadí con naturalidad.

—¿Usáis algún tipo de apodo cariñoso entre vosotros?

¿ Hablaba en serio? Esas preguntas no se parecían en nada a las del cuestionario que habíamos hecho para saber más el uno del otro, el que estaba estudiando como si fuera un examen final.

—Suelo llamarla Sam en lugar de Samantha. Y *cariño* , si la ocasión lo merece. —Blake me acarició el dorso de la mano con su pulgar cuando pronunció esas palabras.

Sentí que se me calentaba la piel allí donde me tocaba.

—¿Samantha? —Harold enarcó una ceja cuando lo miré.

—Perdón, ¿qué? —pregunté algo confusa.

Maldición. ¿Cómo se suponía que iba a relajarme delante del abogado si el más mínimo roce con mi marido me ponía tan nerviosa? Blake rio por lo bajo, como si supiera lo que estaba provocándome. Le di un leve apretón en la mano a modo de advertencia.

—Te preguntaba si llamas a tu marido de alguna forma especial —repitió Harold con impaciencia.

—Ah, no me va eso, solo lo llamo por su nombre. Y *su alteza* cuando estamos en el dormitorio.

Blake tosió y me mordí el labio inferior para evitar soltar una carcajada. Yo también sabía ponerlo nervioso si me lo proponía. Harold se quedó tan inmóvil que parecía una estatua.

—¿Ves a lo que me refiero cuando digo que suelta todo lo que se le pasa por la cabeza? —señaló Blake.

—Sí que lo veo —murmuró Harold mientras movía la estilográfica de un lado a otro sobre el papel—. Esta pregunta va para los dos. ¿Qué es lo que peor se le da al otro?

—Jugar al golf —respondió Blake entre risas.

Me soltó la mano, rodeó mis hombros con su brazo y me estrechó contra él. Estaba perdida.

—Sí, la verdad es que no puedo rebatirle —admití—. Pero a él no se le da muy bien eso de llegar puntual. Siempre pierde la noción del tiempo mientras trabaja.

Los dos sabíamos que me refería al primer viernes en el que íbamos a cenar juntos y ni siquiera pudo avisarme de que se retrasaría.

—Es cierto, aunque es algo que estoy intentando mejorar. Sam me ha hecho comprender que hay cosas más importantes que el trabajo.

No me había dado cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro hasta que nos miramos a los ojos. Sentí que una fuerza invisible me empujaba hacia él, como si fuera el sol y yo un simple planeta que orbitaba a su alrededor. Desde esa distancia podía ver con total nitidez la tormenta que rodeaba sus pupilas y admirar la suave curva de sus labios.

Los latidos de mi corazón se aceleraron sin que pudiera hacer nada por evitarlo, y Harold formuló su siguiente pregunta sin que ninguno de los dos apartara la mirada del otro:

—Si tuvierais que describir a vuestra pareja en tres palabras, ¿cuáles serían?

—Inteligente, generoso, protector. —No necesité pensarlo demasiado.

Él lo meditó un poco más y aprovechó para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Disfruté de su contacto. Su caricia había sido breve, pero tan excitante como los segundos que preceden a un beso.

—Apasionada, creativa, preciosa. —Estábamos tan cerca que sus palabras chocaron directamente con mis labios.

La atracción latía entre nosotros. Tentadora, peligrosa, imposible de ignorar.

—Bueno, no sé si lo que hay entre vosotros es amor, pero desde luego tenéis química. —Harold cerró la libreta y comenzó a guardarlo todo en su maletín. El sonido nos devolvió a la realidad y nos separamos de golpe—. Por hoy es suficiente, ya tengo lo que necesitaba. Imagino que mañana nos veremos en el hipódromo.

—Así es. Te acompaño a la puerta. —Blake se levantó solícito mientras me despedía del abogado con la mano.

Aún seguía aturdida por el sinfín de emociones que me provocaba mi marido, y me temía que iba a necesitar un rato a solas para recobrar la voz.

Capítulo 18



Me sorprendió que el hipódromo estuviera tan concurrido. Nunca había estado en uno, por lo que desconocía que las carreras de caballos fueran tan populares. No había normas de etiqueta establecidas para asistir a ese tipo de eventos, aunque Blake me dijo que la gente solía arreglarse, en especial cuando se trataba de su familia. Y allí estaba yo, sentada en las gradas con un vestido negro que me llegaba por las rodillas y unas sandalias a juego.

Me había recogido el pelo en un moño alto que dejaba mi cuello al descubierto, oscurecido mis párpados con sombra negra y limpiado el septum plateado hasta que pude ver mi reflejo en él. Más no podía hacer.

Sentado a mi derecha tenía a Blake, vestido con una camisa negra que resaltaba aún más el gris de sus ojos. A mi izquierda estaba Rebecca. Llevaba un vestido largo de una suave tonalidad rosa y perlas en las orejas. Desprendía clase por cada uno de sus poros.

Nos habíamos intercambiado los números de teléfono en el club de golf y, una tarde, se presentó en casa para tomar una limonada. Le hablé de la dulzura de Emily y el descaro de Arizona, y ella me contó lo mucho que disfrutaba trabajando como diseñadora *junior* en un estudio de interiores.

Junto a mi cuñada estaba Diane y, cómo no, también Harold, quien observaba con atención cada uno de mis movimientos. Estaba segura de que mi suegra lo invitaba cada vez que nos juntábamos

porque sabía que su presencia me ponía nerviosa y quería que cometiera cualquier mínimo desliz.

El abogado se alzaría con la victoria si lograba descubrir la farsa que Blake y yo estábamos llevando a cabo para conseguir la herencia de su padre. Si eso ocurría, Diane sería quién más lo disfrutaría. Me detestaba y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que me divorciara de su hijo cuanto antes. También habían venido algunas de sus amigas, quienes me arrojaban miradas cargadas de reproche cada cierto tiempo.

—Los jinetes empiezan a tomar posiciones —me avisó Blake.

Su barba de dos días rozó mi oreja y sentí un escalofrío por todo el cuerpo. ¿ Por qué tenía que ser tan irresistible? Estaba tan guapo que quitaba el aliento y juraría que la mayoría de las mujeres que se encontraban allí no podían dejar de mirarlo. Me explicó que los caballos correrían alrededor de la pista y que la carrera apenas duraría dos o tres minutos. Si no querías perderte nada, lo mejor era no apartar los ojos del óvalo que teníamos justo enfrente.

Había apostado por un caballo que se llamaba Thor y estaba segura de que iba a ganar. Era imposible que un animal que tuviera ese nombre perdiera. Rebecca lo había hecho por uno que se llamaba Júpiter, y Blake por un tal Centella. Entre nosotros hubo algún que otro codazo. Los tres queríamos que nuestro jinete quedara en primera posición.

Un fuerte pitido anunció el inicio de la carrera y todos los caballos se pusieron a galopar como si no hubiera un mañana. ¡Qué emocionante!

—¡Pero corre más rápido, joder! —Mi vena más competitiva salió a la luz en cuestión de segundos. Diane me miraba con un ojo medio cerrado, a punto de sufrir un colapso. Blake se mordió el labio inferior para disimular una sonrisa.

—Sí, ¡lo mismo digo! —gritó Rebecca.

—Hija, no creo que debas tomar a Samantha como ejemplo. Ese comportamiento no es propio de una señorita —la amonestó Diane.

—Entonces es una suerte que yo no sea una señorita, sino la señora Maddox —dije sin apartar la vista de los caballos para fastidiarla un poco.

—No me lo recuerdes —murmuró mi suegra.

No me pasó por alto que apenas prodigaba ningún gesto de cariño o una palabra amable hacia sus hijos. Tan solo destilaba control, autoridad y los sermoneaba de manera constante. Nada de lo que hicieran era suficiente para ella y siempre quería más. Más clase, más educación, sentarse con la espalda más recta. Más, más, más.

Incluso mi marido se comportaba diferente cuando ella estaba delante. Se convertía en un hombre más comedido y serio, como si estar en presencia de su madre lo irritara. Desde que habíamos llegado a Los Ángeles parecía otro y no entendía muy bien el motivo. Era normal que la nueva situación de Maddox Enterprises lo estresara, sin embargo, lo que le pasaba con Diane era distinto.

A su madre solo le importaba el qué dirán, lo cual impedía que Blake pudiera comportarse con la misma naturalidad y desparpajo que siempre. Pues eso iba a cambiar. Habíamos venido a divertirnos y lo haríamos a pesar de sus constantes críticas sobre nuestra conducta.

—¡Eso es, Thor, corre! —Me levanté del asiento para animar a mi caballo—. ¡Chúpate esa! —Reí cuando mi nuevo animal favorito adelantó al jinete por el que había apostado Blake.

El pobre Júpiter, el caballo de Rebecca, iba de los últimos, mientras que el Blake y el mío se disputaban el primer puesto. ¡Iba a darme algo!

—¡Vamos, Centella! —Blake se puso en pie, sin poder contenerse más tiempo.

Gritamos, reímos, sufrimos lo indecible, nos dimos algunos pellizcos en las costillas y al final...

—¡Síííí! —Un grito de júbilo salió desde lo más hondo de mi garganta cuando mi caballo ganó.

Me sentía tan viva que, durante un instante, creí que iba a echar a volar.

Le di un sonoro beso en la mejilla a Rebecca mientras ella me daba la enhorabuena entre risas. Después abracé a mi marido. No se hizo de rogar y me acogió entre sus brazos. Qué bien se estaba allí. Diane negaba con la cabeza y Harold parecía estar tomando nota

mental de todo lo que hacíamos. No iba a dejar que ninguno de los dos empañara mi victoria.

—¡Qué alguien le doble la ración de pienso a ese caballo! —dije, eufórica.

Blake sonrió por mi entusiasmo y no pude resistirme. Acorté la escasa distancia que nos separaba y posé mis labios sobre los suyos. En cuanto me di cuenta de lo que había hecho retrocedí, asustada porque el beso no hubiese sido premeditado. Me dije a mí misma que solo había sido un arrebato propiciado por la alegría del momento. Habría besado a cualquiera que estuviera sentado a mi lado.

—Perdona. Ha sido por Harold, para que nos viera —me disculpé.

—Hagámoslo más creíble entonces. —Volvió a besarme como solo él sabía hacerlo.

Durante esta semana apenas nos habíamos rozado los labios un par de veces para disimular delante del personal. Cuando estábamos a solas, procuraba mantener las distancias lo máximo posible para no caer en la tentación, ni complicar más las cosas. Sin embargo, en los escasos momentos en los que nuestras bocas se fusionaban en un nuevo beso, el universo explotaba y se creaban nuevas estrellas solo para nosotros.

Una de sus manos se afianzó en mi cintura y me sujetó la nuca con la otra. Agarré la pechera de su camisa con fuerza y dejé que nuestras lenguas se enredaran en un baile lento y sensual. Mi cuerpo ardía ante su contacto y se me escapó un gemido que él atrapó entre sus labios. Un hombre comenzó a hablar por los altavoces para comentar el resultado de la carrera, lo que me hizo recuperar la cordura y apartarme unos centímetros de él.

—Ha sido un beso con lengua —murmuré sorprendida.

—Lo sé, lo he notado.

—Pero a tu madre no le gusta que nos besemos con lengua en público. Dice que damos mala imagen y que vamos a ir al infierno por ser unos pecadores exhibicionistas.

—Con más motivo entonces para hacerlo.

Me alegró saber que, de alguna manera, se rebelaba contra las estrictas normas de Diane. Mi corazón latió más deprisa y aparté la

mirada con rapidez. No podía perder de vista mi objetivo, ni olvidar por qué estaba allí. Ni siquiera cuando me besaba.

» Un millón de dólares es lo único que quieres de él. Y la herencia de su padre es lo único que él quiere de ti« .

Cuando el espectáculo llegó a su fin, me cogió la mano y me guio hasta la salida. Traté de ignorar lo bien que encajaban sus dedos entre los míos, sobre todo porque ese enredo de huesos y piel no era más que una mentira.

Más tarde fuimos a cenar a uno de esos restaurantes de moda tan caros en los que, si la suerte te sonreía, podías encontrarte con una celebridad. Un camarero nos guio hasta nuestra mesa y tomé asiento junto a mi marido. Para mi desgracia, Diane lo hizo justo delante de mí, y Harold tampoco estaba muy lejos. No nos trajeron ninguna carta ya que habían encargado un menú de degustación. Probaríamos pequeñas raciones de los mejores platos del chef.

Llenaron nuestras copas con un vino delicioso y afrutado. Parecía que la cena iba a ser prometedora, cuando nos sirvieron un montón de ostras como entrante. No me llevaba bien con esos moluscos. El resto de comensales y la familia Maddox las abrieron con destreza, como si llevaran haciéndolo toda la vida. No era mi caso.

Hice de tripas corazón y me dispuse a fingir que las comía a diario y que sabía abrirlas hasta con los ojos cerrados. Algunas amigas de Diane no me quitaban la vista de encima y no quería darles el gusto sintiéndome torpe e ignorante.

Cogí una y me dispuse a abrirla con un cuchillo para llegar a su codiciado interior. Todavía estaba peleándome con la primera, cuando los demás ya estaban abriendo la tercera.

—Bueno, Samantha, ¿te has adaptado ya al estilo de vida que lleva Blake? —quiso saber el abogado.

Lo que me faltaba, que me preguntara sobre nuestra relación mientras me peleaba con un molusco. ¿No tuvo suficiente con presentarse en casa anoche para interrogarnos?

—Estupendamente, Harold, ¿no lo ves? —Seguí ejerciendo presión sobre esa maldita ostra.

—Si no tienes mucha experiencia, es mejor que vayas poco a poco para que el contenido quede intacto —murmuró Blake al percatarse de mi aprieto ostril—. ¿Te ayudo?

—No, esto ya es personal —gruñí mientras les declaraba la guerra a todos los moluscos del planeta Tierra. Además, ni loca iba a pedirle ayuda delante de Diane y que esta me tachara de inútil y a saber cuántos adjetivos denigrantes más.

Ya casi había abierto aquella concha del infierno, solo hacía falta que apretara un poco más y... Zas. El molusco salió disparado, dibujó un medio circulo perfecto en el aire y cayó dentro de la copa de vino blanco de Diane con un delicado plum. Fíjate, por lo menos no había salpicado mucho. Todos los que estaban sentados en la mesa, las dos amigas de mi suegra, Harold y los hermanos Maddox dejaron de comer y miraron la copa con el viscoso molusco dentro de ella, después a Diane y por último a mí.

Recé con todas mis fuerzas para que me tragara la tierra y me expulsara en la otra punta del mundo. A poder ser en un sitio paradisíaco donde hiciera buen tiempo y bebieran cocos a todas horas. Como no ocurrió nada de eso y toda la mesa seguía en completo silencio, miré a Blake. Le temblaron los hombros y rompió a reír. ¡A reír! Mientras yo me moría de la vergüenza. Rebecca también soltó una carcajada, incluso Harold sonrió un poco.

—Perdona, Diane, no suelo comer ostras —me disculpé de inmediato.

—No hace falta que lo jures —refunfuñó mi suegra mientras le indicaba al camarero que recogiera el estropicio—. Esta, mejor la mantenemos bien alejada. —Apartó la copa que le trajeron hasta dejarla fuera de mi alcance. Casi en otra mesa.

Al final las comisuras de mi boca imitaron a las de Blake y Rebecca y se elevaron hacia el techo. Los hermanos Maddox estaban robándome poco a poco el corazón y entre ostra y ostra intenté levantar una pequeña muralla a su alrededor. Cada día que pasaba estaba más cerca del divorcio y de regresar a casa, y no quería sentir que estaba abandonando algo muy valioso cuando me marchara.

Capítulo 19



—Desde que hemos llegado a Los Ángeles eres un cascarrabias. ¿Se puede saber dónde está el Blake que conocí en Las Vegas? —Puse los brazos en jarra—. Llevas toda la semana de muy mal humor. No estaría de más que me contestaras cuanto te hablo con algo más que gruñidos.

Se suponía que íbamos a usar los viernes para cenar juntos y descubrir más cosas el uno del otro, pero ese en concreto no nos estaba yendo muy bien. Blake había llegado de trabajar mucho más huraño que de costumbre, y yo me había puesto hecha un basilisco tras ver el tráiler de una película basada en un libro que pronto estrenarían en el cine. Los dos explotamos como una palomita dentro del microondas. Que ambos tuviéramos un carácter fuerte e impulsivo no ayudaba a calmar las aguas.

—Podría hacerte la misma pregunta. ¿Dónde está la Sam que conocí en Las Vegas? Porque la que tengo ante mí es mucho más borde y arisca —soltó desde el otro lado del sofá. Diez minutos antes estábamos sentados en él, hasta que había visto ese tráiler y mi mal humor se había topado con el suyo—. Por lo menos yo puedo echarle la culpa al trabajo, y a la prensa que no deja de especular sobre por qué aún el heredero Maddox no se ha sentado en su trono.

Blake estaba en una situación complicada. No podía decir que, para ser nombrado presidente de Maddox Enterprises, antes debía cumplir la última voluntad de su padre, que era estar casado como

mínimo durante tres meses. Anunciarlo le daría más munición a la prensa y se pondrían a investigar sobre nuestro matrimonio y, peor aún, sobre mí. De esa manera el foco estaba puesto solo en él. Eso le estaba pasando factura y no me gustaba.

—Bueno, yo...

—Me he dado cuenta de que te pones así cada vez que vemos ese tráiler —dijo—. ¿ Es porque está basado en un libro y a ti aún no te han ofrecido la oportunidad de adaptar una de tus novelas a la gran pantalla?

—Claro que lo han hecho, solo que el mérito se lo ha llevado otro —gruñí, incapaz de callar durante más tiempo lo que me quemaba por dentro—. Porque ese libro, el que todos alaban y el que van a llevar al cine, no lo ha escrito el gran Joseph Sterling, ¡sino yo!

Su cara perdió todo rastro de color mientras que la mía había enrojecido. Respiraba con dificultad, presa de la rabia y el dolor que sentía en ese instante. Cada vez que veía ese tráiler, era como si alguien me diera un latigazo en el pecho, justo en la zona del corazón.

—Sam, ¿qué intentas decirme?

Resoplé y volví a sentarme en el sofá. Si iba a contarle esa historia, por lo menos lo haría cómoda y con tres mullidos cojines en mi espalda.

—Será mejor que empiece desde el principio. —Se sentó a mi lado, dejando entre nosotros una distancia prudencial—. Joseph era mi novio. Nos conocimos en la universidad y desde entonces éramos inseparables. Lo hacíamos todo juntos, incluso escribir, ya que era el sueño de ambos. Yo quería centrarme en mis novelas, mientras que su mundo era mucho más amplio que el mío e iba más allá de los libros. Guiones, monólogos... Nada se le resistía. Era un alma libre y creativa. En definitiva, pronto destacó y fue un hombre muy reconocido en su campo.

El pulso se me aceleró al recordarlo. Le habíamos quitado la voz a la tele y ahora solo era un testigo mudo de mi historia, igual que mi marido.

—Sigue, te escucho.

—Un día se le acabaron las ideas y la frustración hizo mella en él. Pasó bastante tiempo sin escribir nada decente, mientras que yo cada vez florecía más y más con mis novelas. Sin embargo, en vez de alegrarse por mis logros, le comían los celos. Se convirtió en un hombre amargado al que le molestaban mis éxitos. Pensé que con el tiempo se le pasaría. Todos le preguntaban por su próxima obra, y él sentía esa presión como el cañón de una pistola apuntándole a la nuca. Hasta que un día...

Cerré los ojos con fuerza. No era fácil para mí hablar de aquello y las únicas que lo sabían eran Emily y Arizona. No me atreví a contárselo a nadie más por temor a que no me creyeran. No obstante, a pesar de llevar tan poco tiempo casados, confiaba en él. Además, tenía razón en que me volvía muy desagradable cuando veía cualquier cosa relacionada con ese libro, y se merecía saber por qué.

—¿Hasta que un día qué, Sam?

—Hasta que un día cualquiera regresé a casa y ya no estaba su ropa, su maleta, ni nada que le perteneciera. Se había ido y... Se había llevado con él la mejor novela que yo había escrito hasta entonces.

—Mierda. ¿Cómo pudo hacerse con ella?

—Confiaba en él. Le hablaba a todas horas de la historia tan increíble que tenía entre manos. La había terminado hacía poco. Tan solo me faltaba corregirla, registrarla para que no hubiera ninguna duda de que yo era su legítima autora y enviársela a mi editora, pero él se me adelantó. La cogió de mi ordenador, ya que sabía mi contraseña, y se la guardó. Lo peor de todo es que no pude luchar por ella. No fui consciente de que me la había robado hasta que unos días después, anunciaban que el gran Joseph Sterling había vuelto y adelantaban el siguiente título de su novela. Es decir, mi título. Ni siquiera se había molestado en cambiarlo.

—Joder. —Soltó un montón de tacos. Algunos eran de lo más imaginativos y me alegré de que en ningún momento dudara de que lo que le estaba contando era cierto.

—Cuando quise tomar medidas legales, ya era tarde —continué—. Joseph había registrado el libro a su nombre, lo había entregado a

su editorial como si fuera suyo y todo estaba listo para que pudiera ser publicarlo en breve. Lo eliminó todo de mi ordenador y, sin el manuscrito, los borradores ni los correos, no tenía forma de demostrar que en realidad era mío.

« Mi editora sabía que estaba escribiendo, pero desconocía el qué. Fue una de esas veces en las que te asalta la inspiración de repente y escribes una obra en apenas tres semanas. Me costó un montón de café y que unas horribles ojeras acamparan bajo mis ojos, pero estaba encantada con mi nuevo libro, una mezcla de romance y misterio.

—Ya veo. —Asintió, pensativo, y dejó que me desahogara.

—Además, ¿quién iba a creerme? —proseguí—. Fue muy astuto, lo había orquestado todo a mis espaldas mientras que yo me dejaba la vida escribiendo delante del ordenador. Por eso pudo publicarlo tan rápido. Le hizo algunas variaciones para dejar su propio sello y que fuera más creíble que él había sido el autor. Era su palabra contra la mía. Era mucho más famoso que yo por sus trabajos en el cine, así que todos pensarían que, tras haberme dejado, estaba actuando por despecho y tan solo quería sacar tajada de aquello. Una vez más un hombre se llevaría el mérito por el trabajo de una mujer, y no tenía forma de evitarlo.

—Menudo idiota. —Se sentó más cerca de mí. Nuestras rodillas se tocaron y colocó una mano sobre mi espalda para trazar pequeños y reconfortantes círculos sobre ella.

—Como has podido ver, el libro fue todo un éxito y hasta han hecho una película —señalé—. Mi ex no solo apuñaló mi confianza y me abandonó sin ni siquiera darme una explicación, sino que vendió nuestro amor a cambio de su propio éxito. Me vendió a mí. Por eso no soporto las mentiras ni que me utilicen.

Blake se tensó a mi lado. Supuse que era porque estaba tan enfadado como yo.

—Sam...

—De todas formas, durante los siguientes meses fui incapaz de escribir nada que mereciera la pena. Él... —Suspiré y me recosté contra el respaldo del sofá—. Primero me robó el corazón, luego la seguridad en mí misma y por último mi obra maestra. Me lo arrebató

todo. Hasta la inspiración. Tan solo me dejó el eco de sus palabras repitiéndose una y otra vez en mi cabeza, diciéndome que jamás sería tan buena como él por mucho que lo intentara. Y lo más irónico de todo es que yo no quería hacerle sombra, tan solo que brilláramos juntos.

—Lo sé. —Pasó su pulgar por mi mejilla. Al principio creí que se trataba de una simple caricia, hasta que me di cuenta de que me estaba limpiando una lágrima. Por lo visto mis ojos se habían llenado de recuerdos dolorosos y habían decidido expulsarlos sin contar con mi beneplácito.

—Creí que lo quería, pero tan solo me había enamorado de un espejismo. El verdadero Joseph resultó ser un tipo envidioso, egoísta y sin escrúpulos. Capaz de apuñalarte por la espalda y llevarse el mérito de algo que no le pertenece.

—¿Quieres que le envíe un ejército de abogados para reclamar los derechos de tu obra? Seguro que hay algo que podamos hacer.

—Gracias por tu oferta, pero no quiero seguir removiendo el pasado, solo olvidarlo —contesté—. Eso debí haberlo hecho en su momento, luchar con más fuerza por lo que me pertenecía. Sin embargo, estaba tan dolida y su traición era tan reciente, que tan solo deseaba recluirme en la soledad de mi dormitorio y que se acabara aquella pesadilla cuanto antes. Me pareció más importante recomponer mi corazón que enfrentarme al mundo para que me creyeran. Aunque eso no quiere decir que no se me revuelvan las tripas cada vez que veo ese dichoso tráiler.

—Si te sirve de consuelo, no creo que nadie de mi entorno vaya a ver esa película.

—En fin, algo es algo. —Le sonreí agradecida—. Por lo menos la novela en la que estoy trabajando ahora me gusta incluso más que esa. Los años me han dado más experiencia y madurez para escribir de otra manera, y eso se nota en cada palabra que tecleo en el ordenador. El aire de Los Ángeles me está viniendo bien para inspirarme.

» Y tú también« .

—¿Sabes? Si no quieres que le envíe un ejército de abogados, también puedo mandarle un ejército de matones —comentó—. No

podrán devolverte tu libro, pero pueden partirle las piernas y hacer que te sientas mejor. Yo me sentiría mejor.

Reí y le golpeé el brazo con cariño. Nadie como él para sacarme una carcajada en mitad de una confesión dolorosa. Sería capaz de encontrar el sol incluso siendo de noche.

—Gracias, pero no quiero que te metan en la cárcel por mi culpa. No quedaría bien en mi currículum de casada que mi marido fuera un expresidiario.

—Por ti merece la pena ir a la cárcel de por vida. —Me dedicó una de sus encantadoras sonrisas y sentí que me derretía sobre la elegante tapicería del sofá—. ¿Por eso no quieres volver a salir con nadie ni casarte? ¿Te cuesta trabajo confiar en las personas después de lo de Joseph?

—En parte. También es porque mi familia está maldita. Los Larsen no nos llevamos bien con el amor.

—Eso solo son supersticiones.

—Qué va —insistí—. Yo también creía eso, hasta que me contaron lo mal que terminaron mis bisabuelos y mis abuelos. Mis padres están divorciados y no pueden ni verse, a mi hermana la plantaron el mismo día de su boda y acabo de contarte cómo me traicionó Joseph. Es imposible que haya tantas coincidencias en una misma familia. Estamos gafados, o como quieras llamarlo.

—Eso no es una maldición, solo mala suerte. Ahora no lo ves así porque estás cabreada después de ver ese tráiler, pero te aseguro que una persona como tú encontrará tarde o temprano a alguien que sepa valorarte como te mereces. Y, entonces, no querrá soltarte nunca.

Lo miré con escepticismo. Se sacó el móvil de sus vaqueros e hizo algo que jamás hubiese imaginado. Puso una canción lenta y, tras dejar el teléfono sobre la mesa, se levantó y me tendió la mano.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—¿No es evidente? Mi hermana siempre me dice que todos los problemas se hacen más pequeños cuando bailas. Es una teoría interesante que quiero comprobar contigo. ¿Te apuntas?

Cuando sonrió supe que no tenía escapatoria.

—Me apunto.

Colocó sus manos sobre mi cintura y yo enredé las mías alrededor de su nuca. Nos movimos al compás de una balada cargada de emoción. Los acordes de una guitarra lo envolvieron todo y nuestras máscaras cayeron al suelo, dejando al descubierto piel y sentimientos.

Volví a ver al verdadero Blake, al que conocí en Las Vegas. Él también me vio. Observó a la Sam más sentimental y vulnerable que habitaba dentro de mí. Esa que ocultaba bajo un disfraz de chica dura y descarada. Esa que solo conocían las personas que realmente me importaban. Y él empezaba a hacerlo.

Apoyé la mejilla en su pecho y me entregué por completo a ese momento. Allí no había tratos, ni el reloj llevaba la cuenta de las horas que quedaban para divorciarnos. Tan solo estábamos nosotros y un baile que jamás había contenido tanta verdad.

—Tu exnovio es imbécil —soltó de repente.

—Lo es.

—No me refiero solo a lo que te hizo. A la forma en la que rompió contigo y cómo se aprovechó de tu trabajo y de ti. —Sus manos apretaron con más fuerza mi cintura, como si no pudiera soportar la idea de que alguien me hiriera—. Sino a que no supo valorarte. No dejes que sus palabras te afecten, no tienes que demostrarle nada a nadie. Jamás había conocido a una mujer como tú. Eres extraordinaria.

—¿De verdad te lo parezco?

—Me gusta la forma en la que luchas por lo que crees, el cariño con el que cuidas a todos los que te importan y que no dejes que mi madre ni nadie te pisotee. —Colocó una mano bajo mi barbilla para que lo mirase—. Me encanta cómo brillan tus ojos cuando me hablas de la novela que estás escribiendo, la pasión que pones en todo lo que haces y tus ganas de aventura. Tienes personalidad y fuego, Sam. Fuego azul. —Acarició mi pelo.

Sus bellas palabras me hicieron sentir mucho mejor.

—¿Te has dado cuenta de que esta ha sido nuestra primera pelea como marido y mujer? —pregunté sin dejar de mecer mi cuerpo contra el suyo.

—Creo que hemos sabido manejarla bastante bien. ¿Quieres que también nos reconciliemos como marido y mujer?

—Buen intento, señor Maddox. —Sonreí.

—¿Eso es un no?

—Es un no. —Aunque todo mi cuerpo le chillara un monumental sí.

Cada vez me resultaba más difícil resistirme a sus encantos y recordarme a mí misma los motivos por los que dejarnos llevar por nuestra mutua atracción no era una buena idea.

—Mañana es sábado, nuestro tercer fin de semana juntos —señaló —. Creo que nos hemos ganado que sea solo para nosotros. Nada de golf ni hipódromos ni gente a nuestro alrededor. Tan solo la compañía del otro y el sol de Los Ángeles sobre nuestras cabezas. ¿Qué me dices? ¿Me dejas que te lleve a un sitio especial? Prometo que haré todo lo posible porque te olvides de Joseph y hacer que te sientas mucho mejor.

—Me parece estupendo —contesté con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero, Blake..., ya lo has hecho.

Me estrechó entre sus brazos con más fuerza y dejamos que los acordes de la canción y la cercanía de nuestros cuerpos sanaran las heridas de pasado. Y también las de nuestros corazones.

Capítulo 20



El ascensor nos llevó hasta la planta baja de la mansión, donde se encontraba el garaje. Había varios coches de lujo y Blake me guio hasta un deportivo gris. Sin embargo, mis ojos se desviaron hasta una moto negra que me cortó la respiración y me aceleró el pulso. Fue amor a primera vista. Esa preciosidad estaba pidiéndome a gritos que la sacáramos a pasear.

—¿Por qué no vamos mejor en moto? —le sugerí.

Se acercó a mí con paso firme. Ese sábado se había dejado los trajes que usaba para ir a la oficina en el armario, y se había puesto una chaqueta de cuero sobre una camiseta negra, unos vaqueros y una sonrisa que rompía corazones a su paso. No se podía ser más atractivo que mi marido.

—Tienes que llevarme en esto —le rogué. Se le tensaron los hombros—. ¿ Es tuya, no— ? A lo mejor era de Finn o de cualquier otro amigo y no quería que montáramos en ella por si la dañábamos.

—Es mía. Pero hace mucho que no subo en ella. La última vez que lo hice me dieron una paliza. Tenía veintidós años, aunque me acuerdo como si fuera ayer. —Soltó un profundo suspiro—. No he perdido la práctica porque Finn también tiene una y me la presta de vez en cuando. Pero desde que ocurrió aquello, no había vuelto a pensar en esta moto. Ignorarla ha hecho que casi olvide que la tengo.

—Lo siento mucho. —Puse mi mano sobre su hombro—. ¿Qué ocurrió?

—Fue mi padre.

El corazón se me encogió de golpe. No entendía nada.

—¿Por qué lo hizo?

—No le gustaba que fuera en moto a la empresa ni a los eventos a los que nos invitaban. Según él no daba buena imagen. Me pidió que me deshiciera de ella, pero no lo escuché. Con mi padre, si no hacías las cosas por las buenas, las harías por las malas. Le pidió a su mano derecha, una especie de guardaespaldas que no se separaba de él, que hiciera el trabajo sucio y me dieran una lección.

—Madre mía, Blake, eso es horrible. No sé qué decir. Por lo menos ahora no puede hacerte daño.

—Sí que puede. Quizá no físicamente, pero sí aquí dentro. —Se dio unos golpecitos en la cabeza, sobre la sien—. Y también aquí. —Bajó una mano hasta su pecho y se la puso sobre el corazón.

Durante estas semanas me había percatado de ciertos detalles que dejaban entrever que su padre no era tan maravilloso como había imaginado. Blake me propuso casarnos para acceder a su herencia, pero pensé que también lo hacía para honrar la última voluntad de Richard. Sin embargo, había algo más que no alcanzaba a entender. Ahora que lo pensaba detenidamente, ¿qué tipo de padre forzaría a su hijo para que se casara si quería adquirir la empresa familiar por la que tanto había trabajado?

—Puede que tengas razón, pero ¿sabes qué es lo mejor de las heridas? Que sanan. Y, cuando lo hacen, a veces te dejan una valiosa lección. —Coloqué mi mano sobre la suya, que aún seguía en su pecho—. Nadie tiene derecho a juzgarte ni a hacerte sentir menos de lo que eres. Ni siquiera tus padres. Además, con todos mis respetos, ahora Richard no está aquí para impedirte que subas en tu propia moto. No creo que vayas a perder la empresa ni a ser una persona menos respetable por darte una vuelta en esta preciosidad. Y mucho menos por dármela a mí. Si es lo que te apetece, claro. Eres libre para tomar tus propias decisiones. A pesar de la infancia que hayas tenido, nunca lo olvides.

En ese instante me di cuenta de las cadenas que lo apresaban. Debía ser un digno sucesor de Richard, dejar bien alto el apellido Maddox, demostrar a todas horas su valía al mando de la compañía. Así que ese fin de semana quería liberarlo de todas esas ataduras y dejar que se divierta. Permitirle ser el hombre risueño y osado que conocí en Las Vegas. El hombre que en realidad era.

Me cogió la mano que había puesto sobre la suya, me dio un beso en la parte interior de la muñeca y sonrió. Él me estaba ayudando a superar el recuerdo de Joseph, y yo le ayudaría a superar el de su padre.

—Espera aquí un segundo. —Caminó hacia un rincón y se puso a trastear en lo que parecía una mesa de trabajo—. Ten —dijo cuando volvió a mi lado.

En una de sus manos llevaba un casco para él y en la otra uno para mí. No podía creérmelo.

—Es precioso. —Contemplé el casco negro cubierto de llamas azules antes de ponérmelo.

—¿Preparada para conocer a fondo Los Ángeles? —Subió en la moto y me pidió que hiciera lo mismo en la parte de atrás.

—Nunca he estado más preparada. —Rodeé su cintura con mis manos.

—Entonces, sujétate fuerte.

Las puertas del garaje se abrieron. Blake aceleró y salimos por la rampa hacia la cálida luz del día. No me había dicho dónde pensaba llevarme, quería que fuera una sorpresa y a mí no me importaba el destino mientras fuera su moto la que me llevara a él. Fuimos atravesando las llamativas calles de Los Ángeles como si el mundo nos perteneciera.

Recordé cuando cruzamos las dunas en quad. Habían pasado poco más de tres semanas desde aquello y, sin embargo, parecía toda una vida. Aun así, agarrarme a su fuerte espalda me provocaba las mismas sensaciones: felicidad, excitación por lo que aún estaba por llegar y un maravilloso cosquilleo por todo el cuerpo.

—Esto es genial, Blake. Gracias por traerme —dije mientras recorríamos el parque de atracciones situado en el muelle de Santa Mónica.

Había aparcado cerca de la playa y habíamos guardado los cascos en la parte trasera de la moto. Un montón de turistas se agolpaban en la zona para montar en las atracciones, comer en sus restaurantes y pasear entre sus tiendas. Además, ese muelle también era la última parada de la mítica Ruta 66 y muchos curiosos se acercaban al cartel que marcaba el final de la ruta para hacerse una foto.

Nos montamos en la noria y, aunque no era tan grande como la de Las Vegas, tenía su encanto. Lo convencí para que subiéramos en una montaña rusa, y nos hicimos una foto con el móvil delante de un tiovivo original de los años veinte para mandárselo a Emily y Arizona. Caminamos entre luces, risas de niños y artistas callejeros. Nos sentamos en una mesa al aire libre para cenar perritos calientes, patatas fritas y acompañarlo con un par de cervezas. Estaba en el paraíso.

—Te lo debía —señaló Blake—. Nada de vinos caros ni pequeños canapés que te dejan con hambre. Tal y como me pediste.

—Mi estómago y yo te estamos muy agradecidos. —Gemí con fuerza cuando le di el primer mordisco al perrito caliente—. Joder, qué bueno está. —En mi cabeza sonó la voz de Diane recordándome que era demasiado vulgar para su hijo—. Perdona, se me ha escapado.

—No hagas eso, no te disculpes. —Me pasó una servilleta de papel para que me limpiara el kétchup de las comisuras de la boca—. Cuando te dije que me gustaba que fueras tan espontánea, iba en serio. No te importa decir lo que piensas, y no sabes lo mucho que valoro eso después de vivir rodeado de personas que no son capaces de dar su verdadera opinión, porque lo único que quieren es congraciarse con nuestra familia.

Compartimos una sonrisa con el atardecer de fondo y la brisa marina refrescándonos la piel. Si alguien me hubiera preguntado en ese momento cómo sería mi cita perfecta, le habría descrito esa tarde punto por punto.

Nos parecíamos mucho más de lo que pensaba. Más de lo que me convenía.

—Te he juzgado mal —admití—. En Las Vegas creí conocer a Brad. Y cuando me dijiste que en realidad te llamabas Blake y eras un multimillonario que vivía en una mansión, a mis ojos te convertiste en otro hombre distinto. Pero eres la misma persona. Creo que fue tu traje el que me confundió. Joseph siempre llevaba ropa cara y le gustaba aparentar más de lo que tenía y, de alguna forma, me recordaste a él. Sin embargo, os parecéis tanto como el invierno a la primavera.

—Un traje es solo eso: un traje. Es mi uniforme de trabajo, mi forma de mostrarme serio y profesional ante la gente con la que trato día a día. Puede que no cierre acuerdos que valgan millones de dólares en vaqueros, pero eso no significa que sea como tu ex.

Tenía razón. Creí que él también era uno de esos hombres que solo se preocupaba por sí mismo y que su éxito estaba por encima de las personas que lo rodeaban. Sin embargo, Blake no era así. Era amable, empático y me animaba a conseguir todo lo que me propusiera.

Y, ahora, también sabía que su infancia no había sido tan fácil como uno pudiera pensar. Sospechaba que había tenido que esconder aquella personalidad atrevida y descarada bajo una fachada fría y distante para complacer a sus padres en público. Entendía lo complicado que era ser tú misma cuando no encajabas en ninguna parte. Ni siquiera en tu familia.

Me sentí muy unida a él. Al principio creí que era algo bueno y que esa conexión me ayudaría a interpretar con más facilidad el papel de esposa enamorada. El problema era cuando me olvidaba de fingir. O cuando olvidaba que fingía él.

Después de cenar dimos un paseo cerca del muelle. Nos detuvimos junto al mar y apoyamos los codos sobre una barandilla para contemplar el horizonte. La brisa jugó con los mechones azules de mi cabello y Blake se giró hacia mí para colocármelos detrás de la oreja. Se me cortó la respiración y, cuando nuestros ojos se encontraron, dio un paso en mi dirección.

—No hace falta que hagas eso. —El viento levantó el bajo de mi vestido y la tela se enredó entre nuestras piernas—. Nadie nos está mirando ahora. No es necesario que finjas.

Se acercó un poco más y entrelazó nuestras respiraciones, nuestros alientos y nuestro deseo.

—No lo hago porque nos estén mirando. Lo hago porque quiero. —Su pulgar dibujó la línea de mi mandíbula—. Igual que quiero hacer esto. —Se inclinó y puso sus labios sobre los míos.

Intenté resistirme. Si no había testigos, si nadie se iba a percatar de esa muestra de afecto, ¿para qué íbamos a besarnos? ¿De qué iba a servirnos fingir ser una pareja de verdad si estábamos solos? Sin embargo, en cuanto su lengua rozó la mía, desaparecieron todas las preguntas y solo obtuve respuestas.

Una de sus manos ahuecó mi mejilla y la otra me cogió por la cintura. Me agarré a sus hombros y mi cabeza se ladeó sin mi permiso para que su boca tuviera mejor acceso a la mía. Sabía a cerveza, a parque de atracciones y a mar. Su sabor era adictivo y no me habría importado degustarlo hasta el fin de los tiempos. Alimentarme de él hasta el día de mi muerte.

Cuando me besaba me encontraba en sus labios, por muy perdida que estuviera. Volvía a estar en Las Vegas, corriendo junto a él a través de las luces para ver un espectáculo de agua.

—Ha sido un buen beso —musité cuando nuestras bocas se separaron apenas unos centímetros la una de la otra.

—¿Pero?

—Pero nada de sentimientos entre nosotros, ¿recuerdas?

—No todos los besos se dan por amor. Te lo he dado porque estoy a gusto contigo y me atraes. Mucho. ¿O es que aún no te has dado cuenta? —preguntó con una sonrisa descarada bailando en sus labios—. Igual que el sexo no tiene por qué ser complicado si tú no quieres. Creo que acostarnos nos ayudaría a sentirnos más unidos en nuestro falso matrimonio. Si no quieres hacerlo, perfecto, siempre respetaré tus decisiones. El problema es que sé que me tienes tantas ganas como yo a ti, y no entiendo por qué debemos reprimirnos. Después de todo, eres mi mujer.

—Blake... —Las murallas que había construido a mi alrededor se derrumbaron poco a poco ante el deseo descarnado que veía en sus ojos.

—Somos adultos y sabemos que esto es solo temporal. Después nos divorciaremos y lo más probable es que no volvamos a saber nada el uno del otro. Como mucho nos mandaremos un mensaje para felicitarnos las Navidades. Y eso si me acuerdo de ti —bromeó.

—Mentiroso. —Choqué mi hombro con el suyo—. Seguro que no podrás olvidarme.

—No, seguro que no. —Apoyó su frente sobre la mía—. Nos queda poco más de dos meses para estar juntos. De ti depende cómo los pasemos, ya sea en habitaciones separadas o compartiendo mi cama. El resultado será el mismo: la herencia de mi padre al alcance de mi mano, un millón de dólares en tu cuenta bancaria y luego cada uno seguirá por su camino. Hasta entonces, podemos pasarlo muy bien. Te daré tantos orgasmos, que cuando llegue el momento de divorciarnos me pedirás que lo reconsidere.

—No lo creo —susurré cerca de su boca, excitada por sus palabras.

—Por eso mismo te lo estoy proponiendo. Sé que ninguno de los dos cambiará de idea pase lo que pase. Y será tan agradable...

Nos fundimos en un nuevo beso, esta vez lleno de promesas con sabor a piel y noches en vela. Había intentado resistirme todo lo posible a mi marido y, tratándose de Blake Maddox, tres semanas era todo un récord. Sin embargo, ya no podía más. Llevaba demasiado tiempo sin sentir el roce de un cuerpo contra el mío y la carne era débil. Tal y como acababa de decir, hacerlo no cambiaría nuestros planes, nuestros sentimientos ni nuestro inminente divorcio. No me cambiaría a mí.

—Si te portas bien durante lo que queda de día, me lo pensaré —dije.

—Entonces, ve haciéndote a la idea de que vamos a compartir dormitorio muy pronto, porque tengo el plan perfecto. Sígueme.

Capítulo 21



Blake me llevó en su moto a una pequeña y solitaria playa, apenas conocida por los residentes de la zona. A esa hora, donde los rayos de sol empezaban a sucumbir poco a poco ante las sombras, no había nadie que perturbara la paz de aquel sitio. Solo nosotros. Dejamos la moto, los cascos y los zapatos junto a unas rocas que separaban la playa del resto del mundo y nos ocultaban de miradas indiscretas.

Nuestra intención había sido dar un paseo por la orilla y dejar que las olas salpicaran nuestros pies descalzos. Sin embargo, en vista de que no había ni un alma por la zona... Me bajé los tirantes de mi vestido y lo dejé caer sobre la arena.

—Joder, Sam, ¿se puede saber qué estás haciendo? —me preguntó al ver que me había quedado en ropa interior.

Su mirada devoró cada centímetro de mi cuerpo. Mis pechos cubiertos por un sujetador de encaje, la pronunciada curva de mis caderas, mis bragas negras, la palidez de mis piernas. Cada poro de mi piel se fundió ante su mirada abrasadora. El deseo brilló en sus ojos tan fuerte como las primeras estrellas que se divisaban en el firmamento.

—¿A ti qué te parece? —Doblé el vestido y lo dejé sobre el asiento de la moto—. Vamos a darnos un baño. Tenemos la playa solo para nosotros, sería un pecado no aprovecharla como se merece.

—¿He escuchado que vamos a darnos un baño? ¿En plural? —Frunció el ceño—. Eres consciente de que a esta hora el agua estará

helada, ¿verdad?

—No te tomaba por un cobarde. ¿Acaso me he casado con un gallina?

—Te has casado con un hombre razonable que quiere evitarte un resfriado.

—Por lo que veo, también quieres evitar que me divierta. Pero como yo no soy ninguna gallina... —Caminé de espaldas en dirección a la playa, sin quitarle la vista de encima.

—Ya me has llamado gallina dos veces, no te atrevas a hacerlo una tercera. Ni siquiera Finn ha llegado tan lejos —me advirtió.

—Ga. Lli. Na.

—Tú lo has querido. —Se quitó la ropa en un tiempo récord y salió corriendo detrás de mí en calzoncillos.

Grité y reí como una loca mientras intentaba llegar al agua antes de que él me alcanzase.

—¡Qué fría! —exclamé cuando el mar me llegó a la altura de los muslos.

—Me cago en todo, ¡se me van a helar las pelotas! —Blake se zambulló en el agua y me arrancó una carcajada.

—Yo te las calentaré —dije cuando me cogió de la cintura y me pegó a su fornido cuerpo.

Con las prisas no había tenido tiempo de recrearme en la anchura de sus hombros, la dureza de su pecho y la forma de sus abdominales. Su piel era mucho más bronceada que la mía y esos calzoncillos apenas podían ocultar el enorme bulto que se escondía tras ellos.

—Ah, ¿ sí? ¿No te importa sobarle las pelotas a un gallina? —Me rodeó con sus brazos mientras las olas rompían contra nuestras caderas una y otra vez.

—No a este gallina —contesté entre risas antes de estampar mi boca contra la suya.

Me agarró del culo y entrelacé mis piernas alrededor de su cintura. Nos besamos bajo el atardecer más bonito del mundo. El sonido de las olas lo inundaba todo y la brisa enredaba el azul de mi pelo con el negro del suyo, mezclando así el cielo y la noche.

Le clavé las uñas en los hombros cuando una ola enorme nos salpicó y llenó nuestros cuerpos de pequeñas gotas marinas. El agua estaba helada, pero nos calentamos la piel el uno al otro a base de caricias, mordiscos y lametazos. Nuestros besos se volvieron salados por el mar y dulces por las ganas.

Si Diane viera a su hijo en esa tesitura se echaría las manos a la cabeza. Blake no era como su familia, ni como la gente con la que los Maddox se codeaban. Esas personas vivían en una jaula de oro, sin embargo, él era un ave con ansias de volar. Conmigo podía permitirse abrir sus alas y surcar el firmamento. Interrumpió nuestro beso, sonrió con picardía y de inmediato supe lo que iba a hacer.

—Oh, no, ¡ni se te ocurra!

—Oh, sí. Verás de lo que es capaz este gallina. ¡Coge aire!

Se impulsó hacia atrás y nos hundimos en el agua. Durante unos segundos todo quedó a oscuras, me sentí a la deriva y mi única ancla fueron sus manos sobre mi cintura. En cuanto salimos a la superficie llené mis pulmones de aire y mis ojos de Blake.

Se había echado el pelo mojado hacia atrás y el gris de su iris resplandecía contra aquel fondo naranja. Ni playas de fina arena blanca, ni cielos dando paso a la noche... El mejor espectáculo para el ojo humano era mi marido emergiendo de entre las olas del mar.

Salimos del agua y nos sentamos junto a las rocas. Dejamos que la brisa secara nuestros cuerpos mientras veíamos cómo la noche se apoderaba del cielo. Un rato después nos vestimos, subimos en la moto y volvimos a la mansión bajo un manto de estrellas, con la playa haciéndonos de guía a nuestro lado. Mientras Blake conducía, abrí los brazos detrás de él y reí como nunca lo había hecho.

Jamás me había sentido tan libre, ni tan inspirada. Ese instante me ayudaría a escribir novelas, poemas y finales con los que ya no me atrevía a soñar. Volví a rodear su cintura con mis brazos, apoyé mi cabeza en su espalda y contemplé la playa. Me empapé de la magia y la intimidad que se había creado entre ambos, como minutos antes las olas habían empapado nuestros cuerpos.

Aquel momento era perfecto. Quería embotellarlo y conservarlo para siempre. Guardarlo en una de esas bolas de cristal que agitas entre tus manos para ver la nieve caer sobre la pequeña figura que

había en su interior. Así me lo llevaría a casa cuando Blake ya no estuviera en mi vida y lo sacudiría para recordarlo siempre que quisiera.

Aparcó la moto en su garaje, nos quitamos los cascos a toda prisa y corrimos hasta el ascensor. Las puertas se cerraron a nuestra espalda mientras nos fundíamos en un nuevo beso, esta vez más furioso y necesitado. Cuando salimos estábamos en la segunda planta de la mansión y, sin separar nuestros labios, nos dirigimos a su dormitorio.

—Nada de sentimientos entre nosotros. Solo puedo darte estos tres meses. —Le mordí el labio inferior y él soltó un gruñido.

Necesitaba decirlo en voz alta, recordárselo a él, pero también a mí. Aquello no significaba nada. No quería salir con nadie por temor a que me traicionaran de nuevo y él me había dejado claro que no era hombre de una sola mujer. Era sexo sin complicaciones, sin promesas ni amor. Aunque la piel de mi cuerpo se erizara con el suave roce de sus labios y mi corazón latiera más rápido con cada una de sus caricias.

—Lo único que puedes darme es lo único que quiero —contestó entre beso y beso—. Y ahora, quítate la ropa.

Nos desnudamos el uno al otro. Dejamos al descubierto nuestros cuerpos ansiosos que aún seguían húmedos por el mar, y nos transportamos a un lugar en el que no había falsos matrimonios ni suegras odiosas ni teníamos que representar ningún papel. Caímos sobre la cama, iluminados por la pálida luz de la luna y las estrellas que entraba por la pared de cristal. Blake se tumbó sobre mí y cubrió mi desnudez de besos con sabor a playa y caricias manchadas de arena.

—No te imaginas cuántas veces he deseado tener ese pelo azul esparcido sobre mi almohada —confesó contra mis labios mientras perdía una de sus manos entre mis piernas.

Dibujó pequeños círculos sobre mi clítoris. Sus dedos resbalaron con facilidad dentro de mi cuerpo y me arrancaron gemidos, suspiros y un » más por favor« mientras él chupaba con delicadeza cada uno de mis pezones. Rodamos sobre aquella cama infinita convertidos en un amasijo de brazos y piernas hasta que Blake se apartó para sacar

un condón del primer cajón de la mesita de noche. Lo empujé con suavidad para tumbarlo sobre la cama, montarme a horcajadas sobre él y ponérselo yo misma.

Lo hice sin separar nuestras miradas. Necesitaba sentirlo y acoger su dureza en mi interior, como un ser querido que después de mucho tiempo al fin vuelve a casa. Gemimos al mismo tiempo cuando me dejé caer sobre su erección. Colocó sus manos en mis caderas y me animó a que lo cabalgara camino a las estrellas.

Me perdí en un océano de sensaciones cálidas mientras sus dedos recorrían cada recoveco de mi piel, cada curva de mi cuerpo. Me incliné y uní nuestras bocas en un beso lleno de fuego y mar. Sin embargo, necesitaba más y él lo notó.

Me cogió de la cintura para intercambiar posiciones y su cuerpo me cubrió por completo. Sujetó una de mis piernas, la dobló por la rodilla y la pegó a mi pecho. Gemí cuando llegó a lugares donde nadie había estado antes, y nos balanceamos igual que las olas que se arrojaban furiosas contra la orilla para después volver mansas al mar.

—Blake, Blake... —jadeé cuando me embistió con más fuerza mientras el cabecero de la cama chocaba una y otra vez contra la pared.

—¿Te gusta esto, cariño? —preguntó con la voz ronca por la pasión y el deseo.

Me gustaba, pero lo único que pude decir fue una ristra de *síes* , cada uno de ellos más fuerte que el anterior. Me recompensó con un beso ávido, brusco y desesperado. Blake tenía la boca más codiciosa del mundo, y yo estaba dispuesta a decir o a hacer lo que quisiera con tal de que no dejara de tocarme y besarme de esa forma.

Le rodeé la cintura con las piernas y sus dedos se clavaron en mis muslos con la brusquedad exacta como para hacerme gemir de placer. Enterró su rostro en mi cuello y mordió la curvatura de mi hombro mientras mis uñas dibujaban una fina estela de arañazos sobre su ancha espalda.

La habitación se inundó del ardor que desprendían nuestros cuerpos cada vez que se encontraban en una nueva embestida, del sonido de los gemidos que mi boca no era capaz de contener y del

aroma ligeramente salado que el mar había dejado en nuestras pieles. De una necesidad que, hasta ese momento, no nos habíamos permitido saciar, de un deseo que no desaparecía.

Blake se apoderó de mi cuerpo con un ritmo implacable, exquisito. Volamos juntos hacia el paraíso y me rompí en miles de trozos que se esparcieron por el hermoso firmamento que había frente a nosotros, mezclándose con las estrellas y el océano Pacífico.

Nuestras respiraciones seguían agitadas cuando se inclinó para darme el beso más erótico de mi vida. Perdí las manos en su cabello, reacia a soltarlo y a volver a sentirme vacía cuando saliera de mi interior. Me sentía sudorosa y saciada cuando se hizo a un lado para no aplastarme, alargó una mano y la colocó entre nosotros. Se la cogí mientras compartíamos una de las muestras de afecto más bonitas que tenía el ser humano: una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué sonríes así? —le pregunté al cabo de un rato. Estábamos desnudos sobre la cama. Nos habíamos tumbado de lado, con las narices a centímetros de distancia en la almohada y nuestras piernas entrelazadas.

—Estaba pesando en Harold —contestó mientras jugueteaba con un mechón de mi pelo entre sus dedos—. Después de esta noche no creo que sea capaz de preguntarme nada que no sepa de ti.

—¿Tantas cosas has descubierto de mí en tan poco tiempo?

—Ni te lo imaginas. Ahora sé que te encanta que te muerda en el cuello. Justo aquí. —Se inclinó para darme un pequeño mordisco bajo mi oreja, allí donde mi pulso latía con más fuerza.

—Una información muy necesaria. Seguro que el abogado estaba a punto de preguntarte por mis gustos sexuales.

—Nunca se sabe. Es bueno cubrirse las espaldas.

—¿Qué más cosas has descubierto? —insistí, encantada con la burbuja de intimidad que nos había envuelto.

—Que tienes algunos tatuajes por todo el cuerpo. Por ejemplo, este de aquí. —Me cogió la mano y tocó el pequeño libro que tenía en el interior de la muñeca—. ¿ Te lo hiciste cuando comenzaste a escribir?

—Más bien cuando me publicaron mi primer libro. Aunque me lo habría tatuado igualmente si no lo hubiesen hecho. Para mí los libros son casa, hogar. Tanto leer como escribir forma parte de mi día a día, son algo imprescindible para mí. No podría vivir sin ninguna de las dos cosas y quise plasmarme ese sentimiento en la piel.

—¿Y este? —Acarició unas estrellas que tenía junto a la clavícula.

—Lo comparto con Emily y Arizona. Ellas también tienen tatuadas algunas estrellas y entre todas forman una galaxia. Siempre hemos estado muy unidas, desde pequeñas. —Depositó un beso sobre ellas —. Yo también quiero preguntar. —Pasé mi dedo pulgar por la cicatriz de su ceja—. ¿ Cómo te la hiciste? Tengo curiosidad desde la primera vez que nos vimos.

—Cuando era adolescente me hice un *piercing* en la ceja y digamos que a mi padre no le gustó. Me negué a deshacerme de él y trató de quitármelo por las malas.

—Por las muy malas. —Acaricié la pequeña cicatriz que partía el final de su ceja en dos—. Imagino que daba una mala imagen a la familia Maddox, igual que tu moto.

—Igual que tantas otras cosas —murmuró—. Bueno, ¿y qué puedes contarme del tatuaje que tienes en la parte de atrás?

Quería cambiar de tema y se lo permití. En ese momento habría hecho cualquier cosa por borrar la tristeza que había empañado sus ojos. Lo besé en la mandíbula para que la relajase. Cuando su cuerpo y su mente volvieron a estar conmigo, le sonreí con picardía. Sabía a qué tatuaje se refería. Me separé un poco de él y me tendí bocabajo para enseñarle el bonito tribal que tenía en la parte baja de mi espalda, justo encima de mis nalgas.

—¿Qué significa? —Sus ojos devoraron mi cuerpo desnudo.

—Me pareció sexi. No todos los tatuajes deben tener un significado profundo.

—Estoy de acuerdo contigo.

—¿Con respecto al significado de los tatuajes?

—Con respecto a que este es muy sexi. —Pasó su lengua por todo el tatuaje, lo que desencadenó que termináramos en otra gloriosa ronda de sexo.

Se habían acabado las confesiones por hoy, era hora de volver a la acción y disfrutar de los placeres de la carne. Oh, sí, a veces me encantaba estar casada con Blake Maddox.

Al día siguiente me desperté entre los brazos de mi marido y una enorme cristalera que daba paso a los primeros rayos de sol. No pretendía quedarme a dormir en su cama. Mi idea había sido acostarme con él y después regresar a la habitación donde me había instalado. El sexo no incluía hacernos arrumacos después de alcanzar el clímax. Sin embargo, tras un millón de besos e infinitos orgasmos, el cansancio me pudo y caí tanto en los brazos de Morfeo como en los de mi amante.

Por suerte, a él no parecía importarle lo más mínimo. Dormía con su pecho pegado a mi espalda y su mano sobre mi vientre. Había terminado tan exhausto como yo tras una noche en vela en la que no nos dejamos ningún rincón de nuestros cuerpos por descubrir.

Me regaló un orgasmo más al despertar y otro cuando compartimos la ducha. No podíamos saciarnos y siempre queríamos más.

Tras obligarnos a separarnos, nos vestimos con ropa cómoda y nos preparamos para pasar el día en casa y reponer fuerzas. Pedimos comida a domicilio y nos acomodamos en el sofá para ver una película.

Todo era acogedor y hogareño. Blake me pasó un brazo por los hombros para pegarme a su cuerpo mientras que con el otro sujetaba el mando de la tele. Esa mañana no se había afeitado y tenía la mandíbula cubierta por una leve sombra de barba oscura que estaba volviéndome loca. Igual que su pelo revuelto, sus ojos grises, o los abdominales que podía sentir bajo la palma de mi mano.

Me relajé al instante y entendí que no tenía de qué preocuparme. ¿ A quién no le habría gustado remolonear un domingo en casa con un hombre tan atractivo como él? No obstante, cuando saltaron los anuncios y volvimos a ver el tráiler del libro que Joseph me había robado, me abrazó con más fuerza y me susurró palabras

tranquilizadoras mientras me besaba la sien. Lo que sentí en ese momento sí que me inquietó.

Fue lo mismo que experimenté la noche anterior cuando, en el fragor de la pasión, me llamó *cariño* . No lo dijo para fingir, y me gustó. Tanto lo que me había dicho como lo que me había hecho. Y eso podría complicar las cosas.

Podría complicarlo todo.

Capítulo 22



Habían pasado dos semanas desde que me acosté con Blake por primera vez. Y a esa le habían seguido muchas veces más. Sin embargo, el sexo no fue lo único que cambió en nuestra rutina. Mi marido venía mucho más a menudo a casa. Solía escaparse del trabajo para comer conmigo y siempre cenábamos juntos. Luego nos acostábamos y, tras regalarnos varios orgasmos dormíamos en la misma cama, ya fuera la suya o la mía. ¿ Qué más daba si sabíamos que aquello solo era temporal?

Los viernes se habían convertido en mi día preferido. Después del trabajo cenábamos en casa y veíamos una película o una serie sentados en el sofá, con mi cabeza apoyada sobre su hombro y su mano en mi rodilla. Los fines de semana también eran intensos y divertidos. Sobre todo, cuando no teníamos que fingir ante su familia y Blake aprovechaba para enseñarme Los Ángeles y me llevaba a cada rincón de la ciudad en su moto.

El trabajo tampoco nos iba nada mal. La prensa se había centrado en otros escándalos y la noticia sobre la muerte de Richard Maddox y el futuro de su compañía había pasado a un segundo plano, por lo que Blake podía respirar mejor cuando iba a la oficina.

Por mi parte, jamás había escrito tanto en tan poco tiempo. Mis dedos volaban por el teclado veloces como una estrella fugaz, precisos como un cirujano y gráciles como una bailarina de *ballet.* Cada poro de mi cuerpo supuraba inspiración e ideas nuevas y atrevidas. Incluso la entrevista que nos hizo Harold un par de días

antes, cuando Blake volvió del trabajo, resultó mejor de lo que esperaba. Una vez más, nos acorraló en el salón y acabamos sentados en el sofá, frente a él, para otro de sus interrogatorios. Aún recordaba algunas de sus preguntas con total claridad:

—¿Cuál fue el último regalo que os hicisteis? —Nos señaló a ambos con su estilográfica.

—Le regalé el anillo de diamantes que lleva en el dedo —respondió Blake.

—Este es mi anillo de casada —repliqué.

—Ah, sí, también le regalé mi amor incondicional —añadió él entre risas. Menudo sinvergüenza estaba hecho.

—Yo le dejé leer algunos de los capítulos de mi nueva novela en primicia.

—¿Eso es un regalo? —Mi marido alzó las cejas.

—Me lo suplicaste, así que sí, puede considerarse un regalo.

—No te lo supliqué —refunfuñó de una forma que me pareció adorable.

—¿Cuál es la comida favorita del otro? —prosiguió el abogado tras anotar un par de cosas en su libreta.

—Oh, esa la sé, ¡pasta! —Di una palmada, entusiasmada porque al fin nos hubiera hecho una de las preguntas que habíamos estudiado. Harold me miró con cierto recelo y Blake me pellizcó el muslo con disimulo. «Rebaja el tono, Sam»—. A ver, sé la respuesta a todas las preguntas que nos estás haciendo, pero es que la pasta en concreto le gusta mucho —intenté sonar más calmada.

—La suya es la *pizza* —contestó Blake.

—Ya veo —murmuró Harold con su indiferencia habitual—. Solo una pregunta más por hoy. ¿Qué hace vuestra pareja cuando está nervioso o nerviosa?

—Cuando a Blake le preocupa algo, da golpecitos con el dedo índice a lo que tenga cerca, ya sea la mesa o su propia pierna. —Sonreí con ternura. Descubrí esa manía el primer viernes que cenamos juntos en su mansión.

—Sam mueve la pierna constantemente. —Blake colocó su mano sobre mi rodilla y me di cuenta de que, efectivamente, estaba haciéndolo. Detuve el movimiento.

Me acarició la piel con el pulgar, como si quisiera recordarme que, a su lado, no tenía motivos para estar nerviosa. Me relajé al instante y deslicé los dedos por su antebrazo con naturalidad, como tantas otras veces había hecho. Tenía razón y acostarnos había generado una nueva intimidad entre nosotros, más sólida y visible para los demás. Estaba segura de que el abogado también la notó, y esa fue la primera entrevista que me dejó con un buen sabor de boca al terminar.

Una única cosa empañaba la felicidad de aquellos días. A pesar de lo mucho que hablaba con Emily y Arizona por teléfono, aún no les había dicho que estaba acostándome con Blake.

Ocultárselo estaba quitándome años de vida y era inútil seguir retrasándolo más tiempo. Acabarían enterándose tarde o temprano. Me armé de valor y aproveché que tenía unos minutos libres antes de la cena para encerrarme en mi dormitorio y confesárselo de una vez. Me senté sobre la cama, cogí mi móvil e hice una videollamada grupal.

—Chicas, tengo que contaros algo —dije tras ponernos al día de todo—. Veréis, no sé cómo deciros esto, pero estas semanas... He hecho cosas.

—Como no seas más específica... —me apremió Emily—. ¿Te has apuntado a clases de ganchillo? Ya era hora, te dije que eran muy relajantes.

Suspiré con fuerza. Lo mejor iba a ser que lo soltara de golpe:

—Me he acostado con mi marido.

—¿Qué? —Emily abrió mucho los ojos.

—Sabía que te notaba algo raro en la cara —señaló mi amiga—. Nunca has tenido el cutis tan bien.

—¿No lo veis raro? —les pregunté—. Quedamos en que no pasaría nada entre nosotros, pero ha sido inevitable caer en la tentación y no quiero que ninguno de los dos se haga ideas equivocadas. En realidad, lo único que nos une es un acuerdo. ¿ Creéis que he cometido un error? A veces no sé qué pensar.

—No tienes de qué preocuparte —contestó Arizona—. Los dos sabéis que lo vuestro tiene una fecha límite y se acabará en cuanto pidáis el divorcio. Mientras tanto, haces bien en disfrutar del tiempo

que estéis juntos en Los Ángeles. No pasa nada porque estéis compartiendo cama.

—Ya, hasta que pasa —intervino Emily. Era la más precavida de las tres—. Primero te enrollas con alguien y después te enamoras de él. ¿No era eso por lo que no has estado con nadie desde que lo dejaste con Joseph?

—No tiene por qué surgir nada más entre ellos —protestó Arizona —. Si tiene claro que no siente nada por él, no veo dónde está el problema. ¿Verdad, Sam?

La verdad era que me sentía muy perdida. Lo único que sabía era que los últimos días habían sido los más increíbles de mi vida y que no quería que lo que sea que tuviéramos Blake y yo terminara aún. Si podía seguir disfrutando de mi marido un poco más, ¿por qué no hacerlo?

—¿Samantha? —Emily me miró preocupada. Si había alguien que quería tanto como yo que no volvieran a romperme el corazón, esa era mi hermana.

—Sí, claro. No siento nada por él —dije.

—Entonces puedes estar tranquila —concluyó Arizona.

Mi amiga estaba encantada con ese giro de los acontecimientos. Desde que rompí con Joseph no había dejado de empujarme hacia los brazos de otro hombre. Según ella, nada mejor para olvidar un desengaño amoroso que una aventura pasajera. Era curioso cómo Emily y Arizona habían reaccionado de una forma tan distinta a un mismo problema.

Mientras que a mi hermana le habría gustado encerrarme en una urna de cristal para que nadie pudiera dañarme de nuevo, Arizona me había empujado al mundo para que olvidara mis antiguas heridas dibujando otras nuevas encima. Ambas intentaban cuidarme a su manera y les estaba muy agradecida.

—Disfruta todo lo que puedas y, en cuanto se acabe vuestro acuerdo, regresas a casa. Es un plan sin fisuras —comentó Arizona para zanjar el tema—. Solo que ahora volverás con un millón de dólares y la piel tersa y luminosa. Todos son ventajas.

Colgamos con la promesa de volver a hablar al día siguiente. Dejé el móvil en la mesita de noche y me acosté sobre la cama.

Rememoré nuestra conversación un par de veces, en especial la parte donde les había dicho que lo único que compartía con Blake eran orgasmos.

Tan solo esperaba que fuera verdad.

Capítulo 23



—Solo uno más, Sam. ¡Hazlo por mí! —Rebecca entrelazó las manos bajo la barbilla a modo de súplica.

Ese fin de semana se jubilaba un buen amigo de la familia Maddox y, para celebrarlo, había organizado una fiesta en un hotel de lujo. Era un pez gordo y todos los asistentes debían ir de etiqueta. Lo que me incluía a mí. No me había quedado más remedio que pedirle consejo a mi cuñada. Siempre vestía impecable, mientras que a mí me habían echado de un par de sitios por no llevar el calzado adecuado.

Necesitaba su ayuda con desesperación y, por suerte, a Rebecca le encantaba la moda y aún más asesorar sobre ella. Me llamó para que fuésemos de compras y, lo que en un principio me había parecido una bendición, poco a poco se fue transformando en una pesadilla. Había perdido la cuenta de los vestidos que me había probado y ninguno de ellos terminaba de convencernos. Estaba cansada, malhumorada y a un paso de asistir a ese evento en vaqueros.

Rebecca me miró con intensidad y suspiré con fuerza. No podía resistirme a esos ojazos marrones.

—El último. —Le quité el vestido de las manos y cerré la cortinilla del probador. Tenía ante mí un espejo enorme, un montón de perchas y juraría que ese botón rojo que había en la pared era para llamar a la dependienta.

Jamás había estado en una tienda como aquella. Hasta le habían ofrecido champán a mi acompañante mientras esperaba a que me probara los vestidos. Estaba fuera de mi zona de confort, pero no tenía escapatoria. Blake asistiría a la fiesta y yo también debía hacerlo en calidad de esposa.

Me desnudé de nuevo y me puse el vestido que Rebecca había escogido. La tela resbaló por mi piel y se ajustó a la perfección a las curvas de mi cuerpo. Abroché todo lo que se tenía que abrochar y aparté a un lado la cortina del probador. Mi cuñada estaba sentada en un banco, con una copa de champán en una mano y una revista de moda en la otra. En cuanto me vio, se puso en pie.

—Madre mía, ¡estás preciosa! —Dejó la revista y la copa a un lado y se acercó a mí.

—¿Tú crees?

Me giré para verme en el espejo. Tenía tantas ganas de marcharme a casa que ni siquiera le había prestado atención a mi reflejo. El vestido era exquisito, del mismo azul que mi pelo, mis ojos y el cielo. Se ajustaba con delicadeza a mi pecho y, a partir de las caderas, caía con soltura hasta llegar al suelo. Me gustaba que fuera tan largo, así podría ponerme mis Converse sin que nadie se percatara.

—Este es el vestido —susurré para mí misma.

—Lo es. —Me miró de arriba abajo—. Tienes que llevártelo. A mi hermano se le van a salir los ojos cuando te vea. Se pasará toda la gala deseando quitártelo. Va a ser un auténtico martirio para él.

—Parece que esa idea te agrada. —Me senté en el banco donde antes había estado ella y le di un sorbo a su copa de champán.

—Es mi deber como hermana pequeña tocarle de vez en cuando las narices, pero en general nos llevamos muy bien. Sobre todo ahora que mi padre ha fallecido. Blake es el único con quien puedo contar. —Le pidió a la dependienta un bolso a juego con mi vestido y tomó asiento a mi lado.

—Siento lo de tu padre. —Le pasé la copa y se mojó los labios.

—Tranquila, tampoco es que me hiciera mucho caso en vida. Supongo que mi hermano te habrá hablado de él.

—Algo.

Blake me había contado muy poco acerca de Richard Maddox. Pequeñas pinceladas por aquí y por allá que, sin embargo, no me dejaban ver el cuadro al completo. Hablar de su progenitor lo incomodaba y procuraba hacerlo lo menos posible, por mucho que yo le preguntase.

—A mí no me prestaba mucha atención, pero tal y como trataba a Blake, mejor que no lo hiciera. Era demasiado duro y exigente con él. No le gustaba cómo vestía, cómo hablaba, cómo se comportaba... Quería amoldarlo a su imagen y semejanza y se enfurecía cuando no lo conseguía. Se peleaban a menudo, aunque todo era de puertas para dentro. Una vez que salíamos de casa teníamos que fingir que todo era perfecto. La gran y poderosa familia Maddox. —Me dedicó una sonrisa triste.

—Lamento escuchar eso. Blake me dijo que discutió con él cuando se compró la moto y también cuando se hizo un *piercing* en la ceja.

—Todo lo que te imagines es poco. Intentó apagar una y otra vez su espíritu rebelde y su naturaleza indómita. Lo único que quería de mi hermano era que siguiera órdenes y, si lo conoces bien, sabrás que seguir las reglas no es lo suyo.

Pensé en lo mucho que mi marido había disfrutado en el campo de golf cada vez que mandaba la bola en la dirección contraria, aunque el resto de los invitados se indignara. Cuando aumentó la velocidad del quad para adelantar a nuestros amigos entre las dunas, o la manera en la que me secuestró en una discoteca cualquiera de Las Vegas y me llevó frente al Bellagio a escondidas. Había un toque insubordinado en su personalidad que, al parecer, su padre había odiado con todas sus fuerzas.

—Tuvo que ser difícil —comenté.

—Aun así, hizo todo lo posible por estar a la altura de lo que se esperaba del él. —Dejó la copa sobre una mesita redonda—. Aparcó su moto de forma indefinida, se quitó el *piercing* y casi no usaba sus chaquetas de cuero. Lo cambió todo por un traje, una empresa y un imperio. Por la aceptación de mis padres y por unas simples palabras amables surgidas de sus labios. Se moría por oír un » Buen trabajo, Blake« , o » Estoy orgulloso de ti, hijo« . Pero ese momento nunca

llegaba, por mucho que se esforzara. Y al final, mi padre murió sin que mi hermano pudiera escuchar esas palabras.

Mis manos se convirtieron en dos tensos puños. No fue justo que su padre lo tratara con tanta frialdad ni que le exigiera más de lo que podía dar. Mi marido era un hombre decente, trabajador, brillante. Cualquiera hubiera estado orgulloso de tener un hijo como él y de todo lo que había conseguido. Yo lo estaba.

—¿Qué hay de tu madre? —pregunté para desviar la atención de Richard. Ya sabía todo lo que había que saber de ese hombre. No me gustaba—. No parece que tampoco estés muy unida a ella.

—¿Diane? Oh, no es mi madre biológica —señaló—. Richard tuvo una aventura con mi madre cuando aún estaba casado con Diane. Fue todo un escándalo. Mi madre murió cuando yo era pequeña y Richard me adoptó. No tenía a nadie más en el mundo y no quería que alguien que llevaba la sangre de los Maddox terminara en un orfanato. Diane no me quiere, solo me tolera. Para ella soy un recordatorio andante de las infidelidades de su marido. Sin embargo, no puede expulsarme de la familia después de que mi padre falleciera, o el escándalo sería aún mayor.

—No tenía ni idea.

—Como puedes ver, el único Maddox que me importa de verdad es Blake. Podría decirse que me ha criado él. Me esperaba en la puerta del instituto para que le contara cómo me había ido el día y que no me sintiera tan sola, me llevaba al médico cuando enfermaba y me recogía de las fiestas a las que iba fuese la hora que fuese. Mi hermano es todo lo que tengo.

—Bueno, ahora también me tienes a mí —le aseguré.

—No sabes cuánto me alegra que Blake se haya casado contigo. No solo te veo como a mi cuñada, también como a una amiga —añadió con cierta timidez.

Mi corazón se estremeció con fuerza. Rebecca estaba siendo sincera. Era una chica estupenda a la que le había cogido mucho aprecio. Su inocencia me recordaba a Emily y eso provocó que tuviera cierto instinto protector hacia ella.

Era consciente de que todas esas emociones terminarían explotándome en la cara. El día que me divorciara de Blake me

separaría de todo cuanto lo rodeaba, y eso incluía a su hermana. No estaba segura de poder mantener el contacto con ella una vez que me separase de mi marido y retomásemos nuestras vidas. Si ese era el caso, iba a echar mucho de menos a la pequeña y elegante mujer que tenía ante mí.

Cuando regresé a casa, guardé el vestido y el resto de las compras en mi habitación y fui en busca de Blake. Después de todo lo que me había contado Rebecca necesitaba verlo con urgencia. Había conocido más de su pasado en una sola tarde con su hermana que durante el tiempo que llevábamos casados. Me había enternecido saber que se había convertido en un hombre tan increíble a pesar de la severidad y el poco afecto con que lo criaron sus padres.

Estaba deseando abrazarlo, besarlo, perderme en él y que él se perdiera en mí. Demostrarle que no importaba lo que Richard hubiera pensado de él. Podía estar orgulloso de todo lo que tenía y de todo lo que era. Un hombre que adoraba a su hermana, apoyaba a su mejor amigo por encima de todas las cosas y me arrancaba sonrisas a la más mínima oportunidad.

Lo encontré de pie en mitad del salón, peleándose con el mando de la tele, que últimamente estaba dando problemas. Era viernes, así que tocaba ver una película después de la cena. Supe que acababa de llegar del trabajo porque aún llevaba el pelo hacia atrás y vestía uno de sus impecables trajes. Aunque ya se había quitado la chaqueta, la corbata y se había arremangado la camisa hasta los codos, dejando a la vista sus fuertes y bronceados antebrazos.

Corrí a su encuentro. El deseo que sentía por él se había multiplicado por mil después de que Rebecca me hablara de su infancia y me contara lo buen hermano que era. Blake se giró hacia mí y sus ojos chispearon de regocijo, como si llevara años sin verme en lugar de horas.

—No sabía que ya habías vuelto. —Dejó el mando de la tele sobre la mesa—. ¿Qué tal te ha ido con...?

No dejé que terminara la frase. Me abalancé sobre él, lo cogí por la nuca para inclinarlo hacia mí y estampé mis labios contra los suyos. Si íbamos a separarnos dentro de unas semanas, quería aprovechar

todo el tiempo que estuviéramos juntos y besarlo hasta que sus labios quedasen tatuados sobre los míos. Se apartó unos centímetros para preguntarme a qué se debía ese arrebato de pasión, pero no lo dejé hablar.

—Te necesito. Ahora. —Estaba dispuesta a suplicarle.

No hizo falta decir nada más. Nos arrancamos la ropa con desesperación. Se la habría quitado con mis dientes si así hubiera ido más rápido. Los botones de su camisa saltaron por los aires y cayeron sobre mi cabeza, como una breve lluvia de redondeles blancos. Menos mal que a esa hora el personal ya se había ido.

No nos detuvimos hasta que su piel bronceada se topó con la mía, mucho más pálida. Nos abrazamos para fusionar ambos colores y crear un término medio. Nuestras bocas se besaron con furiosa devoción y me levantó del suelo para que enrollara mis piernas alrededor de su cintura. Conmigo a cuestas, me llevó hasta el sofá, tomó asiento en él y se puso el condón que había sacado de Dios sabía dónde.

Mis rodillas se acomodaron a ambos lados de sus piernas. Me cogió de las caderas y dejé que la gravedad hiciera su trabajo. Su erección se deslizó con facilidad dentro de mi cuerpo, centímetro a centímetro, hasta que me llenó por completo. Nos miramos a los ojos y, a partir de ahí, todo fueron embestidas, arañazos y mordiscos cargados de necesidad. Labios, lengua y dientes. Dedos, uñas y piel.

Una fina capa de sudor vistió nuestros cuerpos, la ropa que más me gustaba. Blake chupó mis pezones y, a cambio, le lamí el pecho. Nos perdimos en un baile donde dábamos y recibíamos, una coreografía hecha a nuestra medida. Alcanzamos el clímax con las bocas entrelazadas y nos tragamos los gemidos del otro. Nos degustamos mientras aquel tsunami de placer iba calmándose poco a poco hasta convertirse en suaves y rítmicas olas de una playa.

Blake se deshizo del condón. Me atrajo hacia su pecho, me rodeó con sus brazos y me besó la frente mientras recobrábamos el aliento. Podía sentir los latidos de su corazón bajo mi mejilla y, en ese instante, el mundo me pareció un lugar mejor. Siempre lo era cuando él estaba cerca.

—Si vamos a hacer esto cada vez que vayas de compras, le pediré a mi hermana que te lleve más a menudo —murmuró contra mi pelo.

Reí y su pecho vibró bajo la palma de mi mano cuando se contagió de mis carcajadas. Había resultado ser un hombre inteligente, de sonrisa fácil y con un gran apetito sexual. Quién me iba a decir que acabaríamos complementándonos tan bien.

Era como un camaleón, capaz de adaptarse a cualquier situación. Hablaba con seriedad o bromeaba según las circunstancias, se convertía en tormenta o en mar en calma acorde a mis necesidades. Cada faceta suya que iba conociendo, cada versión, me iba gustando más y más.

Estaba volviéndome adicta a él y, lo peor de todo, era que no sabía qué hacer para desengancharme y expulsarlo de mi organismo antes de que fuera tarde. Salvo recordarme a mí misma una y otra vez el único motivo por el que estaba allí: un millón de dólares y la promesa de una nueva novela. Fundir nuestras pieles tan solo era un extra.

—¿Qué te ha dicho Beca para provocar este despliegue de pasión? Y que conste que no me estoy quejando. —Me dio un pequeño pellizco en la cadera.

Giré mi rostro hacia él y me perdí en sus ojos grises. Tenía el pelo alborotado, sus afilados pómulos sonrosados y los labios hinchados por mis besos. Contemplarlo era una delicia y estar entre sus brazos todo un placer.

—Que eres un hombre que vale la pena.

—Tú también la vales, Samantha. Dijera lo que dijera tu ex. Nunca lo dudes.

No solía llamarme por mi nombre completo y me había olvidado de lo bien que sonaba entre sus labios. Lo mucho que me gustaba que su boca se llenara de él. Me recosté sobre su pecho y enterré mi rostro en el hueco de su hombro. Las palabras de Rebecca regresaron a mi mente y durante un momento me imaginé a Blake de adolescente.

Un chico que luchaba por un poco de afecto y que, por muchas riquezas que tuviera, lo único que necesitaba era que creyeran en él.

No podía sacarme esa imagen de la cabeza y no quería que mi marido se acercara más a mi corazón. Sin embargo, no pude evitar abrazarlo con más fuerza. Me había acostado con el hombre, pero ahora quería consolar al adolescente inseguro y asustado que un día fue.

Capítulo 24



Me puse el vestido azul que me compré con Rebecca y me lo até al cuello. Mi espalda quedaba al descubierto y oculté mis zapatillas Converse bajo la tela. Cuando estuve lista, les mandé una foto a Emily y Arizona. Me aseguraron que estaba preciosa y que había sido un acierto que hubiera optado por un maquillaje suave y me hubiera recogido el cabello en un elegante moño bajo.

Me había quitado el septum de la nariz y había cambiado los aros de mis orejas por pequeños brillantes, mucho más discretos, que conjuntaban a la perfección con las primeras estrellas que asomaban en el firmamento.

Suspiré y cogí mi minúsculo bolso de mano, donde apenas me cabía el móvil y poco más. Era un complemento bonito, aunque muy poco práctico. Blake me esperaba abajo. Salí de mi dormitorio y bajé por las escaleras de la mansión. Esa noche asistiríamos a la fiesta de jubilación de Bruce, un antiguo socio de Richard.

Sujeté el bajo de mi vestido con una mano para no tropezar con él. No había bajado ni tres peldaños cuando divisé la imponente figura de mi marido al pie de la escalera, esperándome en el salón. Levantó la vista hacia mí y me recorrió de arriba abajo. Sus ojos eran como dos brasas que me quemaban allí donde se posaban. En mi cuello expuesto, el escote del vestido, la curva de mis caderas...

Cuando su mirada descendió del todo, ladeó una sonrisa al percatarse de mi calzado. Me dieron ganas de morder la curvatura de sus labios. Comérmela y llenarme de ella. Conectamos nuestras

miradas y no las separamos mientras bajaba uno a uno los escalones y me plantaba delante de él.

—Estás preciosa. Voy a ser la envidia de todos los hombres de la fiesta. —Tragó saliva con fuerza y su nuez vibró. Tuve que reprimir el impulso de besarlo justo ahí—. De todos los hombres del planeta Tierra.

Sonreí de puro placer. Me daba igual el resto del mundo, tan solo quería gustarle a él.

—Tú tampoco estás nada mal.

Llevaba un elegante esmoquin negro, a juego con su pajarita, y el pelo peinado hacia atrás. Rebecca me había dicho que su hermano desearía quitarme este vestido en cuanto lo viera, pero no me advirtió sobre que a mí también iba a costarme mantener mis manos lejos de él.

Nos montamos en el coche y su chófer nos llevó hasta el hotel donde Bruce celebraría su jubilación entre globos dorados, copas de champán y felicitaciones llenas de envidia y admiración.

Una noche estrellada se había apoderado del cielo y la ciudad se había llenado de luces para suplir la ausencia del sol. No tardamos demasiado en llegar y, cuando lo hicimos, Blake se apresuró a abrirme la puerta del coche y me ayudó a bajar de él.

Fernando se fue tras dejarnos frente al edificio.

—¿Preparada? —Blake me ofreció su brazo.

—Preparada.

Entramos en el lujoso hotel donde ya había comenzado la fiesta, la cual tenía lugar en la parte de atrás, al descubierto. El suelo estaba oculto bajo una fina capa de césped artificial, había sillas y mesas blancas por todas partes y un montón de pequeñas luces sobre nuestras cabezas eclipsaban la luz de la luna.

Todos vestían con una elegancia clásica y estudiada. La mayoría de los presentes sujetaba una copa entre sus dedos y los camareros caminaban de un lado a otro con bandejas llenas de llamativos canapés. Una banda tocaba música en directo y avanzamos entre la multitud. Intercambiamos besos y apretones de mano con los invitados que se iban cruzando en nuestro camino.

A lo lejos vi a Harold, y nos saludamos alzando nuestras copas al mismo tiempo. En la última entrevista, Blake y yo habíamos mostrado tanta complicidad y nos complementábamos tan bien que se relajó respecto a nosotros. Sus interrogatorios se volvieron más espaciados y su mirada menos inquisitiva. Poco a poco estábamos convenciéndolo de la autenticidad de nuestro matrimonio, y ya casi podíamos saborear la victoria.

Nos dirigimos hacia el lugar en el que estaban hablando Diane, Rebecca y Finn. Mi suegra me miró con el ceño fruncido y me saludó con un par de besos que no llegaron a rozar mis mejillas. Mi cuñada en cambio me dio un fuerte abrazo y me aseguró que ese vestido había sido un acierto.

—Un consejo: barbilla alta y no dejes que te intimiden —me susurró Rebecca al oído, aprovechando que el resto del grupo estaba hablando entre ellos—. Toda esta gente no son más que tiburones y, si te ven débil, no dudarán en ir a por ti. Huelen la sangre a kilómetros de distancia, créeme.

—¿Qué puedo hacer para salir de esta cena con todas mis extremidades?

—Hay algunos chalecos salvavidas a los que puedes aferrarte para no ahogarte entre toda esta gente. Yo soy uno de ellos, Finn es otro y, por supuesto, mi hermano. He visto cómo te mira y se nota que se preocupa mucho por ti.

—¿En serio? —pregunté sorprendida. Frunció el ceño ante mis palabras—. Oh, claro que lo hace, al fin y al cabo, estamos casados —añadí con rapidez, consciente de que había estado a punto de meter la pata—. Ya sabes, nos queremos mucho. Es solo que no sabía que se preocupaba tanto por mí.

—Pues lo hace, y tú por él. No hay más que ver cómo os miráis.

—¿Y cómo nos miramos?

—Como si solo estuvierais vosotros dos en la fiesta. Como si estuvierais a dieta y el otro fuera un pastel de chocolate. Como si...

—Ya, ya, lo he pillado.

Rebecca rio y me mordí el labio inferior. No sabía qué más decir. Blake y yo nos llevábamos bien, funcionábamos a las mil maravillas en la cama y mentiría si dijera que su compañía no me agradaba.

Pero ¿realmente nos mirábamos de esa manera? ¿Nos importaba de verdad el otro o tan solo alcanzar nuestros propios objetivos?

Charlamos un rato más mientras bebíamos vino y degustábamos algún que otro canapé. Pensé que aquello no estaba tan mal hasta que una mujer despampanante se acercó a nosotros.

—Daisy, querida, qué alegría que hayas podido venir. Estás divina, como siempre. —Diane no escatimó en elogios y estampó sus labios contra la mejilla de esa mujer.

La recién llegada tenía piernas kilométricas, el cabello rubio como el sol y un rostro armonioso. Era espectacular. Saludó a Finn y a Rebecca de forma cortés y se pegó como una lapa a mi marido cuando le besó una mejilla. Él parecía incómodo ante su contacto.

—Cuánto tiempo sin verte, Blake. Cualquiera diría que te estás escondiendo de mí. —Colocó su mano sobre el pecho de mi marido y se rio como si acabara de contar el chiste más gracioso del mundo.

No me gustaba el tono meloso que usaba para hablar con él, ni cómo estaba comiéndoselo con los ojos, ni, ya que estábamos, que le pusiera las manos encima. Blake apartó los dedos con los que esa mujer le estaba acariciando el pecho, retrocedió un par de pasos y rodeó mi cintura con su brazo.

—Ya sabes que lo mío no es esconderse. Tan solo he estado ocupado. —Mi marido le contestó con la misma calidez que un témpano de hielo—. Imagino que habrás oído que me he casado.

—Pensé que eran rumores. —Ella miró de reojo a Diane.

—Nada más lejos de la realidad. De hecho, te presento a mi esposa, Samantha Maddox. —Me dio un suave apretón en la cadera —. Como puedes ver por ti misma, es bastante real. Sam, esta es Daisy. Una... amiga de mi madre.

—Encantada —dijimos al mismo tiempo con una sonrisa forzada.

Diane continuó hablando como si nada, ignorando que, a nuestro alrededor, la temperatura había descendido diez grados de golpe. No dejó de alabar a Daisy, y me dejó bien claro que era modelo y que sus padres poseían una importante línea de joyas de alta gama. A mi lado, Blake, Finn y Rebecca permanecían callados y tensos. ¿Qué estaba pasando allí¿ ? Por qué todos parecían tan incómodos en presencia de esa mujer?

La banda comenzó a tocar una canción más lenta que sus predecesoras y Blake me sorprendió cogiéndome de la mano.

—Si me disculpáis, ya he oído hablar de Daisy lo suficiente por esta noche. Ahora me gustaría bailar con mi mujer. ¿Vamos? —me preguntó.

Diane le reprendió con la mirada, Finn y Rebecca sonrieron y el rostro de Daisy se sonrojó tanto como el carmín que vestía sus labios. Entrelacé mis dedos con los suyos y mis ojos le gritaron un enorme *sí, por favor* . Blake me sacó de allí y me llevó hasta la pista de baile, donde algunas parejas habían tomado posiciones y se mecían al compás de la música.

Sus grandes manos se anclaron en mi cintura y las mías encontraron su lugar en el mundo sobre su nuca. Cuando nos divorciásemos iba a echar de menos el tacto de su piel bajo mis dedos. Iba a echar de menos muchas más cosas, pero le pedí a mi corazón que las ignorara. No teníamos toda la noche.

—¿Qué acaba de pasar, Blake? ¿Quién era esa mujer?

El nombre de Daisy retumbó entre nosotros.

—Créeme, nadie que deba preocuparte.

Me pidió que confiara en él con la mirada y sus pulgares se deslizaron por mi espalda desnuda, erizando y electrificando cada porción de piel que tocaban. Era imposible pensar en Daisy o en cualquier otra cosa mientras que sus dedos repasaban uno a uno los lunares de mi cuerpo. Lo dejé estar y me limité a disfrutar del baile con él. Y de todo lo que quisiera darme antes de nuestro divorcio.

Capítulo 25



Cuando abandonamos la pista de baile, otra pareja ocupó nuestro lugar. Una bonita alianza brillaba sobre sus dedos anulares y me pregunté si estarían casados de verdad, o si también formaba parte de un disparatado acuerdo. Se miraban con auténtica adoración, como las flores al sol tras un largo invierno.

Si estaban fingiendo, lo hacían mejor que nosotros. Aunque según Rebecca, Blake y yo también nos mirábamos así. Fruncí el ceño cuando un millón de preguntas invadieron mi mente sin previo aviso. Si eso era cierto, ¿cuánto había de verdad y de mentira en nuestros ojos? ¿Dónde acababa el límite de nuestro trato y empezaban los sentimientos?

A veces se me olvidaba fingir y otras se le olvidaba a él. El sexo nos hizo cruzar una línea, no obstante, pensé que podría dar marcha atrás en cualquier momento. Si el mar borraba la raya que había dibujado sobre la arena, dibujaría otra más fuerte y lejos de su alcance.

Sin embargo, lo que Blake me hacía sentir lo inundaba todo y, por mucho que tratara de nadar hacia la superficie, me hundía más y más en las profundidades de aquel abismo oscuro y aterrador. Ahogarse daba miedo. Darte cuenta de que sentías algo por quien no debías daba mucho más.

—Sam, ¿estás bien? No tienes muy buena cara. —Rebecca me puso una mano en el hombro y su contacto me trajo de vuelta a la realidad.

Mi marido había ido a saludar a unos invitados mientras yo conversaba con su hermana y Finn. Sacudí la cabeza para deshacerme de todos esos pensamientos. No era el momento adecuado para sopesar qué porcentaje de Blake Maddox había logrado meterse en mi corazón y si aún estaba a tiempo de expulsarlo.

—Sí, estoy bien. Los canapés me han dejado el estómago un poco revuelto. —Miré hacia el lugar donde unos minutos antes había estado Blake. No había ni rastro de él. Eché un vistazo a mi alrededor y no lo vi por ninguna parte. Acababa de evaporarse como un charco de agua en mitad del desierto—. ¿ Sabéis dónde está mi marido?

—No te preocupes por él —me tranquilizó Finn—. Es un hombre muy solicitado, sobre todo ahora que está a punto de heredar la compañía de su padre. Todos querrán hablar con él durante el mayor tiempo posible. Seguramente estará charlando con un par de hombres sobre negocios mientras agita una copa de vino entre sus manos.

—¿Debería ir en su rescate? —les pregunté.

A Blake no le gustaba demasiado hablar de trabajo una vez que abandonada las oficinas Maddox. Necesitaba desconectar de la empresa familiar, aunque fuera unas horas.

—Tranquila, sabe cuidarse él solito. —Rebecca sonrió y le dio un trago a su bebida.

Tenía un mal presentimiento y los minutos siguieron pasando, imparables, riéndose de mí. Finn se ofreció a traerme una copa, consciente de mis nervios. Mi cuñada me pidió que la disculpara un momento, pues quería ir a saludar a una vieja amiga. Ambos me prometieron que volverían enseguida y de repente me encontré sola en mitad de la fiesta.

Me acerqué a una mesa donde habían colocado varias bandejas de canapés y me comí dos con toda la elegancia que fui capaz de reunir en esos momentos. La ansiedad me abría el apetito. Estaba sopesando comerme un tercero cuando apareció junto a mí la persona que menos esperaba. Mi suegra.

—Veo que la comida es de tu agrado —señaló con retintín.

—No está mal. ¿Has visto a Blake? —Quizá si desviaba la conversación hacia su hijo, se olvidaría de lanzarme comentarios mordaces durante un par de minutos. Desde que me había conocido ese era su pasatiempo favorito.

—¿No está en la fiesta? Vaya, Daisy tampoco. ¿No te parece raro? —Pretendía sonar inocente, pero su voz destilaba veneno.

—No me van mucho las adivinanzas. —Me giré hacia ella—. Si tienes que decirme algo, ve al grano.

—Imagino que mi hijo no te ha contado que Daisy y él estuvieron prometidos —señaló. Mi máscara de indiferencia se rompió sin previo aviso y una pizca de desconcierto se coló entre sus grietas. Diane me miró exultante—. Los han visto salir juntos de la fiesta, y de eso hace ya un buen rato. Lo más seguro es que estén en una de las habitaciones del hotel, recordando viejos tiempos.

Sus palabras me golpearon con fuerza. Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y me esforcé por no apartar la mirada de sus ojos. No iba a darle la satisfacción de ver cómo me rompía ante ella. Pensé en la conversación que tuve con Rebecca, cuando me confesó que ella no era su madre biológica y que Richard había tenido más de una aventura fuera del matrimonio.

—Blake no es como su padre —le aseguré con los dientes apretados y la respiración acelerada—. Él no me engañaría.

No iba a dejar que me humillara, ni que plantara una semilla llena de dudas dentro de mi pecho. Me dolía que mi marido no me hubiese contado que estuvo prometido con Daisy y que me hubiera abandonado en mitad de la fiesta para irse con ella. Sin embargo, eso era algo que tenía que hablar con él, no con Diane. Además, hasta la fecha, Blake nunca me había dado motivos para desconfiar de él. Quizá todo este asunto tenía una explicación razonable y mi suegra solo quería hacerme daño.

—Querida, lamento ser yo quien te lo diga, pero todos los hombres son iguales. Incluso mi hijo. —Me miró con cierta tristeza—. Harías bien en recordarlo. Yo aprendí la lección por las malas y preferí mirar hacia otro lado por el bien de nuestra familia. Tú no tienes por qué soportarlo. Podrías divorciarte de él.

—Yo no...

—Blake merece casarse con alguien de su posición. Alguien que le convenga muchísimo más que tú, como Daisy. ¿No has visto la buena pareja que hacen? —Sus palabras fueron rompiendo poco a poco mi armadura y las inseguridades florecieron bajo mi piel como los capullos en primavera. Me agarró un brazo con fuerza y me miró con auténtico fastidio—. No importa que vistas como una princesa, ni que te hayas quitado ese aro de la nariz. No hay disfraz capaz de cubrir lo que eres. Una mujer que intenta aprovecharse de mi hijo. No entiendo cómo pudiste encandilarlo, pero te aseguro que solo eres un pasatiempo para él. Tarde o temprano entrará en razón y entenderá que lo mejor es divorciarse de ti y casarse con alguien como Daisy.

Me aparté de su agarre con discreción. No quería montar ninguna escena. Bastante tenía ya con que todos supieran dónde y con quién estaba mi marido, como para que encima me asignaran el papel de esposa despechada. No quería darle ningún poder a Diane, y tampoco iba a permitir que sus palabras me hicieran daño. Pero lo hicieron.

Su amenaza sobre que Blake me pediría el divorcio cayó en saco roto, pues ya contaba con ello. Lo que quemó mi corazón hasta casi convertirlo en cenizas fue la idea de que saliera con Daisy después de nuestra separación. Imaginármelo con cualquier otra que no fuera yo me molestaba, y no tenía por qué. Lo nuestro eran negocios y compañía en el dormitorio, nada más. Llevaba su alianza en el dedo, pero estaba hecha de diamantes y mentiras, no de amor.

Me sentí vulnerable e insignificante. Había algo en lo que Diane tenía razón: yo no era como las chicas con las que solía salir su hijo. No era alta, rubia y ni siquiera sabía caminar bien con tacones. No había delicadeza en mis gestos, ni finura en mis palabras. Tan solo era una chica de barrio con el pelo azul a la que le encantaba escribir. Sacudí la cabeza para despejarme. No podía dejar que las acusaciones de Diane me afectaran de esa manera. Esa mujer adoraba humillarme y quizá se lo estaba inventando todo.

—No te creo —dije con firmeza.

—Ese no es mi problema. Pero sabes tan bien como yo que donde hubo fuego quedan cenizas. Si no me crees a mí, cree a tu instinto.

¿Qué te dice el estómago? —Tras esas palabras, cogió su copa de champán y se fue. Aunque esta vez no me quedé sola. Tenía un montón de dudas a mi alrededor.

Pensé en Joseph, en lo fácil que le había resultado traicionarme y terminar nuestra relación. En todas las mujeres con las que salía mi padre para enrabietar a mi madre, aunque llevaran años divorciados. No tenía ninguna figura masculina decente y fiel a la que aferrarme.

Sentí un cosquilleo en la nuca y la suave brisa nocturna me susurró al oído que Diane estaba diciéndome la verdad. Al fin y al cabo, ¿dónde estaba Blake? Mi mirada se cruzó con la de Harold, quien charlaba con un par de hombres bien trajeados a unos metros de distancia. Las mejillas me ardieron y recé para que las habladurías sobre el paradero de mi marido no llegaran hasta él.

Me froté los brazos y un tirante de mi vestido resbaló sobre mi hombro. Lo volví a colocar en su sitio y me sentí sola y estúpida. Me había arreglado para Blake. Había querido que me paseara de su brazo con orgullo, y que no se avergonzase de mí ante todo ese despliegue de gente rica y poderosa. Creí que lo había conseguido, pero Diane me había bajado del cielo a la tierra con un certero empujón.

Me había esforzado para nada. Al final, mi marido me había cambiado por una mujer que tenía más clase, más educación, más riqueza y más contactos. Quizá no fuera tan distinto de Diane como pensaba. Me los imaginé juntos en una de las muchas habitaciones del hotel.

Daisy estaría borrando con sus dedos el recuerdo de mi piel contra la suya, besando los labios donde aún sonaba el eco de los míos, perdiéndose en un cuerpo en el que solo había estado yo durante estas últimas semanas. Sentí náuseas y me bebí la copa de champán más cercana de un solo trago.

Aquellas refrescantes burbujas no fueron capaces de apaciguar la bola de celos, rabia y decepción que se me había formado en el estómago. Mis ojos se toparon con un tipo atractivo y trajeado. No había dejado de mirarme en toda la noche y me había invitado a bailar un par de veces, aunque lo había rechazado en ambas ocasiones. Parecía que su suerte estaba a punto de cambiar.

Me acerqué hasta el desconocido con seguridad. Me ofreció su brazo y me guio hasta la pista de baile, donde volvía a sonar una canción lenta y melancólica. Colocó una mano sobre mi cintura y entrelazamos los dedos de la otra antes de movernos al compás de la música. Su contacto era agradable, aunque no tanto como el de Blake. Solo él era capaz de electrificarme con el simple roce de sus dedos.

Y hablando de mi marido, lo vi aparecer poco después entre el gentío que nos rodeaba. Se detuvo a observar cómo bailábamos con los ojos entrecerrados y el cuerpo tenso. Podía sentir su mirada abrasadora clavándose en mi nuca y escuchar cómo le rechinaban los dientes. No me podía creer que le molestara verme bailar con otro hombre, cuando él se había perdido con su expareja en algún rincón del hotel. A solas. Durante el tiempo suficiente como para arrancarle un par de orgasmos.

Mi acompañante bajó la mano y la punta de sus dedos rozó el inicio de mis nalgas. Si Blake no hubiera estado mirando le hubiera propinado una patada en la espinilla. Sin embargo, en ese momento me era más fácil aferrarme a la rabia que al dolor. Por nada del mundo quería derrumbarme en mitad de la fiesta y, si no bailaba aquí y ahora con un desconocido, lo haría.

Blake me había prometido que no estaría con otra mujer hasta que nos divorciáramos. Y todo apuntaba a que acababa de hacerlo. En mis narices y delante de toda esta gente. ¿En qué posición me dejaba eso? En nuestro acuerdo no había ninguna cláusula sobre que debiera soportar ser humillada. Todo lo contrario. Debíamos fingir ser la pareja más enamorada del mundo. Un papel difícil de interpretar cuando uno de los dos estaba siendo infiel. En cuanto la canción terminó Blake se acercó a nosotros.

—¿Me devuelves a mi esposa? —le gruñó a mi pareja de baile.

—Solo si ella quiere.

Mi marido me miró a la espera de una respuesta. Me obligué a forzar una sonrisa y asentí con la cabeza.

—Qué remedio. —Intenté sonar despreocupada.

—No me gusta que bailes con él —refunfuñó Blake mientras nos alejábamos de la pista de baile.

—Un detalle sin importancia. A quien tiene que gustarle es a mí.

—Lo sé. Pero George tiene fama de tener las manos muy largas y no quiero que nadie te incomode. —Su pulgar acarició el interior de mi muñeca.

Lo miré a los ojos. Su preocupación era genuina, lo que me estrujó el corazón. Negué con la cabeza y aparté la mano. No podía olvidar dónde habían estado antes esos dedos, ni la piel que habían venerado.

—Parece que te preocupa mucho la fama de George, pero, ¿qué hay de la mía? ¿ Qué pensará ahora la gente de mí después de lo que acabas de hacer? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el tonto conmigo. No te pega. Por cierto, ¿ dónde está tu exprometida?

—¿Quién te ha hablado de Daisy? —Palideció de golpe y su piel adquirió el mismo tono gris que sus ojos.

En esa pregunta encontré mi respuesta. Que no lo negase me quemó con el calor de mil soles. Fue como si hubiera alargado su mano para atravesar mi pecho, coger mi corazón y arrojarlo sobre el césped artificial para pisotearlo sin ningún miramiento.

—Así que no lo niegas. —Me crucé de brazos.

—No puedo negar nada si no sé de qué me estás acusando —siseó contra mi rostro—. No sé qué demonios ha ocurrido en mi ausencia, pero te puedo asegurar que yo no...

Uno de los invitados nos interrumpió. No podía ser más inoportuno. Fingimos que todo estaba bien mientras ese hombre hablaba con mi marido sobre negocios y lamentaba la pérdida de su padre. Otra pareja se acercó a charlar con nosotros, y después otra más. De repente formábamos parte de un nutrido grupo que charlaba, reía y bebía una copa de champán tras otra.

Blake y yo apenas nos dirigimos la palabra durante el resto de la noche y, en cuanto pudimos, nos despedimos del anfitrión y el resto de los invitados para montar en su coche y volver a casa. Cuando Fernando nos trajo a la fiesta habíamos hecho manitas en el asiento trasero, como un par de adolescentes. Ahora el coche se había

llenado de una tensión tan palpable y densa que estaba segura de que empañaría los cristales de un momento a otro.

Permanecimos en silencio durante todo el camino. No queríamos discutir delante del chófer y nos convertimos en una bomba de malestar e incertidumbre a punto de explotar en cualquier momento. Cuando llegamos, entré corriendo en la mansión mientras Blake se despedía de Fernando.

Subí las escaleras de dos en dos, entré en mi habitación y me quité las horquillas del pelo con furia y torpeza. Después de lo que había ocurrido no quería tener ese aspecto. Me sentía una impostora. Aquella no era yo y ponerme ese vestido no había servido para nada.

Diane seguía despreciándome, la mayoría de los invitados habían arrugado la nariz al ver mi cabello azul y estaba segura de que, después de esa noche, Blake estaría deseando deshacerse de mí para retomar su relación con Daisy por donde la dejaron. Bien, pues iba a tener que esperar unas semanas para hacerlo. Habíamos hecho un trato y no pensaba renunciar al millón de dólares que me prometió así como así. Habíamos llegado demasiado lejos para eso.

Escuché un ruido a mi espalda y supe que Blake acababa de entrar en mi habitación. Me giré hacia él. Tenía la pajarita desabrochada y se había soltado los dos primeros botones de la camisa. Su aspecto desaliñado me excitó sobremanera y aparté la vista de inmediato. En ese instante no se merecía mi deseo. No se merecía nada.

Capítulo 26



—¿Se puede saber qué ha pasado ahí fuera? —Blake dio un paso en mi dirección. La sangre me hirvió en las venas como una infusión en la tetera.

—¡Lo sabes perfectamente! —Le lancé un cojín y él levantó las manos para cubrirse con ellas. Le lancé otro. Y otro. Me convertí en una ametralladora de cojines—. ¡Me has abandonado para irte con ella!

—¿Estás celosa?

—No se trata de eso. Me prometiste que no me dejarías sola en ningún momento. Sabes lo mal que me muevo en esos ambientes. He ido solo por ti, me he arreglado solo para ti, y tú... —Rematé mi discurso lanzándole lo que había encima de la mesilla, que resultó ser un libro.

—Yo también quería estar contigo. —Su mirada se dulcificó a pesar de estar arrojándole objetos con bastante contundencia.

—Pues tienes una forma muy rara de demostrarlo. ¿Por qué no me dijiste que habías estado prometido con Daisy?

—Porque no es verdad. Solo tuvimos un par de citas. Enseguida me di cuenta de que no estaba interesada en mí, sino en mi apellido.

—Pues no parecía eso por cómo te miraba. —Bajé la vista al suelo.

—Me importa una mierda cómo me miraba. —Levantó mi barbilla con sus dedos—. Tan solo me importa cómo me miras tú. —Frunció el ceño, como si acabara de ser consciente de lo que había dicho—.

Para que podamos convencer a los demás de que lo que sentimos es genuino, claro está.

—Entonces, ¿por qué Diane me dijo que estuvisteis prometidos?

—Porque eso es lo que a ella le habría gustado. —Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el sillón que había junto a la ventana—. Daisy y mi madre confabularon a mis espaldas para presionarme y que le pusiera un anillo en el dedo. La consideraba la esposa perfecta para mí. Preciosa, sumisa, de modales refinados y con unos padres influyentes. Yo no pensaba lo mismo. En cuanto vi sus intenciones rompí con ella al instante.

—Si eso es cierto, ¿por qué me abandonaste en mitad de la fiesta para irte con ella? —Me senté sobre la cama y me quité las Converse.

—No me quedó otra opción. Daisy quería que habláramos y sabía que no me la quitaría de encima en toda la noche si no lo hacíamos. Me propuso ir a una de las habitaciones del hotel, pero no soy estúpido. Sabía lo que parecería, aunque no hiciéramos nada, así que fuimos al bar de la última planta. Con un montón de testigos a nuestro alrededor —añadió para que no quedase ninguna duda.

—¿Qué quería?

—Me pidió explicaciones. No podía entender que me hubiese casado contigo en lugar de con ella. Aun así, me dijo que estaba dispuesta a dejarlo pasar y que, si me divorciaba de ti, podríamos retomarlo por donde lo habíamos dejado. Le dejé bien claro que eso no ocurriría, estuviera casado contigo o no. Daisy no me interesa y lo único que pretendí hablando con ella fue que no se acercara a ti para molestarte. Pero mientras me encargaba de eso, no pensé en mi madre. A estas alturas ya deberías saber que es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Tranquila, con el tiempo se hace más fácil de ignorar.

—Finn y Rebecca lo sabían, ¿verdad? ¿Por qué nadie me dijo que estuvisteis juntos?

—Fui yo quien les pedí que no te contaran nada. Sé lo incomoda que te sientes en ese tipo de fiestas y no quería que te preocuparas por fantasmas del pasado. Todos tratábamos de protegerte y mantenerte alejada de los juegos de mi madre. En cualquier caso, no debiste dudar de mí.

—No te encontraba por ninguna parte y de repente mi suegra me suelta que Daisy fue tu prometida y que os habían visto entrar juntos en una habitación. ¿ Qué querías que pensara?

—Cualquier cosa menos que te estaba siendo infiel. —Eliminó los escasos metros que nos separaban—. Tienes que confiar en mí, o lo que hemos hecho hasta ahora para conseguir mi herencia y tu dinero no habrá servido para nada.

—Para mí es complicado. Sobre todo, después de lo que me hizo Joseph. Pero... lo intentaré.

—Es lo único que te pido. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me estremecí—. Además, no parecía que estuvieras echándome de menos cuando regresé a la fiesta. Se te veía muy a gusto bailando con George.

—Ah, ¿sí? —Cogí la almohada para golpearlo. ¿Cómo se atrevía a darle la vuelta a la situación y echarme en cara que bailase con otro en su ausencia? Intentó detenerme y acabamos forcejeando hasta que el almohadón se rompió. Se nos escapó una sonrisa mientras un montón de plumas caían sobre nuestro cabello—. No entiendo cómo puedes estar celoso de George. Tan solo bailé con él.

—Pues lo estoy. Joder, tengo celos hasta del aire que respiras.

—No deberías. No soy tu esposa de verdad. Aunque un papel diga lo contrario y nosotros finjamos que sí.

Negó con la cabeza y se acercó aún más a mí. Mi pecho casi tocaba el suyo y a nuestro alrededor las últimas plumas cayeron sobre el suelo igual que las hojas en otoño.

—Para mí lo eres. —Una de sus manos ascendió despacio por todo mi brazo y dejó a su paso un camino de piel erizada—. Hasta que terminen los tres meses de nuestro acuerdo, soy tuyo y tú eres mía. —Sus dedos se afianzaron sobre mi nuca y ardí por sus palabras—. En la salud y en la enfermedad. Hasta que el divorcio nos separe.

En cuanto pronunció esas palabras nos convertimos en un tornado de fuego. Su boca chocó con la mía y dejamos que nuestros besos siguieran hablando por nosotros. Nuestra pasión se desbordó, incontenible, como una cascada que caía sobre nuestros cuerpos y nos mojaba los pies.

Nos separamos para coger aire y nos miramos a los ojos. En ese instante, sobraban las prisas. Teníamos toda la noche por delante. Blake apagó la luz de la habitación y encendió la pequeña lámpara que había junto a la cama.

Le desabroché los botones de la camisa uno a uno sin dejar de mirarnos. Cada porción de su cuerpo que iba quedando al descubierto era un regalo para la vista y los sentidos. Bajé la camisa por sus hombros y se la quité. Después hice lo mismo con sus pantalones y su ropa interior.

Se quedó desnudo delante de mí. Quería tocar cada centímetro de su cuerpo, besar cada músculo, morder cada curva. Sin embargo, él también quería ver, tocar y sentir. Se acercó y me desnudó con la misma delicadeza con la que yo lo había desnudado a él. Puede que incluso más.

Me bajó un tirante y besó la piel de mi hombro que había quedado al descubierto. Hizo lo mismo con el otro. Se tomó su tiempo y su boca acarició cada parte de mi piel que iba desnudando con exasperante y exquisita lentitud. Me bajó la cremallera y mi vestido cayó al suelo. Lo único que cubría mi desnudez eran unas bragas de encaje negro. Nuestro color preferido.

—Nunca me canso de mirarte. —Me cogió en brazos y me depositó sobre la cama—. Es como ver el amanecer todos los días. Es imposible que se vuelva rutinario o que deje de gustarme.

Sonreí por sus dulces palabras y me recompensó con un beso. A continuación, descendió poco a poco por todo mi cuerpo y dibujó una línea de fuego sobre mi piel. Se arrodilló en la cama, me quitó las bragas y hundió su cabeza entre mis piernas. Me agarré con fuerza a las sábanas y mis gemidos inundaron toda la habitación, la mansión, el mundo entero.

Tras derretirme contra su boca volvió a recostarse sobre mí y nos besamos con una pasión desmedida. Solo se apartó para coger un condón de la mesita de noche. Abrí las piernas para recibirlo y me penetró con lentitud, degustando el momento, mirándome a los ojos. Esa vez fue distinta a las anteriores. Nosotros lo éramos. Fue como si Daisy y George nos hubieran mostrado un presente

alternativo en el que Blake y yo no estábamos juntos, sino con ellos, y a ninguno de los dos nos había gustado.

Lo hicimos despacio, tratando de engañar al tiempo para que las agujas del reloj dejaran de avanzar y hacer que ese momento fuese eterno. Me mordí el labio inferior y cerré los ojos, porque de repente todo era demasiado intenso.

No importaba que nos divorciásemos y volviera a mi hogar, ni que retomara una vida en la que él no tenía cabida. Jamás podría olvidar cada instante vivido con Blake porque ahora todos formaban parte de mí, como si fueran gotas de un mismo mar. Rayos de un mismo sol. Era absurdo pensar que podría haber un final distinto para nosotros. Ambos arrastrábamos demasiado equipaje.

Yo cargaba con los miedos y las inseguridades de una relación pasada y una traición imperdonable. Blake no buscaba ninguna relación seria y mucho menos un matrimonio de verdad. Eso sin contar con que Diane jamás me aceptaría como parte de su familia. Estaba cansada de luchar contra ella y de imaginar un futuro que jamás se cumpliría.

Mejor dejarlo estar y disfrutar de mi marido todo lo que pudiera. De la sensación de su pelo contra la punta de mis dedos, el sabor de su boca, la calidez de su cuerpo, el fuego de su mirada. De un nosotros que solo duraría un instante, de un quizá que sería para siempre.

Su lengua se coló en mi boca y reclamó lo que en ese momento era suyo. El orgasmo estaba cerca, podía sentirlo en cada terminación de mi cuerpo, en cada exhalación que nacía en mi pecho y moría en mi boca. Gemí su nombre, arqueé la espalda y me aferré con fuerza a sus hombros. Todo al mismo tiempo.

Me sentí volar como esas plumas que, tras romperse la almohada, se habían quedado adheridas a la lámpara del techo y caían cuando a ellas se les antojaba. Lo quisiéramos o no, lo que estábamos haciendo era más que sexo. Estábamos conectados, en perfecta sincronía, y si yo me convertía en luna él lo hacía en estrellas. Aquello significaba algo, pero decidimos ignorarlo por el bien de ambos.

—¿Quieres que me quede? —preguntó a pesar de que dormíamos juntos desde hacía semanas.

Parecía que lo que acabábamos de compartir nos había confundido a ambos y no sabíamos si lo mejor era fingir que todo seguía igual, o si debíamos tomar algo de distancia para evitar que las cosas fuesen a más entre nosotros. La opción ideal era que durmiéramos en camas separadas hasta que recuperáramos el control de la situación. Pero no quería que se marchara. Qué le dieran al mañana si podía tenerlo hoy.

—Quiero te quedes, que me abraces y me susurres al oído que todo va a salir bien —le pedí.

Apagué la lampara que había sobre la mesita de noche mientras Blake hacía lo que le había pedido. Pegó su pecho a mi espalda y su mano envolvió mi cintura después de cubrirnos con una sábana.

—Todo va a salir bien, Sam. —Sus labios me rozaron el lóbulo de la oreja y se desplazaron hasta mi nuca, donde depositaron un suave beso.

Suspiré y cerré los ojos, dispuesta a rendirme al sueño. Puede que dentro de unas semanas tuviera que volver a casa, pero hasta entonces, allí era donde debía estar. Justo entre sus brazos.

Nuestros fines de semana eran cada vez mejores. Blake era decidido, intrépido y encontré en él a un compañero perfecto de aventuras para recorrer aquella ciudad vibrante y enérgica. Visitamos el paseo de la fama, una larga acera situada en la avenida Hollywood Boulevard donde había más de dos mil estrellas con nombres de distintas celebridades, como actores, directores y cantantes. Pese a la afluencia de personas, nos hicimos una foto junto a las que más nos gustaban y mi móvil se fue llenando de bellos recuerdos.

Estuvimos en el Observatorio Griffith, desde donde pudimos admirar Los Ángeles, el océano Pacífico y hasta el cartel de Hollywood. Las vistas eran espectaculares y observamos salir las estrellas desde un telescopio, además de disfrutar del planetario y distintas exposiciones. Por si todo eso fuera poco, nos informaron de que allí se habían rodado un montón de películas, como *La La Land* o

Transformers . Fue uno de los atardeceres más mágicos y especiales de mi vida.

También deambulamos por el paseo marítimo de Venice Beach. Una playa ecléctica y llena de vida en la que podías encontrar palmeras tan altas que parecían tocar el cielo, tablas de surf de todos los colores y gaviotas que sobrevolaban nuestras cabezas. La gente era de lo más variopinta y los artistas callejeros se entremezclaban con jóvenes en monopatín y turistas que no se desprendían en ningún momento de su cámara de fotos.

Disfrutamos del sol y del buen tiempo. De hecho, en Los Ángeles se mantenía durante casi todo el año un clima templado y agradable en el que las lluvias no eran muy habituales. Todo el mundo creía que éramos un matrimonio de verdad. Incluso a mí se me olvidaba a veces que no lo éramos.

Contestábamos a las preguntas que Harold nos hacía sin dudar ni un solo segundo y, si indagaba demasiado en nuestro pasado o nos preguntaba sobre algo de lo que no hubiésemos hablado, nos lo inventábamos sobre la marcha con una soltura pasmosa. Nos complementábamos bien hasta para mentir.

Cada vez me sentía más cómoda en su mansión y estar con él ya formaba parte de mi día a día. Se volvió tan esencial para mí como escribir o respirar. A veces tenía la sensación de que antes de ir allí todo había sido un sueño, hasta que hablaba con Emily y Arizona por teléfono y me arrastraban de nuevo a la realidad. Me recordaban que mi vida anterior a Blake era la verdadera y no aquella.

Era viernes por la tarde y estábamos recogiendo la cocina tras haber disfrutado de una suculenta cena. Pensé en lo mucho que eso horrorizaría a Diane. Después de cómo se comportó conmigo en la fiesta de jubilación de Bruce, procuraba hablar con ella lo menos posible. Sin embargo, mi racha de buena suerte estaba a punto de terminar, ya que ese fin de semana tendríamos que asistir a la fiesta de cumpleaños de mi suegra. Por lo visto el demonio nunca dejaba de envejecer. Menos mal que ya lo teníamos todo preparado.

Mi cuñada me había ayudado a elegir otro vestido y Blake se había encargado de comprar el regalo. Ojalá fuera un poco de arsénico. Tan solo tenía que asistir a la fiesta, forzar una sonrisa, felicitarla lo

más lejos posible y disfrutar del resto de la velada en compañía de mi marido, Rebecca y Finn.

Cerré el lavavajillas mientras Blake guardaba las sobras de la cena en el frigorífico. Que los viernes por la tarde prescindiéramos del personal para estar a solas, no significaba que tuviéramos que nadar en nuestra propia inmundicia. Además, me encantaba compartir esas pequeñas rutinas con él. Estaba pasando un trapo por la encimera cuando llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté.

—Quizá sea Finn. Esta tarde iba a pasarse por aquí para traerme unos papeles del trabajo. ¿Puedes abrirle? Ya termino yo con todo esto. —Me dio un cachete en el culo y me quitó el trapo de las manos.

—A sus órdenes. —Le hice el saludo militar—. ¡ Ya voy— ! grité cuando volvieron a llamar al timbre. Con los pies descalzos, me dirigí a la entrada—. ¿Soy yo o tu amigo se está volviendo cada vez más impaciente?

Cuando abrí la puerta, necesité dos segundos —tal vez tres— para procesar lo que estaba viendo: los rizos salvajes de Arizona, el brillo en los ojos azules de Emily y esas dos sonrisas enormes y familiares. El corazón me dio un vuelco.

—¡Sorpresa! —gritaron al mismo tiempo.

En cuanto fui capaz de reaccionar, me abalancé sobre ellas y nos fundimos en un abrazo que tuvo el mismo efecto que tomar un chocolate caliente en invierno. Me calentó por dentro en cuestión de segundos.

—Estoy muy contenta de veros, pero ¿qué estáis haciendo aquí? —Me aparté para observarlas mejor y me percaté de sus maletas—. ¿ Cómo es que habéis traído equipaje?

—Tu marido quería darte una sorpresa y nos ha invitado a pasar el fin de semana en vuestra mansión —me explicó Emily.

—Y no solo eso —prosiguió Arizona—. Ha insistido en pagarnos los billetes de avión y, ¡hemos viajado en primera clase! Además, vuestro chófer nos ha traído desde el aeropuerto en un coche más grande, limpio y caro que mi apartamento. Llevo todo el día sintiéndome como una princesa. Lo que me recuerda... —Se giró

sobre sí misma y colocó las manos alrededor de la boca en forma de altavoz—. ¡Eh, Fernando, gracias por el viaje! ¡Ya nos veremos por aquí!

—¡Sí, gracias, Fernando! —Emily agitó la mano en alto.

Estuve a punto de echarme a reír cuando vi al pobre chófer ruborizarse. Seguro que nunca había llevado a nadie tan agradecido. Se despidió de nosotras tocándose la gorra del uniforme, subió al coche y se marchó para aparcarlo lejos de la entrada.

—Bien, si habéis terminado de despediros, ya podéis entrar en casa —dije.

Cogieron sus respectivas maletas y las dejaron junto a la entrada. Habían insistido en que no era necesario que Fernando se hiciera cargo de ellas. Cerré la puerta mientras Blake hacía su aparición estelar y las saludaba con un breve abrazo.

—¿Eres consciente de que este fin de semana es el cumpleaños de Diane? —le pregunté.

—Lo sé y asistirán como mis invitadas. Mi madre ya está al tanto de todo.

—¿Y no ha puesto ninguna pega?

—Por supuesto que la ha puesto, pero no le ha quedado más remedio que claudicar. Le he dicho que si ellas no iban, yo tampoco, y no puede permitirse que no asista a su fiesta. La mitad de los invitados irán de mi parte. Créeme, habrá tarta de sobra para todos. Además, he pensado que esa noche necesitarías más que nunca refuerzos para soportar a tu suegra.

El corazón me creció varios centímetros dentro del pecho. Había hecho todo eso por mí. Las había invitado porque sabía lo mucho que las echaba de menos y para que no me pusiera nerviosa por la fiesta de Diane. Era un hombre maravilloso.

—Gracias. —Coloqué mis manos sobre su pecho y le di un rápido beso en los labios.

Cuando fui consciente de lo que había hecho ya era tarde. Todo el mundo se quedó quieto, como si acabáramos de convertirnos en cuatro estatuas de mármol. El silencio que siguió a ese leve roce de labios fue ensordecedor. Emily y Arizona estaban al tanto de nuestro

acuerdo, así que no había necesidad de fingir delante de ellas y, por tanto, no tenía por qué besarlo.

Había sido un pequeño gesto de agradecimiento sin importancia. Esperaba que no me lo tuvieran en cuenta. Nosotros teníamos muy claro que nuestra relación era puramente física, pero no quería que ellas se hicieran ideas equivocadas.

—Bueno... Como veis estoy tan eufórica por volver a veros que ya no sé ni lo que hago —comenté para quitarle hierro al asunto—. Venid, os enseñaré vuestras habitaciones. Esta casa tiene tantos dormitorios que podéis elegir el que más os guste. Dejad ahí las maletas, ya las subiremos más tarde.

Por suerte, me siguieron hasta la escalera sin rechistar. Dejé que me adelantaran y me giré hacia Blake. Movió la cabeza para animarme a que las siguiera. Le sonreí y en ese momento me di cuenta de dos cosas. La primera de ellas era que acabaría hablando con mis invitadas hasta bien entrada la noche, por lo que hoy no dormiría con él. Y la segunda y la más peligrosa: que iba a echarlo de menos.

Capítulo 27



En cuanto nos bajamos de la limusina en la que habíamos venido, apareció ante nosotros la esplendorosa mansión en la que vivía Diane. Había decidido celebrar su cumpleaños en la casa Maddox, donde tenía sitio de sobra. Desde que Richard falleció y Blake se independizó, las únicas que vivían allí eran Diane, Rebecca y el resto del personal. Mi marido me explicó que las habitaciones principales estaban en la planta de arriba y los invitados se repartirían entre el salón y el jardín.

Entré cogida del brazo de Blake, con Emily y Arizona justo detrás de mí. Todos vestíamos de etiqueta. Él llevaba un traje de chaqueta impecable y yo un vestido de satén negro con una abertura lateral que dejaba ver mi pierna al caminar. Tenía un aire elegante, pero con un toque moderno y peligroso, justo como a mí me gustaba.

Emily había optado por un vestido lavanda. Llevaba el cabello semirrecogido con suaves ondas que le enmarcaban el rostro y un maquillaje natural que realzaba el leve rubor de sus mejillas. Arizona, en cambio, había escogido un vestido verde de corte sirena, enormes pendientes en forma de aro y un maquillaje en tonos dorado y bronce que hacían brillar su piel. No era por fardar, pero estábamos despampanantes.

Habían decorado el salón con globos blancos y una tarta imponente de varios pisos presidía el centro de la estancia. Lo observé todo fascinada. Las lámparas de araña que iluminaban la sala, la distinción con la que vestían el resto de los invitados, la

música de violines que se colaba por los enormes ventanales desde el jardín trasero. Nadie había querido perderse la fiesta de Diane.

Distinguí a varias de sus amigas del club de golf y del hipódromo, a algunos miembros de la familia Maddox y a varios empresarios que estaban allí más por Richard y Blake que por la cumpleañera. Tampoco faltó Harold. Como siguiéramos así el abogado iba a aparecer hasta en mis sueños. Ya lo hacía en mis pesadillas.

Nos detuvimos en mitad de la estancia y me percaté de que éramos el centro de atención, cada una por sus propios motivos. La belleza exótica de mi amiga, la dulzura cautivadora de mi hermana, mi pelo azul y mis *piercings* .

Divisamos a Diane al fondo del salón y nos acercamos para saludar a la anfitriona. La tensión era palpable cuando la felicité por su cumpleaños y aumentó aún más cuando le presenté a Emily y Arizona.

Para terminar de acrecentar la tirantez del ambiente, mis ojos se toparon con la última persona que esperaba encontrarme allí. Daisy. La interesada y ambiciosa ex de Blake. Mi marido siguió la dirección de mi mirada y, cuando se percató de lo que ocurría, apretó la mandíbula y se inclinó sobre su madre.

—¿La has invitado a tu fiesta de cumpleaños? ¿Después de todo lo que pasó la última vez que la vimos?

—Puedo hacer lo que quiera —le espetó Diane—. Es una vieja amiga de la familia y estuvo a punto de casarse contigo. No necesito más motivos para invitarla.

—No estuve a punto de casarme con ella y no lo estaré nunca —murmuró Blake, aunque pude oírlo desde mi sitio—. Será mejor que dejes a un lado tus manipulaciones. Sobre todo, si es para dañar a mi mujer o para obligarme a hacer algo que no quiero. Si alguno de los dos se siente incómodo durante tu fiesta, te aseguro que no dudaré ni un solo segundo en largarme.

—Gracias por tus felicitaciones, hijo. Siempre es un placer verte —dijo en voz alta Diane para que los invitados más cercanos pudieran oírla. De ese modo parecería una simple charla entre madre e hijo en vez de lo que era: una discusión en toda regla.

—Déjalo, Blake, no tiene importancia. —Le cogí el brazo para apartarlo de su madre antes de que la disputa fuera a más—. Disfrutemos de la velada.

Que mi suegra hubiera invitado a Daisy después de todo lo que sucedió en la fiesta de Bruce era una provocación en toda regla, no obstante, no pensaba caer en su juego. Sabía que mi indiferencia ante sus desplantes era lo que más le irritaba, así que me limitaría a ignorar la presencia de su ex.

Sin embargo, no pude evitar que algo se removiera en mi interior. Blake me había asegurado que no saldría con Daisy, pero estaba claro que después de nuestro divorcio saldría con alguien, algún día. Pensar en ello me quemaba por dentro y me enfriaba por fuera. Me reprendí a mí misma por sentirme así.

No quería ponerle nombre a lo que sentía por él y tampoco tenía importancia. Prefería dejar las cosas como estaban y aprender a vivir sin mi marido antes de que la maldición de los Larsen me golpeara con fuerza y tuviera que enfrentarme una vez más a sus catastróficas consecuencias.

Nos reunimos con Emily y Arizona quienes, a unos metros, habían secuestrado a uno de los camareros que transportaba una bandeja plateada repleta de bebidas. Un rato después Rebecca se unió a nosotros. Estaba radiante con un vestido de cóctel rojo, e hice las oportunas presentaciones.

—Sam me ha hablado tanto de vosotras que siento que os conozco de toda la vida. —Mi cuñada dejó su copa vacía sobre la bandeja del camarero. A este paso íbamos a tener que secuestrar a otro en cuestión de minutos.

Las bromas y las anécdotas fluyeron con naturalidad entre nosotros y poco después Finn hizo acto de presencia. Su pelo castaño conjuntaba a la perfección con sus ojos color miel y el marrón de su corbata. Lo saludamos con sonrisas, apretones de manos y breves abrazos. Cuando llegó el turno de Arizona, se limitaron a mirarse con los ojos entrecerrados y las ganas que se tenían mal disimuladas.

—Ya decía yo que olía mal por aquí —soltó mi amiga antes de darle un sorbo a su bebida.

—Siempre es un placer volver a verte, Arizona. Oírte en cambio ya es otra historia. —Finn se miró las uñas con indiferencia. No obstante, algo me decía que debajo de toda esa fachada hostil se divertían retándose y provocándose el uno al otro.

Todo iba tan bien que aproveché para ir un momento al baño. Mala idea. Cuando regresé, apenas diez minutos después, me encontré a mi amiga discutiendo con Diane en un tono de voz mucho más alto del necesario.

—Ni siquiera sé cómo tienes el descaro de dirigirte a mí. No eres nadie en esta fiesta. De hecho, no eres nadie en ningún otro lugar —le espetó mi suegra de muy malos modos—. ¿ Acaso quieres que llame a los de seguridad para que te echen?

Los invitados más cercanos notaron que estaban discutiendo y pusieron toda su atención en ellas, así que no me quedó más remedio que intervenir.

—No es necesario que llames a nadie, Diane. Ya me encargo yo de mi amiga. —Cogí del brazo a Arizona y la arrastré lejos de allí, a un rincón donde pudiésemos hablar sin tener un millón de ojos sobre nosotras—. ¿ Se puede saber que ha pasado? Me he ausentado tan solo diez minutos para ir al baño, y cuando regreso estas peleándote con mi suegra y a punto de montar un espectáculo.

—Falsa suegra —puntualizó—. Y que conste que ha empezado ella. Estaba diciendo cosas horribles de ti y no podía permitir que hablara de mi amiga con ese desprecio. Lo siento, no está en mi genética mantenerme callada cuando alguien despotrica de esa manera sobre mi familia.

—Sé que solo intentas protegerme. —Sonreí—. Pero estas no son formas ni es la mejor manera de enfrentarse a ella. No debemos rebajarnos a su altura.

—Bien, a partir de ahora me comportaré —me prometió a regañadientes—. Pero que conste que solo lo hago por ti.

Mi sonrisa se amplió. Durante nuestras numerosas llamadas telefónicas les había contado lo dañina y ruin que era Diane. Que tratara de contenerse, con lo mucho que odiaba las injusticias, me demostraba una vez más cuánto le importaba.

—Te lo agradezco. Siempre das la cara por nosotras y no puedo enfadarme cuando yo habría hecho lo mismo por ti. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Nos abrazamos la una a la otra. Emily se unió a nosotras y permanecimos así unos segundos.

Tras disfrutar de aquel gesto cariñoso que tanta falta nos había hecho durante las semanas que habíamos estado separadas, nos soltamos y volvimos a la fiesta con las fuerzas renovadas.

Acabábamos de superar el primer ataque que nos había lanzado Diane y me sentía invencible. Claro que, en ese momento desconocía que habíamos ganado una batalla, pero aún nos quedaba la guerra.

Capítulo 28



Una hora. Ese fue el tiempo que aguantamos en la fiesta sin que la tensión que crepitaba entre Diane y nosotras explotara por los aires y nos arrastrara a todos con ella. Ocurrió de la forma más absurda y torpe posible. Mientras charlábamos, a Rebecca se le resbaló la copa de la mano. Los reflejos de Arizona entraron en acción y se lanzó a por ella para que no se hiciera añicos en el suelo, con tan mala suerte, que su brazo acabó llevándose por delante buena parte de la tarta de cumpleaños.

El pastel en cuestión era inmenso, formado por varios pisos de bizcocho, merengue y glaseado rosa. Con esa envergadura, lo raro hubiera sido que nadie hubiera tropezado antes con él. Diane no lo vio de esa forma.

—¿ Has venido esta noche con intención de aguarme la fiesta? ¿Te ha pedido Sam que lo hicieras? —le espetó mi suegra.

—No era mi intención. —Mi amiga dejó la copa que había rescatado sobre la mesa y se limpió la tarta del brazo con una servilleta—. Lo siento, ha sido un accidente. Puedo pagártela.

—No, no puedes. —Diane había llegado al límite de su paciencia—. Conozco al milímetro a todos mis invitados y he descubierto algunas cosas de ti. No solos eres la mejor amiga de Samantha, sino que además tienes varios empleos para pagar el alquiler de tu ridículo y minúsculo piso. Sé a lo que te dedicas y que jamás podrás aspirar a nada más. Seguro que hasta tu propia madre se avergüenza de ti.

Las mejillas de Arizona ardieron de furia e indignación. Ver cómo sus ojos se llenaban de lágrimas me rompió el corazón. Cuando mi suegra abrió la boca para volver a la carga, me interpuse entre ellas sin dudarlo ni un solo segundo. Una cosa era meterse conmigo y otra hacerlo con mis seres queridos.

Se acabó callar ante sus desprecios. Quería que mis últimas semanas con Blake fueran tranquilas y que, cuando dejara Los Ángeles, nadie me guardara rencor. No obstante, Diane había llegado demasiado lejos y no iba a permitirlo. Mi marido y Finn habían salido al jardín a charlar con otros hombres de negocios, así que tendría que ser yo quien le parara los pies.

—¡Basta! —grité. Se hizo el silencio a nuestro alrededor—. Arizona se ha disculpado y te estás aprovechando de que eres la anfitriona para hacer y decir lo que se te antoje. Sin embargo, no será a costa de humillar a la gente a la que quiero. Deberías respetar a todo el mundo por igual, sin importar donde trabaje o si sus modales son más o menos refinados que los tuyos. La valía de cada uno no está en la cantidad de dinero que tenga, sino es sus acciones. Y las tuyas han dejado mucho que desear esta noche. Además, estoy segura de que la fiesta puede continuar con tarta o sin ella.

Me miró confusa y aturdida, incapaz de reaccionar. La sorpresa ante mi inesperado discurso le había cerrado la garganta y ni siquiera podía responderme. Acababa de dejar sin palabras a la gran Diane Maddox. Era un día memorable, sin duda.

—Eso, ¡qué siga la fiesta! —intervino Rebecca.

El sonido de los violines volvió a llenar la estancia y los invitados retomaron sus conversaciones. Cogí a Arizona de la mano y la aparté del bullicio. Emily nos siguió y nos acomodamos en un discreto rincón del salón.

—¿Se puede saber qué le pasa a esa señora conmigo? ¿Es porque soy negra? —me preguntó mi amiga.

—No es por eso —contestó Rebecca, uniéndose al pequeño círculo que habíamos formado—. Si te ha tratado con tanta dureza es porque su marido tenía múltiples amantes. Una de ellas, mi madre, era camarera. Desde entonces les tiene verdadera inquina y, según me has contado, trabajas en un bar por la noche.

—Eso no es excusa —contestó Arizona.

—Lo sé, pero así es Diane. —Mi cuñada se encogió de hombros. Si alguien sufría la ira de mi suegra por las acciones de Richard, esa era ella.

—¿Estás bien? —Finn llegó unos segundos después. Colocó su mano sobre el brazo de Arizona, pero esta se apartó. Estaba demasiado dolida por las palabras de Diane y en ese momento tenía todas sus púas fuera, igual que un erizo.

—No tengo ánimo para tus juegos.

—No estoy jugando. —Él la miró con seriedad—. Estaba en el jardín, con Blake y los demás, cuando nos han informado de que tú y Diane estabais discutiendo delante de todos. Sé lo dañina que puede ser y no sabes cómo lamento no haber estado aquí para haberle parado los pies. No está acostumbrada a que gente como vosotras acuda a una de sus fiestas.

—¿Te refieres a gente que no es rica? —le preguntó Arizona.

—Me refiero a gente que le planta cara. —Finn le cogió el rostro con delicadeza—. Nos han contado todo lo que te ha dicho. Espero que sepas que ni Blake ni yo pensamos eso de ti. Creo que hay que estar hecho de otra pasta para plantar cara a las dificultades como tú lo haces.

—Gracias —musitó mi amiga.

—Anda, ven aquí. —Finn la estrechó entre sus brazos—. ¿ Mejor?

—Un poco —refunfuñó ella, aunque lo abrazó con más fuerza.

—Me alegro —susurró él con una sonrisa de oreja a oreja.

Disfruté de aquella escena tan enternecedora hasta que vi a Blake hablar con Diane en la otra punta de la sala. No parecía contento. Despachó a su madre con un ademán de la mano y recorrió todo el salón con la mirada. En cuanto me vio, sus ojos grises refulgieron como la plata. Caminó en mi dirección con ímpetu y tragué saliva con fuerza. Acababa de gritarle a su madre delante de todas estas personas y, aunque se lo había merecido, no sabía qué estaría pensando él sobre mi comportamiento.

—Finn me ha dicho que seguíais en el jardín cuando Arizona y yo hemos discutido con tu madre —señalé cuando le faltaban apenas

unos pasos para alcanzarme—. Imagino que a ti también te habrán contado todo lo que le he dicho, pero, Blake, yo solo...

Me silenció con un beso largo y contundente. No me esperaba ese arrebato de pasión y me tambaleé por la impresión. Me agarró de la cintura con fuerza y me aferré a las solapas de su chaqueta como si me fuera la vida en ello. El beso hizo que me diera vueltas la cabeza y me ardiera el corazón.

Cuando se apartó miré a mi alrededor y me di cuenta de que varios invitados no nos quitaban la vista de encima. En ese momento, él era más consciente que yo del papel que debíamos interpretar ante los demás. Aún seguía algo alterada tras el enfrentamiento con Diane, así que no me importó que tomara el control de la situación durante unos minutos.

—¿No estás enfadado conmigo? —le pregunté—. Acabo de gritarle a tu madre en su propia fiesta de cumpleaños, delante de un montón de gente.

—Sé por qué lo has hecho y lo único que lamento es no haber estado aquí para verlo. Ya era hora de que la pusieran en su sitio. Estoy orgulloso de ti.

Alguien carraspeó a nuestro lado y nos giramos. Finn, Arizona, Emily y Rebecca nos observaban divertidos a tan solo unos pasos de distancia.

— ¿ Sabéis qué ¿ ? Por qué no nos largamos de aquí — ? les pregunté.

—Ya era hora de que alguien lo dijera. ¡Andando! —Arizona cogió la mano de Finn y echó a correr hacia la salida.

Emily y Rebecca fueron las siguientes en salir de allí entre risas. Blake hizo el amago de ir tras ellas, pero lo detuve en el último momento.

—Espera, ¿vas a irte de la fiesta de cumpleaños de tu madre?

—No creo que me eche en falta. —Miró a Diane. Estaba hablando con sus amigas. Lo más probable era que estuviera criticándome y maquinando planes malvados para conquistar el mundo—. Además, le advertí que si hacía algo que te incomodara me iría. Ella misma se lo ha buscado.

—En ese caso... —Le cogí la mano y corrimos detrás de nuestros amigos—. Eh, Harold, ¡espero que hayas tomado nota de todo! —le grité al abogado cuando pasamos junto a él.

Lo dejamos todo atrás: cuchicheos, miradas indiscretas, una suegra impertinente, un abogado al que debíamos convencer y un trato del que cada día me acordaba menos. Y lo mejor era que la noche aún tenía mucho que ofrecernos.

La limusina de Blake nos llevó a una de las discotecas más grandes y espectaculares que había en Los Ángeles. Apellidarte Maddox tenía sus ventajas y el portero ni siquiera comprobó si estábamos en la lista de invitados. Bastó con que mi marido asintiera con la cabeza en su dirección para que, unos minutos después, nos encontráramos en mitad de la pista de baile saltando al mismo compás que la música.

Un DJ pinchaba canciones modernas y atrevidas. Dos cañones de humo salían junto a él y las luces se movían por toda la sala. La música retumbaba en mis oídos y la gente bailaba a nuestro alrededor.

—¿Estás bien? —le pregunté a Rebecca cuando volvimos a reunirnos con el resto del grupo después de haber ido al baño.

—¡Y tanto que sí! Estaba harta de escuchar violines y beber champán. ¡Esto es mil veces mejor! —Me dio un abrazo y se lo devolví.

Mis ojos se toparon con los de Blake, quien nos miraba con un cariño infinito. Era evidente lo mucho que le alegraba que me llevara tan bien con su hermana. Sonreímos y, cuando Rebecca me soltó para ir a bailar con los demás, vino en mi busca.

Ninguno apartó los ojos del otro mientras sus manos reclamaban mi cintura y las mías buscaban sus hombros. Tampoco lo hicimos cuando un millón de confetis cayó sobre nosotros y la gente se volvió loca a nuestro alrededor.

Se inclinó para besarme. Supuse que quería dejar constancia de nuestro afecto por si alguien nos echaba una foto con el móvil. Nuestros labios se encontraron en mitad de la música y un estallido de luces y colores. Y entonces lo supe: no podía seguir

engañándome a mí misma ni seguir disfrazando de cariño lo que sentía. Me había enamorado de él.

Lo vi escrito en cada confeti que caía sobre nuestras cabezas y lo disfruté con cada roce de sus labios. Mi corazón latía y ardía por él. Sabía que era un error, sin embargo, era demasiado tarde para dar marcha atrás. Me gustara o no, Blake se había colado hasta lo más hondo de mi alma, allí donde ni siquiera llegaba la luz.

Si no podía evitar que mi corazón se rompiera en mil pedazos cuando me fuera, ¿qué importaba seguir besándolo, tocándolo y enamorándome un poco más de él? El daño ya estaba hecho y no sabía hacer nada a medias. Ni siquiera romperme. Si eso era lo que el destino había reservado para mí, estaba dispuesta a destrozarme, siempre y cuando fuera contra sus labios.

Mi hermana y mi mejor amiga estaban poniéndome de los nervios. Íbamos en el coche con Fernando al volante, camino del aeropuerto. El fin de semana se había pasado en un abrir y cerrar de ojos y el domingo por la tarde tocaba volver a la realidad. Blake les había comprado un billete en primera clase a ambas para que regresaran a casa.

Había insistido en acompañarlas para despedirme de ellas. Quería pasar cada segundo que pudiera a su lado. Pero si hubiera sabido que se iban a tirar todo el trayecto mirándome sin ni siquiera pestañear, me lo habría pensado dos veces. No podía soportarlo más tiempo.

—¿Queréis soltarlo de una vez? —exploté.

—Deberías luchar por él —contestó Arizona.

—Te conocemos, Sam —continuó Emily—, es evidente que te has enamorado de tu marido. Y es aún más evidente que él se ha enamorado de ti. —Una sonrisa dulce apareció en su rostro ante mi desconcierto—. ¿Cuánto tiempo queda para que se cumplan los tres meses de vuestro acuerdo?

Me miré las manos y me pellizqué los nudillos con fuerza. Estaba nerviosa. No me esperaba que fueran a sacar ese tema. Anoche volvimos de la discoteca cuando salía el sol, así que habíamos

pasado la mayor parte de la mañana durmiendo en nuestras respectivas habitaciones.

Apenas habíamos tenido tiempo para comer algo y que preparasen el equipaje antes de que Fernando nos recogiera. Blake había comido con nosotras y supuse que no les había quedado más remedio que hablar de ello en el coche.

—¿Sam? —Arizona me sacó de mis cavilaciones y me trajo de vuelta al mundo real—. ¿Cuánto tiempo os queda?

—Solo dos semanas. —Me sentía como si llevara una cuenta atrás pendiendo sobre mi cabeza. Era una sensación muy desagradable—. Aunque no vamos a romper un día después de cumplir tres meses de casados. Es el plazo exacto para que Blake pueda acceder a su herencia y hemos pensado que sería demasiado sospechoso. Pero ya no tendría que vivir con él. El plan es que regrese a casa por temas de trabajo. De esa forma, iremos enfriando poco a poco la relación hasta que Blake informe a su familia de que lo hemos dejado y firmemos los papeles del divorcio. Mientras tanto podré hacer vida normal y estar con vosotras.

—Sigo pensando que deberías luchar por él —insistió Arizona.

—Blake tan solo disfruta de mi compañía. —Me encogí de hombros —. Si no fuera así, ya me habría dicho lo que siente por mí.

—Ya... ¿Como has hecho tú? —preguntó mi amiga con ironía.

—Bueno, no quería verlo hasta ahora. Prácticamente me di cuenta de lo que sentía por él anoche en la discoteca. Quizá para todos los demás era muy evidente, pero para mí ha sido una especie de revelación.

—Puede que a él le haya pasado lo mismo —sugirió Emily—. O quizá ni siquiera lo sepa aún.

—Y aunque lo supiera —intervino Arizona—, seguro que no has dejado de repetirle que no quieres una relación seria después de lo de Joseph y le has hablado de la maldición de los Larsen. No me extraña que no haya dado aún el paso. Podrías darlo tú.

—No sé si podré hacerlo. Estoy asustada —admití—. Si tenemos en cuenta nuestro nefasto historial amoroso, la estadística no está de mi parte. Hay muchas más probabilidades de que lo nuestro no tenga un final feliz.

—Aun así, ¿ no crees que vale la pena arriesgarse? —me preguntó Emily—. Que Christopher fuera un idiota sin corazón no significa que Blake lo sea. Tal vez tú tengas más suerte.

Lo medité durante unos segundos antes de darle una respuesta.

—Os prometo que me lo pensaré.

Capítulo 29



Aquel sábado Blake y yo asistimos a una fiesta. Esta vez ni siquiera conocía el motivo, solo que había muchos hombres de negocios y mujeres vestidas de gala a mi alrededor. La verdad, tampoco me importaba demasiado. Estaba deseando salir de allí para tenerlo para mí sola y aprovechar cada minuto que aún nos quedaba juntos.

Faltaba una semana para cumplir tres meses de matrimonio, lo que significaba que él podría acceder a su herencia y que yo recibiría la otra mitad que me correspondía del millón de dólares. Sin embargo, no podía dejar de pensar en nuestro inminente divorcio.

Blake estaba hablando con un par de hombres al fondo de la sala cuando su mirada se topó con la mía y compartimos una de esas sonrisas que solo entendíamos nosotros. Uno de los hombres volvió a reclamar su atención y clavé mi vista en mi copa de champán. Cada una de las burbujas que chisporroteaba en el líquido dorado me gritaba que le contase de una vez por todas que me había enamorado de él. Al fin y al cabo, ¿qué podía perder? Total, ya íbamos a divorciarnos y puede que él me correspondiera.

Quizá Emily y Arizona tenían razón y, si no se había lanzado hasta ahora, era porque no le había dejado hacerlo, o porque aún no se había dado cuenta de lo que sentía por mí. Puede que lo descubriera cuando le abriese mi corazón. Entonces me pediría que me quedara con él en Los Ángeles y nos olvidaríamos del divorcio para darnos una oportunidad, como en los libros románticos que solía escribir antes.

Nunca había sido una cobarde y no iba a empezar a serlo ahora. Decidido. Se lo diría en cuanto saliéramos de la fiesta y llegásemos a casa. Puede que incluso me declarara en la limusina. Bebí lo que me quedaba en la copa de un solo trago y la dejé sobre la mesa. Estaba dispuesta a hacerlo.

» Y que sea lo que Dios quiera« .

Se me revolvieron las tripas por la anticipación y fui al baño para refrescarme un poco la nuca. Iba a ser la primera vez en toda mi vida que me declaraba a un hombre. No podía ser tan difícil, ¿verdad? Recorrí toda la sala para informar a Blake de que iba al servicio, pero no pude localizarlo. Estaría hablando con otro grupo de hombres sobre los mismos y aburridos temas de siempre mientras varias volutas de humo danzaban a su alrededor.

Estaba cruzando el pasillo cuando la voz de Blake me detuvo. Provenía de uno de los despachos. Estiré el cuello todo lo posible para echar un vistazo. La puerta estaba entornada y atisbé a un hombre trajeado charlando con mi marido. Si la memoria no me fallaba se trataba de uno de sus primos lejanos.

Habría retomado la búsqueda del baño de señoras si no fuera porque me percaté de que estaban hablando de mí y tuve un mal presentimiento. Apoyé la espalda en la pared, junto a la puerta, y me dispuse a escuchar un poco más.

—Por lo que veo, la búsqueda de una esposa no ha ido nada mal —comentó su primo Tom. Me asomé por el hueco de la puerta y vi cómo se recostaba en el sillón que había tras el escritorio y apoyaba las piernas sobre la mesa, con un talón encima del otro.

Blake gruñó algo ininteligible antes de darle un trago a su *whisky* . Estaba sentado en una silla, frente al escritorio en el que estaba su primo. Parecía incómodo, como si quisiera estar en cualquier otro sitio antes que allí.

—Y eso que pensé que era una locura —prosiguió Tom, ajeno a la inquietud de mi marido. No parecía un tipo muy avispado—. En fin, cuando os escuché a Finn y a ti hablar sobre ir a Las Vegas para convencer a alguna pobre incauta para que se casara contigo lo antes posible, jamás creí que lo conseguirías. Dime, primo, ¿cómo lo hiciste?

—Supongo que el alcohol ayudó. —Blake se encogió de hombros y movió el vaso de forma distraída. Los hielos de su copa tintinearon.

—Ya decía yo. Samantha debía estar bastante borracha como para pensar que aquello era una buena idea. No parece una mujer hecha para el matrimonio.

—¿Qué sabrás tú de mi mujer? —A Blake le tembló un músculo de la mejilla.

—Solo hay que mirarla. No tiene ninguna clase ni educación. ¿Y qué me dices del pelo azul y todos esos *piercings* ? Por Dios, si da vergüenza ajena. Debes de tenerlos bien puestos. Yo no podría pasearme con una mujer como ella cogido del brazo delante de todos nuestros conocidos.

—Bueno, supongo que no es la más refinada y distinguida del lugar. Admito que lo de vestir de etiqueta o saber qué cubierto se usa en cada ocasión no es lo suyo. Cuando la conocí me pareció... ordinaria, ya sabes. No es de buena cuna, ni se mueve en nuestros círculos sociales. Por eso no fue mi primera opción para casarme. Antes estuvo Chloe —reconoció tras una breve pausa—. También la conocí en Las Vegas. Es hija única de un magnate e *influencer* de moda. Pero rechazó mi propuesta. A ella no le hacía falta el dinero.

—Así que empezaste a buscar a alguien que sí lo necesitaba.

—Algo así.

Sentí una puñalada en el estómago. ¿De verdad Blake había pensado eso de mí durante todo este tiempo? ¿Que era vulgar, inculta y que me vendía a cambio de dinero? Me llevé una mano a la garganta. Se me había cerrado por completo y apenas podía respirar mientras mi cabeza intenta unir todas las piezas.

Cuando me decía que le encantaba que fuera tan apasionada, que no me dejara pisotear por su familia, que no permitiera que nadie me hiciera dudar de mi talento... No eran más que palabras vacías, un ardid para que no me replanteara nuestro acuerdo mientras soportaba las humillaciones de su madre y su entorno. En realidad, nunca me consideró digna de él.

Creí que de aquella farsa había nacido algo auténtico, especial. No podía negar que había albergado la esperanza de que él también sintiera algo por mí. Pero ¿cómo iba a hacerlo, si en realidad habría

preferido casarse con otra? Solo fui su segunda opción. Las sobras del banquete con el que le hubiera gustado saciarse. Una sustituta que jamás estaría a su altura.

Sabía que lo nuestro solo eran negocios, pero escucharlo hablar de mí así fue un golpe directo a mi orgullo, mi autoestima y a mi ya de por sí frágil corazón. Nunca iba a ser la primera opción de nadie. Joseph eligió la fama antes que a mí, y Blake a una mujer con todas las cualidades que yo jamás tendría, porque no pertenecía a su mundo de lujos y esplendor. Dos grandes amores, dos grandes decepciones. Vaya racha la mía.

¿ Y qué era eso de que el alcohol ayudó a que me casara con él? No solo pensaba que era una chabacana, sino que encima tenía la desfachatez de fingir que la boda lo tomó por sorpresa, cuando en realidad fue él quien se aseguró de que yo estuviera lo bastante borracha para decir que sí. Esto ya era el colmo. Y lo peor de todo, es que con quien estaba más decepcionada era conmigo misma, por haber cometido el único error que podría destrozarme tras acabar nuestro acuerdo: enamorarme de él.

Ahora sí que estaba convencida de que la maldición de los Larsen era real. No se podía tener tan mala suerte. La única explicación posible era que yo no estaba hecha para el amor.

Abandoné mis pensamientos cuando Blake se levantó de la silla y se acercó a Tom. No obstante, ya había escuchado suficiente y tenía que salir de allí. Eché a correr, con tal mala suerte que me choqué de lleno con Rebecca en el pasillo.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —me preguntó.

—A casa —le contesté con la vista clavada en el suelo.

—¿Sin mi hermano?

—No, vuelvo a casa de verdad.

—¿Qué quieres decir? —Me cogió del brazo para que me girase hacia ella. En cuanto lo hice se percató de la humedad que cubría mis ojos y sus cejas se arrugaron por la preocupación—. Sam, ¿estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—No importa. Has sido muy buena conmigo y te lo agradezco. Nunca lo olvidaré. —Le di un abrazo y me marché de allí antes de que pudiese preguntarme nada más.

Ya casi había alcanzado la puerta cuando Harold se cruzó en mi camino. Maldita sea, ¿es qué todos se habían compinchado para que no pudiera marcharme nunca de allí?

—¿Todo bien? —me preguntó el abogado.

Estuve a punto de decirle la verdad. Me contuve en el último momento. Contarle que nuestro matrimonio no era más que una farsa para conseguir la herencia de Richard no solo le causaría problemas a Blake, también a mí. Ahora mismo no era capaz de lidiar con ninguno más.

—Sí, todo bien —murmuré entre dientes para no soltar nada de lo que pudiera arrepentirme. Después de lo que había pasado, lo último que quería era que este hombre me gritara ¡» Lo sabía!« delante de todos.

—¿Sabes? Al principio no me creía lo vuestro. —Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta—. Nadie que conociera bien a Blake, o a sus padres, se lo creería. Pero después de observaros durante estas semanas, debo decir que jamás he visto a una pareja tan compenetrada como vosotros.

—Me alegro —dije sin un ápice de fuerza en el cuerpo. Si él supiera...

—Lo que intento decir es que ningún matrimonio es fácil —prosiguió. Al ver que iba a marcharme sola y enfadada, debió pensar que me había peleado con mi marido—. Todos pasan por altibajos, pero estoy seguro de que los acabaréis solucionando tarde o temprano.

—Gracias por el apoyo. —Asentí con cabeza y, sin perder más tiempo, salí por la puerta principal.

La brisa me azotó el rostro y enfrió mis mejillas sonrojadas. Bajé las escaleras y llamé al chófer mientras meditaba sobre las palabras de Harold. En realidad, ¿qué sabía él sobre el amor, el matrimonio y lo mucho que dolía que las personas a las que había amado nunca me eligieran? De repente me di cuenta de algo y una risa histérica brotó de mi garganta. Qué irónico que al final hubiésemos convencido al abogado de nuestro amor. Y a todos los demás.

Menos a mí.

Capítulo 30



Blake

—¿Hemos terminado ya de hablar de mi mujer? —Dejé la copa vacía sobre el escritorio, junto a los pies de Tom. Mi *querido* primo siempre había tenido la lengua muy suelta cuando bebía.

—Creo que sí. —Sonrío y deseé romperle las piernas por sexta vez desde que habíamos entrado en el despacho para tener algo de privacidad. » Entonces ya no te reirías tanto, ¿eh, Tom?« .

—Bien. —Me crují los nudillos uno a uno.

Había preferido que soltara todo lo que tenía que decir porque, cuando me tocara hablar a mí, quería que me escuchara con suma atención y no me interrumpiera. En el fondo no era un mal tipo, solo un bocazas con ínfulas de grandeza que se creía intocable porque su padre era un reputado hombre de negocios. Bien, pues estaba a punto de descubrir que no era tan intocable como pensaba, en especial después de haber hablado de Sam en esos términos.

Ni Finn ni yo queríamos que nuestro viaje a Las Vegas para buscarme esposa fuera de domino público. Sin embargo, el entrometido de Tom estaba en el mismo bar que nosotros cuando hablamos del tema y escuchó parte de nuestro plan. No había tenido más remedio que pedirle que guardara silencio por el bien de todos. Su padre era uno de los accionistas de la empresa Maddox y le convenía más que a nadie que el nuevo presidente fuera yo.

Mi primo era el único que sabía todo lo del *falso matrimonio* aparte de Finn, aunque al parecer no le había quedado claro que tenía que mantener el pico cerrado. Iba a ser un placer recordárselo. Me

levanté tan rápido que ni siquiera me vio venir. Me acerqué hasta él, lo cogí de la pechera de su camisa y lo levanté a pulso del sillón en el que estaba sentado.

—Hace un momento me has confirmado que ya no tienes ninguna gilipollez más que decir, así que escúchame con atención, porque solo voy a repetirlo una vez, ¿estamos? —Lo sujeté con más fuerza.

—Sí... —titubeó de la impresión, asintiendo.

—Olvida lo que escuchaste en ese bar y todo lo que dijimos Finn y yo esa noche —le exigí—. Puede que al principio me casara con Samantha por mi propio interés, pero te aseguro que estoy muy enamorado de mi mujer.

No sabía quién de los dos estaba más sorprendido por mi confesión. Tal como había dicho, era consciente de que mi esposa no era precisamente elegante ni delicada. Negarlo habría sido una mentira, y resultaba evidente que casarme con alguien como Chloe me habría facilitado mucho las cosas. Pero, después de conocer a Samantha, daba las gracias cada día porque me hubiera rechazado.

En cuanto Finn y yo supimos las condiciones para heredar la empresa familiar, nos pusimos a buscar posibles candidatas con las que casarme. En mis planes nunca había entrado el matrimonio. Ni siquiera me había planteado hasta entonces tener una relación seria.

Estaba claro que no iba a casarme por amor, y ni loco trabajaría para otro en la empresa por la que tanto había luchado. Había que enfocarlo desde otra perspectiva y ver ese matrimonio como una especie de negocio. Una transacción en la que mi mujer y yo saldríamos ganando y, tras tres meses, nos separaríamos sin un solo reproche. Por ese motivo no podía escoger a nadie cercano a mi familia o que conociera el imperio Maddox.

Casarme con alguien como Daisy quedaba descartado. Las mujeres como ella lucharían con uñas y dientes para hacerme cambiar de idea y que nuestro matrimonio fuera permanente. De hecho, era lo que mi padre había esperado que hiciera.

Pensó que, bajo la promesa de heredar su imperio, permitiría que mi madre escogiera a alguien adecuado para mí cuanto antes y que, tras la boda, ya no habría vuelta atrás ni aunque quisiera. Sin embargo, no había caído en su trampa y lo que menos necesitaba

era complicarme aún más la vida. Tenía que buscar a una persona lejos de mi entorno, que no me conociera, ni quisiera seguir casada conmigo después del plazo acordado.

No tardamos en darnos cuenta de que el lugar perfecto para encontrar a alguien así estaba a poco más de una hora de distancia en avión. Todo el mundo sabía que en Las Vegas se hacía más vida nocturna que diurna, las mujeres bebían, jugaban, se dejaban llevar y hasta se casaban por diversión. Por algo era conocida como la Ciudad del Pecado.

Una vez allí, sopesé a varias candidatas. La más adecuada para fingir ser mi esposa era, sin duda, Chloe. Tenía todo lo que una mujer de mi posición necesitaba, aunque no despertaba en mí el más mínimo interés. Tras unos días de coqueteo, le propuse el mismo trato que más tarde haría a Sam, pero lo rechazó de inmediato. No necesitaba el dinero y, por tanto, no tenía sentido que se complicara la vida con una relación fingida que no le aportaría ningún beneficio.

Además, me contó que estaba felizmente prometida, aunque no descartaba alguna que otra aventura de una noche antes de pasar por el altar. La rechacé con todo el tacto que pude, al fin y al cabo, no estaba allí para eso y no podía perder de vista mi objetivo. Cuando volví a cruzarme con Samantha, supe que era justo lo que buscaba. No solo porque necesitaba el dinero, sino porque desde el primer momento dejó claro que no quería nada serio con nadie.

Casarse la aterraba tanto como a mí, lo que era perfecto para mis planes. No intentaría echarme el lazo ni prolongar nuestra unión más tiempo del necesario. Sin embargo, en algún momento de esos tres meses nuestro falso matrimonio se convirtió en uno de verdad. Al menos para mí.

Al principio creí que se trataba de química y atracción. No obstante, pasar tiempo con ella y conocerla más a fondo había acrecentado mis sentimientos y, con el paso de los días, el deseo se había convertido en algo mucho más profundo e intenso. Estaba loco por ella.

Era auténtica y tan transparente como el océano en el que nos habíamos bañado desnudos más de una noche. Me había recordado

que no tenía por qué seguir viviendo a través de los ojos de mis padres, ni seguir comportándome de una manera determinada por temor al qué dirán. Podía ser el líder que Maddox Enterprises necesitaba y dejar bien alto nuestro apellido sin necesidad de perderme a mí por el camino.

No había nada mejor en el mundo que la persona con la que compartías tu vida no intentara cambiarte, sino que te valorase y te respetase tal y como eras. Con tus virtudes y tus defectos. Tus certezas y tus dudas. Tus partes más luminosas y aquellas más oscuras que, día tras día, intentabas que fueran menos sombrías. Eso era Sam para mí: aceptación y libertad. El cielo cuando la tenía a mi lado y el infierno cuando pensaba en la posibilidad de perderla.

Sin embargo, hasta que no había escuchado a Tom hablar así de ella, no me había dado cuenta de lo importante que era para mí. En cuanto saliera de este despacho iría en su busca, le diría que me había enamorado de ella y que, si quería, podíamos darle una oportunidad a nuestro matrimonio. Hacerlo oficial no solo ante el papel, también ante nosotros.

Quería que el mundo entero supiera que Samantha Larsen era mi esposa de todas las formas en las que podía serlo. Y mi primo Tom era un comienzo tan bueno como cualquier otro.

—Escúchame bien. —Lo zarandeé un poco. No estaba de más recordarle la delicada posición en la que se encontraba—. Como te oiga hablar de mi mujer otra vez, sea con quien sea y donde sea, lo pagarás caro, ¿estamos? Tengo material de sobra para meterte en la cárcel, primo. Recuerda que conozco todos tus trapicheos y tengo pruebas que harían que no vieses la luz del sol durante una buena temporada. No vuelvas a airear mis trapos sucios, o yo airaré los tuyos.

—Sí, claro, lo que tú digas.

—Sal de aquí antes de que me arrepienta. —Lo solté con brusquedad.

Gruñó algo entre dientes y se marchó a toda prisa. Me sentía mucho mejor después de haberme desahogado, y no solo eso; ahora tenía claro lo que quería, y era a Samantha en mi vida. Abandoné el despacho con el único propósito de hablar con ella y

pedirle que no se quedara una semana más en Los Ángeles, sino toda la eternidad. Eso si conseguía encontrarla, porque llevaba un rato buscándola y no aparecía por ningún lado.

—Beca, ¿sabes dónde se ha metido mi mujer? —le pregunté a mi hermana.

—¿Sam? Se ha ido y la verdad es que no parecía muy contenta. —Me miró preocupada—. Me dio la impresión de que tenía ganas de llorar y que estaba a punto de romperse en cualquier momento. Por eso no insistí demasiado y la dejé marchar. ¿ Qué está pasando?

—Espera, ¿cuándo ha sido eso?

—No hace mucho. Me topé con ella en el pasillo, junto al despacho de...

Dejé de oírla. El mundo enteró se silenció para mí. No había que ser un genio para intuir que nos había escuchado a Tom y a mí hablar sobre ella.

—Tengo que irme, hablamos mañana. —Le di un beso en la mejilla para despedirme de ella.

—Blake, ¿qué has hecho? —Me sujetó con fuerza de la muñeca.

—Hablaremos después, te lo prometo. Antes tengo que hacerlo con mi mujer. —Me solté de su agarre y salí de la fiesta.

Tenía que arreglar aquel malentendido costase lo que costase. Si es que aún no era demasiado tarde.

Capítulo 31



Samantha

Nada más llegar a la mansión de Blake subí a mi dormitorio, abrí la maleta sobre la cama y empecé a echar ropa dentro como si me fuera la vida en ello. ¿Mi próxima parada? El aeropuerto más cercano, desde donde cogería el primer vuelo que pudiera llevarme a casa.

En el móvil tenía dos llamadas perdidas de Rebecca y cuatro de Blake. Las ignoré, silencié el teléfono y seguí sacando camisetas del armario a diestro y siniestro.

—¿Sam? —Mi marido apareció en el vano de la puerta. En cuanto me vio, sus hombros se destensaron y su mirada se suavizó, contenta de volver a verme. No podía decir lo mismo—. Te he buscado por todas partes hasta que Beca me ha dicho que te habías ido de la fiesta. ¿Por qué no me has esperado? Tenemos que hablar y... —Frunció el ceño cuando se percató de toda la ropa que tenía a mi alrededor—. ¿Qué estás haciendo?

—¿No es evidente? Me marcho. No quiero estar cerca de ti.

—Creo que te debo una explicación. —Soltó el suspiro más triste del mundo—. ¿ Qué oíste de la conversación que Tom y yo tuvimos en el despacho?

—No sé ni por dónde empezar. —Cogí varias camisetas y las metí a toda prisa en la maleta antes de cerrarla y girarme hacia él—. ¿Qué te parece la parte en que me emborrachaste para que me casara contigo? ¿O esa en la que le decías al idiota de Tom que en realidad

querías casarte con Chloe pero que no te quedó más remedio que conformarte con la ordinaria de Sam?, ¿eh?

—Bien, vayamos por partes, veo que hay mucho que aclarar. —Se pasó las manos por el pelo—. Para empezar, jamás emborracharía a nadie de forma premeditada para que hiciera algo en contra de su voluntad. Solo lo dije para que Tom dejara el tema. Reconozco que necesitaba un par de copas para envalentonarme y proponerte mi plan al final de la noche, pero no pretendía que bebiéramos tanto. Estábamos pasándolo tan bien que se nos fue de las manos. Además, aunque hubiera sido así, te recuerdo que podrías haber pedido la anulación, pero decidiste aceptar el trato.

—Y yo te recuerdo que me lo ofreciste porque no te quedó más remedio. Chloe es la rubia con la que te vi en Las Vegas, ¿verdad? Rechazó tu propuesta y tuviste que conformarte conmigo, la chica pobre y soez que necesitaba desesperadamente un acuerdo como ese. No solo me has hecho sentir utilizada, también como si fuera la última mujer en la Tierra con la que querrías estar. Sobre todo porque, según tú, no estoy a tu altura.

—Tienes que escucharme —me pidió desesperado—. Es cierto que al principio buscaba a alguien de mi posición y que si Chloe no hubiera rechazado mi proposición quizá nunca me habría fijado en ti. Pero lo hizo, y nos casamos, y durante estos meses he tenido el privilegio de poder conocerte mejor. Y ahora estoy irremediablemente enamorado de ti.

Di un paso hacia atrás. Su declaración me golpeó con fuerza, directa al corazón.

—No te creo. —Negué con la cabeza—. Después de lo que he oído en ese despacho ya no confío en ti. ¿Cómo hacerlo si nunca me contaste que nuestra boda formaba parte de tus planes? ¿O que antes de mí ya le habías pedido matrimonio a otras?

—Nunca es buen momento para confesar algo así y, además, creí que ya no tenía importancia. Puede que al principio me casara contigo por desesperación, pero no es por eso por lo que quiero seguir casado contigo.

—Crees que me quieres, pero solo es un encaprichamiento pasajero —le aseguré—. Tú mismo lo has dicho: ni siquiera sé vestir

de etiqueta sin que me asesoren. Lo que sientes ahora es la emoción de vivir un romance prohibido porque tu entorno no me acepta, una forma de rebelarte contra las imposiciones familiares que tanto te asfixian. Sentir deseo no es lo mismo que sentir amor, y los dos sabemos que los hombres como tú no se casan con mujeres como yo.

—Lo único que sé es que quiero estar contigo. No me he enamorado de una ilusión, Sam. Me he enamorado de ti. No importa lo que pensara antes de conocerte. Ahora sé que eres una mujer fuerte e independiente. Con personalidad y a la que no le importa mostrarse al mundo tal y como es. —Cogió mi rostro entre sus grandes manos—. Quédate y deja que te lo demuestre.

Una parte de mí quería creerle, correr a sus brazos y fingir que nada de aquello había ocurrido. Pero la otra, la que había aprendido a sobrevivir a base de decepciones, ya había hecho las maletas mucho antes de que él llegara.

—Lo siento, pero ahora mismo este es el último sitio en el que quiero estar. —Sujeté sus muñecas y le aparté las manos de mi rostro—. No puedo quedarme contigo. Estaría pensando a cada instante si soy suficiente para ti o si solo te has conformado conmigo. Mis inseguridades me devorarían viva. Viviría con el miedo constante de que un día tú también entendieras que no soy la adecuada para ti y me dejaras. Joseph me hizo mucho daño, y no quiero arriesgarme a que vuelvan a romperme el corazón. —Me puse una mano en el pecho, como así pudiera protegerlo.

—Entonces, ¿ya está? ¿Se acabó?

—Sí, Blake, se acabó. —Me acerqué al escritorio, cogí mi portátil y lo guardé en el bolso que llevaba colgado del hombro. Ya casi tenía terminada mi novela, aunque tendría que acabarla en casa—. He caído en mi propia trampa al pensar que las cosas podrían ser diferentes, pero supongo que es mejor que haya ocurrido ahora. Iba a marcharme dentro de una semana para dar la impresión de que nos estábamos tomando un tiempo. Esto tan solo ha acelerado las cosas.

—Sam, espera...

—Tú tendrás Maddox Enterprises, y yo un millón de dólares. Con eso podré respirar mejor mientras escribo mis siguientes libros. Todo ha salido como queríamos, pero no esperes nada más de mí. — Agarré la maleta con ruedas y me dirigí a la puerta. Antes de cruzarla, lo miré por encima del hombro—. Creí que eras diferente, pero estaba equivocada. Eres igual de clasista y arrogante que Diane, solo que hay que conocerte a fondo para verlo.

Salí de la habitación, recorrí el pasillo y me subí al ascensor que había al final de la planta. Blake seguía en mi dormitorio. Estaba tan aturdido que ni siquiera fue capaz de reaccionar. Cuando lo hizo, ya era tarde. Salió de la habitación y corrió por el pasillo mientras gritaba mi nombre una y otra vez. Nuestros ojos se encontraron y hubo una explosión de recuerdos, un huracán de emociones. Cuando estaba a punto de alcanzar el ascensor, las puertas se cerraron entre nosotros. Y no hice nada para impedirlo.

Había transcurrido una semana desde que me marché de Los Ángeles. Era el primer sábado que Blake no estaba revoloteando a mi alrededor desde que nos casamos y, muy a mi pesar, lo echaba de menos. A excepción de un par de cuadros que Emily había colgado en el salón de mi apartamento, todo estaba tal y como lo recordaba.

Cada uno de los libros con los que había vivido una aventura y se habían ganado el derecho a ocupar las baldas de mis estanterías, la música a todo volumen que ponía nuestra vecina todas las mañanas, la contagiosa alegría de mi editora cuando le informé de que mi nueva novela casi estaba acabada.

¿ Otra cosa que tampoco había cambiado? La satisfacción de tomarme una cerveza con mi hermana y mi mejor amiga mientras nos poníamos al día de todo, como estábamos haciendo en ese momento, sentadas en mi sofá.

—Así que, ahora que lleváis tres meses casados, ¿Blake ya ha heredado la empresa de su padre y tú has recibido un millón de dólares— ? me preguntó Arizona.

—Sí, ya tengo el dinero en el banco y según tengo entendido él se ha hecho con Maddox Enterprises. Dentro de unos meses me mandará los papeles del divorcio. —Me recoloqué el lápiz con el que me había sujetado el pelo.

—Bueno, por lo menos esa parte del plan ha salido bien —señaló ella.

Asentí con la cabeza. Era cuestión de tiempo que nada me atase a mi marido. Solo la nostalgia por lo vivido y el recuerdo de la calidez de sus besos sobre mis labios.

—Estoy tan enfadada con él. —Ya les había contado lo que propició que me marchara de su mansión sin previo aviso—. Ni siquiera sé si debo devolverle el dinero después de cómo han acabado las cosas entre nosotros.

—¡Y una mierda! —soltó Emily. Arizona y yo nos sobresaltamos, sorprendidas por su arrebato. No maldecía a menudo, pero al parecer había aprendido un par de cosas durante su estancia en Las Vegas—. Después de todo lo que ha pasado, qué menos que quedarte con ese dinero como compensación por daños morales.

—¿Qué eres ahora, mi abogada? —Sonreí.

—Si es lo que necesitas, sí. —Mi hermana se cruzó de brazos. Nadie podía decir que las Larsen no éramos peleonas, sobre todo cuando se trataba de defender a nuestros seres queridos.

Verla así me llenaba de orgullo. Las sesiones con la psicóloga le habían ayudado mucho. Que Christopher se comportara de una forma tan ruin hizo que el enfado pesara más que la tristeza, y eso ayudó a que pudiera procesarlo todo con más facilidad que si él hubiese sido el hombre perfecto. Era más fácil dejar ir a alguien que no te merecía, y Emily era mucho más fuerte de lo que aparentaba. De modo que mi mayor preocupación, en ese momento, se apellidaba Maddox y seguía en Los Ángeles.

Le di un trago a la cerveza, la dejé sobre la mesa que había frente al sofá y miré el anillo que descansaba en mi dedo anular. Aún no me lo había quitado. Blake y yo seguíamos casados y nadie sabía que íbamos a divorciarnos dentro de poco. Era mejor seguir representando el papel de señora Maddox hasta que lo hiciéramos de forma oficial para no levantar ninguna sospecha.

—Creo que, a pesar de todo lo que nos has contado, Blake te quiere de verdad —dijo Arizona al ver que miraba mi alianza con una extraña mezcla de tristeza y deseos de llevar a cabo un asesinato.

—¿Cómo lo sabes si no estabas allí? —pregunté—. No oíste el tono despectivo con el que le hablaba de mí a su primo Tom, cómo le confesaba que había tenido que resignarse a casarse conmigo, a pesar de mi falta de modales y educación, porque con las mujeres que realmente le interesaban no había funcionado. Todo lo que me dijo mientras estuvimos juntos fue solo para retenerme a su lado y asegurarse la herencia, no porque lo pensara de verdad. —Permaneció callada mientras rascaba la etiqueta de su botellín de cerveza con la uña del pulgar. Su silencio era, cuanto menos, sospechoso—. Arizona, ¿qué estás ocultándonos?

—Puede que me haya estado viendo con Finn.

—Espera, ¿qué? —Me giré hacia ella.

—¿Con ese traidor? —la acusó Emily.

—Oye, que él no ha tenido nada que ver con todo esto —lo defendió mi amiga. La miramos con escepticismo—. Vale, sí, reconozco que planeó con Blake lo de ir a Las Vegas para buscarle una esposa. Pero él no elegía a las candidatas. Incluso intentó convencer a tu marido, cuando nos conocimos, de que lo reconsiderara. Tenía miedo de que alguien saliera herido.

Sabía que decía la verdad. Yo misma había escuchado, de refilón y sin pretenderlo, cómo Finn intentaba disuadir a Blake junto al baño de una de las discotecas en las que estuvimos en Las Vegas. En ese momento no entendí de qué hablaban, pero ahora todo tenía sentido.

—¿Desde cuándo te relacionas con Finn? —quise saber.

—Tras volver de nuestro viaje a Las Vegas comenzamos a mensajearnos. La mayoría de las veces era para hacerlo enfadar, pero me divertía tanto, que con el paso del tiempo esos mensajes se convirtieron en la mejor parte del día. —Una sonrisa boba le bailó en los labios—. Después de que Emily y yo te visitáramos en Los Ángeles, me dijo que tenía que hacer un viaje de negocios y que mi casa quedaba cerca de su ubicación. Me preguntó si podía pasarse

para ver cómo estaba y, bueno, también para hablar sobre vosotros. Una cosa llevó a la otra y terminamos enrollándonos.

—¿Por qué ninguno de los dos me ha dicho nada durante todo este tiempo? —le pregunté—. Cuando vivía en Los Ángeles veía a Finn a menudo y hablaba contigo todos los días por teléfono.

—Pensamos que era lo mejor. Ya tenías suficiente con tratar de convencer al abogado y a la familia Maddox de que estabas enamoradísima de Blake, como para además tener que preocuparte por mí. De haberlo sabido, habrías ido corriendo a amenazar a Finn para que no jugara conmigo ni me hiciera daño. Está en tu naturaleza cuidar de los demás. —Me palmeó la rodilla de forma cariñosa—. No podías perder el tiempo en tonterías de ese tipo, tenías que centrarte en tu marido.

—Puedo hacer dos cosas al mismo tiempo —dije—. Fingir ser la esposa perfecta y amenazar de muerte a quien quiera.

—Créeme, lo sé —convino ella entre risas—. Tan solo intentaba no ponerte las cosas más difíciles.

Solté un profundo suspiro. Al final todo se había complicado, lo quisiera ella o no.

—¿Qué piensas hacer ahora, Sam? ¿Vas a firmar los papeles del divorcio sin más, sin ni siquiera volver a hablar con Blake? —me preguntó Emily.

—Esa es la idea, sí —respondí.

Por mucho que me doliera, no podía seguir con alguien que tenía un concepto tan bajo de mí, y se avergonzaba de mis carencias frente a su familia y su entorno. Merecía estar con una persona que me valorara y me quisiera tal como era. Con mis luces, pero también mis sombras.

—Entiendo que te sientas dolida, pero según me ha contado Finn, nunca había visto así a su mejor amigo. Está seguro de que está enamorado hasta las trancas, y nadie lo conoce mejor que él —me aseguró Arizona—. Creo que si Blake apareciera en la puerta de tu casa con la intención de explicarse, deberías dejar que lo hiciera. Quizá sea cierto que al principio pensara eso de ti, pero quién sabe si al conocerte mejor derribaste sus prejuicios y todo lo que su familia le había inculcado sobre lo que era mejor para él. Tal vez lo

único que necesites para romper la maldición de tu familia sea encontrar al hombre adecuado y darle otra oportunidad.

Miré a mi hermana para ver qué opinaba ella.

—Yo te apoyaré decidas lo que decidas —me aseguró Emily.

Dimos ese espinoso asunto por concluido y durante el resto de la noche hablamos de cosas más alegres y que no me provocaran dolor de cabeza. Todas sabíamos que ya me habían dado mucho en lo que pensar.

Capítulo 32



Blake

Mi madre no dejaba de mover la boca. Estaba soltándome uno de sus muchos sermones. Hacía por lo menos diez minutos que había dejado de presarle atención. El sábado había ido a la antigua mansión Maddox para comer con ella y Rebecca. No estaba de humor para aguantar sus salidas de tono y estaba deseando que llegara la noche para ir a tomarme unas copas con Finn. Pensé que esa visita podría servirme de distracción para dejar de pensar en mi mujer.

Sin embargo, no había servido para nada. Hasta el vestido azul que llevaba mi hermana me recordaba a los ojos y al pelo de Samantha. Habían pasado dos semanas desde que se había ido de Los Ángeles. Durante ese tiempo había intentado contactar con ella numerosas veces. No me cogía el teléfono y solo contestaba a mis mensajes para hablar sobre nuestro acuerdo, nunca de temas personales. Y cuando lo hacía, solía utilizar el menor número de palabras posible.

Como ya había recibido la otra mitad del millón de dólares, esperaba que le mandara los papeles del divorcio en unos meses. Podía esperar sentada. No iba a enviarle nada. Puede que Sam no me hubiera dicho que me quería, pero no necesitaba oírlo para saber que sentía lo mismo que yo. Me lo había demostrado durante todo el tiempo que habíamos estado juntos, algo así no se podía fingir. Y si de verdad le fuera indiferente, no se habría enfadado tanto al pensar que no me gustaba tal y como era.

Tenía la esperanza de hacerle cambiar de idea, pero sabía que debía darle algo de tiempo y espacio para que se tranquilizara. Tampoco quería atosigarla. Aunque estaba volviéndome loco.

Ahora que Maddox Enterprises era mío, me había enterrado bajo una pila de trabajo para ponerme al día de todo y dejar de pensar durante un solo segundo en Samantha. No lo había conseguido. La echaba de menos y cada maldita hora de cada día sentía el irrefrenable impulso de coger mi *jet* privado y volar hasta la puerta de su casa.

Por sus escuetos mensajes era evidente que aún seguía enfadada conmigo. No obstante, ya iba siendo hora de intentar recuperarla. Volví a la conversación que tenía lugar en la mesa en la que estaba sentado. O más bien, al monólogo que estaba recitando mi madre. Rebecca también había desconectado y miraba el móvil de forma distraída.

Me sorprendió que el nombre de Samantha saliera de su boca. ¿Cuándo habíamos empezado a hablar de ella? Venía en busca de un poco de distracción y ni siquiera en casa de mis padres iba a encontrarla. Les había contado a ambas que las cosas no estaban muy bien con mi mujer y estábamos pasando por una crisis.

Por eso se había mudado de forma temporal con su hermana y, además, así aprovechaba para solucionar algunas cosas del trabajo. De ese modo, si al final nos divorciábamos, la noticia no les pillaría por sorpresa. Mi madre estaba frotándose las manos con toda esa situación y no dudaba en sugerirme que nos separásemos cada vez que podía.

—Que Samantha se haya ido es lo mejor para ambos. Ahora podrás verlo todo en perspectiva y te darás cuenta de que esa mujer no es buena para ti —argumentó una vez más tras echarse dos cucharillas de azúcar en el café—. No dudo de que no tenga sus... encantos, pero está claro que no es de nuestra clase social. No tiene modales, ni vergüenza. Por no tener, ni siquiera tiene un color de pelo normal y corriente.

—Ya, supongo que tú si sabes lo que es mejor para mí. —Sujeté la taza de café con tanta fuerza, que por un momento creí que la

porcelana se haría añicos entre mis dedos. Primero Tom y ahora ella. ¿Es que nadie podía dejarnos en paz?

—Por supuesto. Una chica como Daisy no daría tantos problemas. —Debió captar mi malhumor, porque un segundo después intentó arreglarlo, ofreciéndome a otra mujer—. Bueno, pues si Daisy no es de tu agrado, conozco a una joven cuyos padres...

—¡Ya es suficiente! —exploté y golpeé la mesa con la palma de mi mano. Las tazas temblaron y la estancia se llenó de tensión e incomodidad—. Ya está bien, madre —añadí en un tono de voz más sosegado.

Había guardado silencio demasiado tiempo. Era hora de que fuera ella la que me escuchara a mí. Ya no era aquel adolescente perdido y confuso que buscaba a todas horas su aprobación. Ahora era un hombre con voz propia y capaz de tomar sus propias decisiones.

—No es necesario ponerse así —dijo.

—Ah, ¿no? Durante toda mi vida habéis controlado todas y cada una de mis acciones —señalé—. Fuisteis vosotros quienes decidisteis a qué universidad debía ir, qué carrera estudiar y el puesto que ocuparía en la empresa. Lo hice porque quería formar parte de Maddox Enterprises, pero también para que estuvierais orgullosos de mí. Y al final, no solo no lo he conseguido, sino que seguís queriendo mucho más de mí. Nunca es suficiente. A ver, ¿ qué harás después de que me case con la mujer que elijas para mí? ¿Vas a ser tú la que decida cuántos hijos debemos tener y escoja sus nombres?

—Bueno, yo... —Enrojeció y se quedó muda de la impresión. Mi hermana en cambio parecía que iba a ponerse a aplaudir de un momento a otro.

—Lo repetiré solo una vez más: Samantha es mi mujer, y lo que hagamos ella y yo es asunto nuestro y de nadie más —le advertí—. De hecho, mientras me soltabas otro de tus discursos estaba pensando en ir a por ella y traerla de vuelta.

—¡Ya era hora! —intervino Rebecca.

—Si consigo que me dé otra oportunidad, tendrás que aceptarlo y tratarla con el respeto que se merece —continué—. O te aseguro que lo único que sabrás de mí a partir de ahora será a través de la prensa. Ya basta de pensar en el qué dirán más que en tus hijos.

—Para ti es muy fácil decirlo —contestó mi madre.

—No, para ti es muy fácil hacerlo. Tan solo tienes que respetar mis decisiones, y darle más cariño a Rebecca y echarle menos sermones. Mi hermana no tiene por qué pagar por los pecados de nuestro padre. —Alargué la mano y la coloqué sobre la de Beca. Ella me miró emocionada. Siempre había podido contar conmigo y esa no iba a ser la excepción.

Mi madre tragó saliva con fuerza. Jamás la había visto tan nerviosa. Claro que nunca había discutido con ella cara a cara. Solía utilizar a mi padre de escudo. Era la típica persona a la que le gustaba manipular desde las sombras, sin embargo, ya era hora de arrastrarla hacia la luz y que se hiciera cargo de cada una de sus faltas.

—Supongo que tienes razón. —Le tembló el labio inferior—. Richard me trataba con mucha dureza, me exigía siempre la perfección y no me he dado cuenta de que estaba haciendo lo mismo con vosotros. No lo he hecho con mala intención. Es solo que para vuestro padre nunca fui suficiente, imagino que por eso tenía tantas amantes. Me juré a mí misma que vosotros sí serías dignos de él. Pensé que si os educaba tal y como él quería, tendría que reconocer que al menos había hecho eso bien. Por lo visto, no lo estaba haciendo de la manera correcta y, cuanto más luchaba por complacerlo, más os perdía a vosotros.

—Exacto. —Asentí.

Jamás pensé que mi madre podría darme la razón en algo, y mucho menos en esto. Estábamos ante un hito histórico y lo mejor estaba aún por llegar.

—Si tanto os he ofendido... Entonces debo pediros disculpas. A los dos. —Miró a Rebecca. Ahora sí que no podía creerlo.

—Las acepto si, como dice Blake, empiezas a respetarnos y a tener en cuenta nuestras opiniones. —Mi hermana era compasiva y tenía un corazón de oro, pero eso no quería decir que fuera estúpida. Sus palabras no podían haber sido más acertadas. Le daba la posibilidad de empezar de cero, aunque solo si ella estaba dispuesta a poner de su parte.

—Lo intentaré. —Mi madre se dio algunos toquecitos con la punta de la servilleta junto a los ojos. Hasta para llorar tenía clase—. Sobre

todo, ahora que Richard no está. No me había dado cuenta de que os estaba tratando con la misma frialdad con la que él me trataba a mí.

Sabía que una conversación y una disculpa no eran suficientes para solucionar años de sometimiento y de hacerme sentir cada día que no estaba a la altura. No obstante, era un comienzo. Significaba que había esperanza para que nuestra relación mejorase en un futuro. Pero eso tendría que esperar. Ahora mismo tan solo podía pensar en solucionar las cosas con mi mujer.

—Quiero a Samantha —me sinceré—. No me importa que no sea la adecuada para ti, porque lo es para mí. Casarme con ella ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida, y no pienso perderla. —Me levanté de la silla—. No debería estar aquí. Debería estar en su casa, tratando de solucionar todo este embrollo. Es lo que pienso hacer ahora mismo.

Samantha me había enseñado que no necesitaba la validación de nadie para sentirme bien conmigo mismo. Ninguna persona tenía derecho a juzgarme ni a opinar sobre mi vida. Me había pasado tanto tiempo intentando contentar a los demás, que se me había olvidado lo que yo quería. Y, ahora mismo, era estar con ella.

Salí de la mansión ante el asombro de mi madre y los gritos de ánimo de mi hermana. Me subí en mi moto y me dirigí a casa de Finn. Que hubiera quedado varias veces con la mejor amiga de mi mujer podría ser de mucha utilidad. Cualquier ayuda era más que bienvenida con tal de sorprender a Sam y poder recuperarla.

Capítulo 33



Samantha

Mi pierna derecha temblaba sin ningún control bajo la mesa. No podía evitarlo. Después de una hora apenas había escrito dos frases. Las pocas palabras que habían surgido de mis dedos no eran de mi agrado y las borré con un sonoro suspiro, dispuesta a intentarlo una vez más.

Solía ir a esa cafetería cuando las musas se me resistían. Me encantaba escribir envuelta por el murmullo de la gente y el olor a café inundando mis fosas nasales. Pensé que el ir y venir de la clientela y el burbujeante sonido de la cafetera me darían la inspiración que tanto necesitaba.

Solo me faltaba darle un final digno a la novela en la que había estado trabajando durante mi estancia en Los Ángeles. Sin embargo, se había vuelto un objetivo imposible de cumplir. Quizá porque había pensado en darle un final feliz y, aunque todo apuntaba a que esa era la mejor forma de terminar el libro, no podía escribir algo así cuando me sentía tan deprimida después de todo lo que había pasado con Blake.

Rodeé la taza de café con mis manos y le di un pequeño trago. A través de la pared acristalada se podía ver un día nublado y tormentoso en el exterior. El cielo se había vestido de gris y me recordó a los ojos del que aún era mi marido. Sacudí la cabeza y dejé la taza sobre la mesa. No había venido hasta aquí para pensar en él, sino para escribir el final de mi novela.

Me centré de nuevo en la pantalla de mi portátil. Me había sentado en un discreto rincón, junto al cristal, para evitar distracciones. Aunque no me estaba yendo muy bien. Escuché la campanita que había sobre la puerta cuando un nuevo cliente entró en el local, pero no le presté atención. Hasta que una sombra oscureció toda mi mesa.

Levanté la vista con el ceño fruncido y me topé con los ojos de Blake. Mi corazón se aceleró de forma brusca y estaba segura de que no tenía nada que ver con los tres cafés que me había tomado desde que llegué. Cerré la tapa del ordenador sin apartar la vista de él.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—¿Puedo sentarme? —Señaló la silla que había frente a mí con la barbilla.

Asentí. Sus fuertes piernas rozaron las mías por debajo de la mesa y me estremecí. Hacía falta mucho más que un enfado monumental para no darse cuenta de que seguía tan guapo como siempre. Llevaba una chaqueta de cuero encima de una camiseta negra, unos vaqueros y esas botas con cordones que tanto me gustaban. Tenía tantas ganas de hundir mis manos en su cabello que los dedos me hormiguearon.

Pensé que ya nos habíamos dicho todo lo que teníamos que decirnos y que no volvería a verlo hasta dentro de unos meses, cuando nos divorciáramos. ¿ Habría ido hasta allí para eso?

—¿Has venido para que firme los papeles del divorcio?

No podía culparle si ese era el caso. Yo misma le había dicho que, ahora que cada uno tenía lo que quería, nada nos unía. Sin embargo, pensar que cuando saliera de esa cafetería jamás volvería a verlo, me secaba la boca y me cortaba la respiración.

—No, he venido para recuperar a mi mujer. —Me miró con determinación, como si se hubiera propuesto salir de allí conmigo, o no salir nunca.

—Un poco tarde para eso, ¿no te parece?

Me había hecho daño y, en consecuencia, había pasado los últimos días haciéndome a la idea de que expulsarlo de mi vida era lo mejor.

Y, de repente, se plantaba ante mí una tarde cualquiera y pretendía que cambiara de parecer.

—Solo han pasado tres semanas desde que te marchaste —me recordó. ¿En serio? Se me habían hecho eternas—. Quería darte algo de tiempo para que se te pasara el enfado y pudieras ver las cosas con perspectiva. Además, también tenía que comprarte esto.

Sacó una pequeña caja de terciopelo negro del bolsillo interior de su chaqueta, la abrió y ante mí apareció el anillo más bonito que había visto nunca. Esperaba que no estuviera intentando comprar mi afecto con joyas. Si era así no iba a necesitar coger ningún avión; lo mandaría de vuelta a Los Ángeles de una patada en el culo.

—Ya tengo uno. —Le mostré la alianza que llevaba en mi dedo anular—. Es el que me diste en Las Vegas.

—Ese anillo lo escogió el joyero. No está mal, pero te mereces uno que no se lo hubiera dado a cualquiera. Uno que sea solo para ti. —La piedra azul de la sortija que me estaba mostrando captó mi atención—. Es un zafiro. Azul como tus ojos, como tu pelo, como nosotros. Quiero que te lo pongas y que seas mi mujer, pero esta vez por los motivos correctos. Nada de herencias ni de dinero. Solo porque te quiero. Solo porque me quieres.

—¿Quién ha dicho que yo también te quiero? —Alcé una ceja.

—Lo veo en la chispa que brilla en tus ojos cuando me miras, lo siento en tus acciones, lo percibo en tu piel erizada y en la forma en la que tu cuerpo responde al mío. ¿Quieres que siga?

—Nunca me había fastidiado tanto ser tan transparente para ti. —Fruncí el ceño y él ladeó una sonrisa—. Pero eso no quiere decir que...

—Espera. No digas nada aún. —Guardó el anillo dentro del estuche, lo dejó sobre la mesa y se giró. Fue entonces cuando vi que había traído una pequeña caja de cartón con él. La colocó sobre la mesa, junto a todo lo demás y la abrió—. Quiero demostrarte que nunca pensé que no fueras suficiente para mí y que jamás me avergoncé de ser tu marido. Lamento si te hice creer eso en algún momento, porque es justo lo contrario, y aquí tengo la prueba. Todo lo que fui guardando durante nuestra relación. Quería quedarme con un pedazo de ti cuando se acabaran los tres meses de matrimonio y

regresaras a casa. Para mí era impensable que te enamoraras de mí y decidieras quedarte, porque soy yo el que no te merece. El que no está a tu altura. ¿ Preparada?

—Sí.

Se inclinó sobre la caja y sacó varios objetos.

—Esta es la bola de golf con la que casi cometes un asesinato. —Me la tendió y la cogí con manos temblorosas—. Este es el boleto ganador cuando fuimos al hipódromo y tu caballo cruzó la línea de meta antes que el mío. —Me dio un papel que dejé sobre la mesa—. Esta es la camiseta de un grupo de rock con la que solías dormir y me volvías loco. Y esta es la diadema con penes que te pusiste la noche que salimos juntos por Las Vegas.

—Creí que la había perdido. —La cogí con una sonrisa nostálgica en el rostro. Con esos objetos Blake no solo me había llevado a un viaje hacia el pasado, sino hacia toda nuestra historia. Se me llenaron los ojos de lágrimas y traté por todos los medios de no montar una escena en mitad de la cafetería.

—Me he dado cuenta de que no quiero conformarme con mirar estos objetos cada noche, y aceptar que nos convirtamos en un bonito recuerdo. No quiero nada de todo eso, ni quiero a una mujer como Chloe o a Daisy. Te quiero a ti. Lo único que lamento, es no haberlo apreciado antes.

—¿No te importa lo que piense Tom, tu madre, o los demás sobre mí?

—Ni siquiera un poco. No cambiaría nada de ti. Te quiero con las Converse que escondes bajo los vestidos de gala cuando tenemos que asistir a un evento importante, y con todas las palabrotas que sueltas cuanto te enfadas. Te quiero aunque pases más de tres horas al día leyendo, que las películas de terror te den hambre en lugar de miedo y tengas una extraña fijación por bañarte desnuda en la playa. —Reí por sus palabras—. No hay nada de ti que no quiera.

—Pareces muy seguro de lo que dices.

—Sé que tienes miedo de que te hagan daño de nuevo. Joseph lo hizo y, por desgracia, yo también. —Me apretó la mano con fuerza. ¿En qué momento se habían entrelazado nuestros dedos?—. Te pido

perdón y que me dejes compensártelo durante el resto de mi vida. Yo también estoy aterrado. Pero, si me dices que sí, seré valiente por los dos y te prometo que haré que valga la pena que te apellides Maddox. Haré que valga la pena cada día que estemos juntos. —Se puso en pie, cogió de nuevo el anillo y se arrodilló delante de mí—. Sé mi mujer. No porque lo diga un papel, sino porque lo decimos nosotros.

—Chica, si tú no le das otra oportunidad, se la daré yo —intervino una camarera que estaba sirviendo un café en la mesa de al lado.

Blake no era el único que esperaba una respuesta. La gente que había a nuestro alrededor no nos quitaba los ojos de encima y nos sonreían con expectación y complicidad. Como si no tuviera ya suficiente presión. Sin embargo, no debía dejarme llevar por las circunstancias ni por su preciosa declaración de intenciones. Aquello era algo muy serio. Mi futuro estaba en juego, mi vida, y no era una decisión que debía tomar a la ligera.

—Quiero el divorcio —dije con las mejillas arreboladas.

Él hizo una mueca y se encogió, como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. O como si le hubieran roto el corazón.

—De acuerdo. —Se levantó del suelo, derrotado, y se guardó el anillo—. Querer a alguien también es dejarlo ir, y si eso es lo que necesitas...

—Lo es. —Me puse en pie para quedar frente a él—. Deseo empezar de cero contigo. Pasamos de ser dos desconocidos a marido y mujer y nos saltamos un montón de pasos. Citas, noviazgo, peleas por ver qué película vemos en el cine... —Le arranqué una sonrisa—. Te quiero, pero tendrás que ganarte mi confianza de nuevo, poco a poco y desde el principio. Quiero que nos descubramos el uno al otro y esta vez hacerlo sin secretos ni mentiras entre nosotros. Si lo consigues y logras reconquistarme, podrás volver a pedirme dentro de un tiempo que me case contigo. Quizá entonces te diga que sí. Aunque, esta vez, te agradecería que lo hicieras cuando no lleve una media de doce tequilas en el cuerpo.

Escuché risas a mi alrededor, pero no les presté atención. En ese momento tan solo existíamos nosotros y una posibilidad de un futuro juntos.

—Fue una locura, ¿ verdad? La forma en la que nos casamos. —Me colocó un mechón de pelo azul detrás de la oreja. Su contacto me hizo sentir una descarga eléctrica y tuve que mirarme un segundo las manos para comprobar que mi piel no estuviera brillando.

—Sí que lo fue. Una locura maravillosa.

—La siguiente vez que nos casemos será aún mejor —me prometió con la mirada—. Esa vez será para siempre.

Me puse de puntillas y me aferré a su nuca. Él me agarró de la cintura, coló sus pulgares dentro de mi camiseta y me acarició con ellos. Su piel era cálida y calentó mi cuerpo más que cualquier café que hubiera tomado antes.

—Entonces, bésame como hace tres semanas que no me besas —le pedí contra su boca.

Nos fundimos en un beso lento y dulce. Todos los que estaban en la cafetería aplaudieron y mis mejillas se sonrojaron mientras besaba a mi... ¿marido, exmarido, novio? Qué más daba mientras fuera Blake. Me perdí en la pericia de sus labios, la calidez de su piel y el roce de su barba bajo las yemas de mis dedos.

—¡Vivan los novios! —Un momento, esa voz... Me separé de mi chico y vi a Emily, Arizona, Finn y Rebecca aplaudiendo junto al resto de la clientela.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —les pregunté.

—¿Cómo piensas que tu marido sabía dónde podía encontrarte? —respondió Arizona—. Conozco tu rutina como la palma de mi mano. Sabía que, si a esta hora no estabas en casa, estarías en tu cafetería preferida, donde sueles ir a escribir cuando se te atascan las ideas. Y puesto que hemos ido a tu casa y no estabas...

—Yo sí estaba cuando han llegado —intervino Emily—. Así que no podía perdérmelo.

—Yo he venido para darle apoyo moral —contestó Finn.

—Yo también —lo secundó Rebecca—. Y para atizar a mi hermano si lo estropeaba todo de nuevo.

Nuestros amigos y familiares se acercaron para darnos la enhorabuena entre besos, abrazos y palmadas en la espalda. Miré a Blake entre todo ese enredo de brazos y piernas y él me miró a mí. Había una expresión que decía: lo que pasa en Las Vegas, se queda

en Las Vegas. Supuse que ese dicho no se podía aplicar a las personas que encontraban allí al amor de su vida, como nosotros.

Mi Maddox favorito vino en mi busca y nos fundimos en un nuevo beso. Fue entonces cuando se me ocurrió el final perfecto para mi novela. Esta vez los protagonistas no terminarían separados y viviendo a kilómetros de distancia. Ni uno de ellos moriría en un trágico accidente de avión ni ella escogería vivir con su perro y su cactus antes que con él —como ocurrió en uno de mis anteriores libros—.

Esta vez iba a darles una oportunidad, igual que a nosotros, para que terminasen juntos.

El corazón no me permitía escribir ahora mismo otra cosa.

Volvía a creer en los finales felices, porque estaba viviendo uno.

Epílogo



—A ver si lo he entendido bien —nos dijo el hombre vestido de Elvis que teníamos ante nosotros—. Ya se casaron en Las Vegas hace un año en una capilla como esta.

—Sí —afirmó Blake.

—Y después se divorciaron —continuó el oficiante de la boda. Tuve que entornar un poco los ojos cuando la luz del sol se reflejó en las lentejuelas de su traje.

—Eso es —contestó él.

—Y ahora quieren casarse aquí de nuevo.

—Afirmativo.

—¿Están borrachos? —Elvis se bajó las gafas de sol y nos miró a ambos por encima de las lentes.

—Esta vez no —respondí. Escuché de fondo las risas de nuestros testigos y acompañantes.

—Entonces me vale. —Volvió a colocarse las gafas de sol y continuó con la ceremonia.

Blake y yo habíamos decidido casarnos en el mismo lugar donde empezó todo: Las Vegas. Al fin y al cabo, era como si lo hiciera por primera vez, ya que apenas recordaba nada de nuestro anterior enlace. Le había pedido que fuéramos poco a poco. Sin embargo, no había podido aguantar más de un año para llevar de nuevo su anillo en el dedo. Nos queríamos y volvía a confiar en él. No necesitaba nada más para apellidarme otra vez Maddox.

Cuando me preguntó si no prefería una boda por todo lo alto, mi respuesta fue que lo único que necesitaba era un sencillo vestido de novia, mis Converse negras y todas las personas que estaban allí, con nosotros, en esa capilla blanca llena de flores.

Finn y Arizona, quienes tras varios meses de tira y afloja al fin habían oficializado su relación, mi hermana y Rebecca. Mis padres y Diane también habían sido invitados al feliz enlace, aunque ninguno aceptó venir porque todos sabían que más que una boda, iba a ser un desmadre.

Nos besamos cuando el oficiante nos declaró marido y mujer y los allí presentes aplaudieron como locos. Me subí en la tarima en la que antes había estado Elvis y me coloqué de espaldas para lanzar el ramo de flores por encima de mi cabeza.

Arizona y Emily se escondieron detrás de Finn. No habría hecho falta porque al final cayó sobre la cabeza de Rebecca, quien miraba con atención la pantalla de su móvil. Puede que mi cuñada no tuviera muy buenos reflejos, pero estaba claro que lo que sí iba a tener pronto era una boda.

Cuando salimos de la capilla, Blake y yo nos montamos en un descapotable blanco. En la parte trasera podía leerse con letras rojas: » Recién casados« . Los demás fueron en el coche de Finn y terminamos sentados en una mesa de una conocida hamburguesería para cenar, en la que casi todos los clientes nos miraban de reojo. Supuse que era por nuestra indumentaria.

Llevaba un sencillo vestido de novia blanco hasta las rodillas, uno de esos pequeños velos de rejilla sobre la cabeza y mis Converse negras —se suponía que este sería el único día en el que me pondría tacones, pero ¡a la porra! Prefería ser fiel a mí misma—. Blake iba con traje y pajarita, y el resto de nuestros amigos y familiares vestían igual de elegantes y glamurosos.

Mastiqué mi hamburguesa mientras pensaba en todo lo que había sucedido durante el último año. Llevaba varios meses viviendo en Los Ángeles con Blake, esta vez de forma definitiva. Siempre que podíamos nos escapábamos para recorrer la ciudad en su moto, un hábito que adquirimos en nuestro primer matrimonio y que no

habíamos perdido. El mundo era un lugar maravilloso cuando lo recorrías con tu marido.

Blake lo era todo para mí: respeto, admiración y ahora también confianza. Se lo había ganado día tras día con tesón y esfuerzo. Me cuidaba en los días malos y celebraba conmigo los buenos, se enorgullecía de mis logros como si fueran los suyos y, cuando las cosas no salían bien, me recordaba que el mayor fracaso era no intentarlo. Me apoyaba en mis decisiones y era benevolente con mis errores, ya que no había nada más humano que equivocarse.

Cuando no creía en mí, él lo hacía por los dos. Me daba fuerzas, motivación y un millón de besos cuando dudaba de mis capacidades. No podría haber escogido a alguien mejor como compañero de vida. No importaba que nos conociéramos de una forma tan rocambolesca, las mejores aventuras no se recordaban por cómo empezaban, sino por la forma en la que acababan. Y nuestro final no habría podido ser mejor, ni más perfecto.

Aunque vivía en Los Ángeles, seguía viendo a Emily y a Arizona casi todos los fines de semana, ya que Blake había puesto su *jet* privado a su disposición. Además, Finn me había dicho que quería pedirle a Arizona que se fuera a vivir con él, así que puede que dentro de poco mi mejor amiga y yo fuéramos vecinas.

Emily también conocía los planes de Finn, sin embargo, no le preocupaba. Nos veíamos siempre que podíamos, hablábamos todos los días por teléfono y sospechaba que estaba conociendo más a fondo a alguien del trabajo. Pero eso ya era otra historia. En definitiva, no tenía mucho tiempo libre para echarnos de menos.

¿ Y el resto de la familia Maddox? Diane estaba esforzándose y me trataba mejor. No nos habíamos convertido en íntimas, sin embargo, tampoco lo necesitaba. Que me respetase y me viera como a una igual era suficiente para mí. Y con el tiempo, quién sabe, puede que algún día me invitase a comer ostras con sus amigas.

Rebecca era como otra hermana para mí y ya formaba parte de nuestro grupo. En el último año había avanzado mucho en el estudio de interiores y, gracias a su talento, había empezado a encargarse de algunos proyectos. A menudo quedábamos en la mansión para tomar un café o una limonada en la terraza abierta que daba al

jardín. Allí compartíamos secretos y me hablaba, con una mezcla de timidez y emoción, de una chica que empezaba a robarle el corazón.

Lo que no esperaba era la reacción de Harold cuando Blake le contó que íbamos a divorciarnos. El abogado trató de convencerlo para que no lo hiciera porque, según él, éramos perfectos el uno para el otro. Blake se echó a reír, le dijo que ya lo sabía y que por eso aquello no era el final, sino el principio.

Para mantener la fachada y evitar que sospechara que nuestro primer matrimonio fue un ardid con el que conseguir su herencia, le comentó que estábamos pasando por una crisis y que tenía que volver a ganarse mi confianza hasta que estuviera lista para ser de nuevo su mujer. Y así había sido. Aunque, al final, ambos habíamos ganado mucho más que Maddox Enterprises y una novela terminada a tiempo.

Mi marido iba ahora en moto a todos los sitios y nunca se ponía gomina para ir al trabajo. Para otra persona aquellos detalles eran nimiedades, pero para él era un paso muy importante tras toda una vida de sometimiento. Había encontrado el equilibrio perfecto entre ser un hombre de negocios respetable y admirado y, al mismo tiempo, no perder su esencia.

Como resultado, los demás habían empezado a acercarse a él más por su personalidad y menos por su dinero. Juntos habíamos aprendido que no solo éramos suficiente para los demás, también para nosotros mismos.

Cuando me miraba en el espejo ya no veía a una persona a la que le habían roto el corazón y la autoestima, y que creía que jamás volvería a escribir algo que valiera la pena. Ahora contemplaba a una mujer cuyo corazón latía más fuerte que nunca y las ganas de crear nuevas historias se le desbordaban por la piel. Cuando creías en ti mismo todo era posible y el libro que escribí en Los Ángeles acabó siendo un éxito.

A mis lectores les sorprendió que retomara el género romántico y recibieron mi vuelta a las historias de amor y los finales felices con los brazos abiertos. Mi novela se convirtió en *best seller* y durante semanas encabezó varias listas de los libros románticos más

vendidos del momento. Mis musas habían vuelto y estaban más vivas que nunca.

Le di un trago al batido de chocolate con el que estaba acompañando la cena. Blake había apoyado su brazo sobre el respaldo de mi silla y sus dedos me acariciaban el hombro con suavidad. Aquel leve roce me hizo volver al presente. Nos hicimos un montón de fotos —algunas dignas de enmarcar y otras que borraríamos al día siguiente—, y pedimos varias hamburguesas y patatas fritas para llevar. Sabíamos que la noche prometía.

Con la comida en las manos, nos dirigimos al hotel en el que íbamos a alojarnos durante unos días después de la boda. Tenía su propio casino, un espacio lleno de luces parpadeantes donde la música de fondo se mezclaba con el sonido de las fichas chocando entre sí y el murmullo de la gente. Jugamos a las máquinas tragaperras y celebramos cada pequeña victoria riéndonos como críos. También lo apostamos todo al color negro en la ruleta y participamos en una partida de póker, conmigo sentada en el regazo del señor Maddox.

En un momento dado, Blake y yo nos escabullimos para ir al servicio. Aunque teníamos tantas ganas el uno del otro que ni siquiera pudimos alcanzar la puerta del baño. Me levantó del suelo con esa seguridad que siempre me desarmaba, y enredé mis piernas alrededor de su cintura mientras mi espalda chocaba con suavidad contra la pared del pasillo. Nos besamos con una intensidad que hizo que el resto del mundo desapareciera.

—¡Iros a un hotel! —nos increpó un hombre que pasaba por allí.

—¡Ya estamos en uno! —le contestó Blake sin apartar sus labios de los míos.

Al final, decidimos volver con los demás y retomar lo que estábamos haciendo más tarde, en nuestra *suite* presidencial. Un rato después salimos con todos nuestros invitados por la puerta giratoria del hotel y nos perdimos entre las luminosas y vibrantes calles de Las Vegas, con la sensación de que aquella noche se quedaría grabada en nuestra memoria para siempre.

Entramos en un par de discotecas y, sin saber muy bien cómo, terminamos en una fiesta privada. Una pareja estaba celebrando su

despedida de soltero de forma conjunta y, al vernos de esa guisa, nos pidieron que nos uniéramos a ellos y les contáramos lo que les esperaba a los futuros novios tras la boda.

Habían reservado una piscina y no tardamos ni un minuto en lanzarnos con los demás con la ropa puesta. El impacto del agua fría me arrancó un grito. Menos mal que mi vestido de novia era ligero y, además, hacía pie, o me habría hundido hasta el fondo como una losa recubierta de tela blanca. Blake se abrió paso entre la gente, se acercó a mí y me ayudó a quitarme el velo, que se había empapado por completo.

Cuando lo hizo, sus manos no soltaron mi pelo azul ni las mías su cintura. Nos fundimos en un beso tórrido en mitad del agua con todos gritando y riendo a nuestro alrededor. Sobre nuestras cabezas, un cielo repleto de estrellas brillaba con la misma intensidad con la que él me miraba.

—Te quiero, señora Maddox —susurró en mi boca.

—Te quiero, señor Maddox —respondí antes de rodearle la nuca con la mano y atraerlo de nuevo hacia mí para besarlo.

Chapoteamos un rato más en el agua, dejándonos llevar por el caos alegre de la fiesta. En algún momento, entre salpicaduras y gritos de celebración, terminé abrazada a mi hermana en un rincón tranquilo de la piscina mientras mirábamos a nuestros amigos disfrutar de la noche.

—Creo que hemos roto la maldición que pendía sobre nuestra familia. —Emily apoyó su mejilla en mi hombro—. A lo mejor ni siquiera había maldición y tan solo es que no habíamos encontrado a la persona adecuada. En cualquier caso, algo me dice que esta vez las cosas van a salir bien.

Busqué a Blake con la mirada y, cuando nuestros ojos se encontraron, sonreímos al mismo tiempo. Me ardió el cuerpo y el corazón.

—¿ Sabes qué? —le pregunté sin apartar la vista de mi marido—. Yo también lo creo.

Agradecimientos

A mis padres y mi hermana, por todo su apoyo y la ilusión con la que compran mis libros al minuto de estar a la venta.

A mi familia, en especial a mis tías y tíos, y a Laura y Vanesa, por acompañarme en esta aventura literaria con tanto cariño y por sus palabras de ánimo.

A todo el equipo de Entre Libros Editorial, por darle una oportunidad a esta historia y sacar lo mejor de ella.

Por último, pero no menos importante, a ti. A los lectores que apostáis por mis libros para desconectar unos minutos de la realidad y sumergiros en un mundo donde todo es posible.

De todo corazón, ¡gracias!

Biografía de la autora

Nacida en Murcia y lectora voraz desde pequeña, dio el salto a la escritura para compartir con el mundo sus propias historias. Adora perderse durante horas en un buen libro, los finales felices y los epílogos que te estrujan el corazón. El romance es su género predilecto, por lo que tiene muy claro que el amor no puede faltar en sus novelas.

Debutó en el género con D*ame un verano, cowboy* , y ahora regresa con *Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas ¿o no?*

Puedes encontrarla en Instagram como @mariabennet_escritora



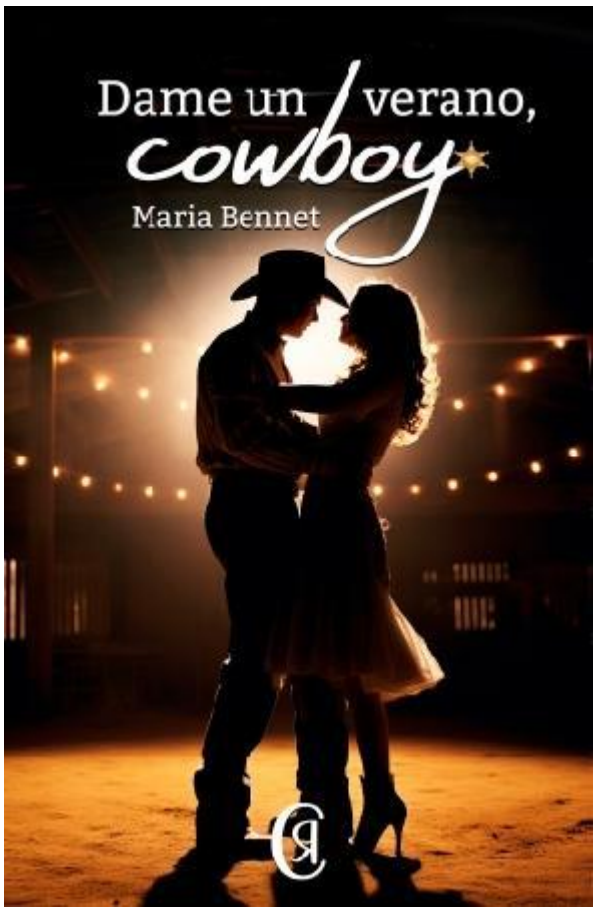
Gracias por leer este libro

En entrelibroseditorial.es encontrarás
más lecturas recomendadas.

No te pierdas todas nuestras noticias y novedades.
Síguenos en redes sociales como @entrelibroseditorial.

Recuerda que tu opinión es muy importante para nosotros.
Si has disfrutado de esta lectura, déjanos una opinión.
Gracias.

www.entrelibroseditorial.es



Dame un verano, Cowboy

Bennet, María
9788419660701
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Olivia Royce es una chica adinerada e influyente de Nueva York. Lo tiene todo: clase, lujo, poder… Excepto el amor de su padre y la libertad para decidir con quién quiere pasar el resto de su vida.

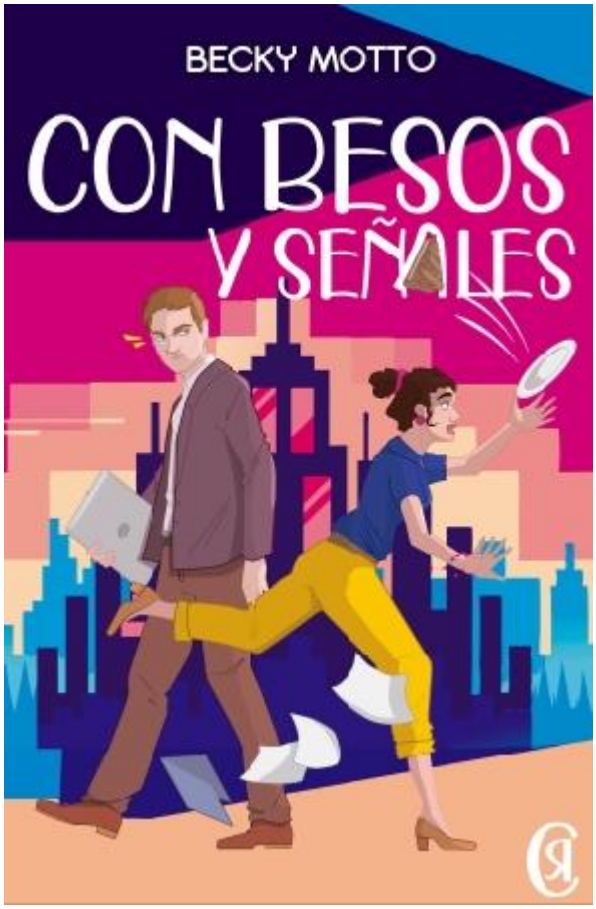
Mason Harper es un ranchero de un pequeño pueblo de Oregón. Desde muy joven tuvo que hacerse cargo de su familia, y después de una traición imperdonable apenas sonríe ni cree en el amor.

Sus caminos se cruzarán cuando, tras el último escándalo de Olivia, su padre la envía durante un verano entero a trabajar en el rancho de Mason para darle un escarmiento. Ella hará todo lo posible para que ese vaquero la mande de vuelta a casa. Él no piensa ponérselo nada fácil.

La guerra está servida y en ella todo vale.

Hasta que empieza a estar en juego tu corazón.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Con besos y señales

Motto, Becky
9791387621827
488

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Cuántos kilómetros son necesarios para olvidar a tu ex?

Ona está convencida de que la oferta de trabajo en el extranjero que ha recibido tras terminar las prácticas del máster es una señal: debe poner tierra de por medio para superar esa ruptura. Pero empezar de cero es más complicado de lo que creía, y que su jefe la odie no ayuda.

Sin embargo, cuando se ven obligados a trabajar mano a mano, descubre dos cosas de él que pueden cambiarlo todo:

1. No es el hueso que aparenta.

2. Con menos ropa resulta realmente irresistible.

El problema es que sigue siendo su jefe. Y, por si fuera poco, hay demasiadas señales que indican que ahí no es.

¿O será que no las está interpretando bien?

Descúbrelo en esta divertida y dulce comedia romántica.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El verano que te conocí

Otálora, Cristina
9791387621490
410

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sofía está a punto de vivir el verano que lo cambiará todo.

Con veintidós años y la libertad a la vuelta de la esquina, lo último que esperaba era que unas vacaciones en la costa se convirtieran en

un torbellino emocional. Pero todo empieza a tambalearse cuando su hermana le confiesa un secreto que deberá guardar… y le anuncia que Víctor —el esquivo hermano mayor de su cuñado, al que apenas recuerda— pasará el verano con ellas.

Víctor tiene cuarenta años, una carrera brillante y una vida personal vacía. Mientras todos creen que lo tiene todo, él solo anhela una familia. Lo que nunca imaginó es que esa conexión que creía imposible surgiría con la única persona que debería mantener lejos: Sofía.

Entre confidencias bajo el sol, miradas que arden y una diferencia de edad imposible de ignorar, ambos descubrirán que hay deseos que no pueden reprimirse. Pero dejarse llevar podría desatar un desastre… o la historia más intensa de sus vidas.

Un romance prohibido, tan inesperado como adictivo. Porque a veces el verano no solo derrite el hielo, también rompe las reglas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tres segundos para enamorarme

Otálora, Cristina
9788419660664
449

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sara y Marcos son amigos, a ratos.

El resto del tiempo son algo parecido a enemigos.

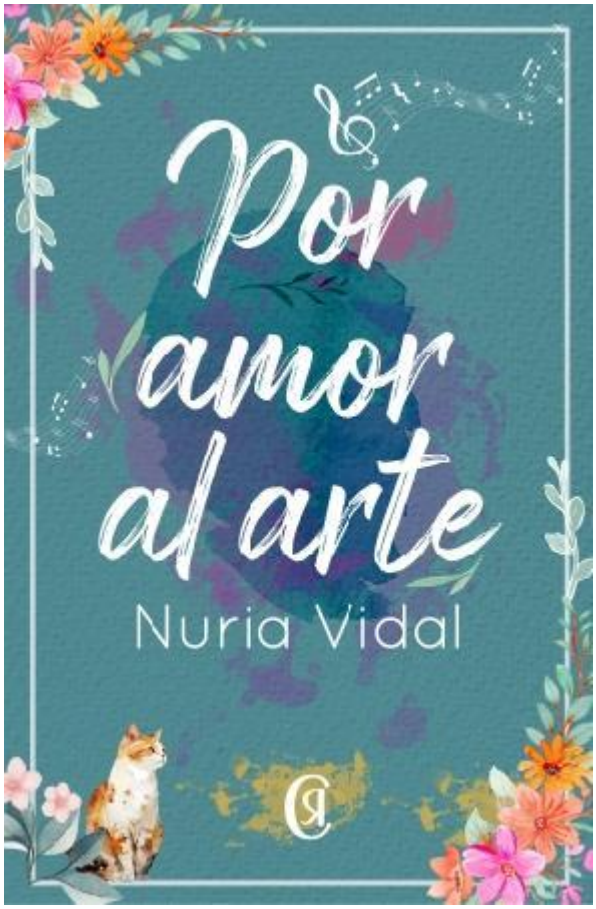
Ella es una chica correcta; él siempre ha hecho lo que le ha dado la gana sin importarle las consecuencias, una de las muchas razones que los enfrenta.

Cuando sus amigos, hartos de oírlos discutir, les dan un ultimátum, ambos se verán obligados a llevarse bien y resolver sus conflictos, pero lo que parece algo simple no les resultará tan sencillo.

¿Serán capaces de olvidar lo que ocurrió en el pasado y volver a ser amigos?

¿Podrán ignorar lo que surge cuando bajan la guardia y el amor los golpea?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Por amor al arte

Vidal, Nuria
9791387621346
427

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ella es una artista sobre el lienzo en blanco.

Él, un empresario y profesor de música.

Cuando Macarena siente la necesidad de cambiar de rumbo, decide volver a Madrid en busca de nuevos retos profesiones y de galerías de arte que quieran exponer sus cuadros. Aunque regresar también significa reencontrarse con su familia: unos padres con los que no encaja y una hija que dio a luz cuando era adolescente y a la que no atendió como debía.

Nada más llegar al que piensa que será su lugar seguro y de comodidad, conocerá a su impertinente vecino después de una mudanza accidentada que los llevará a tener su primer encontronazo. Y no solo le parecerá un borde, además tendrá que soportar escucharlo continuamente practicar con la guitarra, lo cual impedirá que ella avance con sus planes. Pero las casualidades no existen y el destino tiene un plan para unirlos.

Encontrarse da miedo, porque implica perderse por completo, enfrentarte al lienzo vacío que eres ahora y dibujar una nueva versión de ti. Y de eso debe encargarse ella y solo ella.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)